

RESTAURANT
TROUSSEAU

DÉJEUNERS

A man and a woman are shown in profile, embracing and kissing. The woman is on the left, wearing a long, light pink coat. The man is on the right, wearing a blue denim jacket and dark trousers. They are standing in front of a dark wooden door with a sign that reads 'RESTAURANT TROUSSEAU DÉJEUNERS'. The scene is lit with warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise.

ALGUIEN COMO TÚ

Xavier Bosch

Lectulandia

Jean-Pierre Zanardi, galerista en la Rive Gauche, es un espíritu libre. Paulina Homs, con una tranquila vida familiar en Barcelona, llega a París para la boda de su prima. Como si el destino lo hubiera preparado, entre ellos nacerá una atracción inesperada que cambiará sus vidas para siempre. Alguien como tú es la crónica de la búsqueda y la reconstrucción de una historia de amor, la de Paulina y Jean-Pierre, a través de los recuerdos, los documentos, los hallazgos fortuitos y el testimonio de las personas que conocieron la pasión clandestina de esta pareja. Será la hija de Paulina, Gina, quien descubrirá muchos años después de la muerte de su madre, el gran amor que la marcó para siempre.

Lectulandia

Xavier Bosch

Alguien como tú

ePub r1.0

Titivillus 06.12.15

Título original: *Algú com tu*
Xavier Bosch, 2015
Traducción: Josep Escarré

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres, Jordi y Maria Rosa.
Aunque no lo lean les debía una.

El amor nace del recuerdo, vive de la inteligencia y muere a causa del olvido.

RAMON LLULL

Parle-moi de ma mère!

DON JOSÉ A MICAELA

(*Carmen* de Bizet, acto I)

Solo te pido una cosa: que no conviertas nuestra historia en una novela.
Tiene que ser para nosotros dos.

PAULINA

UN PERSONAJE MISTERIOSO

Nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti.

—Me juego el pellejo a que mañana no irá a clase —murmuró.

—¿Y tú qué sabrás? —respondí, en voz aún más baja.

Quizás no te habría echado el ojo si, al verte marchar a una hora inusual, Àxel no hubiera planteado una apuesta.

—Por la forma en que se la llevan, Gina no volverá. —Miramos por la ventana y, al ver cómo te ibas, cogida de la mano de aquel señor de andar sereno, añadió—: Al menos hasta el lunes.

—Vosotros dos, los del fondo... ¿Queréis hacer el favor de callar?

El bibliotecario de la escuela no estaba para gaitas. Era el profesor de filosofía de los mayores, y a pesar de que debía llamarnos la atención cada dos por tres, teníamos la suerte de que aún no se había aprendido nuestros nombres. En realidad, a los niños de nueve años solo nos estaba permitido entrar en el paraíso de las letras un día a la semana, los miércoles, después de comer. Algún sabio pedagogo había pensado que si lo percibíamos como un lugar prohibido, nos apetecería frecuentarlo más a menudo para revolver libros y hurgar entre todos aquellos volúmenes y la retahíla de fantasías hasta encontrar una historia que nos cautivara. El libro, en mayúsculas —cada uno el suyo—, que nos despertara el placer por la lectura. Sin embargo, la biblioteca, para Àxel y para mí, se había convertido en un lugar ideal para distraerse. Sí es cierto que al fondo, de pared a pared y de arriba abajo, había estanterías y más estanterías de libros, ordenados, alineados con el lomo a la vista y clasificados según el criterio de Ayuso —que debía de ser un criterio acertado—, pero a nosotros nos gustaba más sentarnos justo en el otro extremo, junto al gran ventanal. Colocábamos un libro abierto, uno cualquiera, encima de la mesa y nos pasábamos una hora hablando en voz muy baja y observando el patio de los tres pinos mientras Ayuso, sentado a una mesa señorial y ayudado por unas minúsculas gafas que descansaban en la punta de su nariz, archivaba su colección de antiquísimas postales de Barcelona.

Con Àxel habíamos descubierto que el ventanal de la biblioteca era un emplazamiento estratégico para dominar toda la escuela. La panorámica lo abarcaba todo, desde la puerta que daba al gimnasio y los vestuarios de los niños y las niñas hasta el cancel principal de la escuela, que permitía ver, estirando el cuello, un trocito de la calle de Bellesguard, un callejón sin salida donde los maestros y profesores más madrugadores podían aparcar el coche en batería. Al otro lado del enorme ventanal de la biblioteca estaba el aula de dibujo y, junto a unas buganvillas a las que les costaba crecer, estaba la puerta de la secretaría, que, en caso de una brecha o de un

dolor de cabeza, también se convertía en enfermería, refugio o consuelo.

Los miércoles, de tres a cuatro, los tres pinos disfrutaban de un rato de quietud. Ya no servían como palos de porterías ni para atar cuerdas para saltar. Con todos los niños en las aulas, apenas desfilaba nadie por el patio. Después de lavar los platos y las ollas, las cocineras se largaban arrastrando los pies. Los vigilantes del comedor, con prisas por disfrutar de la tarde y de la vida, se montaban en sus bicicletas y bajaban por Bellesguard. De vez en cuando, algún miércoles, de tres a cuatro, mientras todos los niños de tercero C estábamos en la biblioteca, veíamos llegar a algunos padres que iban directamente a secretaría para escuchar el veredicto sobre su hijo en boca del tutor de su curso. Sin embargo, aquel caluroso miércoles, un día de mayo en que ya nos molestaba la bata, a la hora en que por el patio solo pasaban el viento y la calma, vimos llegar a un personaje misterioso.

Un taxi frenó justo delante de la puerta de la escuela y, al instante, bajó un hombre que podría tener la edad de nuestros padres, pero que no nos sonaba que fuera ningún padre de la escuela. Llevaba corbata. Traje oscuro y corbata. Y en nuestra escuela entraban muy pocas corbatas.

—Mira, Biel.

Àxel me lo señalaba, pero yo no entendía qué debía ver.

—El taxi no se va.

Me gustaban mucho los taxis de Barcelona, amarillos y negros, una combinación cromáticamente indigesta pero con mucha personalidad para un coche. Ves un taxi así y piensas... En Buenos Aires, por cierto, los taxis también son amarillos y negros.

El hombre de la corbata, con una mata de pelo negro y erizado, subió los escalones que había desde la calle hasta la biblioteca sin demasiado brío. En la puerta de la secretaría salió a recibirlo, con expresión grave, la directora de la escuela. Àxel se dio cuenta de que no era una visita concertada cualquiera. La mandamás, la señora Ramos, solo aparecía, a contrapelo, en casos críticos. Se estrecharon la mano, entraron en la secretaría y allí dentro, durante unos minutos, perdimos de vista la jugada. La conversación debió de ser corta, porque la mandamás salió sola y, con sus andares erguidos y la espalda tiesa —ya fuera por un pinzamiento discal o para dárselas de bailarina contumaz—, se fue derecha al aula de diseño. Todos los miércoles, mientras los de tercero C teníamos que ir a la biblioteca después del recreo del mediodía, los de tercero B teníais clase de dibujo o de plástica. Aquella semana teníamos que copiar la casa de Joan Miró en Mont-roig del Camp que Torío había colgado en la pizarra. Casi nada. Copiar un Miró, y en una hora. Y con unas pinturas que estaban tan reseca que, cuando conseguimos reblandecerlas mezclándolas con agua, ya era la hora de entregarle la lámina a Torío. Un tipo enrollado, Torío. Puede que sea cosa de la asignatura. Sin embargo, aquel miércoles, en cuanto abandonó el aula con la mandamás, también empezó a poner mala cara. Volvieron a entrar y, en un abrir y cerrar de ojos, Àxel, que estaba mejor situado, me dijo:

—Mira, Biel, mira. Se van con Gina.

Y Torío se quedó clavado allí, con la puerta del aula de diseño abierta, y la directora y tú os fuisteis a secretaría y allí pensé qué extraño.

—¿Qué habrá hecho? —le pregunté a Àxel.

Antes de que llegais a la secretaría salieron el hombre misterioso y tu maestra, no recuerdo cómo se llamaba, que te colgó la mochila en la espalda y, con gesto maternal, si me permites que te lo diga, te dio dos besos. Y la mandamás, que nunca había dado dos besos a nadie, se limitó a acariciarte la carita, en un gesto más bien frío. Y el hombre, él sí, con decisión, te cogió de la mano y, despacito, os alejasteis hacia la calle. Cuando pasasteis por delante del aula de diseño, Torío te dijo adiós con un pincel y, por lo que pude ver desde lejos y volviendo el cuello, te sonrió.

—¿Crees que la han expulsado?

—¿A Gina?

—Entonces, ¿por qué se la llevan?

—Ese señor no es su padre...

—¿Y quién va a ser?

—Su padre lleva bigote y a ese señor no lo había visto nunca.

Y a partir de aquí, mientras Ayuso se entretenía riñendo a un despistado que devolvía *El barón rampante*, de Italo Calvino, fuera de plazo, Àxel y yo especulamos sobre por qué te podían haber expulsado.

—Ha robado dinero —decía uno.

—¿Dinero de dónde?

—De la tutoría. —Nos inventábamos, por ejemplo.

—O ha entrado en el vestuario de los chicos.

Y nos daban ganas de reír.

—Sí, ha entrado, se ha desnudado y les ha enseñado la vulva a los niños de tercero B.

Ayuso, desde la puerta, nos lanzó un buen grito. Fingimos estar leyendo, como si nada, y, en voz muy baja, seguimos considerando opciones. En aquel momento, tú y el hombre taciturno que había venido a recogerte ya habíais salido de la escuela y subido al taxi. El conductor, mientras esperaba con el taxímetro en marcha, había aprovechado para hacer el giro a la indonesia para salir del callejón y bajar de nuevo por Bellesguard.

—A lo mejor han muerto sus padres...

—Querrás decir sus abuelos. ¿Cómo quieres que se mueran sus padres?

Y en aquel preciso instante, en un caluroso miércoles de mayo, alrededor de las cuatro de la tarde, frente al ventanal de la biblioteca, con la vista fija en el patio de los tres pinos de una escuela con nombre de santo y Ayuso convertido en un personaje fantasmagórico que no dejaba de refunfuñar por lo bajo, mi mundo se vino abajo. Descubrí que los padres también podían morir. Hasta entonces nadie me lo había dicho. Nunca lo había pensado. Y, de repente, todas mis certezas se tambalearon. Incorporé un riesgo a mi vida. Un miedo nuevo, desconocido y profundo.

—Àxel, ¿estás seguro de que siendo unos niños pueden morir nuestros padres?

Me contó que tenía un primo al que le había ocurrido. Y me aseguró que no era verdad que los padres se muriesen de viejos. Bueno, no necesariamente. Yo me resistía a creerlo, y cuando vinieron a recogerme, en cuanto subimos al R5 le pregunté a mi madre si era verdad que... Saqué el tema con pesar, con la esperanza de que fueran cosas de Àxel. Y no recuerdo la respuesta exacta, pero entendí que sí, que aquí puede palmar todo el mundo, a cualquier edad y en cualquier momento. Como las tres filomenas que teníamos en casa y que se habían ido muriendo así, adiós, dentro de la pecera, sin que llegáramos a conocer las causas. ¿Te haces una idea de la conmoción que supuso eso para mí durante muchos meses? Por eso te decía que nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti. Hasta ese día sabía quién eras, por supuesto que sí. Gina, una niña de mi mismo curso, de otra clase, puede que una de las mejores dando volteretas en gimnasia pero de quien ni siquiera sabía los apellidos.

Al día siguiente, en la escuela, nuestra señorita, Núria, de tercero C, nos lo comunicó. De pie, delante de la pizarra, nos dijo que durante el resto del curso tendríamos que ayudar a Georgina Castro si nos parecía que estaba triste, porque se había muerto su madre. Hasta entonces, ninguna clase de niños y niñas de nueve años había escuchado a la señorita Núria con tanta atención. Y Núria tampoco había visto nunca, en los trece años que llevaba como maestra, unas caritas tan receptivas ante el drama que les estaba explicando. A mi alrededor vi más de una cara pálida, de alguien que, como me había ocurrido a mí, acababa de descubrir una posibilidad jamás contemplada. Hubo alguien que incluso sollozó. Diría que fue una amiga tuya. Y tú nos diste mucha pena. Àxel, que puede que ya apuntara como estudiante de periodismo, le preguntó a la señorita Núria si tu madre se había muerto de un día para otro o si ya estaba enferma.

—De un derrame cerebral —respondió Gina, que había escuchado, reprimiendo la nostalgia, el monólogo catártico de Biel.

No fue así como nos lo dijeron. Nos explicaron que se había encontrado mal y que se había muerto de repente. Y a partir de entonces, cada vez que mis padres se encontraban mal o que por alguna razón tenían mala cara, yo no se lo contaba a nadie, aunque sufría en silencio y quería que el médico viniera a casa para echarles una ojeada. Y escuchaba si respiraban bien. Y si...

—Biel, ¿puedo decirte una cosa?

Gina había empezado a sentir frío.

—Claro... —A su lado, Biel, con la mirada clavada en algún lugar del techo, le despeinó los pelos del brazo—. Faltaría más...

—Tú descubriste los peligros de la vida. Y lo lamento mucho. Tu inocencia a tomar por el culo. Pero quien se cayó del caballo fui yo. Mi madre se me murió a mí. A los treinta y uno. De un día para otro, buenas noches.

—Eh, que yo...

—Te deja en la escuela por la mañana y tu tío te recoge a media tarde, te lleva en taxi a casa y mientras te sirve un vaso de leche para merendar te cuenta lo sucedido.

—Gina, tía. Yo no quería... Te decía todo eso porque Àxel había ganado la apuesta. Que había salvado el pellejo, vamos... Si eso ocurrió un miércoles, es cierto que tú no volviste hasta el lunes.

—No lo recuerdo. No recuerdo nada de aquellos días. Es como si no hubiesen existido. En realidad, ¿sabes qué es lo peor de todo? Que no recuerdo a mi madre. Ni su voz, ni su olor, ni nada de nada. A los nueve años, ¿qué quieres? Si hubiese podido escoger —sonrió, para no seguir castigando a Biel—, habría preferido enseñarles la vulva a todos los niños de tercero.

UN AMANTE EN TUS BRAZOS

Solo uno de ellos no se había puesto las gafas para ver en tres dimensiones. De toda la platea, de esas doscientas personas —o puede que más— que miraban una pantalla que quedaba fuera del encuadre, solo había un niño que llevaba sus propias gafas y que debía tragarse la película entera en un extraño relieve, sin ver demasiado bien. Era una fotografía de la portada de la revista *Life*. «J. R. Eyerman, 26 de noviembre de 1952». Era toda la información que había en el margen inferior. Una instantánea en blanco y negro sacada durante el estreno, en Estados Unidos, de la primera película en 3D. Gina tenía el póster colgado en su habitación. Le daba risa ver a toda esa gente repeinada, con las mujeres peripuestas y los hombres con corbata, y todos —menos un niño— con las gafas de montura de papel blanco en los ojos. Y todos con el orgullo en la cara de saber que participaban de una primicia, un acontecimiento que nunca había tenido lugar antes en tantos siglos de humanidad. Los invitados al estreno no sabían, sin embargo, que por una foto que ni siquiera sabían que les sacaban, pasarían a la historia, con una mueca eterna. A Gina le encantaban las fotos de multitudes en las que no quedaba ninguna persona viva. Necesitaba que apareciera mucha gente, muchas caras en diferentes planos y, por supuesto, en blanco y negro. Podían ser aficionados al fútbol en una gradería de antaño, soldados en un desfile nazi o ciudadanos a secas, en un paseo masivo de domingo por la Rambla, de la época en que los hombres lucían sombrero plano. Miraba sus caras, se imaginaba sus vidas y siempre pensaba lo mismo. Todos están muertos. Era su particular manera de aliviar el sentimiento de impermanencia —terrible y persistente— que, quien más quien menos, nos persigue a todos, por mucho que nos esforcemos por disimularlo.

Gina, que nunca se maquillaba, se estiró las pestañas con unas tijeras especiales. Con el pelo recogido, se puso el vestido verde que había en el suelo. Metió las piernas y, con un gesto mecánico, tiró de él hacia arriba. Se abrochó los tres botones que caían sobre la cadera, se miró en el espejo que había junto al póster, abrió la ventana de la habitación para ventilarla, tiró una vez del cubrecama estampado, cogió la carpeta de la facultad y los auriculares del *walkman* y salió a toda prisa hacia la universidad. Desde el pasillo oía los ronquidos.

—Me voy. —Su padre, inmóvil, no la había oído. No lo molestaba ni la sintonía del final del telediario. Se acercó a él y gritó un poco más alto—. Que me voy.

Como un tronco. La siesta de cada tarde, en la butaca de orejas de toda la vida, la que siempre había visto en el comedor de casa. Se había dado cuenta de que en las

fotos del piso de los abuelos ya aparecía esa butaca. Como mucho, para sobrevivir al paso del tiempo, habían rellenado los cojines y la habían tapizado con un terciopelo más oscuro, más sufrido, como solían decir, para que pareciera nueva. Le sacudió los hombros, con la intención de despertarlo.

—Parece que tengas setenta años.

—¿Qué?

—Que no paras de sobar delante de la tele.

—Estoy cansado —respondió, sin abrir los ojos y apenas la boca.

—Me voy. Hasta mañana.

—¿Adónde vas?

—A clase, papá.

«¿Adónde quieres que vaya?», pensó.

—¿Hasta mañana?

Gina no tenía intención de dar más explicaciones y, haciendo oídos sordos, empezó a alejarse por el pasillo, con el casco de la moto en la mano y la música de Gloria Gaynor en una oreja, gracias a un pequeño auricular redondo y acolchado.

—Te he preguntado adónde vas.

Su padre se había despertado. Ya volvía a ser el de siempre.

—A clase.

—Me has dicho hasta mañana...

—¿No te ibas a Bilbao?

—¿Y? Quiero saber adónde vas aunque no esté en casa.

—Al salir de la uni ya veremos.

No era la primera tarde que Gina reivindicaba el derecho a tener secretos.

—Pero ¿puedo saber qué planes tienes?

—No lo sé, papá, punto número uno. Al salir de clase no sé adónde voy a ir, no sé con quién voy a ir y no sé cuándo volveré. Y punto número dos, tengo dieciocho años y hago lo que me da la gana.

—Y una mierda. —Había conseguido desvelarlo—. Por mí como si tienes veintiocho. Mientras vivas aquí me dirás qué haces y dónde estás.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué de qué?

—¿Tú no me vas a dar explicaciones? Creo que somos dos los que vivimos aquí...

—Lo que me faltaba.

—¿Con quién vas a Bilbao?

A su padre, con el culo pegado a la butaca, no le dio la real gana de explicarle que iba a ir solo, que tomaría el último avión del día entre Barcelona y Bilbao, que al día siguiente tenía una reunión con el abogado de una fábrica de varillas para limpiaparabrisas en Galdakao y que no soportaba aterrizar en el aeropuerto de Sondika porque siempre soplaban una ventolera que movía las alas de un lado a otro,

como si fueran a tocar el suelo antes que las ruedas. Precisamente en aquel aeropuerto, situado en el valle de las corrientes de aire, ya acumulaba algunas malas experiencias. A Manuel Castro —dejémoslo claro— no le gustaban los aviones y solo los tomaba cuando no quedaba más remedio. Y cuando no podía evitarlo, se pasaba todo el tiempo del despegue, mientras la nave volaba con el morro más elevado que la cola, encadenando un padrenuestro tras otro, sin mover los labios, hasta que se apagaba la luz que le permitía desabrocharse el cinturón de seguridad. Entendía aquel aviso como una señal de complicidad del piloto con los pasajeros. Les comunicaba, como si fuera un guiño, que ya tenía la situación bajo control y que no tenían nada que temer hasta que se volviera a encender la lucecita del cinturón. Pero en vez de decir nada de todo eso —Manuel llevaba años guardandoselo todo para él—, repasó a Gina de arriba abajo.

—¿Y te dejarán entrar en la universidad vestida con esa ropa de muerta?

—Siempre estás igual. Eres...

Odiaba la manera en que su padre pronunciaba las palabras «ropa de muerta». Con énfasis en la «erre» y con un desprecio que la sacaba de quicio. La ofendía. No soportaba que se metiera con su forma de vestir y con su forma de vivir. Y de reírse. Y de pensar. Y de comer, poco y sano. Cogió las llaves de la moto, colgadas del cohete de Tintín que había sobre el mueble del recibidor, abrió la puerta, salió y, sin decir ni adiós, la cerró, con menos rabia de lo que habría deseado.

A las nueve menos cuarto, cuando volvió a casa, ya no había nadie. Pasadas las seis, después de planchar y de preparar la cena, Isabel se había ido.

—Pasa. ¿No habías estado aquí antes?

—¿Cuándo querías que...?

Biel intuía, por el morreo que Gina le había dado en el ascensor, que tal vez recordaría aquella noche toda su vida.

—No lo sé. Puede que cuando íbamos juntos a la escuela hubieses venido a jugar alguna vez.

—No.

—O a alguna fiesta de aniversario.

—Nunca fuimos muy amigos...

—Pero podría ser, qué sé yo.

—¿Esta es tu habitación?

—Si te parece será la de mi padre, tontito. —Gina se acercó a la ventana—. Da al patio de atrás. Un garaje con uralita; no es la mejor de las vistas.

—Está bien, tía. La habitación parece un poco la de un tío. —Intentó arreglarlo—: Quiero decir que no es de color tal y no es cursi...

—Claro, claro...

Los ojos de Biel se posaron directamente en el póster del armario.

—Qué foto más guapa...

—Solo uno de ellos no lleva las gafas de tres dimensiones. A ver si lo encuentras.

Biel se situó a dos pasos del póster. Decidió seguir un orden. Nunca nada a tontas y a locas. Fijó los ojos en el extremo inferior derecho de la foto y fue levantando la mirada, en zigzag, fila a fila, persona a persona...

—¿Seguro que una de ellas no lleva gafas?

—¿Te rindes?

—Jamás.

—Una pista. —Gina lo abrazó por detrás y le clavó la barbilla en el hombro—. Es un niño.

Haciéndose el loco, Biel siguió escrutando la platea de derecha a izquierda y hacia arriba.

—Ya lo tengo. Aquí. —Lo señaló con el dedo—. Es un niño.

—Ya te lo he dicho. ¿Crees que debe de estar vivo?

—Hombre...

—Mujer...

—¿Cuántos años tendría? ¿Diez, doce? Pues claro que puede estar vivo. ¿Qué edad podría tener? Cuarenta y muchos...

—¿Y todos los demás?

—Si esto es del 52..., ¿sabes qué estaba viendo toda esta gente?

—Lo busqué, sí. —Hizo memoria—. *Bwana Devil*, la primera película en tres dimensiones.

En su primer año de carrera, Gina se había entretenido documentándose sobre el póster que tenía colgado en su habitación, en la puerta del armario de la ropa de invierno. Había un guionista de la Metro-Goldwyn-Mayer, Milton Gunzburg, que tenía un hermano oftalmólogo. Entre los dos, Milton y Julian, inventaron el cine que ellos llamaron de «visión natural». Nadie les prestó atención. Ni a ellos ni a su invento. Hasta que un productor y hombre de radio, Arch Oboler, se dio cuenta de las enormes posibilidades comerciales de aquella especie de proyecciones en las que el espectador podía tener la sensación de que se encontraba dentro de la historia y que se caía por los acantilados como los protagonistas o que los asesinos se abalanzaban sobre él. Él mismo produjo *Bwana Devil*, una película sobre unos hombres que eran devorados por leones. Aseguraban —sin que nadie lo hubiera contrastado nunca— que estaba basada en hechos reales. Se estrenó en 1952, el 26 de noviembre, en el Paramount Theatre de Hollywood, en Los Ángeles, y J. R. Eyerman sacó una fotografía que fue portada de la revista *Life*, mucho antes de que Gina Homs la colgara en su habitación. Como estudiante de primero de historia del arte en la Universidad de Barcelona, lo que más la había seducido era llegar a encontrar los carteles que anunciaban la primera película en tres dimensiones. El eslogan era «*A LION in your lap! A LOVER in your arms!*».

—Un amante en tus brazos.

Gina se abrazó a Biel.

—Me gusta mucho tu habitación —respondió él, que le sacaba una cabeza.

—A mí lo que más me gusta es la cama. —Gina lo soltó y se lanzó sobre el colchón, dando un salto que no era la primera vez que practicaba. Era tan poquita cosa que la lana la acogió sin que rebotara—. Ven.

Gina se desabrochó el vestido y dejó que se deslizara hasta la alfombra de la habitación. Ropa de muerta, pensó, y una mierda. Del sujetador y las bragas —que no pretendían ir a juego— dejó que se encargara Biel. El chico, con la ilusión de quien juega fuera de casa, se esforzó. Sabía que nadie esperaba mucho de él, y que si sus dedos de guitarrista se empleaban a fondo, podía conseguir que Gina culminara la cima antes de que él, con una mano dentro y otra en su pezón, acabara de interpretar el *Concierto de Aranjuez*. Le bastaron los primeros arpegios para saber que había sido capaz de sorprender a Gina, que vivía aquella experiencia en tres dimensiones con los ojos cerrados. Cincuenta jadeos después y con un cojín en la cara para que los vecinos no la oyeran chillar, se abandonó.

Luego, él —que se había desnudado del todo— tenía prisa por ponerse encima. Y prisa, también, por clavar a empujones. Y, finalmente, demasiada prisa por empatar. Como si en el manual de los malentendidos estuviera escrito que el sexo es un partido que siempre debe terminar sin vencedores ni vencidos.

En cuanto se apartó, respirando aún a ciento veinte pulsaciones, Biel hizo una pregunta. La que no tenía que hacer.

—¿Qué tal?

Desde muy joven, Gina no soportaba la puñetera manía de los hombres que, tengan la edad que tengan, exigen que les pongan nota en cada polvo. Como si todo se pudiera reducir a una cifra. Como si todos los hombres pensarán que merecían de sobresaliente para arriba. Para no puntuarlo, para no convertir la noche en un foro de debate sexual que no le apetecía, escurrió el bulto.

—¿Quién me iba a decir que me tirarías al niño más feo de la clase?

—Hombre...

—Mujer, mujer...

—Pero he mejorado, ¿no?

—No te hagas ilusiones, que no vamos a casarnos.

Se echaron a reír. Biel terminó de secarse con la toalla de bidé que, en el instante preciso, le había tendido Gina para que no manchara las sábanas y la tiró al suelo, junto a sus zapatos. Respiró profundamente y se tumbó boca arriba, mirando al techo. Con la mano, suavemente, despeinaba los pelos del antebrazo de Gina. Durante un par de minutos, mientras recuperaban las palpitations, no hablaron. Relajados y vacíos, al chico de nariz torcida y cejas pobladas, exageradas, le dio por hablar.

—Nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti.

Biel, agradecido y eufórico porque se había beneficiado a una antigua compañera con la que creía que nunca se lo montaría, lo decía todo a media voz, como los

amigos que están de colonias y, de litera a litera, se confiesan pensamientos y desventuras a tientas.

Le contó la apuesta que hizo con Àxel en la biblioteca un miércoles por la tarde, cuando se dieron cuenta de que, a través del patio de los tres pinos, llegaba a la escuela un señor al que nunca habían visto. El hombre hablaba con unos y otros, con expresión grave, hasta que sacaron a Gina Castro del aula de plástica. Gina, que en aquel entonces aún se llamaba Georgina Castro, dejaba la pintura de Miró a medias y el enrollado de Torío le decía adiós con el pincel en la mano, mientras la directora de la escuela lo observaba todo, erguida, desde la puerta de la secretaría. El hombre misterioso y la compañera de tercero C, con la mochila en la espalda, subían a un taxi y se perdían con destino a la civilización.

Gina escuchaba el relato como si fuera un cuento ajeno, como si aquel no hubiera sido el día más impactante de su vida. No entendía que, siendo como fueron las horas más graves, no recordara nada, y cómo todo lo que le iba revelando Biel le parecía haberlo vivido, como mucho, en un sueño nebuloso y breve. Tampoco se había imaginado nunca cómo se habían enterado sus compañeros de curso de la muerte de su madre. No se había planteado, ni por un instante, lo que hablaron de ella a partir del momento en que, sin saberlo, se convirtió en el centro de atención. Ni qué pensaban de ella sus amigos del curso cuando la veían en el patio, en el comedor o en clase, como una niña huérfana de madre a los nueve años, así, pum, de sopetón. No entendía por qué extraña oxitocina había olvidado aquella tarde en la escuela. Como si todo aquello nunca hubiese ocurrido.

—En realidad, ¿sabes qué es lo peor de todo? Que tengo dieciocho años y no recuerdo a mi madre. Ni su voz, ni su olor, ni nada de nada. A los nueve años, ¿qué quieres? Si hubiese podido escoger, habría preferido enseñarles la vulva a todos los niños de tercero.

Se echaron a reír otra vez. En el silencio, Biel detectó un ruido sordo. De una puerta al cerrarse.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. El ascensor.

—¿No ha sonado aquí mismo?

—Tranquilo, mi padre está de viaje.

—Yo lo he oído aquí mismo.

—Deben de ser los vecinos. —Gina no se inquietó—. Tienen cinco hijos.

De pronto, sin embargo, reconoció el sonido del llavero de su padre. A base de repeticiones, todo el mundo mete la llave en la cerradura de una forma característica.

—Mierda, mi padre.

Y aquel sonido, idéntico, llevaba oyéndolo muchas veces al día desde hacía muchos años.

—Hostia, Gina, ¿qué dices?

—Métete debajo de la cama.

Biel saltó por encima de Gina y, aprovechando el brinco, se colocó debajo del somier. Había dibujado en el aire una parábola perfecta, como la de su nariz. Ella recogió toda su ropa y, como si de un lanzamiento de bolos ganador se tratara, la tiró al otro lado de la cama.

—Hola, nena —gritó su padre desde el recibidor, antes de cerrar la puerta.

—Los zapatos, los zapatos —dijo Biel, en voz baja.

—¿Y Bilbao? —gritó Gina, poniéndose el pijama a toda prisa—. ¿Qué ha pasado?

—Los zapatos —insistía Biel, nervioso, con tanta sordina en las cuerdas que Gina ya no lo oyó.

—Tormenta en el aeropuerto. —La voz seca de su padre sonaba cada vez más cerca—. No nos han dejado salir.

—Un momento, papá, que me estoy desnudando.

—Dicen que en el norte ha caído agua...

Por sus pasos, Biel sentía que ya estaba allí mismo.

—No entres. —Gina, llevándose las manos a la cabeza.

—Ya sabes que no soporto las puertas cerradas.

Y Manuel Castro, viudo en primeras nupcias de Paulina Homs, abrió la puerta.

NO FUE UN BUEN DÍA

«No fue un buen día», dijo Isabel. La abuela se había presentado en casa a toda prisa y, sin decir ni un hola, entró en la habitación de su nieta para certificar la noticia. Su hijo se lo había comunicado por teléfono y ella no se lo podía creer. No se tragaba que Gina, después de una discusión con su padre —Manuel no había querido contarle el motivo—, hubiese vaciado su habitación. Gina solo había dejado los peluches de cuando era pequeña, las cajas repletas de apuntes de la escuela, el cubo de Rubik con la cara verde completada y el póster de señores y señoras de Los Ángeles con las gafas de tres dimensiones. A la abuela no le hizo ninguna gracia aquella imagen del fin del mundo. Con malas pulgas, sosteniéndose en un bastón que andaba más deprisa que ella, volvió a la cocina y le preguntó a Isabel, por activa y por pasiva, si sabía por qué su nieta se había ido de casa. Si sabía por qué se había instalado en un piso de estudiantes. Si sabía dónde estaba aquel antro de mala muerte. Si sabía con quién narices vivía. Si tenía una habitación para ella sola. Y, sobre todo, le preguntó si Gina, en algún momento, se había planteado irse a su casa, a casa de la abuela Lourdes. Su única abuela.

Isabel lo sabía todo, pero no dijo nada. Sin levantar los ojos del mármol de la cocina, se limitó a responder: no fue un buen día.

—¿Cuántos años lleva trabajando aquí? Unos veinte...

La abuela Lourdes no se resignó.

—Todavía no. Llegué poco después de la boda de los señores.

—Usted ha sido una madre para Gina desde que murió Paulina, usted lo sabe todo... —dijo, golpeando el suelo con la virola de su elegante bastón—. Dígame qué ocurrió.

Isabel, que en aquella familia había aprendido —prueba y error— que lo mejor para evitar los conflictos era fingir que todo le entraba por un oído y le salía por el otro, quería a Gina, sí. Había visto cómo se convertía en una mujer y cómo descubría los sentimientos y los miedos cotidianos. Sin embargo, no creía que lavarle las bragas, quitarle los pelos de la ducha, limpiarle el váter, hacerle la cama y prepararle no sabía cuántas ensaladas sin cebolla a la semana la convirtiera en su madre. Era un trabajo digno. Y bien pagado, según cómo se mire. Y era cierto que conocía todos los secretos de Gina y que se había convertido en confidente y consejera de la vida. Pero solo era un trabajo como cualquier otro, y en aquella batalla entre padre e hija no quería salir mal parada. Aunque Isabel —melena negra, nariz arrugada— parecía estar esculpida en piedra, sufría por si el señor Castro, que ahora se había quedado solo, pensaba que ya podía prescindir de sus servicios; o si llegaba a la conclusión de

que, en casa, no necesitaba a una mujer a jornada completa, todos los días de la semana. Todas las semanas del año. Puede que quisiera arreglárselas con menos. O tal vez no sería necesario que estuviera tantas horas, con lo que eso significaría a fin de mes. Además, Isabel, en su guarida de Masquefa, tenía a un gandul en el sofá y dos hijos con el hambre de cuatro. Unos mequetrefes de los que sí era su madre.

—No fue un buen día.

—Isabel, por el amor de Dios.

—Ya sabe cómo se pone su hijo cuando se enfada. —No sabía si continuar, sin dejar de cortar un apio en juliana—. Y su nieta se parece un poco a usted. El orgullo de los Bonjoc.

—Gina no es una Bonjoc.

«Pero es la maldita herencia que usted le ha dejado en vida», pensó. Orgullosa y con mal genio, como ella. Son clavadas, pero también se ahorró esas dos palabras. Isabel sabía cómo había sucedido todo. Al menos, conocía la versión de Gina, dolida con su padre como jamás la había visto.

Manuel había sacado a rastras a Biel de debajo de la cama. Le había lanzado la ropa para que se vistiera, le había exigido que se largara y que nunca volviera a ver a Gina.

—¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Y tú, ¿lo has entendido?

Gina, sofocada y rabiosa, había podido ponerse las bragas y el sujetador, había lanzado con ira el cubo de Rubik contra el estómago de su padre —«te he dicho que no entraras»— y se había encerrado en el baño. Lloraba por dentro. No quería que su padre, hecho un basilisco como nunca lo había visto antes, la oyera desde el otro lado de la puerta.

—Ya hablaremos mañana. Ahora no quiero verte.

El abogado Castro sabía que, en caliente, no resolvería el caso.

Como si hubiera un incendio. Biel nunca se había vestido tan deprisa. Pasó junto al padre de Gina y, con la voz evaporada, se atrevió a decir:

—Oiga, somos mayores de edad.

—¿Y por eso te escondías debajo de la cama?

—Es absurdo, sí, pero...

Se encogió de hombros, sin dejar de andar.

—¡Qué te largues!

El grito fue tan seco como el portazo de Biel, que salió de la vida de Gina durante veinte años.

El día siguiente no fue un buen día.

Isabel —de ocho a siete, con una hora para comer y ver la telenovela— les había

preparado el desayuno. Dos zumos de naranja, exprimidos y colados a mano, un café con leche y una tostada con mermelada de melocotón para el señor Manuel y una pulga de queso disgustado para Gina. Como cada mañana, había puesto la mesa en la cocina, con el mantel de colores que Paulina había comprado en una tienda de Bergen, la última vez que estuvo en Noruega. Isabel lo había lavado y planchado tantas veces que los dibujos azules y rojos y los árboles de aire navideño empezaban a parecerle demasiado descoloridos. Sin embargo, era el único mantel que querían el señor y Gina. No habrían aceptado otro para desayunar.

Manuel, duchado y rociado con 1916, fue el primero en sentarse a la mesa. No abrió el periódico ni para ver la portada. Ni siquiera se quitó la americana y la colgó en la silla, como hacía todas las mañanas, sin importarle que se deformara. No era presumido. Tenía tres trajes oscuros, dos americanas azules y, sin preocuparse demasiado, combinaba los conjuntos con una buena colección de corbatas anchas. Le daba igual que la moda impusiera las estrechas; él, que se jactaba de no haberse entretenido nunca frente a un escaparate, iba a su aire. Aquella mañana, Isabel lo vio preocupado. El señor Manuel le había dicho *stop* y gracias para acertar la medida exacta de la leche en el café.

Gina, seca y huesuda como su madre —como todo el mundo se encargaba de decirle—, no tardó en pisar el suelo de la cocina. Aún tenía el pelo mojado, suelto. De vez en cuando, de las puntas negrísimas chorreaba alguna gota que moría en su blusa. Se sentía segura llevando aquella camisa. Era nueva, de color de camello viejo, con los botones amarillentos y calculadamente deshilachada a la altura del puño inflado.

—Buenos días. —Con educación.

—Buenos días. —Sin efusividad.

No se miraron. Isabel los dejó a solas. Sabía que era la comida que padre e hija hacían juntos. Así lo había querido el señor Manuel desde que Isabel había empezado a trabajar en la casa.

—¿No tienes nada que decir sobre lo de ayer?

—... No.

—¿No crees que debemos hablar de ello?

—¿Qué quieres que te diga? —resopló, para que su padre se diera cuenta de que no le apetecía la conversación, que prefería fingir que no había ocurrido nada—. Lamentable.

—¿Qué?

—...

—Dime. Hablemos tranquilamente. ¿Lamentable, qué?

—No. Tú primero.

—Muy bien. —En dos tragos, su padre apuró el zumo de naranja—. No quiero que cada vez que salga de viaje esto se convierta en un burdel.

—¿Me estás llamando... puta?

—Yo no he dicho eso.

—Me has llamado puta. Empezamos bien.

Echó la silla hacia atrás con el culo, como si fuera a levantarse.

—He dicho, y no hagas que diga lo que no he dicho, que no quiero que mi casa se convierta en un picadero. Y que quiero que tengas cuidado de con quién vas. No puede ser que el primero que pase suba a casa...

—Biel no es el primero que pasa. Es un amigo de la escuela.

—Me la suda quien sea. —Manuel, que mientras no podía dormir se había imaginado por dónde iría la conversación, habló sin levantar la voz—. En todos estos años yo no he traído a nadie a casa.

—Faltaría más.

—Por respeto a ti...

—Seguro.

—Y por respeto a tu madre.

—¡Ja!... Aún tendré que darte las gracias. —Gina, ofendida, habría mirado al cielo si la vista no se hubiese topado con el techo—. Oh, mamá, que sepas que papá no ha traído a ninguna mujer a casa en todo este tiempo. Él solo juega a póquer los jueves. Dale las gracias.

—No seas dramática, y no grites.

Ni caso. Isabel, desde el pasillo, aguzaba el oído. Sabía que no era la primera ni la segunda vez que Gina subía a su habitación con un compañero de escuela. O de la universidad. O con un chico extranjero que había conocido en un museo. Y quien dice un museo dice un bar o una fiesta. Isabel lo descubriría por el rastro en las sábanas. Y por las toallas de bidé que Gina les daba para que se secasen. Luego, las tiraba al cesto de la ropa sucia.

—Ya lo ves, mamaíta, te casaste con un santo y te lo estás perdiendo. Es una lástima...

—Eres muy injusta.

Gina dejó de lado la comedia y apartó la vista del techo. Decidió clavar la mirada en los ojos de su padre.

—Ya está. Ya habló el abogado. Un gran abogado, que me prohíbe verme con mis amigos.

—¡Basta, Gina! —Manuel, con un único grito, consiguió que se callara. Unos segundos después retomó la conversación serena—. Ya está bien, mujer. Te estoy hablando en serio.

—Y yo también...

Su padre encendió un cigarrillo y respiró profundamente.

—Acércame el cenicero.

Gina levantó el culo de la silla y tuvo que extender el brazo hacia atrás para llegar al escurridor, al lado del fregadero. El cenicero, boca abajo, aún estaba húmedo. Manuel Castro, con el aliento caliente después del café con leche, recuperó el hilo de

la conversación.

—Yo solo te digo que tengas cuidado, que te hagas respetar y que en esta casa hay unas normas y quiero que se cumplan. No es la primera vez que te lo digo.

—No, no es la primera vez. Eso es verdad. Y puede que sea la última.

Precisamente por la gravedad de lo que iba a decir, Gina sabía que no le convenía alterarse.

—Mira, papá, no te lo tomes a mal... Reconozco que has ejercido de padre lo mejor que has sabido. Seguro que no es fácil quedarse viudo con una niña de nueve años a la que nunca habías bañado ni cambiado. Y nunca estabas en casa cuando me acostaba, porque siempre volvías tarde del trabajo.

—¿Y eso a qué viene?

—No te lo reprocho. De verdad que no...

—Pues lo parece.

—De verdad que no. —Gina posó una mano sobre el brazo de su padre, que no lo apartó—. Todo lo contrario. Déjame terminar. Quería decirte el mérito que seguro ha tenido que yo, de la noche a la mañana, me convirtiese en el centro de tu vida durante diez años. Siempre pendiente de mí. Has cuidado de mí, me has mimado, te has preocupado por mí, me has hecho los deberes, me has ayudado con las integrales y las derivadas, me has llevado a todas partes: al cine, al circo, al Tivoli de Copenhague y al Tibidabo... Me has educado, me has reñido cuando lo merecía, me has hecho un montón de regalos. Por aquí pasaban los Reyes, Papá Noel y el Tió. No me ha faltado de nada, me has mandado a Canterbury para aprender inglés dos veranos seguidos con las amigas de la escuela, me has hablado de mamá, me has contado cómo era, me has enseñado las fotos de los viajes que tanto le gustaban, buscaste al mejor dermatólogo cuando tenía la cara como un cráter, me has permitido estudiar la carrera que he querido y me lo has pagado todo. Todo eso te lo reconozco, *chapeau*, papá, tiene mucho mérito, te lo agradezco y te lo agradeceré, seguramente, toda la vida. Y... ¡joder, cuánto cuesta decirlo!..., hostia, te quiero, papá. Eres la persona más importante de mi vida. Te quiero, ¿lo oyes?

Manu se armó de valor. Isabel, con la aspiradora en la mano, sin ponerla en marcha para no estorbar, estuvo a punto de emocionarse.

—Pero estoy harta, papá. Lo mismo te digo una cosa que te digo la otra.

—¿Harta de qué?

—Del control. Que siempre estés encima de mí. Que te metas con quién voy o con quién no y, por ejemplo..., que todos los días, todos los días sin falta, hagas un comentario sobre la ropa que llevo. Solo es un ejemplo.

—Es ropa de muerta, perdona que te lo diga.

—Es de segunda mano. La compro en una tienda de la calle Avinyó y no es de muerta. Es de segunda mano. Ropa usada, de otra persona. Me da igual de quien sea. ¿Me gusta y puedo permitírmelo? Pues me la compro. ¿Qué pasa? ¿Te das cuenta de que eres un...?

—¿Un qué? Dilo...

—...

—¿Insoportable?

—Un metomentodo. Todo el día pinchándome sin parar. Y no lo entiendo, papá. Estoy harta.

—¿De qué?

—De ti. De tanto control. Lo siento, joder. Has hecho de mí una tía independiente; alguien que pueda arreglárselas sola y que sea valiente; has insistido treinta mil veces en eso y, como si te diera rabia que haya cumplido los dieciocho, normas, normas y más normas.

—No estamos hablando de eso.

—Sí estamos hablando de eso. Yo quiero un padre; un padre normal, no un vigilante de seguridad.

—Lo cierto es que había un tío desnudo debajo de tu cama.

«Sí, ¿qué pasa? Y unos momentos antes estaba tumbado en mi cama. Y también estaba encima de mí, mira por dónde». No se atrevió a revelar los detalles que su padre ya podía imaginarse. Sin embargo, de su boca salió un desafío peor.

—Y si me sale del coño volverá a estar allí.

—No en esta casa, Gina. Y no me hables así, por favor.

—¿Lo ves? Por favor. ¿Por favor qué? Todo lo dices así, sin perder la compostura y con la corbata bien puesta. Sin levantar nunca el... Pero no paras, sigues hablando, percutiendo, no callas, pum, pum, pum, y al final no puedes más. Ya no puedo más. Y compadezco a mamá por haber convivido contigo.

—No te pases ni un pelo, niña.

Apagó el cigarrillo, con mala leche.

Gina Homs, que por unos días aún siguió llamándose Georgina Castro, se armó de valor.

—Mira, papá... Llevaba días pensándolo, pero esta noche le he estado dando vueltas y me he dado cuenta de que tú y yo estamos mejor si nos vemos poco. Estamos mucho mejor. ¿Sí o no? Aunque nos queramos mucho, no es necesario que pasemos tanto tiempo juntos.

—Adiós.

—Eso es lo que iba a proponerte.

—Ya puedes largarte.

—No creas que estás echándome de casa...

—Te he dicho adiós.

—Soy yo la que se va.

«Maldito sea el orgullo de los Bonjoc», pensó Isabel, con el oído atento. Decidió poner en marcha la aspiradora y, con su estrépito, que diesen por terminada la conversación. Nunca habría pensado que en la alfombra del pasillo pudiera acumularse tanto polvo.

UN TERCERO SIN ASCENSOR

Dos maletas duras. Una Samsonite con ruedecillas, de viaje relámpago. Tres bolsas de deporte llenas a rebosar de zapatos. Y una caja de cartón con cacharros de cocina y unas vinagreras con asas, unas manoplas y algo que había preparado Isabel para que no le faltara de nada en su primera huida hacia el piso de estudiantes. A los dieciocho años, el inventario de la vida aún es transportable. Aún dejaba un montón de cosas en casa de su padre, pensaba Gina. Si le hacían falta, ya volvería a por ellas. Nada se lo impedía. Su padre, ni en el momento de máxima tensión, no le había dicho que no volviera a pisar esa casa. Al contrario, sus últimas palabras, antes de la seca y flemática despedida, fueron para decirle que viniese siempre que le apeteciera y le puso una única condición: que estuviera de buen humor. En su casa no quería malas caras.

Cuando Gina tuvo todas sus pertenencias en la calle se dio cuenta de que un hombre, que parecía desorientado, se acercaba lentamente por la acera. Andaba con el balanceo de los inseguros. Parecía empujado por un viento indeciso. Miraba hacia arriba, como si estuviera buscando algo oculto en los edificios, a media altura, y estuvo a punto de tropezar con la maleta negra con ruedecillas.

—Oh, perdone...

El hombre, con una mata de pelo negro de esas que caen por su propio peso, movía los brazos como si quisiera decir algo pero no lo consiguiera. Y le daba rabia no saber expresarse en la lengua del país. A primera vista, Gina lo encontró atractivo. Era un hombre de rasgos rudos, de pómulos marcados, pero con una nariz redonda y pequeña que no encajaba con él. Por el color rojo de sus mejillas, enseguida supo de dónde era. Había visto a muchos como él, más jóvenes, en los *pubs* del condado de Kent. El hombre se esforzaba por decir algo pero no daba con las palabras. Aunque ponía mucho empeño, era inútil. Finalmente, harto de balbucear como un idiota, el inglés de ojos verdes y aire intrigante pidió clemencia con la mirada a la chica de los paquetes.

—*Do you speak English?*

—*More or less...*

—Estoy buscando —del bolsillo de la chaqueta sacó un papel algo arrugado, lo miró y leyó con dificultad— a Polina Joms.

—Paulina Homs, *maybe?*

—*Missis Polina, yes.*

Este anda más que despistado: solo llegaba con diez años de retraso. ¿Acaso había tomado un tren español? El inglés volvió a clavar los ojos en el papelito.

—Rambla de Catalunya, 127.

Y miró el número del portal, para cerciorarse de que no se había equivocado.

—La dirección es correcta, sí. ¿Le traes algún paquete?

—No, no... ¿Paquete? Yo no.

—*Then...*

—He venido a conocerla.

Y en aquel instante del 21 de julio de un caluroso verano, justo cuando los boletines horarios de las radios informaban de que Pere Calders, el escritor del realismo mágico, acababa de morir a los ochenta y un años, Gina se sorprendió a sí misma. Quizás porque el primer vistazo había resultado agradable, quizás porque la pilló en un momento de conmoción, quizás porque aún estaba enfadada con el hombre más importante de su vida, quizás porque de repente la mañana se volvía enigmática, quizás porque aún le gustaba jugar con la vida, quizás porque estaba ovulando y se sentía extraña, miró fijamente al inglés que tenía delante, le dedicó una sonrisa que pretendía ser franca y le dijo, con convencimiento:

—*That's me.* Yo soy Paulina Homs.

Se dieron la mano.

—*How do you do?*

—*How do you do?*

—Mark. Mark Granger.

—Paulina Homs. —Se lo repitió incluso más despacio, metiéndose en el papel—: Pau-lina Oms, la *H* no se pronuncia. Oms, tal cual. ¿Y qué quieres de mi...? ¿Qué quieres de mí?

—En realidad, nada.

—¿Nada?

—No lo sé, la verdad. Fue una decisión rápida. No esperaba encontrarte así, tan pronto, y que fueses tan...

—¿Vienes aquí desde Inglaterra y no sabes lo que quieres?

—Bueno, trabajo en Londres, sí. Y vivo en el East End, pero yo soy galés. No se puede decir que sea inglés.

—Oye, Mark, me pillas en pleno... Tengo prisa. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Ayudarme? —El galés sonrió, descolocado—. Debería ser yo quien te lo preguntara.

Gina, en la piel de su madre, había iniciado un juego que, tan solo un minuto después, no sabía adónde la llevaría. Y tampoco intuía cómo podría pararlo llegado el momento de revelar le la verdad al tal Mark Granger, a quien le faltaba un dedo de la mano izquierda, aunque aún no había podido fijarse lo bastante como para saber si era el índice o el anular. Si estás en un baile, bailas, le había oído decir a la abuela Lourdes en más de una ocasión, y decidió ir a por todas. ¿Qué podía perder? Y, bueno, mantener una conversación en boca de su madre era un divertimento nuevo e inesperado.

—A mí, francamente, no puedes ayudarme mucho, pero si has tomado un avión en Londres y has venido hasta la Rambla de Catalunya, 127 para encontrarme... Por cierto, como puedes ver, me has pillado por los pelos, porque estoy de mudanza.

—¿Un viaje?

—No exactamente.

Tampoco le dio la gana darle más explicaciones. «Si no me controla ni mi padre, a ver si ahora va a fiscalizarme este inglés o galés o de donde coño sea».

—¿Y ahora de qué te ríes?

—Lo cierto es que tampoco he venido en avión. He viajado en coche.

—¿Desde Londres?

—*Yea...*

—Qué pasada. ¿De una tirada?

—Me gusta conducir. Pero he dormido en un eso de autopista, después de Lyon. Un Novotel. Cuando te entra sueño...

—Sí, sí.

Las frases hechas cambian de un idioma a otro, pero los clichés son los mismos.

—No hace ni treinta horas que salí de casa. Mi abuelo, *once upon a time*, sí se durmió conduciendo. La historia es muy buena. Mi abuelo, por parte de los Granger, tenía uno de los primeros Ford que hubo en Gales después de la guerra. Y un día, hace muchos años, yo aún no había nacido, dio una cabezada al volante, pero con tanta mala suerte que, dormido como estaba, el pie siguió pisando el acelerador sin que se diera cuenta. El coche avanzó en línea recta, hacia delante, unos metros, y, al chocar con la barrera de un paso a nivel, mi abuelo se despertó de repente y tuvo los reflejos suficientes para agachar la cabeza. Y como si fuera un milagro, el coche pasó por debajo, justo un instante, solo un segundo, antes de que pasara el tren.

—*Lucky man*, tu abuelo.

—Un milagro, ya te digo. Los Granger tenemos suerte. Siempre nos salvamos por los pelos. Sin embargo, después del susto, mi abuelo dejó de conducir. Nunca más quiso saber nada del coche.

A Gina, con todos los paquetes esparcidos por la calle, con el apuro de abandonar una vida asegurada para lanzarse a la aventura y con un cielo que no tenía buenas intenciones, la historia del abuelo Granger le daba igual.

—Pues yo me estoy sacando el carnet.

—¿No sabes conducir?

—¿Cuántos me echas?

—*Don't know...*

—Pronto cumpliré diecinueve. ¿Y tú?

Tenía cuarenta años y el dedo que le faltaba era el de en medio. Ahora había podido verlo. Tenía unas manos grandes y unos dedos fuertes. Los que le quedaban. Las uñas, demasiado largas, en opinión de Gina. En un hombre, parecen las de un viejo.

—¿Y puedo saber, Mark, ahora que ya conozco a tu *grandfather*, por qué has venido a buscarme si no nos conocemos de nada?

—No he venido aposta. O no exactamente. Tenía quince días de vacaciones. He alquilado una habitación en Salú, Salou —se esforzó en corregirse—, pero ya que pasaba por Barcelona y ya que por teléfono nunca he podido dar contigo, pensé que si me desviaba, te encontraba y te conocía, podía ser divertido.

—¿Pero llamarme adónde?

—¿Dónde cojones... lo he metido ahora? —La mano con cuatro dedos de Mark estaba ocupada, hurgando en los bolsillos, pero no sacaba nada—. Por fin.

En el bolsillo interior de la chaqueta encontró el papel que había consultado antes, para dar con la dirección. Se lo entregó a Paulina. De hecho, era una tarjeta suya. Con el nombre y las señas de Rambla de Catalunya, 127, un teléfono y algo escrito que, a primera vista, Gina no logró descifrar.

—Este teléfono es antiguo. No me sorprende que no me... ¿De dónde has sacado esto?

—De un libro, hará unos dos o tres años. La encontré dentro de un libro. Al principio no le di importancia. Vi que decía «*Appelle-moi*» y la guardé durante mucho tiempo, puede que más de un año. Y un día pensé: «Llama, Mark, no pierdes nada». Y llamé. Un día, y otro. Pero nunca contestó nadie... Creo que ni siquiera daba señal. Comprobé que los prefijos de Barcelona fueran correctos, pero nada.

—2032875. Uf, hace años que cambiamos de número, ya te digo...

Por mucho que la observaba, Gina no entendía nada. ¿Qué hacía aquella tarjeta de visita de su madre, fallecida diez años atrás, en manos de aquel hombre galés con cuatro dedos que la había descubierto en el otro extremo de Europa sin que realmente conociera de nada a su madre, porque, en caso contrario, no se habría tragado que Gina era Paulina? Y tampoco entendía aquel «*appelle-moi*». Aquella letra, escrita con un bolígrafo azul, puede que sí se pareciera a la de Paulina Homs, pero, pensándolo bien, había visto tan pocas cosas escritas por su madre que no podía asegurar que lo fuera, pero tampoco que no lo fuera. El juego se había complicado. No sabía qué decir ni qué hacer.

—Mira, Mark, lamento mucho que te hayas montado toda una historia, pero esta letra no es mía. Alguien, yo qué sé... Alguien debía de necesitar un papel, puede que encontrara una tarjeta mía en el suelo, en Londres, y la utilizó para apuntar eso...

—¿Tú sabes francés?

—No.

—Yo tampoco. Acudí a un compañero de trabajo, un tío de Calais que hace la ruta del norte. Le pregunté qué ponía y me dijo: llámame.

—*Appelle-moi*, sí, sí. Ya lo veo. Pero te aseguro que yo no escribí eso —acababa de decir la primera verdad en mucho rato—, pero no entiendo qué hacía una tarjeta mía en un libro.

—Pero ¿has estado alguna vez en Londres?

La pregunta le sonó a manual de inglés básico. *Have you ever been in London?*

—Sí, sí... —En un momento pensó como Paulina, y también como Gina, si había estado en Londres—. Sí, dos veces... Me mandaron dos veranos a estudiar inglés a Canterbury, y los fines de semana íbamos de excursión a Londres. Pero... —Paulina le devolvió la tarjeta a la mano mutilada de Mark—, ¿dónde dices que la encontraste, exactamente?

—En un libro. ¿Te acuerdas de Charing Cross, en la parte de arriba? Hay una librería muy grande, tal vez la conozcas...

—...

—Fui allí. Entre un turno y otro, a veces tengo un rato para curiosear. Me compré un libro y unos días después, pum, se cayó esto...

Mark Granger buscó indicios que lo llevaran a elaborar una historia en torno a ese hallazgo. Solo como estaba, necesitaba que aquel «*Appelle-moi*» fuese una señal. Necesitaba que tuviera el punto de misterio, de miel o de poesía que se había imaginado durante meses. Sin embargo, aquella Paulina descaradamente joven le contestaba en prosa.

—Mira, todo esto me parece muy extraño. ¿Has dicho que tienes el coche cerca?

—Creo que a dos *corners* de aquí.

—A ver qué opinas, Mark. Te propongo que me ayudes a cargar todo esto, me lleves a mi nuevo piso y luego bajemos a tomar una cerveza.

Tardó diez minutos en recogerla. Su sentido de la orientación era muy agudo. Mark era galés, pero su coche era inglés. De una marca, un modelo y un color indefinible. No los exportan porque solo les gustan a ellos. «Es lo mismo que sus salsas de carne», pensó Gina. Sin embargo, el maletero era bastante grande, y aparte del mínimo equipaje que llevaba Mark para sus quince días en un hotel de dos estrellas de Salou, Gina, convertida en Paulina, consiguió meter todos sus bultos. Cuando estaba a punto sentarse en el sitio del copiloto, se topó con el volante.

—Tendrías que dejarme el coche para hacer prácticas. Si cambiar de marcha con la derecha ya me cuesta...

—Hay un truco. A los compañeros que empiezan, los profesionales les decimos que cambiar de marchas es como follar. Cuanto más piensas en lo que estás haciendo, peor.

—¿Y con un dedo menos no cuesta más?

—¿Follar?

—Meter segunda...

—¿Te has fijado?

Mark levantó los cinco dedos. Los cuatro.

—¿Te molesta?

—No. Solo me tira cuando va a cambiar el tiempo. Pero no me impide hacer mi trabajo. Soy... —Lo dijo sin énfasis. Ni con humildad ni con orgullo—: Soy conductor de autobús.

—¿Conductor de autobús?

—De esos rojos, en Londres, los de dos pisos. Seguro que la primera vez que fuiste a Londres subiste a la parte de arriba y te sacaste una foto...

—Pues claro. Y seguro que era el tuyo...

—*Why not?* Llevo muchos años dando vueltas. —Apartó la mano con cuatro dedos del volante y la colocó, muy abierta, ante los ojos de Paulina—. ¿Quieres saber la historia?

—¿Te quedaste dormido antes de que pasara el tren?

—No, no —se rio—. No es hereditario. Si algún día volvemos a vernos, te lo contaré.

Paulina no respondió. Y Gina tampoco. Había visto maneras más románticas de concertar una cita. Un dedo amputado. ¡Vaya reclamo para quedar con alguien! Decidió no responder y se concentró en dar indicaciones, la primera a la derecha, toda la avenida recto hasta la plaza y enseguida llegaremos. Es una calle muy estrecha. No sé si podrás aparcar enfrente. Esto es Sants.

—¿El campo del Barça está cerca?

—¿A ti también te gusta el fútbol? No queda lejos.

—Psé. Pero Mark Hughes era galés. Una bestia.

—Ya hemos llegado. *Stop*, es aquí. Descargamos, y si viene alguien, que espere.

—Pero...

En un abrir y cerrar de ojos, Mark Granger pasó de ser chófer a ganapán. Arrebató las dos maletas que más pesaban de las manos de Paulina y se las subió hasta un tercero sin ascensor.

—¿Qué llevas aquí dentro que pesa tanto?

—Solo es ropa de muerta.

La escalera, con la pintura blanca desconchada, olía a gato y a humedad. Los peldaños, desiguales, no acogían bien los pasos. O resbalaban o eran demasiado altos o demasiado estrechos, pero no había dos idénticos. Los años y el desgaste los habían convertido en traidores, de los que fallan cuando menos te lo esperas. En el piso no había nadie. Le habían dejado la llave debajo de la alfombra. Dentro, ni fiesta sorpresa ni globos de bienvenida. Solo colillas. Una mezcla de puntas de cigarrillo negras y rubias que llenaban los ceniceros que había en la cocina-salón-comedor desde hacía unas semanas. El pisito era un cuchitril donde tendría que convivir y que compartiría —porque así lo había decidido ella en un arranque— con un chico y dos chicas de Reus que estudiaban la carrera de historia del arte en Barcelona. A juzgar por el tufo que les echó para atrás, ventilaban poco y fumaban como carreteros.

—Mark, te he prometido una caña y te la has ganado.

Paulina dejó los seis paquetes en la entrada. Sin apagar la luz, cerró dando un portazo y volvió a dejar la llave en el escondite secreto de los estudiantes de Reus. Dejó pasar a Mark, le dio al interruptor con el culo y, desafiando cada peldaño de piedra, bajó la escalera con la intención de interrogar al interesante conductor galés

que, sin saberlo, estaba buscando a su madre.

LAS MUJERES SE DEPILAN

—¿Por qué? ¿Por qué has venido? ¿Por qué recogiste una tarjeta que apareció en un libro y pensaste que era una señal? ¿Por qué la guardaste? ¿Por qué creíste que la encontrarías en persona si, por teléfono, habías sido incapaz de localizarla..., localizarme? ¿Por qué no has venido hasta ahora? ¿Qué te ha hecho pensar que podías encontrarme? ¿Pensabas que sería tan joven y tan enrollada? ¿En qué librería me has dicho que encontraste mi tarjeta? ¿Recuerdas en qué libro estaba? ¿Por qué lees? ¿Qué libros te gustan? ¿Qué hace un conductor de autobuses leyendo y leyendo?...

A la segunda cerveza, Mark había respondido que no lo sabía a casi todas esas preguntas. Que no lo sabía, o que no lo recordaba, o que todo fue una casualidad y que pensó, precisamente, que a veces el azar te envía mensajes que hay que saber cazar al vuelo. Respondió que no perdía nada, que de vez en cuando hay que echar sal y pimienta para romper la monotonía y que no se la imaginaba ni tan joven ni tan guapa. Se la había imaginado más como una profesora de universidad, con unas gafas para leer apoyadas en las tetas, más señora, no tan seca, no tan huesuda, más... Sin embargo, lo que no podía pasarle por alto, de ninguna manera, era esa ofensa de por qué lee un conductor de autobús de Londres. «¿Acaso somos imbéciles? ¿O es que crees que solo leen los maricas de Oxford?».

—No quería decir eso.

Gina se disculpó como lo hacen los que tiran la piedra y esconden la mano, y luego fingen sentirse ofendidos. E incomprendidos. Y, en el colmo del cinismo, pretenden que los demás se sientan mal.

—Abrir un libro es, me parece a mí, descubrir mundos, vivir otras vidas, dar sentido a la nuestra. Viajar hacia delante y hacia atrás. Forjar historias. Llorar y reír. Un periódico es siempre lo mismo. Los días se parecen demasiado. Nunca pasa nada. Y cuando pasa algo importante, tampoco te lo cuentan. A mi parecer, leer libros es, quizás, la única forma de fantasear un poco. Cada uno tiene su sistema y sus manías. Pero es la solución que a mí, al menos a mí, me ha servido para huir del aburrimiento y para salir de la puerta giratoria.

El personaje, además de *handsome* y de beberse las cervezas como si fueran agua, empezaba a resultar interesante.

—¿De qué puerta hablas, *sorry*?

—De la del día tras día. Levantarse. Ir a trabajar. Ponerse la camisa del trabajo. Fichar a la hora *o'clock*. Hacer lo mismo durante toda la jornada. Parar y arrancar. La rutina aturde. Me parece a mí que la rutina te atonta. Tower Hill, Monument, Cannon

Street, Fleet Street, Aldwych, Strand, Trafalgar Square. Y vuelta a empezar. La 15. Puedo hacerla con los ojos cerrados. ¿Sabes lo que significa hacer dieciocho veces el mismo recorrido?

—En Fórmula 1 dan muchas más vueltas y no se quejan.

—No hay atascos, no hay semáforos, no tienen que frenar y arrancar, no tienen que mirar por el retrovisor para no ponerse en marcha sin asegurarse de que no haya alguien bajando por la escalerilla, no tienen que responder a preguntas de turistas que nunca saben adónde quieren ir... ¿Sabes cuántas paradas hay en Londres?

Paulina tomó un trago de Estrella. Aprovechó para calcular, a voleo, una cifra aproximada.

—¿Mil?

—Quince mil. Solo en Londres ciudad. Y con los Routemaster aún, porque la puerta siempre está abierta, en la parte de atrás, y a los conductores nos dejan en paz. Pero ahora han empezado a cambiar los vehículos. Ahora todo tiene que ser más seguro, más cómodo, más nuevo, menos contaminante. Están despidiendo a los cobradores, quieren que controlemos que la gente paga, que no se cuele nadie, que...

—Vamos, que necesitas unas vacaciones.

—¿Cómo es Salú?

—¿Salou? —«¿Cómo narices decirle a alguien que ya tiene reservada una habitación cómo es Salou?»—. ¿Te gusta la playa?

Cuando se reía, Mark Granger enseñaba los dientes de arriba. Limpios, arreglados, con todas las piezas en su sitio. Parecía más el chófer de un sir elegante de Westminster que el conductor de la ruta de la City.

—Preguntarle a un galés si le gusta el sol es como preguntarle a un *supporter* del Chelsea si le gusta el fútbol. A todo el mundo le gusta lo que no tiene. «¿Por qué no te vienes?».

Ni Gina ni Paulina supieron qué decir.

—¿Yo? Es que acabo de...

Se sofocó. La pregunta, así, tan directa, sin ningún preámbulo, de un tema a otro, la pilló por sorpresa. Sin embargo, era consciente de que, en el fondo, se moría de ganas.

—Dos días, tres. Me acompañas y te vuelves. Lo que tú quieras.

—*Why not?* —Después de decir que sí, resopló—. Pero ¿estás seguro de que habrá una habitación para mí?

—Ya nos arreglaremos.

Ambos lo entendieron. Y se ilusionaron. Y pensaron lo chispeante que es a veces el mundo, cómo, en un abrir y cerrar de ojos, gracias a un arranque imprevisto, con tres palabras pronunciadas en un momento, se ensanchan los pulmones y notas el escozor de la enorme pincelada del pintor en una tela inmensa. Seguro de ti mismo, mojas la brocha en el bote del color rojo y, dejando chorrear las gotas sobre el papel de estraza, lanzas el trazo con un gesto seco, con la seguridad de un genio. Los

sentimientos se aceleran, todo es muy rápido, nada planificado. Es, en el fondo, el deseo sexual. El grito.

Camino a Salou, por el carril central de la autopista, conduciendo maquinalmente, como si sonara la música acuática de Telemann, Mark pensaba, *oh my God*, que al cabo de unas horas podría estar follándose a Paulina Homs, la enigmática mujer de la tarjeta, que había resultado ser una joven lanzada con ropa *hippy*, de pelo rizado y ojos de miel. Gina, con la mirada en el punto de fuga, reflexionaba sobre cómo se las arreglaría si, al llegar al hotel, le pedían el DNI para registrarse en la habitación. Qué haría para ocultarle a Mark su verdadero nombre si se daba cuenta de que en él ponía Georgina Castro. De pronto, sintió la mano con cuatro dedos sobre su rodilla. Fuerte, caliente, sin ganas de retirarse.

—¿Paulina es un nombre común aquí?

Mark aprovechó las palabras para disimular su atrevido gesto.

—¿No ibas a contarme lo que te ocurrió?

Fue la primera vez, en los dos días que estuvieron juntos, que Gina le tocó la mano.

—Tendríamos que repostar. —Se dio cuenta de que se encendía el piloto de la reserva—. ¿El dedo? No tiene mucha gracia, de verdad...

—Me lo has prometido. —Gina, rotunda, sin ningún deje mimoso.

—*Ok, then*. ¿Te gustan los fuegos artificiales?

—Ufff... De pequeña me daban miedo.

—¿Y ahora?

—Ni fu ni fa. Mis padres me obligaban a verlos con ellos desde la terraza, yo no quería y... Pero no cambies de tema.

Mark sonrió. Gina sabía, desde hacía un buen rato, que aquel era el mejor gesto de su compañero de *road movie*. Cuando se soltaba, parecía más franco y menos británico.

—Encendí unos cohetes en un festival infantil, cerca de Cardiff. Tenía que encender toda una hilera. Todo muy bien preparado, todo dispuesto como en una exhibición profesional. Todo iba bien: la mecha en el pabilo, contaba hasta dos y tenía que apartarme antes de que el cohete saliera a toda castaña. Pero con uno de ellos, me cago en la hostia, no me dio tiempo a nada. En cuanto lo encendí, me arrancó el dedo y salió volando con el cohete.

—¡Hala, qué daño!

—Lo estuvimos buscando. Alguien me dijo que si lo encontrábamos, podrían cosérmelo. Pero cuando llegó la ambulancia, yo estaba pálido de cojones y me dolía tanto que nos olvidamos del dedo.

—Vaya putada. —Gina, directa, se atrevió a decir—: ¿Tienes hijos?

—No.

—Has dicho que era una fiesta infantil...

Quiso justificar su razonamiento. No era una pregunta gratuita.

—Tengo tres sobrinos. Tres granujas de la cabeza a los pies.

—¿Y pareja? —Ya puestos—. ¿Tienes?

—¿Acaso tiene alguna importancia? —Él movió ligeramente el cuello para mirar a Paulina por el rabillo del ojo—. Estoy de vacaciones y estoy muy lejos de mi casa. ¿Tenemos que dar explicaciones a alguien?

—Yo no.

—Pues yo tampoco.

Medio kilómetro más al sur, cuando pasaban por debajo de la señal azul de la salida de Vilafranca, Gina quiso disculparse por la pregunta.

—No llevas ningún anillo...

—¿Y si te digo que salió volando con el cohete?

Se rio a gusto, nerviosamente. Como conductor experto, Mark Granger sabía llevar la situación.

—Te sugiero que no indagues en mi vida; te enamorarías de mí.

—¡Uy, sí! Eso sí que lo llevas claro.

Y volvieron las risas, ahora más candorosas.

Cuando pararon para llenar el depósito con diésel, el galés ya intuía que se habían encendido todas las señales de la atracción. Al quitar la llave del contacto, se lanzó sobre Paulina y, con los ojos cerrados, le mordió dulcemente el labio antes de besarla. De inmediato, ella le metió la lengua en la boca, moviéndola sin parar, de un lado a otro, con juvenil desasosiego, como si con aquella punta húmeda y persistente tuviera que perforar el túnel que hay bajo el canal de la Mancha.

Con el depósito lleno, continuaron hasta llegar al Hotel de Francia de Salou. Contento, Mark tarareaba la música que había puesto en el casete del coche. De todas aquellas canciones, Gina no conocía ni una. No sonó ninguna de los Beatles. Se la sudaba. Pensaba que nunca se lo había montado con un hombre que tuviera veintidós años más que ella; le doblaba la edad con creces. También pensaba en qué instante tenía que decirle que ella no era la Paulina que andaba buscando sino su hija, ni más ni menos. De momento, mañana será otro día... ¿Qué tendrán los secretos que resultan tan adictivos y excitantes?

En un hotel de dos estrellas nadie acude a recoger las maletas del coche. Solo un pastor alemán, que no se tenía en pie y que respondía al nombre de *Sultán*, apareció para olisquearles desde lejos. Luego, vencido por la pereza de los años, no les volvía a prestar atención por muchos días que los clientes pasaran en su modesto hotel. A la hora de la siesta, la recepción olía a arena de playa y a calamares a la romana. La recepcionista, una mujer con tan poco encanto como el vestíbulo, el mostrador y la llave de la habitación, los recibió sin mirarlos.

—Déjame a mí. —Cuando podía hablar en inglés, Mark iba de listillo—. Granger. Una reserva para dos semanas. Había pagado la habitación para una persona, pero al final vamos a ser dos. ¿Hay algún problema?

—¿Me dejan la documentación, *please*?

Gina se asustó.

—¿Los dos?

—Solo el señor. La reserva está a su nombre.

Mark sacó el pasaporte del bolsillo trasero del pantalón y lo dejó encima de la mesa, abierto por la página de la foto. Después del trayecto de Londres a Salou, en coche, los papeles tenían forma de U. En la foto de carnet llevaba barba.

—Solo hay un problema —dijo la recepcionista, impersonal, sin un ápice de ironía—. La veinticuatro tiene dos camas separadas.

Mark y Paulina se miraron con complicidad. Eso era lo de menos.

—*No problem.*

—Y hay otra cosa... —La recepcionista desapareció en el interior del despacho y regresó con un juego de toallas—. Solo las habíamos preparado para uno. Las cambiamos cada tres días. Tienen un balcón con una cuerda y unas pinzas; pueden tenderlas allí. La veinticuatro está en el segundo piso; la escalera está al fondo, a la derecha: no hay ascensor. El desayuno se sirve en la planta baja, de siete y media a nueve y media. A las once de la noche cerramos las puertas. Si piensan volver más tarde, tienen que avisarnos con antelación. Esperamos que se sientan a gusto.

Y damos el duelo por concluido, solo le faltó añadir.

Ni siquiera les dio tiempo a abrir la ventana de la habitación. Ni siquiera se miraron. Afuera estaba oscuro y, a través de las cortinas abiertas, una farola de la calle iluminaba vagamente la estancia. Ni en la repetición de la jugada, a cámara lenta, queda claro quién se lanzó sobre quién para darse el primer beso. Mark agarraba la cabeza de Paulina con las dos manos; Gina, de puntillas, lo sujetaba por debajo de los brazos y lo agarraba por la espalda. De vez en cuando cogían aire para continuar enseguida, con más desasosiego.

—Para una primera cita, las mujeres se depilan y los hombres se masturban.

—¿Disculpa?

No estaba segura de haberlo entendido bien.

—Lo decimos en el East End. ¿Aquí no se dice?

—No... —Gina no se arredraba ante comentarios groseros—. Pues te aviso de que no he cumplido con mi parte. ¿Y tú?

—Yo no sabía que el día acabaría así, Paulina.

—Claro... La excusa de siempre. Del que se corre antes de entrar...

—Chis, no me subestimes.

Mark la hizo callar con otro beso. Le encantaban los labios carnosos y tiernos de Paulina. Ella le desabrochó la camisa, empapada después de tanto conducir. El sudor, de Lyon a Salou, le había ido mojando y acartonando la ropa. Según se mire, pensó, el galés tenía más tetas que ella. Mientras Gina iba al baño, Mark apartó las mesillas de noche, sacó la Biblia del cajón, la lanzó debajo del armario y juntó las camas. Paulina, sin exhibirse, apareció con naturalidad, con una sola pieza: las braguitas.

Cuando se despertaron, ya no estaban a tiempo de desayunar. El sol restallaba

desde hacía horas sobre sus cuerpos vencidos. Si se daban prisa en ducharse, aún tendrían tiempo de comer algo en un santiamén. En dos días apenas comieron. Pasearon un poco, bajaron un rato a la playa, al atardecer, a remojar los pies en el agua y, sobre todo, tendieron muchas veces las toallas en el balcón que daba al garaje de grava del Hotel de Francia. En esos perezosos días, Gina descubrió que un cuerpo, a los cuarenta, tiene una musculatura y una piel e incluso un olor distinto a lo que había probado hasta entonces. Mark descubrió que a la joven Paulina, tan silenciosa en los orgasmos, le gustaba más dar que recibir. Le parecía bien. A él —no sabía si era una exclusiva de los hombres galeses— también le gustaba más recibir que dar.

El tercer día, mientras Mark roncaba a pierna suelta, Gina decidió que ya tenía bastante. No quería que la escapada a Salou se convirtiera en un viaje de novios. Pensó en la puerta giratoria, temió los vínculos con un desconocido, sospechó que la rutina se podría disolver en quince días... Y, para ser sincera consigo misma, estaba cansada de llamarse Paulina. El nombre de su madre no le gustaba nada. Despertó a Mark y le dijo que, después de desayunar, volvería a casa. Él no le puso ninguna pega. Se dieron una ducha juntos, hicieron el amor por última vez y, después de desayunar, se despidieron en el vestíbulo del hotel que, después de todo, defendía sus dos estrellas con dignidad.

—Mark, tengo que decirte algo... Y júrame que no te vas a enfadar.

El galés levantó las cejas. En la recepción, eso sí, volvían a respirarse los calamares. ¿Pero a qué maldita hora empezaban a freírlos? ¿De buena mañana?

—Ahora me voy, cojo el tren y me vuelvo a Barcelona. Durante el trayecto en tren pensaré en estos dos días, en lo que nos hemos reído y en lo que hemos hecho. Ha sido bonito, pero ha sido un divertimento que debemos dejar aquí. Es mejor que termine así. No me busques. No queramos saberlo todo el uno del otro. Con lo que sabemos basta. Guarda la tarjeta si quieres, pero no me idealices ni a mí ni a mi nombre. Las cosas ocurren y ya está.

—Decidimos que no teníamos que dar explicaciones a nadie...

—Olvídame y sé feliz, ¿me oyes?

—*I promise...*

El conductor de autobús levantó la mano de los cuatro dedos como si estuviera jurando la Constitución americana. Gina se abrazó a él y le dio un último y ruidoso morreo. *Sultán*, perezoso, levantó un ojo. Lo volvió a cerrar y siguió con el morro pegado al suelo, confortado por una baldosa fría.

—¿Te vuelves a casa de tus padres?

Lo preguntaba en un tono informativo, como si, ciertamente, no lamentara que Paulina se fuera.

—No. Me voy al piso al que me llevaste los paquetes. Me instalo en Sants, con tres amigos de la facultad. Espero que nos vaya bien. ¿Te he dicho que estoy estudiando historia del arte?

—¿Tan dolida estás con tus padres?

—No. En todo caso, con mi padre. Ha sido una excusa para... Yo no tengo madre. ¿No te lo había dicho?

—Vaya, lo siento... ¿Cómo se llamaba?

De repente, Gina se dio cuenta de que su corazón latía a ciento veinte pulsaciones por minuto. Disimuló la quemazón del momento y, sin mover un párpado, le mostró a Mark Granger la mejor sonrisa que le habían dedicado en su vida. Acto seguido, antes de salir para la estación, decidió rizar el rizo.

—Igual que yo. Paulina.

CON UN TUBO DE CERVEZA EN LA MANO

—Hola. Soy Sara. Me fui en segundo de BUP. Estoy soltera y, de momento, sin ganas de dejar de serlo. Tengo una papelería que mis padres abrieron cerca del mercado del Putxet y no sé qué más puedo decir. ¿Qué canto en una coral del barrio tres noches por semana y que lo pasamos muy bien?

—Alfred Sicilia. Al veros, me doy cuenta de que han pasado todos estos años y todos habéis hecho muchas cosas, y yo sigo igual. Sigo teniendo un perro, que ya no es el mismo, por supuesto, y sigo siendo del Espanyol, ¿qué pasa? Sigo viviendo en la Riera de Sant Miquel y sigo veraneando en Blanes.

—¿Y el secreto, Sicilia?

—¿Un secreto? —Se lo pensó un momento—. No sé si debería decirlo, pero... mi hijo mayor juega en los infantiles del Barça.

Las cenas de exalumnos. De entrada, dan pereza. Luego, también. Sin embargo, cuando estás ahí, la modorra tiende a evaporarse.

—Por mi parte, nada de especial. —Mia, la más habladora del curso, no necesitaba presentación—. Me casé en Lloret con Toni, un amigo de toda la vida. Tenemos dos hijos, de nueve y seis años; estudian aquí mismo, porque, aunque decirlo no sea demasiado popular, yo tenía un buen recuerdo de la escuela. O sea que todos los días me como los atascos de las nueve y de las cinco. En nuestra época no existía la ronda de Dalt ni todos esos problemas de tráfico, ni para aparcar o para dejar el coche en doble fila un momento, ni por la mañana ni por la tarde.

—Ni los de la grúa poniéndose las botas... —gritó alguien, bajo el pino más ufano. Los otros dos habían perdido fuerza.

—Entre atasco y atasco, trabajo en una gestoría. Ya os lo he dicho, nada de especial.

Nadie hablaba de sus pequeños éxitos, irrisorios. En el correo electrónico de la convocatoria, además de exigir los cuarenta euros por cabeza —menú y barra libre de copas—, el número de cuenta corriente para pagar por adelantado y sugerir traje de noche, había una posdata que, de entrada, a todos les pareció la mar de divertida. A fin de ponernos al día sobre cómo les había ido la vida a unos y a otros, todo el mundo debería presentarse y confesar algún secreto. Sin embargo, llegado el momento, ni todos lo hacían ni todos tenían gracia.

—Me casé a los veintinueve. Aquella mañana, antes de vestirme con el chaqué y toda la hostia, quise pesarme. Mejor dicho: para ser exactos, ya que esta es una noche de confesiones, primero me hice la última paja de soltero y luego me subí a la báscula, por ese orden. —Todo el mundo se rio y lo aplaudió—. Quería poder decir,

al cabo de unos años, que cuando me casé pesaba... Pues pesaba ciento cinco kilos. Me divorcié cinco años después, con ciento dieciocho. Con la felicidad de estar solo otra vez, la cocina rápida, las *pizzas* congeladas y los fideos de microondas llegué a pesar ciento treinta y cuatro, y entonces, cuando me dijeron que tenía todos los factores de riesgo, el tabaco, el colesterol, la obesidad y la polla, me hice lo que, sobre todo, no debéis hacer nunca bajo ningún pretexto: la operación de *bypass* gástrico. He adelgazado, sí, a la fuerza, pero mirad, ahora me sobra piel por todas partes, y esto no es vida.

Òscar se sentó a la mesa y todos los antiguos compañeros de curso volvieron a aplaudirle.

—Hagamos chico, chica; será más divertido.

—Uno de cada.

—¿A quién le toca?

—Da igual, al final tendremos que hablar todos —dijo Gina, que, a los treinta y ocho, se parecía mucho a las fotos que había visto de su madre cuando tenía más o menos su edad.

Llevaban muchos años sin verse. Celebraban el veinte aniversario del fin de sus estudios, y Maria y Àxel, que se habían mantenido en contacto y eran de los que han nacido para organizar movidas, se encargaron de todo. Hablaron con la escuela; contrataron el *catering* para la cena; consiguieron mesas, sillas y manteles no se sabe muy bien dónde y, como si se tratara de una boda para noventa invitados, lo prepararon todo en el patio de los tres pinos. Arremangados, encargaron también una buena noche, suave y serena, para que las chicas que llevaran tirantes no pillaran un resfriado de junio, que son los más traidores. Driki, instado por los compañeros de mesa, se levantó, con un tubo de cerveza en la mano.

—Puede decirse que yo me he avanzado a los tiempos. Monté una agencia de viajes y la gente empezó a comprar billetes y a reservar hoteles por internet. Responded: *Bravo, campione!*

—*Bravo, campione!*

—Entonces conseguí una ganga: se traspasaba una tienda de fotografía en el Eixample. Buena situación, buena facturación... Los dueños se jubilaban y me quedé con ella. Al cabo de seis meses, aparecieron las cámaras digitales y nadie volvió a entrar para revelar nada, ni las fotos guarras de la amante. Responded...

—*Bravo, campione!* —Todos, a coro.

—He pensado que aprovecharía esta cena por si alguno de vosotros quiere asociarse conmigo, porque he tenido una idea que estoy convencido de que podría ser una buena inversión.

Todo el mundo se partía de risa con las desventuras de Driki. Seguía igual que siempre, sin un ápice de autocompasión, y era el primero en reírse de su mala suerte. Cuando se sentó, los compañeros de mesa lo estrujaron, agarrándole por la espalda y lanzándole servilletas.

—Gina, ahora le toca a...

—No, primero Maite; que hable antes Maite, porque si sigue trincando, dentro de un rato ya no será capaz de hacerlo.

—Muchas gracias, añorados imbéciles. —Maite fusiló a quien le había echado flores y luego levantó la mirada hacia el resto de las mesas que había en el patio—. En primer lugar, dejadme que os diga que, en general, en veinte años, los chicos habéis ido a peor, y que las chicas hemos mejorado, ¡ole nosotras! Nos hemos cuidado y tenemos mejor aspecto que vosotros: francamente, veinte años atrás había alguno que era muy mono y ahora no valéis un pimiento. En cuanto a mí... Del trabajo no me puedo quejar. Auxiliar de dentista: dar horas, abrir puertas, llenar el vasito para que se enjuaguen y unas cuantas higienes a la semana. Pero si hoy se trataba de revelar algún secreto... —Nadie esperaba que en una cena festiva se lanzaran jarras de agua fría—. Uf... Yo, en estos años... He perdido dos bebés; he tenido dos abortos. Uno provocado, el otro no. A veces pienso que si no me hubiese librado del primero... Me refiero a que el segundo quizás fue un castigo del tipo: pues ya que no quisiste el primero que vino, pues vamos a quitarte el segundo. Dicho esto, que ya veo que os ha cortado el rollo, tengo dos preguntas. Primera: ¿alguien cree que hay un dios tan macabro que hace esas cosas, que nos da y nos quita, que nos regala o que nos castiga? Y segunda y más importante: ¿alguno de los presentes ha adoptado un niño de Armenia y puede explicarme cómo funciona todo el proceso una vez que llegas allí?

Los de su mesa fueron los primeros en levantarse para aplaudir a Maite. Acto seguido, los ochenta y tantos compañeros corearon su nombre, moviendo la servilleta de hilo como una bufanda. Ella se desplomó en la silla y no pudo reprimir las lágrimas que, a chorro, caían sobre la maldita hojarasca de pino que se metía en los zapatos de todas las compañeras de curso.

—Ahora me toca a mí. —Poco a poco, Biel, ayudándose con las manos, como un director de orquesta *amateur*, obligó a todo el mundo a callarse y a sentarse, consciente de que debía cambiar el cariz dramático, incluso trágico, que podía adquirir la cena de la nostalgia—. Yo vivo en Londres desde hace siete años; trabajo como abogado en un bufete en el que hay cincuenta corbatas y ni una sola chica. Y sí, he venido expresamente para esta cena.

Todos lo aplaudieron. Aunque ya había conseguido remontar la situación, había que seguir animando al personal.

—He venido expresamente porque me apetecía mucho veros. A todos. Y a todas. Pero de manera muy especial a una persona. Una compañera vuestra, que veinte años atrás era una muchacha, y que ahora veo que es una mujer guapísima y, leed bien mis labios, una chica que tuvo el honor de desvirgarme en la cama de su casa.

—Vaya. —Soler fue el primero en reaccionar.

—¿Quién es? —gritó Edu.

—Seguro que es... —Y Mec empezó a recitar la retahíla de nombres de mujer

que veía en la fiesta, jugando a las adivinanzas.

—Gina, seguro que fue Gina. —Driki, que sabía algo, alborotó al personal.

—Si ella no quiere, no diré su nombre. —Biel, modesto, haciéndose de rogar.

—A ver, por alusiones. —Gina se puso en pie, ante el barullo general. Cuando se hubieron calmado, después de un minuto de bulla, risas y ovaciones, siguió hablando —. Admitamos que Biel ya era, en aquella época, el más feo de la clase; quise hacerle un favor, porque si no, hoy, con lo bobo que era, aún no se habría estrenado. Digamos que fue...

—¡Un favor!

—Calla, Driki.

—Una obra de caridad. —Disparó Gina, que tuvo que pasar al ataque, sin vergüenza.

—Oenegé, oenegé, oenegé.

Todos los compañeros empezaron a dar palmas, rítmicamente.

Biel, que con el paso del tiempo no había mejorado, permaneció en pie. Miraba a Gina, risueño, y la desafió con los riesgos calculados. Nadie quería ceder en el duelo que tanto divertía a los compañeros de una escuela con nombre de santo.

—Si lo cuentas así, como si me hubieras hecho un favor, vamos a contarlo todo.

—Vamos-a-contarlo-todo, vamos-a-contarlo-todo.

La platea, entusiasmada, seguía dando palmas al compás de las sílabas.

—Yo acabé debajo de la cama, en pelotas, porque su padre volvió a casa por sorpresa.

Los viejos amigos de curso se desternillaban. Gina también se reía.

—No, no, perdona. —Remachó ella, hecha y derecha—. Que quede claro: tú acabaste saliendo de debajo de la cama, arrastrado por mi padre, que te echó de casa con los calzoncillos en la mano.

—Calzoncillos-en-la-mano, calzoncillos-en-la-mano...

Tenían treinta y ocho años, pero algunos parecían estar anclados en los catorce. Seguían dando palmas y acompañándose con el grito primario de los bobos.

Nadie podía superar aquella confesión. Y si en la cena de exalumnos había alguien con revelaciones más sonadas que hacer, supo guardarse el misterio para él, fiel a la máxima infalible de que, cuando dos personas saben algo, deja de ser un secreto.

Biel, que había estrenado un polo Lacoste para la ocasión, buscó el momento para estar a solas con Gina. No era fácil. Con su revelación, ella se había convertido en la reina de la fiesta, y todo el mundo quería preguntarle cómo estaba —tirando, como todos—, a qué se dedicaba —profesora de historia del arte en la Universidad de Barcelona—, si tenía hijos —no—, si se había casado —tampoco—, si tenía pareja —esta noche no, se limitó a responder—, qué hacía para conservarse tan bien —lo que no consigue la genética lo consigue la VISA...

Cuando la dejaron sola, aspirando la noche, contemplando la ciudad, Biel la atacó

por la espalda. Antes de darse la vuelta, Gina se aventuró a hablar.

—Déjame que te dé un par de besos. —Había intuido quién era—. Vaya pollo has montado, Bielet de los cojones.

Gina se dio cuenta de que Biel olía a sudor. A Biel le pareció que Gina había escogido el perfume más dulce de toda la fiesta. El hombre, que cumpliría los cuarenta sin ningún pelo en la cabeza, inició la conversación con una fórmula especial, para ponerla a prueba.

—Nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti.

—La última vez que me dijiste eso acabamos follando. Hoy no te hagas ilusiones, no tendrás tanta suerte.

—No te estaba tirando los tejos, pero...

—Y ahora ya no podrías meterte debajo de mi cama.

Gina clavó sus ojos en su enorme barriga. Estuvo a punto de tocársela, pero no se atrevió. Pensó en la rabia que le daría que alguien tuviera huevos para tocarle la suya, por muy plano que fuera su vientre.

—Tampoco me apetece que tu padre juegue a arrancar cebollas conmigo. Eso es verdad: ya no podría arrastrarme.

Se echaron a reír. Gina lo abrazó de nuevo y le dio un beso en la mejilla. Un beso sonoro. Biel aspiraba su cigarrillo y echaba el humo repetidamente, con finura. Aunque no se lo dijo, Gina le agradeció que volviera el rostro para no molestarla con el humo.

—¿Aún vive?

—No te entiendo...

—Tu padre...

—Ah, sí, sí, por supuesto. Ahora tiene una nueva familia, nene. A mí, a mi edad, me han aparecido dos hermanitos muy monos, de ocho y seis años. Tienen una mala leche cósmica. No tienen un padre; tienen un abuelo que se lo permite todo, que los malcría todo el día... Con esos dos dictadores, no hay quien pise su casa... Si se viera con mis ojos, le parecería patético. Pero si él es feliz...

—¿Lo ves feliz?

Gina no supo qué responder. A Biel tampoco le interesaba la pregunta.

—Has dicho que vives en Londres, ¿no?

—En los alrededores. A veinticinco minutos en metro, pero trabajo en Fleet Street, en la City. La calle de los diarios, ¿la conoces? Cerca de Saint Paul's Cathedral, donde se casaron *Lady Di* y el de los pámpanos.

—Hace tiempo que no voy. Soy más de París. De hecho, he viajado bastante a menudo a París. Tengo una historia, nene... Estoy reconstruyendo un rompecabezas de diez mil piezas sobre mi madre.

Gina se dio cuenta de la cara de sorpresa —¿de diez mil piezas?— de Biel.

—Era una forma de hablar.

—¿Tu madre era aficionada a los puzles?

—No, no, qué va..., bueno, no lo sé... Estoy intentando recomponer la vida de mi madre. Episodios concretos. Momentos vitales. Descubrí que apenas sabía nada de ella, que tenía pocos recuerdos y dispersos y que, además, tenía un vacío de información sobre mi madre que no me permitía avanzar. Y, qué demonios, necesitaba conocerla. Era una obsesión. Es una obsesión. Como si necesitara saber cómo era, cómo vivía y cómo pensaba para poder aceptarme a mí misma. Pásame un piti.

—¿Tú fumas?

—Ahora sí. —Al ver la mirada de sorpresa de Biel, Gina tuvo que darle explicaciones—. ¿Qué pasa? Me apetece, la noche lo merece y tengo que contarte la historia más... Más no sé qué, más intrigante, impresionante e inspiradora que jamás hayas oído. Sigo sin saber si es un *thriller* o un cuento de hadas. No puedo creer lo que estoy descubriendo sobre mi madre. ¿Tienes tiempo?

—Mujer, si me lo vendes así...

—Sin embargo, te advierto que no sé cómo termina y que tal vez tendrás que ayudarme. Por eso te he dicho que estoy en medio del mar de piezas del rompecabezas que estoy tratando de reconstruir. Hay piezas por todas partes...

—Y en París, por lo que dices... ¿Nos sentamos?

Volvieron a una de las mesas arrasadas por la cena. Montañas de servilletas desplegadas, una vela que se estaba muriendo y, por todas partes, tacitas de café sucias y copas de vino medio llenas, con algunas marcas de lápiz de labios. Los compañeros de clase habían ido desfilando hacia el patio rojo, atraídos por la barra libre, el DJ y tres bafles que sonaban demasiado fuerte, incluso para los muertos del cementerio que había delante de la escuela. Se sentaron en dos sillas plegables. Biel se hizo con un cenicero y Gina —¡qué alivio!— se quitó los zapatos de tacón de aguja. Cuando puso los pies en el suelo, el cosquilleo de la hojarasca de pino en las plantas le pareció refrescante.

—Mi madre tenía una prima en París..., bueno, cerca de París, en Croissy-sur-Seine. El Sena es, para que me entiendas, como el Támesis en Londres.

—Qué burra eres...

—De niñas eran inseparables. Las dos, Paulina y Júlia, eran hijas únicas y, por lo tanto, como ya puedes imaginar, más que primas eran como hermanas. Para ahorrar, porque ni unos ni otros iban muy sobrados de dinero, las dos familias veraneaban juntas. Alquilaban una casita en Sant Pol, y las dos niñas se pasaban el día una encima de la otra. Iban juntas a la playa, o a jugar a la goma al pueblo, o hacían los deberes en el patio, que, por lo que me han contado, por la tarde estaba a la sombra y era el lugar más fresco de Can Botey. Estaban tan unidas que, a veces, jugaban a sincronizar la respiración. En realidad, dormían en la misma habitación, y, en veranos alternos, mi madre y Júlia se acostaban junto a la ventana, donde estaba el colchón más codiciado. Cuando fueron algo más mayores, mi madre no prestaba mucha atención a los estudios, pero su prima era un hacha. Consiguió una beca y se fue a

estudiar a La Sorbona, y allí conoció a Alain, un estudiante de filosofía alto y robusto, se enamoraron, se casaron y se quedaron a vivir en París...

—En no-sé-cuántos-sur-Seine.

—En Croissy, exacto. Ni que decir tiene que mi madre fue a la boda. Y no solo asistió; además, su prima quiso que fuera su madrina. Estos días he estado viendo el álbum de la boda de Alain y Júlia, y mi madre aparece en un montón de fotos, radiante, con los novios, sin los novios, con el ramo... Mi madre era guapísima. Como yo, pero mucho más.

Volvieron a reírse, con la franqueza de los amigos de escuela, de los que llevan veinte años sin verse pero siguen entendiéndose con una mirada.

—Alain y Julie, que es como la llamaban allí, tuvieron dos hijas. Mis primas. En realidad, Fabienne y Laurence son mis primas segundas, pero teniendo en cuenta que en esta familia somos muy pocos, tampoco es cuestión de buscarle los tres pies al gato. Hace seis meses, justo después de las fiestas, una mañana, a primera hora, me llama Fabienne llorando y me dice que su madre ha muerto de un infarto en el jardín de su casa, mientras injertaba unos geranios. Lo dejo todo, suspendo las clases de la uni y me voy a París para apoyar a mis primas francesas. Un drama. Bueno, como en todas partes y en todas las familias cuando muere alguien antes de tiempo. Y mucho peor si es de repente. Pero quería decir que nada que lo hiciera especialmente triste o especialmente trágico o distinto del trance por el que pasa todo el mundo y tienes que aguantarte, ya me entiendes. Cuando llego, me encuentro a Alain jodido, naturalmente. Tirado en un sofá; no había forma de hacerlo reaccionar. Imagínate a un filósofo que, de pronto, se queda sin respuestas. Fabi y Laurence también estaban hechas polvo. Pero, bueno, se celebra el entierro, laico, con una mujer que habló muy bien y unos músicos a quienes conseguimos la partitura del *Emigrant* para trío de cuerda y que la interpretaron como pudieron. Me quedé dos días en su casa para estar con ellos. La última mañana, cuando Fabi ya había pedido un día libre en su trabajo para llevarme al aeropuerto, estuvo revolviendo el armario de su madre para amontonar ropa para regalar, agrupando zapatos para tirar y ordenando cajas de sombreros, de... Todo muy francés, para que me entiendas, entre pretencioso y pasado de moda. Cosas que yo no me pondría en la vida, vamos. Y allí, en el armario de las cosas de la tía Julie, de una caja cuadrada de color beige que mi prima dijo que no había visto nunca, sacó un fajo de papeles y empezó a revolverlos. Miraba, leía y los iba clasificando encima de la cama. Y de repente me dice: Gina, no lo entiendo. Esto no es de mi madre, sino de la tuya. Me hablaba en francés y marcaba mucho los posesivos, pero aun así me pareció que no la había entendido bien y le digo ¿perdona? De entre los papeles sacó tres cartas, sin remitente, dirigidas a Julie Homs, número 2 de la rue no sé qué de Croissy-sur-Seine, con un encabezamiento, debajo del matasellos, que decía, entre paréntesis, «A l'attention de Mme. Paulina Homs», o sea, mi madre. Dos de ellas estaban abiertas, y la otra por abrir. Como si nadie la hubiese leído nunca. Ni que decir tiene que abrí las cartas, que me conmocionaron; en

el avión, de regreso, las leí no sé cuántas veces más y desde entonces, y han pasado ya unos meses, no hago más que tratar de comprender qué significa todo eso y quién era realmente mi madre. No sé decirte, Biel; me gustaría que un día te pasases por mi casa para echar un vistazo a esas cartas; puede que tú encuentres alguna otra pista.

—Por mí, encantado. —Se quedó corto. Si podía estar junto a Gina, estaría encantadísimo—. ¿Aún sigues viviendo en el piso de estudiantes?

—No, ahora vivo en un piso de profesores, si te parece. —Gina se levantó, con el impulso que le recordaban los compañeros de clase—. ¿Bailamos?

—Baila tú. Yo me tomaré un *gin-tonic*.

DE ENTRE TODOS LOS LIBROS, UNO

—Te acompañaré.

—¿A París?

—Al aeropuerto.

Por un momento, Paulina se asustó. Le habría encantado que su marido la acompañara a la boda de su prima, pero, en el instante del malentendido, que no duró mucho, se le vino el mundo encima. Era muy extraño que, de repente, un hombre tozudo como él hubiera cambiado de opinión. Y ella hacía muchas semanas —puede que incluso un par de meses, en cuanto recibieron la invitación— que le había comunicado a Julie que, lamentándolo muchísimo, Manuel no podría asistir; eran unos días de mucho trabajo, tenía que preparar la feria anual de Düsseldorf, y en cuatro días se jugaba la facturación de la venta de varillas para limpiaparabrisas de todo el año. Porque vas en coche y empieza a llover, pones en marcha el limpiaparabrisas y no piensas, en aquel momento, que alguien ha fabricado esas dos pinzas y que, en su interior, hay una varilla que sostiene el baile acompasado de las escobillas. Y cuantos más coches se venden, más limpiaparabrisas se fabrican, y, automáticamente, las máquinas de Manuel tienen que empezar a arrojar varillas de acero inoxidable en tres turnos de ocho horas. Cambian los operarios, sí, pero las máquinas no paran. Le había lanzado todas estas monsergas a Júlia por teléfono, para disculpar a su marido, y ahora, cuando faltaban veinticuatro horas para la boda, no podía llamarla y decirle perdona, querida, al final también asistirá Manuel, que ha podido arreglárselas, y los de la Seat y la Renault, que tienen a los de la cadena de montaje de brazos cruzados porque están esperando la entrega de las varillas, que se jodan. No podía cambiarle los planes de las nupcias con tan poco tiempo, porque le constaba que su prima —una novia abnegada y sufridora— se había exprimido la mollera disponiendo las mesas, haciendo toda clase de equilibrios, aislando incógnitas y teniendo en cuenta tantas variables que le habría hecho falta una fórmula matemática para que todo encajara: estos son de una familia, los de aquí no se llevan bien con los de allá, los tal son del negocio de la competencia de los cual, esta es una hija de puta a la que nadie soporta pero el monsieur no ha tenido huevos para eliminarla de la lista de invitados. Y, para complicar un poco más la operación, con un novio francés y siendo ella una extranjera en París, había un condicionante idiomático básico que había que tener en cuenta a la hora de disponer las mesas de diez. Paulina estaba convencida de que si se hubiese presentado en la iglesia con su marido, Júlia incluso se habría alegrado de verlo y, en un abrir y cerrar de ojos, habría sabido cómo hacerle un hueco en la mesa. Pero Manuel, desde que abrió el sobre con

la invitación y supo que Júlia y Alain se casarían el 12 de junio de 1981 y celebrarían la comilona en el Bois de Vincennes, no tuvo ninguna intención de escaparse a París tantos días como su mujer le proponía. Paulina, mimosa, con el negligé que conseguía imposibles, se sentó en el reposabrazos de la butaca de sus siestas.

—¿Cuatro días para una boda?

—Es mi prima. No puedo ir, decir hola y regresar. Y menos en París...

—Tres días de escaparates, como si lo viera...

—De tiendas puedo ir sola. Ya me he acostumbrado... Pero, hombre, la boda...

—Haz lo que quieras, pero a mí no me lées.

—Júlia es como mi hermana...

—Pues vas tú sola —guardó la participación de Alain y Julie en el sobre—, pero no pongas mala cara.

Ojalá la acompañara Manuel. Ella quería que los amigos franceses de Júlia y su nueva familia le conocieran y dijeran qué tío tan interesante, tu marido, y qué planta, qué nariz más resultona, qué personalidad... Pero se había cerrado en banda y Paulina no quería enfadarse con él. Sabía que, a su marido, las bodas le exasperaban. Se quejaba porque tenía que ponerse los zapatos duros; se enojaba porque, tras sacarles lustre, se le llenaban de polvo antes de que llegara la foto de la posturita de los cojones con los novios. Refunfuñaba por llegar sin que nadie se diera cuenta del sudor de la camisa, por aparcar cerca de la iglesia, por los aperitivos —eternos— de pie, por los camareros chapuzas que servían el vino goteando sobre el mantel, por la temperatura del filete quemado por fuera pero frío por dentro, por... En la vida no era así. Manuel solía ser fácil de contentar. Con sus cosas, como todo el mundo, pero con las manías acotadas. Paulina —en general— no podía quejarse. Pero llevaban años conviviendo y sabía que, en una boda, Manuel protestaba por todo antes, incluso, de salir de casa, hasta que, en el ascensor, se quitaba los zapatos duros. Puede que en realidad fuera mejor que fuese solo ella y que dejara a Gina —ahora que, con cinco años cumplidos, ya les parecía mayor— en casa con Manuel. O sea, con Isabel, que, si hacía falta, esos días se quedaría a dormir. El piso del Eixample, antiguo y de techos altos y artesonados. El comedor, en la parte delantera, daba a la Rambla de Catalunya con Còrsega, junto a la tienda de lámparas más grande de la ciudad, y en la parte trasera, con vistas al patio interior, estaban la habitación del matrimonio y la de Gina. Isabel, que tenía instrucciones de pasar todos los días la aspiradora porque la niña seguía jugando mucho en el suelo, estaba convencida de que el piso, muy largo, tenía, por lo menos, cuarenta habitaciones. Y la suya era una de las únicas tres que no tenía luz natural. La habían apañado con una cama, un armario-espejo y un póster de olivos de Jaén —el paisaje de la infancia— para que, en casos como este, se pudiera quedar la criada.

—Que la lleves a la escuela y que vengas a cenar a casa. No te pido más. Así Gina te ve un poco y estás pendiente de ella, porque nunca ha estado cinco días sin mí. Ya que voy a echarla mucho de menos, que al menos ella...

—¡Cinco días! Ni que fueran cinco meses...

Manuel bajó la cabeza; no tenía ganas de seguir lanzando pullas. Sabía que si seguían removiendo las aguas profundas del matrimonio, habría provocado una discusión que no podía adivinar dónde desembocaría. Y en casa, sin embargo, eran civilizados con los gestos y las palabras. Superaban, con nota, la prueba del ojo de la cerradura. Se querían. Se respetaban. Hacían el amor dos veces al mes. En el mejor de los casos, tres. A ambos les parecía bien. A veces era él quien lo provocaba; de vez en cuando era Pau quien se metía en la cama sin pijama y le esperaba, tapada con la sábana, para darle una sorpresa. Lo cierto es que no llevaban la cuenta. Pero ambos coincidían, cuando alguna vez hablaban de ello, en que, desde el nacimiento de Georgina, los hábitos, las ganas, el cansancio y todo...

—¿Cómo nos verá la gente a través del ojo de la cerradura? —le preguntó Paulina a Manuel, poco tiempo después de empezar a salir.

—No lo sé...

—¿No has pensado nunca cómo debe de ser en su casa la gente que conoces, las parejas de amigos de tus padres? En la calle, en las tiendas, todo el mundo tiene una cara, pero ¿cómo será la gente cuando nadie la ve? ¿Qué sorpresas nos llevaríamos si los viéramos por el ojo de la cerradura?

A diferencia de Paulina, Manuel nunca había jugado a imaginar vidas. Sin embargo, a partir de aquel momento participó de ello a la fuerza. Paulina se convertiría en su mujer, y el juego del ojo de la cerradura entró en la familia, como el parchís o las damas. «Si pudiéramos ver a Romero —decía Paulina refiriéndose al vecino del primero segunda— por el ojo de la cerradura, estoy convencida de que no sería tan solícito como aparenta. Si observáramos a través del ojo de la cerradura a Aparicio —el encargado de fábrica de toda la vida—, creo que descubriríamos en él algún lado oscuro. No sé si le gustan los hombres, las mujeres o qué. Y en cuanto a nosotros, ¿cómo deben de creer que somos a través del ojo de la cerradura?». La pregunta siempre la planteaba Paulina.

—Bien. Normales —la respuesta, sin inmutarse, siempre la daba Manu—. Una familia tranquila.

En casa de los Castro-Homs, las noticias nunca propiciaban grandes titulares. La mañana que Manuel salió del baño sin bigote fue todo un acontecimiento y estuvieron hablando de ello durante semanas. Decidir si pasarían las vacaciones en Can Morros, en Torredembarra, o si embarcarían el coche en un *ferry* para ir a Menorca, a un hotel frente a cala Galdana, era algo que se cocía a fuego lento. Con la habitación de Gina ocurría lo mismo. Ahora estaban cambiando los muebles de bebé por la decoración de una niña de cinco años. Paulina era quien decidía y Manu, rutinariamente, daba el visto bueno después de consultar los planos por encima y el presupuesto con detenimiento. Sin embargo, si a Pau le parecía bien, él poco podía añadir.

Los sentimientos, atemperados, también habían conseguido adiestrarlos. Las ilusiones, las justas. El drama, escaso. Más besos que lágrimas, pero apenas nada. Y

un poco de todo. Y algo de juego y algo de humor. Y la ausencia de miedo, que no es poco. Quien los observara por el ojo de la cerradura no habría visto nunca un portazo, ni un mecagoentodo, ni un intento de asesinato o, por decirlo de un modo menos sanguinario, ganas de mandarlo todo a tomar viento. Arrebatos sí, por supuesto, como en todas partes. Pero ni siquiera un profundo descalabro que los obligara a plantearse qué estaban haciendo con su vida o a preguntarse, de 0 a 10, en qué punto de felicidad se encontraban. ¿Por encima de 6, que es la media de felicidad nacional? ¿O se habían instalado en la media? Puesto que no querían conocer las respuestas, no se planteaban las preguntas.

Puede que no hubiera fuegos de artificio, pero tampoco había incendios. Y a Manuel Castro y a Paulina Homs ya les parecía bien. Cada uno tenía sus espacios. Todos los miércoles, Pau salía con sus amigas a ver alguna exposición y luego se iban a comer, sin prisas, a un buen restaurante, para romper con la semana. Aquel día, Isabel, que también había tenido que sumergirse en las rutinas familiares, sabía que tenía que tomar un taxi y recoger a la pequeña Gina en la escuela con la merienda preparada y la cantimplora de agua. El póquer de los jueves de Manuel —todos lo sabían— era sagrado. Daba igual lo que pasara: desde hacía un montón de años, desde antes de casarse, la partida con los amigos era intocable. Cada cuatro semanas, la cita tenía lugar en su casa. Paulina lo preparaba todo —bocadillos argentinos de pan de molde y el vino abierto— y se iba a su habitación a leer para que ellos pudiesen fumar cigarros, beber y apostar un máximo de veinte duros por partida hasta la una y media de la madrugada, la hora que había señalado Manuel, porque las noches son para dormir.

—¿Qué se llevará a París, señora? —le preguntó Isabel.

Le habría apetecido abrir de par en par los armarios del vestidor de Paulina, y, de no haber sido tan rechoncha y la señora tan alta, empezar a probarse los vestidos e irse a una boda a París, otra ciudad que ya sabía que nunca visitaría.

—Aún no lo sé, Isabel. Llevo unos días pensándolo.

Hacer y deshacer. Construir y derribar. Crecer y podar. Un edificio, una planta, una relación. Incluso una maleta. ¡Qué distinto es hacer la maleta antes de empezar un viaje que cuando hay que regresar! A la ida debes escoger entre todas tus pertenencias. Entre las que llevas arrastrando toda la vida, las que has acumulado, las que te resultan útiles, las que no lo son y las que ni siquiera recordabas que tenías y aparecen, pumba, en el instante más inesperado. De entre toda la ropa, esta. Y de entre las gafas y los relojes, estos. Y las pomadas, ¿cuáles te llevas? De entre todos los libros, uno. Escoger precisamente uno, este, es injusto para los demás autores e historias que tendrán que seguir esperando en el estante a que llegue su turno y que alguien, tirando del lomo, los rescate de su letargo. Para su viaje a París escogió *Los mares del Sur*. El cuadro de Gauguin de la portada le llamó la atención y recordó que el año anterior había ganado el Premio Planeta, y su marido se lo había regalado por Sant Jordi, convencido de que le gustaban las novelas de Vázquez Montalbán. Sin

embargo, Paulina no había leído ninguna del detective Carvalho, y le pareció que era el momento de colocarlo, plano, entre el neceser y una rebeca de hilo, por si acaso.

A la hora de volver, nada. Preparar la maleta es como un estornudo. El inventario es rápido; a las doce te echan. Certificas que no olvidas nada en el baño, en el armario de la habitación o en los cajones que hay encima del minibar: cada vez que los abres, huelen a madera reconcentrada, como si nadie los hubiera abierto durante siglos. Recoges el pijama de entre las sábanas, lo metes todo en la maleta, sin orden ni concierto, y a casa. Los recuerdos no se empaquetan ni se facturan. Y no pueden quitártelos los manazas de los aeropuertos.

Paulina contó las mudas de ropa interior. Cuatro juegos de sujetadores y braguitas. Cinco, por si acaso. Y entonces empezó por abajo. Ella escogía la ropa y la iba dejando encima de la cama. Isabel quería ayudarla a meterlo todo en la maleta, pero la señora prefirió ser ella misma quien lo hiciera, para no sentirse controlada. Cerró la puerta de la habitación y siguió con el ritual. Eligió las botas camperas de Daniel Carbocci y unas zapatillas de Castañer. Además, para la boda, se había comprado unos zapatos de salón de medio talón, negros, de Ferragamo. Siguió hacia arriba. Unos vaqueros nuevos, de Calvin Klein, como los que le había visto a Brooke Shields en *El lago azul*. Claro que en la película se suponía que era una adolescente, y Paulina se acercaba rabiosamente a los treinta. Para combinar con los vaqueros cogió una camiseta blanca, una blusa de seda, con un lazo, y un jersey de color mostaza, de punto, de Ferrer i Sentís. Y un cinturón de cuero, ancho, para ponerse encima de todo eso. Con los vestidos fue más cuidadosa. En Groc, de Antonio Miró, se había comprado un vestido geométrico, grandilocuente. Las formas del patrón, original y moderno, quedaban matizadas por los tonos terrosos y naturaleza de la pieza. Siempre que se lo había puesto —en tres o cuatro ocasiones, como mucho—, todo el mundo le había dicho que estaba muy guapa, muy elegante y muy esbelta. Y era verdad. Ella misma lo admitió cuando se miró en el espejo. También escogió broches, pendientes y pulseras grandes y vistosas, que no pasaran desapercibidas. Finalmente, lo más importante. Descolgó del armario el traje de chaqueta de la boda. Lo sacó de la bolsa un instante, para mirarlo por última vez antes de meterlo en la maleta. Se sentía muy orgullosa de él y no le haría sombra a su prima. Suzie Lindberg, de la tienda de Yves Saint-Laurent en la parte orgullosa de la Diagonal, le había hecho a medida una americana *tailleur*, de formas rectas, casi galácticas, de un azul eléctrico que pensó que podía ser la sensación de la boda de Júlia. O gustaría mucho o sería criticada a media voz. La falda, justo por debajo de la rodilla, le marcaba unas caderas de nadadora y unas piernas que llamaban la atención.

—¡Yo lo cojo!

Sonó el teléfono y gritó para que Isabel la oyera. Descolgó desde el aparato de su mesita de noche. Al otro lado de la línea, su marido parecía aturdido a la hora de dar explicaciones.

—De verdad que no pasa nada, Manuel. Lo entiendo. Tomo un taxi para ir al

aeropuerto y ya está. Me da tiempo, y cuando llegue al Prat lo meto todo en un carro para ir a facturar, porque me parece que lo que me quiero llevar no cabrá en una sola maleta. Pero si tienes trabajo, no te preocupes. Lo comprendo. En serio, tú a lo tuyo... Sí, hombre, ya sé que me dijiste que me llevarías, pero no pasa nada, Manuel. Cambio de planes y ya está. Cuando llegue a París, cuando esté en su casa, te llamo. Tú no sufras. Llamaré para hablar con Gina. Un beso. Sí. Yo también. Hasta el martes...

Y el neceser, y el libro de Montalbán y la rebeca, por si acaso. Cuando lo tuvo todo encima de la cama —ay, me olvidaba el camisón—, decidió que se llevaría una capellina. En París, en primavera, todos los días cae una tromba de agua. Seguro que Júlia —«novia remojada, novia mal follada»— rezaría para que el viernes no lloviera. Al menos por la noche, en La Fermette, en la Île des Minimes, en el Bois de Vincennes, adonde los más de cien invitados tendrían que llegar en una barcaza engalanada para el enlace de Alain y Julie. Por si acaso, en la terminal de salidas, Paulina se compraría un paraguas plegable. El último que tenía había muerto en acto de servicio.

OS HE SENTADO JUNTOS EN LA MESA

La habitación de invitados daba al patio trasero. Paulina, con las dos maletas abiertas encima del colchón, corrió la fina tela de las cortinas. No quería que, mientras se vestía para la boda, la vieran los vecinos de enfrente, los Dugarry, cuya casa era de ladrillo visto, simétrica a la de su prima. Planta baja, primer piso, una buhardilla enana, jardín en la parte delantera —con soportal para un solo coche— y un patio más abandonado, en la parte de atrás, donde Julie tenía la barbacoa, la leña que dormía amontonada hasta el invierno y dos sillas traicioneras, de esas que si no colocas el panderero en el centro, te pueden jugar una mala pasada cuando te sientas. A lo largo de la última semana, sin caerse al suelo, Julie se había tumbado en ellas cada vez que el sol asomaba las narices sobre Croissy-sur-Seine. Quería lucir una piel tostadita en la boda, en la fiesta y, sobre todo, en las fotografías. Son fotos de las que quedan, para toda la vida y más allá. Las miran los hijos, las heredan los nietos y, un día, los biznietos se paran delante de la cómoda del pasillo y dicen los del cuadro creo que me contaron que eran mis bisabuelos, por parte de madre, el día de su boda. En la parte trasera del marco dice 12 de junio de 1981. Mira lo morenita que estaba la yaya Júlia... Pero de la yaya Júlia ya no queda nada. Hace muchos años que los gusanos dieron buena cuenta de ella. Solo queda la foto, la de la novia bronceada, radiante, en su hora sublime.

Paulina también cerró la puerta. Entre peluqueras, planchadoras, modistas y maquilladores, llegaba demasiado ruido de la habitación de Julie. Y demasiados nervios. Y no quería contagiarse. Ella ya había vivido cinco años atrás todo aquel desmesurado trasiego. Manuel Castro y Paulina Homs, jóvenes y enamorados, intercambiaron las alianzas en la iglesia de la Concepció de Barcelona, y desde aquella noche de mayo no se las habían quitado. Celebraron el banquete en la Fonda España y durmieron en una *suite* del Hotel Oriente, en la Rambla, gracias a un regalo de los compañeros de las timbas de póquer del novio. Dos días después, en un coche que estrenaron con su matrimonio, Paulina y Manuel viajaron a Venecia por la autopista de la niebla, la que cruza Italia de poniente a levante. Ninguno de los dos había estado antes en la ciudad, y a pesar de que todo el mundo les había advertido sobre el hedor que emanaba de los canales, pensaron que no era para tanto.

Paulina salió de la ducha con la toalla en la cabeza. Primero desnuda y luego con bragas y sujetador, se miró en el espejo como lo hacen las mujeres de veintinueve años: buscando defectos donde no los hay.

Tardó un buen rato en secarse la melena con el secador de mano, profesional, que le prestó la peluquera de la novia, que llegó a la casa con tres maletas metálicas

repletas de utensilios de todo tipo. Después, con la maña adquirida tras haberlo ensayado muchas veces, ella misma se hizo un moño que le recogía la melena y dejaba al descubierto la nuca, estilizándola más si cabe. Puede que también la hiciera mayor de lo que era, pero no le importaba. Para evitar los pliegues, Paulina había planchado el vestido que le habían diseñado para la ocasión en cuanto lo sacó de la maleta, la misma noche de su llegada a casa de Júlia. Le gustaba observarlo, colgado en el tirador del armario-espejo de la habitación de invitados.

Antes de ponérselo, abrió el estuche de maquillaje de viaje. Se pintó los ojos, discretos, de noche, para resaltar la pupila turquesa. Para pintarse los labios, eligió el lápiz rojo berenjena, un día es un día, y en París no me conoce nadie. Luego, con un pañuelo de papel, se los secó, para rebajar un poquito el color y evitar dejar marca en los vasos y las copas.

—Estás muy guapa —le dijo la novia, mientras el chófer le abría la puerta de un Citroën de presidente de la República.

—Hoy solo hay una mujer guapa, no te equivoques.

—¿Me ves bien? ¿De verdad? ¿No voy demasiado...?

Júlia necesitaba el visto bueno y algo más de su prima. Siempre habían sido muy sinceras la una con la otra.

—Eres la novia más guapa de París. No te preocupes. Me siento rara estando aquí...

Júlia se había empeñado en que Paulina tenía que ir con ella en coche hasta la iglesia. Faltaría más. Es una tontería desplazarse por separado si las dos vamos al mismo sitio. No se hable más. Lo que Paulina no quería, en unos días con tantos nervios, era crearle problemas a nadie. Si Júlia ya lo había decidido, si así lo había previsto, seguro que le habría dado muchas vueltas. No se hable más, pues. Durante el trayecto de Croissy a París, sentadas en la parte trasera del coche plateado de Mitterrand, las dos primas viajaron cogidas de la mano. Apenas hablaron.

—En días como hoy... —dijo la novia, tras lanzar un suspiro— echo de menos a los que ya no están.

—No pienses en ello.

—Ya, pero no es fácil.

—No puedes permitirte... No vaya a ser que se te corra el rímel de estos ojazos que te han dejado.

—¿Demasiado maquillaje? —Insegura.

—No, no, no. Te han dejado de película.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, Júlia, estás espectacular.

—¿De veras?

—Que sí. Pero prohibido emocionarte. Hoy tienes que pasarlo bien, es tu día.

—Ya.

—Todo saldrá bien. —La miró y le apretó la mano con más fuerza—. Vamos, no

sufras.

—Ahora mismo tengo un dolor de cabeza...

Y siguieron en silencio, petrificadas, hasta que faltaban dos esquinas para llegar a la iglesia de Fontenay-sous-Bois, donde el organista ya llevaba un buen rato con los dedos sobre las teclas y no dejaba de mirar la puerta compulsivamente. Tal y como habían acordado, Paulina bajó del coche y recorrió el último tramo a pie. A la hora en punto, dejó que la novia hiciera su llegada en solitario en el Citroën que habían adornado con cintas en la antena de la radio, en las manijas de las puertas y en los limpiaparabrisas. Paulina solo tuvo que andar dos manzanas. Antes de confundirse con el resto de los invitados a la boda, se dio cuenta de que los peatones la miraban. Puede que fuera por el color azul eléctrico o por el triángulo de un vestido ancho por arriba que se iba estrechando hasta la cintura. Era, seguramente, el vestido más bonito que jamás había tenido. Las solapas y los puños negros, a juego con los zapatos y con un único botón gigante, también llamaban la atención de los vecinos del barrio. Unas mujeres la observaban con envidia, aunque le pareció que otras lo hacían con admiración. Los hombres le dedicaban una mirada más lasciva. A cada paso, su autoestima iba a más. Con una mano se aseguró de que no le robaran el bolso de Chanel, pequeño y redondo, que colgaba de una cadena larga, demasiado fácil de agarrar. Hacía mucho tiempo que deseaba tener un vestido así y poder lucirlo. Y, sin duda, había encontrado la ocasión, la ciudad y el día. Perfecto. No siempre salía todo tan bien. Eso sí, si tenía que andar mucho, presentía que los zapatos nuevos —de salón, de medio talón— empezarían a rozarle y había olvidado meter tiritas en el bolso.

La ceremonia fue rápida. Teniendo en cuenta lo que suelen ser estas cosas, fue rápida. El sacerdote —un conocido de Alain al que parecía que estuvieran persiguiendo— fue al grano. No se celebró la eucaristía, todo fue como una seda y terminaron como si hubiera que vaciar la iglesia a toda prisa para que no se enfadaran los fieles de la misa de las siete. Paulina, sentada en la segunda fila, se entretuvo mirando los santos, los arcos de la nave y a los miembros del coro, que entre Gounod y Schubert se sacaron una buena propina. Julie parecía feliz; sonreía y, de vez en cuando, miraba azucaradamente a Alain, su marido, ahora que ya podía decirlo con todas las letras. Y, lo que más preocupaba a Paulina, la novia no se emocionó en ningún momento.

A la salida, unas nubes habían ocultado el sol y había empezado a soplar una brisa seca, de atardecer, que por unos momentos asustó a las mujeres más escotadas.

El Chalet Porte Jaune era un antiguo *relais* de caza, en pleno Bois de Vincennes, no muy lejos de la iglesia, en los alrededores de París. Con el tiempo, el caserón y los

jardines salvajes se habían ido aproximando a la ciudad, y los herederos de los herederos, con visión comercial, habían decidido alquilar los espacios para banquetes y convenciones. Julie y Alain, tras haber descartado una veintena de locales por demasiado destartalados o por demasiado grandes o por demasiado antiguos o por estar demasiado lejos o por demasiado caros o por poco higiénicos o por excesivamente minimalistas, habían optado, finalmente, por La Fermette. El cóctel de bienvenida se tomaría en los jardines; el ágape nupcial, en un salón en el que cabían justo los ciento veinte invitados. En función de la decoración, podía parecer una casa de muñecas o la mansión de un senador de Massachusetts. Para el día más importante de sus primeros treinta años, Julie eligió la opción A.

Los invitados, de punta en blanco, hacían cola para tomar la barcaza que, en dos minutos de recorrido, llegaba al restaurante de La Fermette por la Île des Minimes después de asustar a patos y cisnes.

Una vez a bordo, Paulina se quedó de pie junto a una enorme cara de madera sin que nadie le advirtiera que se trataba del mascarón de proa. Julie había decorado toda la embarcación con centros de flores frescas, para que los invitados no pensarán que les habían obligado a subir al barco de un parque de atracciones. El verde y el blanco de la ornamentación predominaban por todas partes. Observó a los invitados, que, al igual que ella, se habían contenido en la iglesia y se dirigían al banquete, dispuestos a festejar con todas las de la ley. En las señoras imperaba el negro hasta los pies o el rojo hasta las rodillas; desde allí vio bastantes tonos azules parecidos al suyo. Muchas espaldas redondeadas, más tirantes que palabra de honor, más canalillo insinuado que pechamen alborotado. Dejando de lado a una mujer que llevaba un pavo real en la cabeza —que parecía más vivo que muerto—, apreció, en general, más ligaduras que sombreros o pamelas, más pelos recogidos que melena suelta, más joyas de las buenas que bisutería llamativa. Entre los hombres no había tanto color ni tantas diferencias. Ya fuera en esmoquin o en traje, imperaba el negro de la cabeza a los pies, y siempre sobre una camisa blanca. Como mucho, solo en la corbata o en la pajarita se había dejado volar la fantasía. Había un hombre, eso sí, con una americana clara, atrevida también en sus formas. Era el hombre que, con una humeante pipa en la mano, contemplaba el paisaje como si fuera el capitán del barco mientras silbaba, como para él, las notas de un sirtaki a cámara lenta. En la iglesia no lo había visto. Se habría fijado en él.

En cuanto los invitados pusieron un pie en el suelo, empezó el cóctel. Una retahíla de camareros les dio la bienvenida con un refresco y una patata *soufflé* con la fecha y los nombres de Julie y Alain.

Los novios no fueron los últimos en llegar. Habían tomado un atajo desde Fontenay a La Fermette, y cuando pensaron que ya habría llegado todo el mundo, salieron del restaurante, saludando aquí y allá, repartiendo besos y risas. Después de

las fotografías, delante de una fuentecilla cursi, a Júlia le entraron las prisas por rescatar a su prima, que la miraba como un pasmarote, sin relacionarse con nadie.

—Ven. Tengo que presentarte a una persona.

Cogió a su prima de la mano y tiró de ella, como dos amigas jugando al escondite en el patio de la escuela.

—¿Es ese?

—Ya te dije que hoy estarías entretenida.

—Julie, por favor, no me gustan las sorpresas.

—¿Te lo dije o no? Vamos, mujer, es muy simpático.

—Júlia, por favor...

Demasiado tarde.

—Jean-Pierre, estoy muy contenta de que hayas podido venir.

La novia se le lanzó al cuello y se abrazó a él, más allá de la cortesía. Paulina había intuido a la perfección hacia dónde se dirigían: hacia el hombre de la americana distinta. Y se había quedado corta. De cerca, vio que se trataba de una prenda de lino blanca, desestructurada, sin bolsillos, entallada en la cintura. Las costuras de las solapas, a la vista, eran de hilo rojo, como las puntadas de una pelota de béisbol. Había que tener elegancia, poca barriga y mucha personalidad para llevar una chaqueta tan singular sin parecer un pazguato. La corbata tampoco pasaba desapercibida. Era un plastrón de piqué granate que moría, con un corte horizontal, tres dedos por encima del cinturón. Durante el aperitivo, Paulina ya se había fijado en que el amigo de Júlia fumaba en pipa, y para hablar, se quitaba la boquilla de los dientes y la cogía con la mano por la base caliente de la cazoleta.

—Jean-Pierre, te presento a mi prima de Barcelona, Paulina. Creo que te he hablado de ella en alguna...

—Oh, Poline, mucho gusto.

Él se agachó ligeramente para darle tres besos.

—Mucho gusto. Pau, Paulina Homs.

Enfatizó la correcta pronunciación de su nombre. Cuando iba a la escuela, quien la llamaba Poline, para hacerse el gracioso, era fusilado sin juicio ni piedad.

—Disculpa... Pauline. —Remarcó la «a» y la «u», con ganas de disculparse, sin olerse su trauma infantil—. Jean-Pierre Zanardi. Encantado.

—Jean-Pierre, no sé si los que no somos franceses sabemos pronunciar bien el sonido de la erre. Jean-Pierre, Jean-Pieque...

—Lo has pronunciado muy bien. —Remachó su prima, que ya estaba besando a otros amigos que la tiraban del brazo. Antes de que el remolino se la llevara, aún tuvo tiempo de añadir—: Os he sentado juntos en la mesa. Erais los únicos que estabais colgados...

Paulina miró a Jean-Pierre y, al instante, bajó los ojos, por timidez.

—Entonces, ¿estás sola?

—No, no, qué va... Mi marido se ha quedado en Barcelona, tenía mucho

trabajo... Y alguien tenía que quedarse con la niña.

—Oh, ¿tienes una hija siendo tan joven?

«Qué pelmazo —pensó Paulina—. Mi prima ya me ha endosado al separado que antes de cenar ya empieza a tirar los tejos». O puede que solo intentara ser amable con una extranjera que, Julie tenía razón, estaba colgada.

—Sí. Una niña de cinco años. Gina... —Dio detalles, como escudo de protección—. ¿Y tú?

—Yo no. No, no tengo hijos. *Célibataire*... ¿Cómo se dice en tu idioma?

—Soltero.

—Soltero, sí. No me salía. Y creo que así me voy a quedar.

—Eso nunca se sabe, hombre... —Miró a su alrededor—. El sitio está bien, *n'est-ce pas?*

—Sí. También es la primera vez que vengo. Cuando leí en la invitación que estaba en el Bois de Vincennes pensé, ay... Y no, no. Y se nota la mano de Julie: no falta ningún detalle, todo muy pensado y organizado...

—¿Vienes por parte de Julie o de Alain?

—No, no, de Julie. Somos amigos, uf, desde hace un montón de años. —Se llevó de nuevo la pipa a los labios y cogió dos copas de *champagne* a un camarero que pasó con una bandeja llena—. ¡A la salud de los novios!

—¡Por los novios!

Chocaron las copas.

—Eh, eh, Pauline, aquí, en Francia, para brindar *il faut* mirar a los ojos.

Puede que solo quisiera ser atento, pero la entrada era... Volvieron a brindar.

—Por los novios.

—Por los novios. Ahora sí. —Tomó un sorbo, alzando la copa por el pie—. Es una lástima que no puedan irse de luna de miel...

—Alain no tiene vacaciones. No las tendrá hasta agosto. Pero, bueno, merece la pena esperar para ir a California.

—¡A California! Caramba, no lo sabía. ¡Menudo viaje!

—¿Lo conoces?

—Sí, sí, me encanta viajar. En cuanto puedo, me escapo. En realidad, me he organizado para estar hoy aquí; si no fuera por la boda, ahora debería estar en Helsinki.

—¿Viajas por trabajo?

Paulina le daba conversación por hablar con alguien. No le interesaban las respuestas de aquel hombre mayor que ella, apuesto, con una mirada atractiva pero que, sin duda alguna, quería llamar la atención. De cerca, las dos urdimbres destacaban el relieve de la corbata. Nunca había visto otra igual.

—Por trabajo, por placer. Todo es lo mismo. Tengo la suerte de trabajar en lo que me gusta. Mi trabajo es mi *hobby*.

—Qué bien.

«¿Y a mí qué?», pensó.

—Me dedico al mundo del arte.

—¿Eres artista?

El modelito de la americana empezaba a encajarle con el personaje.

—Oh, no, no. —Al reírse, Jean-Pierre enseñó unos dientes impecables—. Tengo... Tengo..., suena un poco pedante al decirlo así, tengo..., tengo... Es una galería de arte. Compró y vendo cuadros. Monto exposiciones, viajo por todo eso, para conocer pintores, para cerrar tratos, para traerme obras... ¿Te quedarás muchos días aquí?

—¿Yo?

«¿Y a ti qué te importa, engreído?».

—Porque pienso, no sé... Pienso que te gustará ver la galería. Está en la rue de Seine, a orillas del río, seguro que has estado allí mil veces.

—No lo...

—Una calle estrecha, con galerías de arte y de antigüedades, están puerta con puerta... ¿Conoces la iglesia de Saint-Germain-des-Prés?

—No lo sé. Conozco París, pero normalmente me lleva Julie. No suelo retener los... —Dejó la copa, a medias, en una barra, junto a otros restos de *champagne*—. Creo que quieren que empecemos a sentarnos.

—El aperitivo ha sido succulento, ¿no te parece?

Paulina no respondió. Le sorprendió que el hombre de la pipa hubiera posado la mano sobre su espalda para conducirla hasta la mesa de las orquídeas. Arrugó la nariz. Julie había querido que, en vez de un número, cada una de las mesas redondas, de ocho personas, tuviera el nombre de una planta o de una flor que le gustara. Alguien le había dicho que, en una boda, una orquídea significaba cincuenta y cinco años de matrimonio.

Jean-Pierre, más o menos, conocía a las otras tres parejas que también ocupaban la mesa y les presentó a Pauline Homs, tratando de pronunciar bien el nombre y el apellido y remachando, siempre, con «*la cousine de Barcelone*». Al parecer, todos habían oído hablar de ella. Las mujeres —parecían sinceras, a pesar de ser parisinas — la felicitaron por la elegancia de su vestido.

—Buena elección.

—Al ser tan rubia, te favorece mucho...

—Yves Saint-Laurent, *n'est-ce pas?*

Entonces, Jean-Pierre también quiso sumarse a los elogios. Demasiado tarde. Para decirle que aquella forma geométrica tenía algo de cubista o de futurista o de... No era necesario. Júlia se había encargado de que la silla de Paulina tuviera vistas a la mesa presidencial. De vez en cuando se miraban, se guiñaban el ojo o se mandaban alguna señal de complicidad para decir todo va bien, la comida está para chuparse los

dedos, todo está saliendo como te mereces. Durante la cena, la improvisada pareja de Paulina no se calló. Parecía que el resto de la mesa le diera igual y no paraba de contarle cosas, una tras otra. Puede que no lo supiera todo, pero todo lo que sabía lo contaba.

—¿Te ha gustado la canción de Schubert que han cantado en la iglesia?

—¿Era de Schubert?

—La segunda, sí. ¿Sabes cuántas canciones compuso Schubert?

—No, no...

—Más de seiscientas. Pero no te lo pierdas, murió a los treinta y un años. Y ya había compuesto seiscientas además de..., uf... —Incontables, dijo, haciendo un gesto con unas manos proporcionadas. Paulina no se fiaba de los hombres con manos pequeñas—. A mí me encanta Schubert. Cada una de sus canciones de *La bella molinera* es una gota de miel. Y el pobre murió sin alcanzar ningún éxito, sin un real en el bolsillo y sin haber conseguido estrenar ninguna de sus óperas ni sus obras para orquesta. Qué bestia es la vida.

—Sí, sí, además de injusta.

—Nosotros llevamos doscientos años extasiados con su música y él murió siendo pobre de solemnidad y sin saber que, por los siglos de los siglos, sería uno de los compositores más interpretados y más aplaudidos. ¿Sabes de qué murió?

—¿Te refieres a Schubert?

—Sí.

—¿Es un examen?

—No, no... Por favor, Pauline.

Por nada del mundo quería ofenderla.

—¿Se suicidó?

—No, no. De sífilis. A los treinta y un años, de sífilis.

—Vaya...

—Schubert era un romántico. Un final coherente para un romántico como él, morir joven, morir de sífilis. Él mismo tenía un concepto curioso de su obra. Cuando quería cantar al amor, se transformaba en dolor. Cuando quería cantar al dolor, el público lo transformaba en amor. Él mismo hizo el mejor diagnóstico de sus canciones. Lo que dijo es perfecto, exacto. *La bella molinera* son veinte canciones. Empieza con un joven que pasea por la orilla de un arroyo, cruza los campos, llega al molino, y ¿qué pasa? Que se enamora de una molinera rubia y guapa. *Die schöne Müllerin*. Son canciones de amor delicadas, alegres, llenas de felicidad. Y como decía Schubert, quería componer un tema de amor y se le fue hacia el dolor.

—¿La molinera no quiere saber nada del joven?

—De entrada, la molinera le hace caso; tienen una relación, sí, pero es una relación ambigua, pronto le deja por un cazador. El cazador es un hombre más hecho y derecho, y lleva un traje verde que enamora. Y el joven, que se siente abandonado, se obsesiona cada vez más hasta que acaba teniendo una fantasía sobre una tumba en

la que nacen flores, que simbolizan su amor eterno por la bella molinera. Y entonces, cuando ya estamos en la canción dieciocho o diecinueve, el joven se desespera, se zambulle en el arroyo y se suicida.

—¿Te das cuenta de que al final siempre hay alguien que se suicida?

—¿No te parece fascinante, Pauline?

Sin que nadie le diera permiso, ya había afrancesado su nombre. Empezaba a hacerse una idea de quién era ese Jean-Pierre Zanardi, que tendría unos quince años más que ella. Un hombre con tacto, palique y mundo. Peligroso. Muy peligroso. Un soltero acostumbrado, de entrada, a impresionar con el arte y con su conversación, pero luego, cuando acabas subiendo a su piso porque te perjura que solo será la última copa, te das cuenta de que en su casa hace frío, que es muy pobre y que envejecerá mal.

Después de cenar, Alain y Julie se levantaron y cortaron la tarta de seis pisos con una espada de samurái. Antes de probarlo, declararon inaugurado el baile con un vals de Strauss que no era el de siempre, ni el vals ni Strauss.

—Estamos rodeados por la cultura —le dijo Jean-Pierre al oído, para esquivar los aplausos dedicados a los novios— y quieren que creamos que nuestra vida la marca la política.

No era, en ningún caso, la vida de Paulina. Para ella, la política eran las tres noticias seguidas que veía en el telediario cuando Manuel lo estaba viendo y para de contar. Su padre sí compraba *La Vanguardia* siempre, básicamente para hacer el crucigrama después de comer. Puede que, en treinta años de suscripción al diario, lo completara cuatro veces sin esperar a ver la solución al día siguiente.

—¿Bailamos?

Jean-Pierre le tendió la mano para que Paulina se agarrara a ella. Se levantaron de la silla y, cogidos de la mano, se dirigieron a la pista. Llegaron cuando el Paul McCartney de la banda, calvo y rechoncho, empezaba a cantar.

—¿Te gustan los Beatles?

—Esta sí. *Twist and shout*.

Bailaron y gritaron. Quien gritó, sobre todo, fue Jean-Pierre, sin complejos. Paulina aún no se había soltado. Bailaba con la timidez de los que quieren pasar desapercibidos. Mientras todo el mundo aplaudía a la banda, Jean-Pierre desapareció.

—Vuelvo *tout de suite*.

Volvió mientras se remangaba la camisa blanca de hilo, ceñida. Se había quitado la americana de béisbol, se había aflojado el nudo de la corbata y se había desabrochado el primer botón.

—¿Lista para el *rock and roll*?

—¿Sabes bailar?

Paulina temía no estar a la altura. Estaba claro que, aunque nadie la conociera,

quería ahorrarse el ridículo.

—Tú sígueme. Confía en mí.

Alain y Julie bailaban *Don't be cruel*. Era evidente que habían gastado muchos zapatos. El resto de los invitados que estaban en la pista les dejaron espacio para no pisar la cola de la novia, que, a esas alturas de la fiesta, ya empezaba a ennegrecerse de tanto arrastrarla. Alain marcaba los pasos como un figurín. Sin embargo, ponía unas caras excesivas. Lo mismo succionaba las mejillas como expulsaba los ojos como si hubiese visto un ovni. O, de repente, agarrotado, se encogía de hombros, inclinando el cuello hacia delante, en una gesticulación exagerada. Bailaba, cantaba y gritaba mientras hacía muecas. Más de uno debía de pensar que era el alcohol. Sin embargo, Alain era así: un profesor de filosofía serio en La Sorbona, de lunes a viernes, que se transmutaba cuando pisaba una pista. Júlia, una bailarina más ocasional, acababa de casarse con él y, en principio, era para siempre. Tanto él como ella habían dicho que sí, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos convierta la vida en un drama y, una vez superado el duelo, en un recuerdo. Paulina controlaba a los novios de reojo y se concentraba en seguir a Jean-Pierre, el hombre que movía los pies con habilidad, como si nada. Llevaba unos zapatos negros, de cordones, brillantes, y con una punta tan afilada que, en el caso de que hubiese pateado a una paloma distraída, la habría reventado. La banda encadenaba las canciones, sin dar respiro a los numerosos bailarines, cada vez más alocados. *Hound Dog*, también de Elvis. Jean-Pierre la cogía con ambas manos, se abría y la hacía girar con naturalidad, como quien enrolla un espagueti, sin darle importancia. Tenía los pómulos relajados, marcaba los pasos con una ceja o le bastaba con levantar ligeramente la barbilla para que ella entendiera en qué dirección tenía que moverse. Bailaba sin esfuerzo, cadenciosamente. No tenía que agacharse demasiado para dar un aire distinguido a sus movimientos. Paulina lo seguía con menos esfuerzo del que temía. Se estaba divirtiendo. Se entendían con el ritmo y con la armonía. De repente, sus miradas se encontraron, se sonrieron y aquel dandi de medio pelo ya no le pareció tan pagado de sí mismo. Eso sí, llevaba pintada en la cara una pasión interior, dura y muda.

—¿Me has dicho que tenías cuarenta y cuántos?

—La edad no se pregunta. Pero ya te digo que ahora necesito una lenta.

Resoplaba y sudaba más de lo que habría deseado.

—Te veo en forma...

—No te cachondees de mí. Mira...

La banda que Julie y Alain habían contratado para la boda —un bajo, dos guitarras eléctricas, un batería y un cantante orondo— tocó una lenta para que recuperaran el aliento. *There are worse things I could do*.

—Esta es de *Grease*. —Paulina reconoció la canción con los primeros acordes—. Me encantó la película.

—A mí... ¿Puedo decírtelo?

—*Bien sûr.*

—No soporto a Travolta. —Se acercó a ella para confesarle algo al oído—: Se mueve como el novio, así, demasiado desencajado, ¿no crees?

Jean-Pierre imitó, discretamente, los agitados gestos de Alain. Se echaron a reír. A Paulina, todo hay que decirlo, le parecía atractivo el hombre que lo sabía todo sobre Schubert pero que se movía como Elvis.

—No te desconcentres, Jean-Pierre. ¿Bailas o te rindes?

—No me conoces. En absoluto. ¿Rendirme yo?

Fue la primera vez que Jean-Pierre sintió el pecho de Paulina, alegre y bella. Fue la primera vez, en muchos años, que el perfume de una mujer lo sacudía. Y lo cierto es que se había prometido a sí mismo que nunca más... A medida que avanzaba la canción, Paulina habría posado la cabeza sobre su hombro, como quien no quiere la cosa, por complicidad, para que supiera que ella también se sentía a gusto. Pero lo evitó, por si acaso.

En cuanto acabó el tema lento de *Grease*, Jean-Pierre la sorprendió con un beso cándido y rápido en la Île des Minimes. Una osadía. Labio contra labio. Una declaración de intenciones.

COMO SI NO EXISTIERA EL MUNDO A SU ALREDEDOR

El taxista de Croissy-sur-Seine conocía París, sus barrios y sus zonas, por encima. Pero no era un taxista de París. No era un especialista en la ciudad. Después de comer, cuando la clienta, muy peripuesta, con el traje de chaqueta terroso, subió al coche y le dijo que la llevara a la rue de Seine esquina con Visconti, en el *VIème arrondissement*, pensó que ya daría con la calle, que conocía perfectamente la rue de Seine, la que empieza en el río, detrás del Instituto de Francia, y conduce al boulevard Saint-Germain, al lado de la iglesia. Sabía, incluso, que, siendo como era una calle estrecha, de un solo carril, la dirección de los coches era de Saint-Germain a favor del río. Pero la rue Visconti tenía que ser muy pequeña, porque ni siquiera había oído hablar de ella. Puesto que la clienta, extranjera, tampoco parecía saber muy bien adónde se dirigía, él, con la lógica entrenada después de más de veinte años al volante, que le permitía disimular las lagunas de taxista rural, tomaría la rue de Seine desde el principio y bajaría, despacio, hasta dar con la rue Visconti.

De vez en cuando, la observaba por el retrovisor. Le pareció que era una actriz. Una de esas mujeres que no dudan de su encanto. Jugando a las adivinanzas, le preguntó a la mujer de enormes pendientes si se dedicaba al cine. «No», respondió secamente Paulina. «Pues su cara me suena mucho», insistió el taxista de pueblo antes de meterse en la ratonera de la periferia de París, siempre gris y atascado. Era una de esas actrices que no buscan conversación, concluyó el taxista. De pronto, se le pasaron las ganas de ser amable. Guapa pero adusta. Paulina, más inquieta de lo que era capaz de recordar, no estaba para monsergas. Empezó a sentirse incómoda esa misma mañana con la pregunta que Júlia le había hecho en su primer día de casada.

El día después de la fiesta, el sol había tardado en asomar las narices. Todos se habían despertado muy tarde. Paulina había desayunado un poco de fruta y queso en la cocina, con los novios recién levantados. Luego había llamado a su casa. Había respondido Isabel. Le dijo que no se preocupara, que Gina estaba bien y que había salido con su padre a comprar los periódicos y a lavar el coche. Paulina había calculado bien la hora. Conocía como nadie las costumbres y los horarios de su marido. Los sábados de los Castro-Homs eran aún más previsibles que sus días laborables.

—Señora, ¿les digo que la llamen a casa de su prima cuando vuelvan?

—No, no es necesario, Isabel. Dígale a Manuel que la boda estuvo muy bien, que tuvimos buen tiempo y que todo salió como Júlia se merecía...

—¿No querrá hablar con Gina, señora?

—Claro, claro... —Paulina no soportaba la retranca de la criada, y menos aún el tono que empleaba cada vez que tiraba la piedra y escondía la mano—. Dele un beso enorme. Si hoy no puedo, ya hablaré mañana con ella. Tengo que colgar, Isabel, que es una conferencia. Adiós, adiós.

Dejó a la criada con la palabra en la boca.

—Por nosotros no te preocupes.

Alain se hizo el generoso con el teléfono de la casa de la familia de su esposa.

—Me sabe mal, son llamadas caras...

Después de colgar, Paulina mantuvo los dedos sobre el teléfono, como si de ese modo estuviera más cerca de su hija.

—¿Cómo está Gina?

Júlia, con el cabello mojado tras su primera ducha de casada, se interesó por la pequeña de la familia.

—La bruja me ha dicho que todo va bien. —Hizo reír a los novios—. Creo que Gina no me echa nada en falta... Que no me echa de menos, vamos. —Y añadió—: Y la que menos, Isabel, que en veinticuatro horas ya debe de haberse adueñado de la casa. Como si la viera.

Y de golpe, como quien no quiere la cosa, como si intuyera que había un avispero cerca, como si su prima tuviera un detector de peligros emocionales, Júlia le hizo una pregunta que, en otras circunstancias, habría parecido una demanda cualquiera. La pregunta.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Diana. ¿Qué podía decirle, en aquel momento, a su querida prima? Era absurdo no poder contarle la verdad. Al fin y al cabo, había sido ella quien le había presentado a su amigo Jean-Pierre, quien lo había sentado a su mesa, y tampoco iba a verle con ninguna intención concreta. Había sido un hombre amable, ella había sido arisca y tampoco era cuestión de hacerle un feo si se había ofrecido a enseñarle su galería de arte y la calle de los anticuarios... Pero ¿tenía que decirle a Júlia con quién iba a pasar la tarde? ¿Y qué? ¿Qué tenía de malo contárselo? Pero entonces, ¿por qué no quería decírselo? ¿Acaso se sentía culpable, preventivamente, de no sabía muy bien qué? Puede que la pregunta inocente de Júlia, sin trascendencia aparente, la hubiera obligado a abrir los ojos de una realidad que ella no había querido ver: se había sentido a gusto con Jean-Pierre y tenía ganas de volver a verlo. Esas eran dos verdades que no podía reprimir. Tenía ganas de verlo y nada más. Pero, si así era, ¿por qué no se atrevía a decírselo a Júlia, para quien no tenía secretos, que sí, que había quedado a las cuatro en su galería de arte? ¿Por qué se lo ocultaba? Si no estaba en falso, ¿por qué se sentía como si lo estuviera?

—No te quedes en Croissy, mujer. —Alain, con los ojos aún soñolientos—. Aquí

te morirás de aburrimiento.

—¿Aburrirme? No. Pero, bueno, sí, puede que me acerque a París. —Fingió estar pensándolo sobre la marcha—. ¿Las tiendas abren los sábados por la tarde?

—Sí. Bueno, depende, me he precipitado al contestar. ¿Adónde quieres ir?

—Al centro. Había pensado en la Rive Gauche, el Quartier Latin, detrás de...

—Toda esa zona sí, por supuesto. Toma un taxi aquí, en la estación. —Júlia, entremetida, tenía tendencia a organizar la vida de los demás en un santiamén—. Mira, llamaremos para que te recojan; aquí, en Croissy, y mucho menos un sábado, no siempre encuentras un taxi, y a veces están un poco destartalados. Estamos a media hora de París, pero esto no deja de ser un pueblo...

—Por aquí no pasa ni el *Tour*... —Alain, resignado.

—Bueno, pues eso haré.

Paulina se había quitado un peso de encima. Decididamente, era mejor no decir nada y seguir con sus planes, con discreción.

Visconti, primera sorpresa, resultó que era el arquitecto de la tumba de Napoleón I. Lo proclamaba el cartel azul de la calle. Nada que ver con el cine ni con el neorrealismo italiano. Para Paulina, la segunda sorpresa resultó mucho más desagradable. Inquietante. La Galerie Anouk estaba cerrada. No había ninguna luz encendida, y en su interior parecía que no había nadie. Era el número 44 de la rue de Seine. La Galerie Anouk, sí. Y eran las cuatro y veinte. No había equivocación posible, pero el establecimiento estaba a oscuras y no había duda de que Jean-Pierre no se encontraba allí. Pulsó el timbre. Nada *de rien*. Esperó en la puerta, pero, dos minutos después, no había abierto nadie. Aturdida como estaba, no se dio cuenta de que en el escaparate había un cuadro con un trozo de periódico arrancado y encolado. Debajo del *collage* de Le Corbusier había unas letras, pegadas en la puerta de cristal: «*Un quart d'heure avant la fin du monde*». La galería tenía que ser esa. Miró de nuevo el nombre. Galerie Anouk, escrito con una letra blanca, de palo, fina, elegante, modernista. Es aquí, está claro. «O no lo entendí bien, o se ha olvidado o le ha ocurrido algo. O, peor aún, me ha tomado el pelo. Pero nunca habría dicho que Jean-Pierre era de esos hombres que...».

Paulina miró a lo lejos, a uno y otro lado de la calle. Hacía demasiado calor para que alguien paseara por ella. Algunos turistas que, con una guía abierta en la mano, se detenían de vez en cuando ante un escaparate. La calle, cuando eran casi las cuatro y media de un sábado de junio, parecía muerta. Puede que, con tan poca gente, Jean-Pierre hubiese decidido no abrir la galería y no había podido avisarla. Puede que no... Y en aquel momento de incertidumbre mal digerida, cuando se había dado cinco minutos más de margen antes de parar un taxi para ir a llorar, por idiota, a un rincón de la ciudad donde nadie la esperara, donde no pudiera verla ni su sombra, a Paulina le pareció que, a lo lejos, oía silbar a Jean-Pierre. Giró sobre sí misma, pero no lo veía

por ninguna parte. Miró de nuevo el interior de la galería. Pero tampoco. Lo intuyó a través del reflejo del cristal —una silueta difuminada—, apareciendo entre el montón de cajas de fruta de la tienda que había justo enfrente de la Galerie Anouk. Jean-Pierre, que había sustituido la pipa por una manzana, salía de la tienda como si nada, sin prisas. Con el pelo recién peinado, la camisa blanca remangada y la corbata de tono lila, le pareció aún más atractivo que el día anterior. La luz del día favorecía la piel tostada de su frente y sus brazos.

—El mejor cuadro de la calle es todo este montón de cajas de fruta. ¿Te has fijado en el color, en la disposición? Si encuentras una obra de arte mejor en toda la calle, te la compro...

—¿Todo bien?

Paulina comprendió que Jean-Pierre, tan ancho, no pensaba disculparse. En realidad, parecía que ni siquiera era consciente de que ella tenía la vaga sensación de que la habían dejado plantada. Cruzó la calle muy tranquilo, y mientras le daba dos besos, se sacó el llavero del bolsillo.

—Todo bien. Por supuesto. Demasiado. Me he levantado tarde y con un dolor de cabeza... No tenía la sensación de que ayer hubiésemos bebido tanto. Me he dicho, ¿sabes qué? Le he pedido a Alfred, mi ocasional ayudante, que abriera él y me he quedado en la cama hasta la hora de comer, me he dado una ducha y he venido. ¿Quieres un poco?

—No, gracias.

Lo cierto es que la piel de manzana no... Tampoco era cuestión de contarle, de entrada, lo remilgada que era, y empezar confesándole defectos dieciséis horas después de un beso furtivo. Jean-Pierre metió la llave en la cerradura y abrió.

—Bienvenida a la Anouk 44, mi paraíso. Esta es mi cueva, mi refugio —encendió las luces por fases, desde detrás del mostrador— y mi vida. *Voilà!*

—Qué bonito.

El suelo, viejo, de madera barnizada, eran antiguas traviesas de ferrocarril que se habían ido abarquillando con el paso de los años. El reflejo de los focos sobre las largas tiras de madera daba luz y amplitud a un espacio marcado por tres columnas de hierro, pintadas de blanco, que señalaban el camino de la galería. Todas las paredes eran también de un blanco griego, y a juzgar por el olor, no hacía mucho que habían pasado la brocha. Las obras de arte, bien separadas unas de otras, aún llamaban más la atención sobre un fondo tan claro.

—¿Te gusta?

—Es precioso, Jean-Pierre. Me alegro de haber venido.

—Muy austero, muy simple. Es todo lo que ves, no hay más...

—Muy a tu aire.

—Este mostrador, un chester para mirar el Vasarely y, al fondo, una trastienda que es almacén, despachito y medio lavabo y cocina. Me refiero a un fogón para poder preparar un café. ¿Quieres uno?

—No, no, ahora no...

—Vamos. Siéntate y míralo bien.

Jean-Pierre la había agarrado por los hombros y casi la había empujado sobre el chester individual, de piel gastada, que había encarado frente al hexágono verde y blanco del Vasarely. No era más grande que una pantalla de televisión.

—No apartes la vista del cuadro. Míralo fijamente.

—¿Quieres hipnotizarme?

—Míralo fijamente, sin prisas —susurró Jean-Pierre—, en silencio...

Paulina bajó lentamente los párpados, como si quisiera enfocar. Veía hexágonos verdes y blancos que iban y venían por todas partes.

—¿Puedo decir algo?

—¿Que te mareas?

—Un poco. ¿Cómo lo sabes?

—A ti te gustará más este... Encoge los pies. Cuidado.

Sin que Paulina hubiera podido levantarse de la butaca, Jean-Pierre la arrastró por el respaldo, siguiendo las columnas, y la dejó a diez palmos de otro cuadro. A ver este qué tal...

—¿Es Andy Warhol?

—Los labios de Marilyn. Sabía que te gustaría...

—¿Quién lo dice?

—Te lo he notado.

—Caramba. Sabes cuándo me mareo, notas lo que me gusta... ¡Pues sí que me conoces!

—Más que tú a mí.

—Míralo, vaya humos.

Instintivamente, Paulina le tocó la mano y le despeinó los pelos que tenía sobre las venas. En cuanto lo hubo hecho, se dio cuenta de que no sabía si podía... Le parecía que había retrocedido algunos capítulos del punto en que lo habían dejado la noche antes, y ahora no sabía en qué episodio se encontraban. Jean-Pierre le había dado la bienvenida con dos besos, fríos, fraternales —¡en la mejilla!— y en cambio, entonces, sentada ante aquellos labios coloreados, no le importó que le acariciara la mano. No hizo ninguna mueca ni ningún gesto de desaprobación. Todo lo contrario. ¿A qué está jugando hoy este seductor? ¿Es espontáneo todo esto, la manzana y el chester, o forma parte de un montaje del director de escena que lleva dibujado en la cara? Paulina necesitaba pistas y no las tenía. A Jean-Pierre le sobraba vitalidad. ¿Qué clase de manzana se había comido?

—¿Por qué crees que a la gente le gusta mirar un cuadro?

—He venido a París a una boda, no a hacer un examen, supongo...

—A ver si estás de acuerdo...

Al galerista no le interesaba demasiado la respuesta de Pauline. Parecía más bien que necesitara verbalizar su teoría, elaborada, reflexionada, nada casual. Era, sí, una

pregunta retórica.

—He pensado mucho en ello. He hablado de ello con expertos en arte y con otros galeristas... Vivimos en una época con mucho ruido. ¿Sí o no?

—Sí, sí.

Cualquiera interrumpía su soliloquio.

—La radio, la tele, las noticias. Mensajes por todas partes. Un bombardeo. Opiniones, opiniones, informaciones. Un bombardeo constante. Cada día, a todas horas. Al final ya no sabemos si las cosas las hemos pensado nosotros o somos un eco de todas las cosas que hemos escuchado. Repetimos lo que oímos. El eco somos nosotros y no nos damos cuenta de que nos hemos convertido en animales de repetición. —Jean-Pierre se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó el nudo de la corbata, como si le molestara—. Pienso que el arte, querida Pauline, puede ayudarnos en un punto clave: en volver a dejar la persona en sí misma. El arte aleja del ruido ajeno y ayuda a reencontrarte. Miras un cuadro, le dedicas un rato y descubres lo que llevas dentro. Poco a poco, descubres lo que tienes, lo que piensas y lo que sientes. Descubres quién eres y te das cuenta de que, seguramente, no hay nada más interesante.

—Vaya... ¿Y esa es la razón de que nos emocione el arte?

—Es por eso por lo que hay gente a quien no le gusta mirar cuadros, porque intuye que no se gustaría. El cristal del marco no está ahí para proteger la pintura; es, seguramente, para protegerse de uno mismo. Es el propio escudo. Su propio escudo.

Si el pavo real quería impresionar, lo había conseguido desplegando todo su plumaje. Satisfecho, se encendió una pipa.

—Veo que las que tienes aquí son obras variadas. No hay dos cuadros de un mismo autor...

—De mayo a septiembre no hago ninguna exposición específica. Llevo años organizándome así. He comprobado que para los compradores ocasionales de verano es mejor montar una colectiva, un *tutifruiti* de colorines del fondo de la galería. Solo tengo arte contemporáneo, de la Gran Guerra hasta nuestros días. Piezas que he ido conservando de las exposiciones; ahora, no hay semana en la que no entre alguien y se enamore de un cómic de Lichtenstein, de las pruebas de Christo antes de envolver el Pont Neuf o de las planimetrías de Vilacabras. A mí me encantan esas ciudades vistas desde el vuelo de un pájaro. O el del escaparate, ¿te has fijado en él? Un Le Corbusier de primera. ¿Has visto qué *collage*? En el escaparate expongo lo que más me gusta. Es como un anuncio de mí mismo para la calle. Es un poco lo que soy.

—¿Tú eres un *collage*?

—¿Y quién no?

—No, no me he fijado. —Paulina se levantó de la butaca, se aseguró de que el broche del vestido estaba bien colocado y tiró de la falda terrosa de Groc para que le quedara justo por debajo de la rodilla—. Mientras te estaba esperando..., la verdad es que has tardado un poco y he estado a punto de irme, he tenido tiempo de fijarme, eso

sí, en las cajas de fruta, magnífica, de la tienda de enfrente. Muy bien dispuesta, la fruta. El mejor cuadro de la calle. Nunca había visto nada parecido...

—No me tomes el pelo... Pero, dime, ¿a que es bonito tener una frutería como esa ahí delante? Y útil. Compró kiwis, manzanas y me los llevo a casa...

—¿Vives por aquí?

—No exactamente. Está lejos, al otro lado del río. Le Marais. Se puede ir andando. ¿Lo conoces?

—Sí, pero...

—No mucho.

—Creo que alguna vez me llevó Julie.

—También hay mucho ambiente; te gustará. Está cerca del Museo Picasso.

—Perdona, pero el Museo Picasso, el mejor, está en Barcelona.

—¿No pretenderás que hagamos una competición sobre eso y que no me entre la risa?

—¿Lo dejamos en un empate?

—¿Lo discutimos cenando?

—¿Ahora?

—Aquí cenamos temprano. Te enseño el barrio, damos una vuelta y cenamos.

—¿Y la galería?

—¿Tú crees que entrará alguien? Y además —apagó las luces—, tengo permiso del dueño.

Recorrieron la rue de Seine casi sin verla, pendientes el uno del otro. Jean-Pierre, cicerone con ganas de agradar, le explicaba algunas curiosidades sobre el barrio, que ella escuchaba con sordina. Le pareció que, sin querer, en la parte en la que la acera se estrechaba, se rozaron las manos. Piel contra piel. Y sintió un escalofrío. Doblaron por la rue de Buci, repleta de turistas sentados en las terrazas, a la sombra, y enseguida llegaron al boulevard Saint-Germain.

—Saint-Germain-des-Prés es una de las iglesias más antiguas de París, y Saint-Sulpice es la segunda más grande de la ciudad después de Notre-Dame. Según se mire, desde fuera, parece incluso más grande. Saint-Sulpice está muy cerca. Desde aquí se puede ver cómo asoma la nariz.

Paulina lo miró, desafiante.

—Cuatrocientos pasos.

—¿Qué?

—Desde aquí hasta allí.

—¿De Saint-Germain a Saint-Sulpice?

—De puerta a puerta. ¿Qué te apuestas?

—La cena de hoy.

—Hecho. —Le tendió la mano—. Pagarás tú, Jean-Pierre.

—¿Pasos míos o pasos tuyos?

Le estrechó la mano, para sellar la apuesta.

—Da lo mismo. De puerta a puerta, cuatrocientos pasos normales.

—Más, menos, diez.

—¿Eso qué es? ¿Ventaja?

—Un pequeño margen de error, mujer. Quien dice cuatrocientos pasos dice trescientos noventa o... Lamentaría que tuvieses que invitarme.

—Gracias, pero no quiero ventaja —firme, decidida—. Desde aquí hasta allí, cuatrocientos pasos. De puerta a puerta.

En cuanto el semáforo estuvo en verde, Paulina empezó a andar y a contar en voz baja. Jean-Pierre, a su lado, contaba también mentalmente, intentando que sus pasos fueran, matemáticamente, de la misma longitud que los de una Paulina que, más allá de una belleza cautivadora, deparaba algunas sorpresas. Cuando llegaron a Mabillon, recorrieron toda la calle, de arriba abajo, bordeando el mercado de Saint-Germain, que, a la hora de cerrar, emanaba un hedor a agua de pescado y de flores marchitas bastante desagradable. Los peatones que les salían al paso, ajenos al reto entre amantes, se sorprendían al ver a aquella mujer elegante, de mirada abstraída, contando las zancadas de una forma casi marcial. Había alcanzado los trescientos cincuenta y estaban llegando al lateral de la nave. Aún tenían que doblar hacia la plaza y plantarse ante la fachada. De puerta a puerta, había insistido en el momento de pactar las reglas. Jean-Pierre, que nunca había pensado que Paulina pudiera acercarse a la cifra ni de lejos, empezó a poner unos ojos como platos. Cuando quedaban veinte metros para la meta, ella empezó a dosificar sus pasos con astucia. Y, sin que el juez pudiera impugnarlo, acertó con los cuatrocientos en su último paso.

—*Et voilà!* —Paulina no pudo reprimir su entusiasmo.

—Sublime. *Brava!*

—Tú pagas la cena...

—Como no podía ser de otra manera. —No daba crédito—: Pero ¿cómo lo has hecho?

—No hay truco. Y si lo hay, los magos dicen que no debe explicarse...

—Me esperaba muchas cosas de ti, pero, francamente, esta exhibición me ha dejado...

—¿No te ha contado mi prima que tengo algo de bruja?

Saint-Sulpice era una iglesia imponente, con pretensiones, desubicada. Si un rayo no hubiese decapitado su cúpula, se diría que era una réplica de Saint Paul, la catedral de Londres. La fachada neoclásica, las impresionantes columnas, la piedra blanca, la simetría... En eso se fijó Paulina: la simetría se rompía en la parte superior, en las dos torres de los campanarios, que también parecían descabezadas de forma desigual. A los pies de la fachada se abría una gran plaza cuadrada, sin tráfico, con una decena de

acacias tranquilas y una majestuosa fuente que sostenía cuatro cardenales de piedra, de panteón de cementerio, que echaba a perder la perspectiva. Paulina no se acercó lo suficiente para ver que la escultura la firmaba Visconti, el arquitecto que hacía tan solo unas horas había preocupado a su taxista.

—Qué tranquilidad.

—París tiene eso. Te alejas dos esquinas y das con unos rincones de paz que parece que nadie haya pisado jamás.

—Puede que sea la gracia de París.

—Puede que, en el fondo, sea la gracia de la vida.

Paulina quiso que Jean-Pierre le contara lo que le había parecido entender. Dejaron de contemplar la iglesia de lado, como si fueran dos turistas, y la miraron de frente. Se acercaron y se cogieron de la mano a la altura de los bolsillos del pantalón del galerista.

—Decía que puede que a veces, en la vida, tengas que alejarte de las calles por las que pasas siempre para darte cuenta de que hay otros caminos que merece la pena explorar.

—Ya...

Le brillaban los ojos. De ilusión y de sorpresa.

—Aunque no sepas adónde te llevarán.

La cara de Jean-Pierre se acercaba a ella, despacio.

—A veces...

Ella no hizo nada por esquivarla.

—Es la vida.

Paulina cerró los ojos y dejó que ocurriera lo que, en aquel momento, ya era inevitable. El beso. Apasionado y maduro. Entregado, largo y con todos los sabores mezclados. Se abrazaban, se estrechaban, se agarraban el rostro con las dos manos, alternativamente, con desasosiego. Abrían los ojos y se sonreían, complacidos por lo impensado, y volvían enseguida a jugar con los labios y la lengua, como si fuera su primer beso de adolescentes, como si no existiera el mundo a su alrededor. De entre los sabores, Paulina descubrió, en segunda instancia, el aroma del tabaco de pipa. Dulce, agradable, incluso adictivo. Nunca había besado a un fumador de pipa, pensó, fugazmente. Y siguió de puntillas, colgada del cuello de Jean-Pierre.

Se quedaron un rato en la plaza de Saint-Sulpice. Sin embargo, ya no volvieron a ver la iglesia. Después de decírselo todo con besos, para no verbalizar nada de lo que a la larga pudieran arrepentirse, deshicieron el camino, cogidos del brazo, por la rue Bonaparte. No contaron los pasos. Habrían podido contar los latidos. Jean-Pierre, tacto y *savoir faire*, lo decidía todo. Parecía el hombre que nunca duda.

—Cenaremos aquí. Es un café con historia.

—Les Deux Magots —leyó Paulina en el toldo verde de la esquina del boulevard con la plaza de Saint-Germain—. Ya me parecía raro que no tuvierais un lugar con historia en este barrio... ¿Quién venía por aquí? ¿Van Gogh?

—No me consta. Los surrealistas, creo. Y dicen que Sartre escribió no sé qué aquí.

—¿Dentro o fuera?

—Aquí estaremos bien.

Un camarero de bigote triste los acomodó en una mesa redonda, con dos sillas de mimbre, ambas orientadas a la plaza. Aquella era una costumbre muy francesa: en vez de encarar a los comensales, los sientan uno al lado del otro, mirando a la calle, como si la gente ya estuviera harta de verse y tuviese que contemplar, forzosamente un espectáculo panorámico. La calle siempre resulta entretenida, pero a veces es necesario hablar con alguien, y con las mesitas tan apretadas, tan llenas, solo pueden decirse obviedades. Todas estas observaciones de Paulina fueron rebatidas por Jean-Pierre punto por punto, con argumentos económicos. Las terrazas de París tienen las mesas dispuestas así, una junto a otra, por tradición, porque es lo que espera el cliente, porque ya forma parte del paisaje, pero, sobre todo, para amortizar el espacio. Los cánones que deben pagar todos los establecimientos por disponer de unos metros cuadrados de terraza en la calle son tan sumamente caros, deben pagar tantos impuestos y está tan regulado por la sanguijuela municipal que o aprovechan el espacio o... Paulina se había distraído. Jean-Pierre lo explicaba todo con el mismo convencimiento con el que parecía vivir. Sin embargo, reconocía, con una humildad que lo honraba, que tocaba de oído, porque los números no eran su fuerte y, en el fondo, nunca se había entretenido a preguntar el porqué de esta postal concreta de París. Cuando hablaba de arte, de cultura, era muy distinto. Entonces sí mezclaba sensibilidad, seguridad y erudición. No llevaban ni un día juntos y Paulina ya podía dar fe de ello.

—Aquí son especialistas en huevos: tortilla, revueltos, fritos...

—Yo tomaré una sopa de cebolla y una cerveza. —Paulina levantó los ojos de la carta—. ¿Qué pasa? Me apetece. ¿Por qué me miras así? ¿Acaso la sopa de cebolla no lleva huevo?

—En el mes de junio, ¿tú crees?

—Si está en la carta —lo señaló con una uña muy roja—, no debo de ser la única que la toma...

Jean-Pierre pidió una tortilla de jamón y otra cerveza. Cenaron mientras veían pasar a la gente. De vez en cuando, Paulina se inventaba las vidas de las personas que circulaban por delante de ella, con los andares del sábado por la noche, volátiles y desiguales. Era un juego —divertido y barato— que, cuando eran más jóvenes, solía practicar con Tatiana, la vecina de rellano con la que compartía edad y secretos. Las dos amigas se sentaban en un bar de Sarrià, en Barcelona, y podían dedicarle dos o tres horas. Con una coca-cola para cada una les bastaba para decidir si la mujer de las bolsas del súper que pasaba ante sus narices era feliz, si el matrimonio que paseaba sin decirse nada tenía hijos o no, si él trabajaba en un banco, si ella tenía un amante. O dos... Jean-Pierre se quedó pasmado ante la imaginación de novelista de Pauline.

En un santiamén convertía en madame Bovary a una viandante cualquiera que salía con el pelo crepado de la peluquería. O viendo tan solo a un chico tirando de un basset de orejas caídas ideaba una película en la que el joven era un artista que, para poder pagarse la estancia en París y los pinceles y los óleos, se sacaba unos buenos francos todas las tardes sacando a pasear a las mascotas de las abuelas inválidas de la Rive Gauche.

Más allá de la gente, él le hizo darse cuenta de que, desde la terraza de Les Deux Magots, la fachada de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, al otro lado de la plaza, parecía la de una iglesia de pueblo, irregular, austera, muy alsaciana. Después de jugar con las vidas de los demás, Paulina se atrevió a meter un pie en la de Jean-Pierre.

—¿Qué significa Anouk? —le soltó, con calculada ingenuidad.

—Nada. Es un nombre. Como Jean-Pierre.

—¿Es un nombre de hombre?

—No... No exactamente. —De repente, Jean-Pierre no quería que una noche inolvidable se complicara de forma inesperada—. Creo que es un nombre de mujer. No muy común.

—No sé si estoy metiéndome donde no me llaman, pero ¿puedo preguntar por qué tu galería se llama Anouk?

Jean-Pierre bajó la cabeza y dejó la pipa sobre la mesa. Paulina se dio cuenta, por primera vez, de que el hombre que había conocido en la boda de Júlia y que acababa de darle el beso de su vida se tambaleaba discretamente. Un oportuno camarero les dejó sobre la mesa la cuenta que él había pedido sin hablar. Le había bastado con alzar las cejas y chasquear los dedos.

—¿Sabías que Marcello Mastroianni vivió en la rue de Seine?

—¿Estás cambiando de tema descaradamente o solo me lo parece a mí?

De repente, Paulina se dio cuenta de que en el equipaje también había metido la ironía, siempre útil, como el cepillo de dientes.

—Pensé que te interesaría, mujer... Mastroianni, ya sabes. Me refiero al actor...

—Sí, sí, claro, dime. —Burlona, demostrando interés—. ¿Cuál es esa historia tan apasionante?

—Nada, pues eso, que pensé que te gustaría saber que vivió cerca de la galería. Un italiano como él tuvo un piso en París, se lo compró en la rue de Seine y un día entró en la galería y estuvo mirando cuadros, sin prisas. Hablé con él, un tío muy normal, muy educado, y se interesó por un Pollock que...

—Creo que en cierto modo te pareces a Mastroianni. Perdona, no es porque ahora lo hayas mencionado. Te prometo que ayer ya lo pensé. No sé. Un aire. Tu risa, tu nariz, la expresión de los ojos. Tu forma de coger la pipa. No lo sé. Puede que la raya y los pelos, así...

Paulina dibujó el gesto de pasar el peine, pero no mucho: insinuando una entrada, marcando un tupé, estudiadamente despeinado. Jean-Pierre trató de parecerse a él con

una sonrisa pícara. Y, seductor, puso voz de hombre interesante, de actor.

—No eres la primera que me lo dice.

Se rieron a gusto.

—¿Y te han dicho alguna vez que eres un pavero rematado?

Apoyó la cabeza en el hombro de Marcello para suavizar sus palabras, por si habían sonado demasiado duras. Paulina era consciente de que era un caradura, pero un caradura irresistible. ¿Cuántas mujeres se habrían rendido antes al encanto de un hombre atractivo, elegante y *charmant* como él? ¿Cuántas veces habría contado los pasos desde Saint-Germain hasta Saint-Sulpice del brazo de una turista o de alguna otra clueca de galería? Antes de que Paulina volviera sobre el nombre del establecimiento, Jean-Pierre intentó disipar cualquier nube.

—¿Y sabes quién vivió también en la rue de Seine?

—¿Quién, a ver?

—D'Artagnan.

—Anda ya. —Levantó de nuevo la cabeza—. Sí, claro, y ahora vas a decirme que también entró en la galería un jueves nublado, ¿verdad?

—No, no, aún no la habíamos abierto.

—Vamos, hombre... ¿Y Peter Pan no ha venido nunca? ¿Por quién me has tomado, querido?

—Te lo digo en serio.

Jean-Pierre la cogió de la mano al notar, maldita sensación, que Paulina parecía estar harta de él. Puede que, según se mire, sí se sintiera un poco ridícula en medio de tanta exhibición.

—D'Artagnan vivió...

—Mira, guapo, yo no he leído *Los tres mosqueteros*, de acuerdo, pero todo el mundo sabe que es una novela. D'Artagnan es un personaje de Alejandro Dumas. ¿Se pronuncia así? Dumas, Dumás... ¿Cómo lo decís vosotros?

Un camarero les dejó la vuelta sobre la mesa.

—Tienes toda la razón. Dumas escribió la novela, pero D'Artagnan existió de verdad. Te lo aseguro. Y el cardenal Richelieu también. En realidad, D'Artagnan fue un mosquetero gascón que se llamaba algo así como Charles de no-sé-qué Castelmore y que, aparte de ser famoso por sus filigranas con la espada, solía frecuentar los salones literarios que había en el barrio de Le Marais, mi barrio, vamos, y por eso sé todas esas cosas sobre los mosqueteros grises.

—...

Los ojos de Paulina no se fiaban del todo.

—Solo pensé que te gustaría saber que D'Artagnan vivió aquí mismo hace cuatrocientos años y ya está.

—¿La verdad? No sé si creérmelo. Mejor dicho, Jean-Pierre —cariñosamente—, no sé si creerte.

—*Se non è vero, è ben trovato*. Eso decís los italianos, ¿no?

—¿Los italianos? Pero ¡si yo soy de Barcelona!

—Ah, sí...

Volvieron a reírse. Puede que por los nervios, porque él sabía cómo pincharla o porque, según se mire, parecía un caradura de la cabeza a los pies, Paulina se dio cuenta de que, en un solo día, se había reído más que en muchas semanas. Lejos de asustarse, le gustó reconocerlo.

—¿Nos vamos?

Él ya se había levantado.

—Vamos. Pero me debes una... —Ambos sabían a qué se refería—. ¿O prefieres que se lo pregunte a mi prima?

—¿Te refieres a Julie?

—Me refiero a la Anouk.

Jean-Pierre la rodeó con el brazo y la agarró por la espalda para volver al río, paso a paso, por la rue des Beaux Arts. Había refrescado.

—Anouk. Yo te lo contaré, Pauline. Seré yo quien querrá contártelo. Pero hoy no, esta noche no, ¿de acuerdo?

Estuvieron paseando un rato sin herir el silencio. El día, como ellos dos, tenía que ir disminuyendo las pulsaciones. Jean-Pierre no le preguntó cuántos pasos había hasta el río. Paulina tampoco habría sabido decirlo. En la guía de París que había leído en el avión —una guía verde— solo decía que de Saint-Germain a Saint-Sulpice, de puerta a puerta, había exactamente cuatrocientos pasos. A cada uno sus secretos. Los dueños de las paradas que había a orillas del río ya estaban recogiendo su exposición de revistas antiguas, libros llenos de polvo —tres por el precio de dos— y los discos de vinilo de los *chansonniers* para turistas. Con los callos de todas las noches y sin dejar de refunfuñar por las ventas del día, lo metían todo en cajas y lo guardaban dentro del gran cofre verde, de madera pintada, que les servía de tienda a la intemperie. Meterlo todo allí era una obra de ingeniería. Después cerraban con un candado de pacotilla, buenas noches y hasta mañana. De vez en cuando, Jean-Pierre saludaba a algún vendedor que conocía del café de media mañana, en La Palette. Tenía la costumbre de cerrar diez minutos la galería y hacer una escapada para tomarse un cafelito en aquel bar centenario —madera por dentro, hiedra por fuera— que estaba en la rue de Seine. Con la pipa en la boca, sin darse cuenta, empezó a tararear el tema que Paulina ya le había oído antes.

—¿Siempre silbas lo mismo? Ayer, en la boda, ya me fijé.

—Un sirtaki, es verdad. Me gusta. Parece música griega, ¿no?

—Es música griega.

—No exactamente. Es la banda sonora de una película, *Zorba, el griego*. Mikis Theodorakis la compuso expresamente para la peli y montó una coreografía tan potente que ha perdurado. Y ahora parece un baile tradicional, de taberna griega.

¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿También eres un entendido en cine?

—Yo no soy un entendido en nada, Pau, pero demuestro lo poco que sé. Es un truco de vendedor. Con tal de embaucar, lo que haga falta.

Era la primera vez que alguien, desde los tiempos de la escuela, la llamaba Pau. Le gustó. Paulina, siempre se lo había reprochado a sus padres, era demasiado largo.

—Me gusta bailar, me gusta marcar los pasos y que vaya cogiendo velocidad. Despacio, despacio, despacio —fingió que se estaba quedando dormido—, y, de repente, rápido, rápido, rápido, hasta que no puedes más. A veces, cuando estoy solo en la galería, lo bailo.

—Eso no te lo crees ni tú, Jean-Pierre.

—Te lo juro. Lo bailo y me animo yo solo...

—O sea que silbas y bailas en la galería. Supongo que apartarás el chester, para no tropezar... —Una vez más, la ironía salvadora, para tomar distancia.

—¿Que no? Mira. —Jean-Pierre apretó la pipa con los dientes, cogió una mano de Pau y la colocó sobre su hombro—. Sígueme.

—Pero...

—Haz todo lo que yo haga...

Decidió meter la pipa, una molestia para bailar, en el bolsillo de la americana.

—No, Jean-Pierre.

—Vamos, mujer...

No tuvo elección. Alineados, agarrándose por los hombros, Jean-Pierre cantaba en voz alta y marcaba los pasos. Un pie hacia delante, luego el otro, de lado hacia aquí, el otro hacia allá, pierna arriba, flexión una, flexión dos, salta con el otro hasta los doce pasos, vuelta y giro y cada vez más deprisa. Jean-Pierre se animaba solo; cuanto más se aceleraba el baile, más fuerte cantaba la melodía sin letra. Paulina, con los zapatos de medio tacón y los adoquines del muelle, temía dislocarse un tobillo. Se descalzó como pudo, sin dejar de bailar, y, resoplando y riéndose, pudo terminar la función. Les aplaudieron. Una pareja que estaba cenando en una barcaza amarrada al muelle, muy cerca del espectáculo, los aplaudió y los felicitó desde la cubierta. Ni Jean-Pierre ni Paulina se habían dado cuenta de que aquel matrimonio mayor había dejado a medias una tajada de melón.

—Estoy sudando...

—Es por la sopa de cebolla, mujer...

—Qué va a ser la sopa... ¡Qué vergüenza, Jean-Pierre! Tú no sabes lo que es la vergüenza, ¿verdad?

Paulina recuperó sus zapatos y, para ponérselos, contó con el brazo musculado de Jean-Pierre. Recuperados y con las palpitaciones en su sitio, se abrazaron y dieron con la única forma de dejar de reírse. Con un beso. Y otro. Sin prisas.

—No llevas el mismo perfume que ayer...

Jean-Pierre solo quería parecer observador, detallista. Sin embargo, Paulina sufrió

una pequeña decepción. No podía permitirse que se notara su desengaño.

—No se puede abusar del Chanel N.º 5... ¿No te gusta el de hoy?

—Me encanta. —El galerista se apresuró también a matizar. No quería que pareciera que...—. El perfume solo es un adjetivo. A mí me gustas tú...

Paulina, colocándose la melena detrás de la oreja, se hizo la tonta.

—Pasaron muchos años hasta que mi madre consiguió tener un frasquito y lo valoraba y lo guardaba como oro en paño, hasta el punto de que solo lo usaba una noche al año. Era el día de su aniversario de boda; se acicalaba para ir a cenar con mi padre a un buen restaurante y entonces abría el perfume y se ponía unas gotitas, en el cuello. A mí me gustaba ver cómo se arreglaba mi madre. Delante del espejo, con la puerta del baño abierta. Se estiraba las pestañas, se pintaba los ojos, se retocaba los labios y el último paso del ritual, siempre, siempre, siempre, era ponerse el perfume. Muy poco y con mucho cuidado, como si la prudencia del gesto lo hiciera más efectivo. Y a mí, es una de esas cosas que recuerdas de cuando eras pequeño, aunque no sabes por qué, me gustaba el olor de mi madre las noches que se ponía el Chanel y salía a cenar con mi padre, que también pasaba por casa para vestirse de punta en blanco, afeitarse y ponerse la corbata. Era su noche, y toda la casa olía de una forma especial. Pensé que merecía la pena ponérmelo para la boda de mi prima... Para mí también era una ocasión especial, un buen día para rendir un homenaje a mi madre.

—Y me parece muy bien. ¿Sabes por qué ocurre eso?

—¿El qué?

—Que recordamos cosas muy concretas de nuestra infancia mientras que muchas otras las borramos.

—¿Porque nos marca lo que nos impacta?

—Porque, para bien o para mal, la memoria elige por nosotros. Un momento, una conversación o un olor. Puede que como ahora mismo.

—Como ahora. ¿Tú crees?

—Tú lo has dicho. Marca lo que impacta. El recuerdo se graba como un relieve de madera de lo que quieres que permanezca para siempre. En otras ocasiones, seguro que te ha ocurrido, te aprendes un número de teléfono durante cinco minutos porque no tienes dónde apuntarlo. Un esfuerzo de memoria a muy corto plazo, en función de la necesidad, y luego fuera, a la papelera.

—La memoria se entrena.

—Por supuesto. Tengo un amigo que se gana la vida con ello. Antoine actúa en un sótano de la rue de Rivoli, no muy lejos de mi casa. Es una especie de bar en el que hay magia de cerca, sesiones de mentalismo y *jenesaispasquoi*. Y él, un hombre calvo, con barba blanca, barriguita y sin ningún encanto, se sube a una tarima que hace las veces de escenario y el público le dice palabras, una tras otra, sin ton ni son... Hasta cien palabras seguidas. Él se las aprende y luego las vuelve a repetir...

—¿Y las acierta?

—Casi nunca.

Se rieron con ganas. Una vez recuperados del chiste, siguieron bordeando el río con paso distraído, de quien no sabe adónde va.

—Tienes que conocer a Antoine Fernández, es un personaje...

—Me quedo hasta el martes.

«Y hoy ya es sábado», pensó Paulina.

De puente a puente, cinco vagabundos, más pendientes de la hora que del calendario, empezaban a preparar las cajas de cartón para delimitar sus propiedades. Rutinariamente, ordenaban sus bultos —su patria— para convertirlos en un colchón. Iban a su aire; no hablaban con los pocos paseantes que aprovechaban las últimas luces del atardecer. Ni siquiera les miraban. Paulina tampoco desviaba la vista, pero se agarró al brazo de Jean-Pierre y, sin necesidad de decírselo, decidieron que había llegado el momento de subir los escalones en dirección al Pont des Arts. A las nueve pasadas, a finales de junio, el edificio del Instituto de Francia y la basílica de Mazarine, vistos desde el puente, cambiaban de color. La piedra blanca, limpia, se vuelve de un color tostado cada vez más tenue, más ligero, hasta parecer, con el último resol, una casa rosada. Desde el puente, hacia el norte, el cielo es un espectáculo que se funde por momentos, segundo a segundo, a contrarreloj. Y también, casi, a regañadientes. Es un gran telón, rojo y encendido, que ennegrece sin pausa la silueta del Gran Palais y el Petit Palais. La Torre Eiffel siempre es la última en desaparecer. Hacia el otro lado, desde el puente, el agua se espesa hasta que, a esa hora crepuscular, es difícil adivinar si va o viene. Y buscas en las barcas —cómo chirrían las poleas— o en un pato desorientado un indicio para saber si el río sube o baja. Cada vez más quieto, la noche va engullendo el Sena justo en el punto donde se bifurca, en el ángulo escogido por tantos pintores de caballete y acuarela que, antes de que el día se difumine, también recogen la paleta y el zurrón. Con la pipa entre los dientes, Jean-Pierre había sabido escoger el momento y el escenario.

—¿Subes a mi casa?

Paulina le abrió la americana y se metió dentro, con la cabeza apoyada en el pecho de Jean-Pierre. No quería responder. Sin embargo, se separó de él y lo miró a los ojos. Él volvió ligeramente la cabeza para no molestarla con el humo de la pipa. La respuesta no fue ni la que ella quería dar ni la que él quería oír.

—Tomaré un taxi, Jean-Pierre. Es hora de volver a Croissy.

—¿Una copa de vino en mi casa?...

—No forcemos las cosas. Ha sido una noche magnífica.

—Tengo un vino blanco de Anjou en la nevera...

—Dejémoslo aquí.

—... para una ocasión especial.

—Dejémoslo aquí, ¿me oyes?

—¿Nos veremos mañana?

Respiró profundamente.

—¿Actúa tu amigo? Antoine...

—Cierran los domingos. Una lástima. Pero tengo que mostrarte mi lugar preferido. No puedes negármelo. Es vital que lo conozcas. Si alguna vez me pierdo, que alguien sepa dónde tienen que buscarme. —Cuando era necesario, Mastroianni era un gran actor—. ¿Nos veremos mañana?

Paulina le quitó la pipa de la boca y le dio un beso precipitado.

—¿En qué lado del puente me conviene tomar el taxi?

A LA SOMBRA DE NOTRE-DAME

El domingo por la tarde, como tantas calles de tantas ciudades, la rue de Seine era una calle muerta. Ni media alma, ni un peatón. Las persianas bajadas y las tiendas a oscuras, como si quisieran dejar que los cuadros durmieran. Solo algún pájaro, ajeno a los sindicatos y al calendario laboral, tocaba música con sus alas. La taxista que la llevaba de Croissy a la Galerie Anouk había dejado atrás los meandros del río y se metió en la calle por la square Honoré-Champion, la curva de entrada a su destino, sin darse cuenta de que iba en contradirección. Paulina decidió que era mejor que la dejara allí en vez de dar toda la vuelta. Subió la bandera frente a la estatua de Voltaire y, con su camisa blanca y los vaqueros nuevos, anduvo una veintena de escaparates hasta que encontró a Jean-Pierre, que le dio la bienvenida con un beso y doce rosas de Santa Clara. Cuando ya estuvo con el galerista, Paulina no volvió a acordarse del interrogatorio de su prima. Julie la cogió por banda, en el porche de la casa, y le preguntó qué había hecho con Jean-Pierre la noche anterior, dónde habían cenado, qué le había mostrado, adónde la había llevado, qué habían hablado, qué le había parecido la boda, si sabía qué opinaba sobre su marido, qué pensaba hacer ese domingo, por qué estrenaba los vaqueros de Calvin Klein que le hacían unas piernas si cabe más largas y un cuerpo más estilizado, si aquel domingo iba a volver a ver a Jean-Pierre, dónde iban a quedar, a qué hora, si pensaba subir a casa del galerista, si volvería temprano para cenar los tres juntos, con Alain, en Croissy, si...

Paulina, más feliz que aturdida, se hacía la tonta. Sonreía y contestaba lacónicamente, con un sí o con un no, sin ninguna entonación especial. Se resistía a caer en la trampa de Julie y que, en su juego de las preguntas, se le escapara algún énfasis que la delatara. Solo le respondió que sí, que había hablado con Gina, que en Barcelona todo iba bien, que su hija era la mejor del mundo, que se había divertido con Jean-Pierre, que era un hombre interesante y que, en principio, aquel domingo no habían planeado verse. Pero que sí, gracias, puesto que se había ofrecido, que por favor le llamara a un taxi para ir a París y que pasearía por Montmartre o por Le Marais o quizás se metiera en un cine para ver *Chariots of Fire*, de la que le habían hablado muy bien en la boda, durante el aperitivo. De algo sí estaba segura: que no la esperaran para la cena, le parecía mejor que los novios cenaran a solas en casa, no quería seguir siendo su carabina, prefería que pasaran una tarde solos y así empezarían a darse cuenta de lo extrañas que resultan para un matrimonio las noches de domingo. Por la determinación de Paulina y porque llevaba la felicidad dibujada en los pómulos, Julie intuía que su prima estaba tramando algo.

Jean-Pierre, que mientras esperaba a Paulina había estado pasando los teléfonos de los marchantes a una agenda nueva —uno a uno y por orden alfabético—, dio por terminado el trabajo.

—¿Lista para andar?

—Con estas zapatillas no me ganarás.

—Estás muy...

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Muy qué? ¿Podrías acabar la frase?

—Espectacular.

—No lo dices muy convencido...

—Te vi en la boda y con el vestido de ayer... Pero unos vaqueros y una camisa sencilla te quedan muy bien.

—Gracias.

—El mejor cocinero del mundo no es el que hace el plato más complicado sino el que mejor prepara dos huevos fritos.

—No te líes. Déjalo. A ti también te sienta muy bien esta camisa de punto.

—Vámonos.

—¿Y qué hacemos con el ramo?

Jean-Pierre entró en la trastienda, sacó un jarrón con un palmo de agua en el que metió las rosas de Santa Clara y lo colocó en el escaparate, a los pies de Le Corbusier.

—Aquí estará mejor que en ningún sitio. Tienes razón.

«Un cuarto de hora antes del fin del mundo».

—¿Puedo decirte algo? No me gusta la frase que tienes en la puerta, entre comillas. ¿De quién es?

Jean-Pierre no respondió. Cerró la galería con llave y, con el objetivo de mostrarle a Paulina el sitio donde deberían buscarlo si alguna vez se perdía, se dispuso a deshacer la rue de Seine. Al llegar al Instituto de Francia, doblaron hacia el quai des Augustins, cruzando el río, en dirección a la Île de la Cité.

—Ya sé adónde me llevas. Es fácil de adivinar.

—¿Adónde?

—A Notre-Dame.

—¿De verdad me has tomado por alguien tan vulgar?...

—No, hombre...

—Vaya decepción... ¿Tú crees que si algún día me pierdo deben buscarme en una iglesia?

—Una catedral. Y no es una catedral cualquiera.

—Frío, frío... Cuidado —la cogió de la mano—, crucemos por aquí.

A la sombra de Notre-Dame, al otro lado del río, en el rincón de una calle al que dos cerezos de flor daban un aire de plazoleta, en el 37 de la rue de la Bûcherie

aparecía, como un oasis, Shakespeare and Company. Una librería. Las letras del rótulo del establecimiento, negras sobre un fondo amarillo, impactaban al caminante que, por azar, en un paseo al tuntún, daba con aquel rincón secreto de París. Solo la S de Shakespeare, de color rojo sangre, y dos retratos del autor de tantas vidas de comedia y tragedia en la fachada daban color a una librería que se presentaba en inglés. Antiquarian Books.

—Es precioso, Jean-Pierre... Y esta calma, este lugar...

—¿Tu prima nunca te trajo aquí?

—Nunca. Y nadie me había hablado nunca de este sitio.

—Pues la librería es como tú. Por dentro es aún mejor.

Cuando Jean-Pierre lanzó la flor, Paulina estaba distraída. Se había quedado embobada contemplando la cerca de madera verde de la tienda, a ambos lados de las viviendas, a juego con la pequeña fuente de Wallace que, frente a uno de los escaparates, rompía cualquier simetría. Desde muy pequeña la desconcertaban las simetrías, los números capicúa y los jardines proporcionales.

—Si te apetece —pulsó la fuente—, el agua es potable.

—¿Si la bebes te trae suerte?

—No me consta...

—¿Significa que volveré a París?

—No necesariamente. Pero quita la sed, y eso ya es mucho.

—Yo sí espero volver. —Se acercó a la fuente—. Por si acaso...

Paulina inclinó el cuerpo hacia delante y se puso de puntillas, tratando de no mojarse los pies. Dejó que corriera un buen chorro antes de beber.

—Dicen que en París hay cien fuentes idénticas a esta, pero nunca las he contado.

Si Paulina hubiese traído una cámara fotográfica, se habría hartado a retratar la fuente, la fachada, los postigos, las letras, la paz, las dos magnolias de invierno en la florida rosa de primavera, las cajas de libros amontonadas en la calle, como si de fruta se tratara. Si Paulina hubiese podido sacar fotos de aquellos días, de aquellas calles, de aquellos paseos y de aquel hombre tan especial...

—Entra. Entra tú sola, Pau. No quiero decirte nada. Tú entra y luego hablamos.

—¿No vienes conmigo?

—Tú entra y tal vez entiendas por qué, si alguna vez me pierdo, tienen que buscarme aquí.

—Pero...

—Y sube a la parte de arriba, mira por la ventana, entra en todas las habitaciones, no te prives de nada. Mira, revuelve, respira. Quédate todo el tiempo que sea necesario... Quiero que lo descubras por ti misma. Sin prisas. Yo te espero aquí. —Alzó la mano, con la pipa humeando—. A George no le gusta que entre con la chimenea encendida.

Paulina decidió entrar, con la prudencia de quien pone un pie en la casa encantada, con los ojos abiertos y los sentidos a flor de piel. Dispuesta a sentir, a

percibir —¡qué días tan especiales!—, cruzó la puerta como quien abre un libro: dejándose llevar por el mundo mágico de la imaginación.

La librería era estrecha, laberíntica y estaba atestada. La planta baja, al menos, estaba llena, a cada paso, de rincones y tortuosos desniveles. No había dos escalones iguales. En algún tramo se pisaba una moqueta tan raída que había perdido el tono granate de la elegancia. En otros, los pasos —medrosos— se daban sobre madera o sobre la piedra de la obra original, que se deslizaba para recordarnos, cruel constatación, que el tiempo lo erosiona todo. Allá donde miraras, había libros por todas partes, desde el suelo hasta el techo; en cajas, en estanterías, algunas torcidas. Y alguna recta, para llevar la contraria, sostenida por la quietud. La vista se le iba, obligatoriamente, hacia las olas de libros, muchos de ellos amarillentos; la mayoría llenos de polvo por el paso del tiempo y porque nadie se había entretenido a pasarles un trapo. Poesía, novela, historias de la historia, títulos en francés, en inglés...

Antes de poder subir al primer piso tuvo que dejar que desfilara un grupo de americanos que bajaban con la emoción en la mirada. Con cuidado, subió por la única escalera. Era muy vertical, de peldaños estrechos, incómodos. Tuvo que agachar la cabeza para no golpearse. Arriba, el paraíso de los libros viejos se ensanchaba y se despejaba. La luz natural que entraba de la calle o del patio de luces le otorgaba la profundidad de la que carecía la planta baja, más recargada. Lomos y más lomos de libros tapizaban todas las paredes, de arriba abajo, sin ningún hueco, sin ningún vacío. En la habitación del fondo había un piano abierto y una silla de madera, como si alguien tuviera que arrancarse a tocar un nocturno de Chopin. En medio del pasillo había un despacho diminuto, individual, de techo bajo, donde solo cabía media persona y no muy fornida. Tanto el techo como las paredes estaban llenos de papelitos pegados, clavados o colgados, que los clientes habían aprovechado para inmortalizar algún pensamiento. En la mesita del despacho descansaba una máquina de escribir portátil, con estructura de plástico, de los setenta. Paulina pensó que solo tenía una función decorativa. Sintió la tentación de entrar, sentarse y escribir algún mensaje para Jean-Pierre, pero le dio miedo que la regañaran por haberse saltado alguna norma. Siguió investigando la primera planta hasta el fondo, guiada por la curiosidad y por el haz de luz que entraba por la única ventana, abierta de par en par. La última sala era el capítulo final de la librería. En realidad, era una habitación concebida como biblioteca. Era el único lugar de la Shakespeare and Company donde los amantes de los libros podían sentarse durante un rato a ojear los párrafos de la novela que les habían llamado la atención. En la biblioteca no había dos sillas iguales: butacas, escabeles, sillas de madera de patas cojas y un destartado sofá de dos plazas. Y, eso sí, el alféizar de la ventana desde el que, asomándose un poco, podían verse, de lado, las dos torres de Notre-Dame desde una perspectiva insólita. No tenía prisa. Las instrucciones de Jean-Pierre habían sido claras y las siguió. Cogió

un poemario de Baudelaire —podría haber cogido cualquier otro volumen que estuviera a su alcance— y se sentó a contemplar la nada desde la mecedora de mimbre de la biblioteca. No abrió el libro. Miró el silencio. El resto de los curiosos de domingo que entraban en la diminuta biblioteca respetaban la concentración de quienes, quizás desde hacía horas, se habían adentrado en los senderos de la ficción. Era, más bien, una sala para rezar. Solo el zumbido de un indeciso abejorro, que de vez en cuando entraba y salía por la ventana, hacía levantar la cabeza, con suficiencia, de algunos de los ávidos lectores. A otros, absortos en una buena historia, nada los distraía.

—¿Sabes cómo llamaban en Egipto a una biblioteca? —le había preguntado Jean-Pierre—. El tesoro del remedio del alma.

Cuando ya tuvo suficiente, deshizo el camino. Encogió los hombros para bajar la escalera y, esquivando a los clientes que curioseaban entre las estanterías, salió, extasiada, para reencontrarse con Jean-Pierre.

—Así pues, monsieur Zanardi, si algún día te pierdes, debemos buscarte aquí.

—Si me pierdo en París, sí.

—Tiene un encanto especial... Lo entiendo.

—Si creéis que estoy en París, buscadme aquí, o en cualquiera de las magníficas librerías que hay por el mundo. He visto muchas, pero aún quedan algunas por visitar. Me han hablado de dos librerías de viejo en Escocia, en Inverness y Glasgow, que algún día tendré que conocer. Una librería es... —Se lo pensó antes de decirlo, pero lo dijo sin petulancia—: Es la patria de la libertad, el refugio de las palabras, el auténtico museo del pensamiento.

—Pero en ellas, ¿qué buscas, palabras?

—Mariposas. Siempre. Libros sobre mariposas, catálogos, volúmenes que puedan mostrarme alguna especie que aún no he visto.

—Me gustaría que entráramos juntos.

—¿Ahora?

—¿No te apetece?

—Usted primero, *milady*...

Que un país tenga el kilómetro cero en una librería de viejo que acoge todo el peso de la literatura y el paso de la historia lo dice todo. Jean-Pierre apoyó la pipa en la mano; aunque hacía un rato que no tiraba, aún la notaba caliente.

—El dueño es un americano, amigo mío. Acaba de tener una niña a los sesenta y siete años. George Whitman, de Nueva Jersey. El hombre tiene un guion de película. Nunca había estado en Francia, llegó a París después de la segunda guerra mundial, se quedó, abrió una librería de viejo en Saint-Michel y, al cabo de pocos meses, compró esto. Creo que estamos en un antiguo convento.

—¿Es él?

Paulina señaló con el codo a un hombre delgado que, con una rodilla apoyada en el suelo, revolvía entre un montón de libros que había junto a la escalera.

—Sí. Ya lo ves...

—Su cara lo dice todo.

—Es un excéntrico. Un chalado, un romántico...

—¿Un bohemio?

—Llámalo como quieras. A veces lleva corbata y a veces unas americanas estrafalarias; tendrías que verlo las noches que organiza lecturas poéticas en la librería... Es un loco de los libros. Ojalá hubiera más hombres como él.

Paulina se rio entre dientes. Y habló en voz baja para que George, que no encontraba lo que andaba buscando, no la oyera.

—¿Te has fijado en el cuello de la camisa? Si te acercas a él podría sacarte un ojo.

Se rieron de las puntas afiladas, pasadas de moda. Físicamente, George Whitman también era un hombre peculiar. Su pelo blanco era una escarola agarrotada, tenía una nariz aguileña y lucía una barbita de chivo reseca, que había conocido tiempos mejores. Era un señor singular, muy delgado, con muchas piernas y poco cuerpo, y con la incipiente joroba del librero. O del asmático, con la que a menudo coincide.

—¿Quieres saber lo mejor? Fíjate en que todos los empleados son muy jóvenes.

—Y diría que extranjeros...

—El hombre se lo monta muy bien. Deja que los jóvenes escritores de todo el mundo, o gente que quiere dedicarse a escribir, duerman en el piso de arriba, en la librería, al lado del piano o en la biblioteca... ¿No has visto ningún colchón por el suelo?

—No me he fijado mucho...

—La librería se ha convertido en una curiosa residencia de escritores. Vienen a París, no tienen donde alojarse y George deja que duerman aquí con tres condiciones. Primera, el joven debe leer un libro todos los días. Segunda, debe atender dos horas en la tienda. Y tercera, debe escribir al menos una página de su autobiografía al día. ¿Qué te parece?

—Es genial, Jean-Pierre...

—Tiene mano de obra barata, hay gente haciendo cola para poder dormir y trabajar aquí sin cobrar mientras colecciona miles y miles de autobiografías de jóvenes escritores que, quién sabe, puede que un día lleguen a ser alguien.

Subieron de nuevo al primer piso. Jean-Pierre iba delante.

—¿Has visto este despachito?

Agachándose, entró y se sentó.

—Me ha encantado. Con la máquina de escribir a punto de...

—Dicen que aquí, Lawrence Durrell escribió algún fragmento de *El cuarteto de Alejandría*. ¿Has leído las novelas?

—Y tú, ¿alguna vez has escrito algo?

—¿Yo? —Jean-Pierre sintió que lo habían pillado—. Cuatro líneas en mi juventud.

—¿Poemas?

—No, no, qué va... —Avergonzado—. Un *roman*, un relato alargado que ni siquiera sé si guardé.

—Quiero verlo...

—No merece la pena, Pauline, de verdad.

—¿Y él?

—¿Quién?

—El dueño... ¿Nunca ha escrito nada?

—¿George? En una ocasión me dijo, esto te va a gustar, que él solo había escrito cartas de amor.

—Oh...

—¿Y sabes una cosa? Me lo creo.

—Tiene toda la pinta, es posible.

Jean-Pierre se desentumeció para salir del despacho de Durrell.

—Bajemos y te lo presento.

—¿A George?

—¿Te apetece?

—¿Y quién vas a decirle que soy?

Deseaba que lo hiciera, pero al mismo tiempo le daba miedo.

—¿Qué quieres que le diga? La verdad, mi prima de Barcelona... Una amiga. Una cliente de la galería. Una modelo de *prêt-à-porter*. La destinataria ideal de unas cartas de amor. Escoge...

Ella se echó a reír nerviosamente.

—Olvídalo, me da vergüenza.

—Ya ves tú... —Una vez más, la sedujo con una idea improvisada—: Lo olvidaré si me prometes una cosa: que nunca olvidarás este lugar.

—Ni este lugar ni este momento.

Paulina se acercó a él lentamente, y, cuando estuvo cerca, le dio un beso salvaje. Un lector con cara de pelele que hojeaba *El perro amarillo*, de Simenon, alzó los ojos de la página, los miró de reojo y volvió a sumergirse en la investigación de Maigret. Le interesaba más saber por qué los perros huelen la muerte antes que nadie que el beso impetuoso de unos desconocidos.

Paulina era consciente de que, estando con Jean-Pierre, los días se aceleraban. El sábado y el domingo se habían reencontrado, de entrada con educada prudencia, con un tacto respetuoso, casi con un refinamiento aristocrático. Incluso diría que con cierta frialdad por parte de Jean-Pierre, si no fuera por el ramo de flores... Pero, de repente, a medida que estaban juntos, sentía que las horas y las emociones se atropellaban. Se desvanecía la serenidad, crecía la intensidad y, en su interior, se centrifugaban vibraciones y conversaciones. Jean-Pierre le mostraba nuevos mundos y le contaba cosas que ella no sabía. La cautivaba con las palabras, con los gestos,

con una cortesía nada obsoleta que la envolvía, la agarraba y la transportaba hasta hacerla flotar. Tenía más cosas de Marcello que de Jean-Pierre. O de ambos. O era la suma exacta de los dos seductores. En algún momento, Paulina, que no dudaba de sus encantos pero había perdido la costumbre de enamorar, temía no estar a la altura y sentía la necesidad de esconderse.

—Esta tarde podríamos ir al cine...

—¿Te apetece?

—Nunca he estado en ningún cine de París.

—Bueno, aquí hay unas butacas y una pantalla, apagan las luces y un señor con una linterna te...

—¿Estabas cuando en la boda hablaron de *Chariots of Fire*? Creo que no. Acaba de estrenarse. Había gente que ya la había visto y estaba entusiasmada. Decían que estaba muy bien, que seguro que se llevará todos los Oscar: mejor película, guion, fotografía, vestuario... Decían que la música también es de premio. ¿O tenías un plan mejor?

—Yo solo tengo un plan: estar contigo.

Jean-Pierre, seductor, lo había hecho otra vez. Cogió un ejemplar de *Libération* del montón de periódicos de un quiosco, lo abrió para consultar la cartelera y lo dejó de nuevo en su sitio sin que el dueño —que contaba los días que faltaban para jubilarse— ni siquiera se inmutara.

—Si nos damos prisa, podemos llegar a los Gaumont del boulevard des Capucines, cerca de la Ópera.

Paulina no había pensado que habría cola. Si hubiese estado con su marido, habrían dado media vuelta o habrían elegido otra película que no obligara a seguir toda esa procesión que llegaba hasta la esquina; Manuel no habría soportado que alguien se hubiese colado y siempre veía por todas partes a gente que intentaba hacerlo. En realidad, desde que había nacido Gina, es posible que no hubiesen vuelto a ir al cine. En todo caso, miraban alguna película las noches de los sábados, en el sofá de su casa. Sin embargo, alguno de los dos siempre caía rendido.

Cuando entraron en la sala, a oscuras, no quedaban muchos sitios libres y tuvieron que sentarse más cerca de la pantalla de lo que habrían deseado.

En cuanto encontraron el sitio, los atletas británicos, «esperanza en vuestros corazones y alas en vuestros pies», ya corrían descalzos por la playa, impecablemente vestidos de blanco. El inglés Harold Abrahams, el judío que se niega a correr en domingo en los juegos de 1924 —precisamente en París—, contra el escocés Liddell, un devoto protestante que se fía más de las oraciones que de sus propias piernas. He aquí un duelo de película que, a juzgar por el cartel, parecía que trataba sobre deporte pero que hablaba más de religión y cultura.

—Es verdad que la música es buena. —Jean-Pierre, en voz muy baja.

Paulina no respondió. Le habían enseñado que en el cine no se hablaba, y para ella era algo sagrado. Estaba muy concentrada en la película, porque era de esas que

van hacia delante y hacia atrás en el tiempo, y si encima era en un idioma que no era el suyo... Justo después de la carrera en que dos corredores deben dar la vuelta al patio del Gran Tribunal del Trinity College, antes de que suenen las doce campanadas del reloj, Jean-Pierre extendió la mano para coger la suya. Durante un rato le acarició los dedos. Luego dejó la mano quieta sobre la de Pauline, que la había extendido en sus vaqueros. Ella notó que él incluso se entretenía en recorrer, como si nada, el contorno de su alianza de bodas. ¿Se habría dado cuenta de que llevaba el anillo? ¿El hecho de que pasara sus dedos por él significaba que no le daba la menor importancia? Después, como si alguien pudiera verlos, descruzaron los brazos y colocaron las manos enlazadas debajo de ellos, como quien lanza el ancla entre las sillas, y se apretaron los dedos para sentirse bien amarrados. Hasta que terminó la película, ninguno de los dos quiso apartar la mano. Estaban bien juntos, cogidos de la mano, sintiéndose. Piel contra piel.

—¿Te ha gustado?

Con los títulos de crédito, Jean-Pierre pensó que ya se había levantado el veto. Paulina, con los ojos aún fijos en la pantalla, tardó en responder. Giró el cuello para mirarlo a los ojos.

—Mucho. Y me ha gustado mucho verla contigo.

Y no fue hasta entonces, cuando encendían las luces de la sala, cuando se soltaron de la mano.

Cenaron en la Brasserie Lipp, en el boulevard Saint-Germain, en la otra esquina de la iglesia y de Les Deux Magots, el café de la sopa de cebolla de la noche anterior. Puede que Lipp fuera la brasería por excelencia, el lugar que nunca pasaba de moda y que tenía la cocina abierta hasta las dos de la madrugada, un horario ideal para políticos, artistas y otros golfos dados a la conspiración. Jean-Pierre y Paulina entraron sin reserva poco antes de las ocho, según un reloj de estación colgado de dos cadenas que había en el comedor de la brasería. La había fundado, en el siglo XIX, un alsaciano que había ido a París para hacer fortuna y lo había conseguido. Léonard Lipp no tardó mucho en adquirir renombre por el chucrut y la cerveza, y más de cien años después aún mantenían la especialidad. Desde la calle podía parecer un restaurante cualquiera. Sin embargo, en cuanto se cruzaba la puerta giratoria, te adentrabas en un paraíso de olores y de ruidos, amplificadas por los enormes espejos que había en todas las paredes. Jean-Pierre, que dejó descansar la pipa en el bolsillo de la americana, quiso que Pau fuera la primera en entrar. Por galantería, pero, sobre todo, para no ocultarle las vistas cuando echara la primera ojeada. El suelo era un tablero de ajedrez de cuadros grandes y relucientes. Las mesas, rectangulares, de poco más de dos palmos y medio de ancho, estaban tan juntas que los camareros tenían que retirar una para dejar paso al comensal que se sentaba en el banco de *moleskin* marrón, junto a la pared. Entre una mesa y otra apenas quedaban dos dedos,

el espacio justo para colocar un mantel limpio, de hilo, después de cada turno.

—¿Compartimos un chateaubriand con salsa bearnesa?

—Yo no voy a comer mucho, pero perfecto. No tengo demasiado apetito.

Paulina sentía los nervios en el estómago.

El camarero, de una amabilidad empalagosa, les tomó nota con un garabato que, en la cocina, solo debían de descifrar gracias a la fuerza de la costumbre. Todos los camareros, incluso con el buen tiempo del mes de junio, llevaban americana, chaleco y pajarita, de un negro digno del mayor luto. Sobre los pantalones, en cambio, llevaban un delantal blanco, perfectamente planchado, que cubría desde la cintura hasta los tobillos. A Paulina le sorprendió que la raya del pliegue apareciera tan bien dibujada, tan recta, tan bien hecha. Tendría que decirle a Isabel que, en casa, no planchaba con esa escrupulosidad.

—Mira. —Paulina le mostró el rótulo que había en la mesa de enfrente—. Aquí tendrás que aguantarte.

El olor de algunos tabacos perfumados
incomodan a la mayoría de nuestros clientes
FUMADORES DE PIPA
tengan la cortesía de
renunciar a fumarla en este establecimiento

—Yo no fumo tabacos perfumados. —Acabó de leerlo—. ¿No te has dado cuenta de que no huelo a marinero holandés?

—Tienes razón. Es cierto que... Tu pipa no huele a pipa.

Paulina dijo eso cuando, en realidad, habría querido decir tú siempre hueles muy bien.

—Fumo picadura selecta. No es tabaco para pipa, pero a mí me gusta más. No me pica en la lengua. De todas formas —Jean-Pierre señaló el rótulo con las cejas—, no te preocupes, no fumaré. No acostumbro a fumar mientras como.

—Mira lo que te digo: llegará un día en que en los restaurantes estará prohibido fumar...

—¿Tú crees? Forma parte del negocio.

—La gente saboreará mejor la comida. Y la ropa no apestará a...

—Imposible. ¿Quién quieres que lo prohíba? Nadie se atreverá a hacerlo.

—Que sepas que mi padre, cuando era joven, dijo que llegaría un día en que venderían el agua embotellada, y lo tomaron por loco.

—Qué visionario...

—Y te digo, hoy, domingo, 14 de junio de 1981, que llegará un día, aunque puede que no lleguemos a verlo, en que prohibirán fumar en los restaurantes.

Voilà! Les sirvieron la carne, cortada, roja, en una bandeja de plata. La acompañaba una guarnición de patatas fritas y cuatro espárragos verdes y la salsa

bearnesa caliente, con el rastro aromático de la mantequilla y las diecisiete especias de la felicidad. Desdoblaron la servilleta gigante y se la colocaron en el regazo. A Jean-Pierre le gustaban las servilletas inmensas; a Paulina, las mesas bien puestas. Ella se distraía con el juego de los espejos; él le contó que todos aquellos mosaicos de baldosas pintadas que decoraban el restaurante, en los que mandaban el verde y el amarillo, eran de Fargue, un maestro ceramista de París que había... Los temas de los mosaicos, lo interrumpió Paulina, no eran demasiado alsacianos: bambúes, palmeras y loros que quedaban disimulados entre las lámparas modernistas que iluminaban las mesas con una luz blanca, que no enmascaraba el chateaubriand *saignant*, como debe ser. Pendientes del filete, de la guarnición y de la compañía, no se dieron cuenta de que un Cupido decadente, pintado en el techo y oculto tras siete lámparas de hierro forjado, los apuntaba con su flecha.

—¿Por qué te gustan tanto las mariposas?

—¿A ti no te gustan?

—Mucho. Pero yo no las colecciono...

—Porque vuelan alto, porque vuelan lejos. Porque cuanto más las miras, más te fascinan. Porque son un milagro de la naturaleza. Porque vienen y se van. Porque cuando te rodean, aunque sea por poco tiempo, son unos segundos mágicos. Porque...

Habría podido citar otros mil argumentos, poéticos y prosaicos; habría querido explicarle por qué viajaba por todo el mundo para conseguir un libro sobre mariposas que no tuviera en su colección, pero el solícito camarero apartó la mesa de al lado, la siete, para que pudieran sentarse dos ancianas, tan viejas y enjovadas que los pendientes actuaban como contrapeso del bastón para mantener el equilibrio.

—¿Por qué han quitado la foto de Picasso?

Una de las ancianas pidió explicaciones en cuanto se sentó en el banco.

—No, madame Rentz, está donde siempre —el camarero contestó a la anciana que cumplía los noventa—. Allí, ¿la ve? Colgada al pie de la escalera.

Las dos señoras entornaron los ojos para enfocar desde lejos. Si no eran capaces de ver el marco, mucho menos una foto. El camarero la descolgó de la pared y se la llevó a la mesa. A Jean-Pierre y Paulina no les quedó más remedio que contemplar la imagen en blanco y negro que el camarero, agarrándola por la parte de atrás, apoyó en la mesa de las mesdames.

—¿Te das cuenta? —dijo la nonagenaria repintada.

—¿Cuenta de qué? —le respondió su amiga, de una quinta similar.

—Te dije que Picasso salía fumando...

—No, no —le respondió su amiga, que se había pasado de la raya a la hora de pintarse los ojos—. Todo lo contrario, guapa: yo te dije que estaba encendiendo un cigarrillo y tú me dijiste que no...

—Ya estamos otra vez...

—¿Qué?

—Pues decir que tú has dicho lo que en realidad he dicho yo...

Jean-Pierre miró a Pauline con complicidad. El camarero, tratando de poner paz entre las ancianas, empleó el recurso que había ahorrado tantas guerras. La diplomacia.

—Deben saber, mesdames, que la foto se sacó en esta misma mesa. La siete era la favorita de Picasso.

—¿Ah, sí? —respondieron, filipinas, las dos ancianas antes de empezar a mirar la carta y no volver a pensar nunca más en el autor del *Guernica*.

Paulina, risueña, señaló otra circunstancia de aquel Picasso de flequillo lamido, fumando en la Brasserie Lipp, que acababa de ver por casualidad.

—¿Te has fijado en lo largas que llevaba las uñas? Pero si parecía una mujer...

—¿Quién?

—El de la foto.

No quiso decir el nombre para que las ancianas no supieran de qué estaban hablando.

—Supongo que para abrir los botes de pintura.

—No me tomes el pelo, hombre...

—Te lo digo en serio. No sé si sería su caso, pero conozco a muchos pintores que dejaban que les crecieran para abrir los botes.

—¿Y no tienen un destornillador? ¿O un cuchillo, para hacer palanca con el mango?

—No lo sé, Pauline.

—Y, en cualquier caso, con una uña larga, solo una, les bastaría. No era necesario que todas fueran tan afiladas.

—Veo que te ha interesado el asunto... —Burlón.

—Es que me ha dado asco, qué quieres que te diga.

—Pues nada. Que bajen la cotización de Picasso, que a la señora Homs no le gustan las uñas del pintor...

—Mira que eres...

Prefirió no decirlo, porque no lo pensaba.

Quien la sigue la consigue. Al quinto intento, el camarero ya había logrado colgar la foto en su clavo, al pie de la escalera.

—¿Sabes qué hay en el primer piso, Pauline?

—¿Los servicios?

Volvieron a reírse.

—No. Si tienes que ir, están abajo. Arriba está el infierno. —Se encogió ligeramente de hombros, para quitarse el muerto de encima—. Aquí lo llaman así.

—Al infierno, al igual que al purgatorio, no se sube, se baja.

—Aquí la llaman la escalera del infierno, porque arriba es donde acomodan a tres clases de clientes: los turistas americanos, los grupos de japoneses y los indeseables.

—Entonces hemos tenido suerte al encontrar una mesa aquí abajo.

—La ocho. El rincón, ¿qué más quieres? Las mejores vistas para controlar todo el restaurante. Las propinas hacen milagros.

—¿Es aquí adónde traes a tus amigas para impresionarlas?

—No. Es la mesa que siempre pedían los comunistas, porque de ese modo, sentados en este ángulo, creían que tenían las espaldas cubiertas y no los podían atacar por sorpresa desde ningún sitio.

—¡Ahora sí me doy cuenta de que no es la tuya!

—¿Qué quieres decir? —En tono juguetón—. Eh, guapa, que yo tengo unos ideales y fumo en pipa...

—¿Para impresionar a las mujeres, también?

—No, para espantar a los mosquitos.

Las dos ancianas —una en el sofá y la otra con la espalda al fresco, a merced de cualquier atentado— habían pedido comida para cuatro y una botella de *champagne* que recibieron con aplausos y que se pimplaron a medias. La celebración de las viudas no interrumpió la cena romántica de Jean-Pierre y Paulina. De repente, les divirtió escuchar las conversaciones de la mesa de al lado sin que tuvieran que aguzar el oído. Paulina lo entendía prácticamente todo, y a cada comentario que le parecía gracioso, le daba un golpecito con la rodilla a Jean-Pierre por debajo de la mesa. Las ancianas —madame Rentz y madame Bourvil— compitieron por saber quién dormía menos por las noches. Tras argumentarlo del derecho y del revés, ganó, aparentemente, la que proclamó que solo dormía apenas una horita. Paulina, aterrada por la exageración de madame Bourvil, estuvo a punto de impugnar el resultado. Cuando llegó el momento de pagar, tampoco lo consiguió. A pesar de la insistencia, el camarero hizo caso a la expresión del rostro de Jean-Pierre de si no coges mi billete no volveré a poner los pies en la Lipp. Pauline se hizo la ofendida, porque lo de que siempre paguen los hombres es algo que ya ha pasado a la historia, pero la ventaja idiomática deshizo el empate. Les apartaron la mesa, dieron las buenas noches a las ancianas, que les correspondieron con educación, le desearon feliz cumpleaños —sin ironía— a madame Rentz, pidieron al camarero que les sacara una foto al pie de la escalera y salieron de la Lipp. En el comedor de la entrada, que en aquel momento ya era el de la salida para los amantes, Paulina se fijó en un último rótulo. Le pareció gracioso.

AVISO

Por razones de higiene
se ruega a los señores clientes que
NO DEN DE COMER A LOS PERROS
los alimentos del local
y que tampoco dejen
que se suban a las sillas

—Dime, tú que eres una visionaria, ¿qué crees que van a prohibir antes en los restaurantes, fumar o los perros?

—Si de mí dependiera, ambas cosas. Vámonos, tonto. Y no te cachondees, ¿me oyes?

En el pellizco hubo mucha ternura.

Cuando salieron de la brasería se dirigieron rutinariamente hacia el Senado y los jardines de Luxemburgo. Caminaban despacio, cogidos de la mano o del brazo, como si temieran que, de un momento a otro, uno de los dos pudiera escapar. Sin embargo, aquella noche no tenían ninguna intención de hacerlo.

—No volveré a preguntarte otra vez si quieres subir a mi casa a tomar una copa de vino.

—Ya...

—Ya ¿qué?

—Que parece que lo estés haciendo...

—No, no... Al contrario, he dicho que no insistiré. No querría importunarte.

—Eres un caballero.

—Los Zanardi somos así. Respetuosos y...

Paulina no dejó que terminara. Lo que tenía que expresar era demasiado importante.

—Jean-Pierre, ¿puedo decirte algo? —Su corazón, antes y después de decir estas palabras, iba a ciento cuarenta—. Me gustaría mucho ver tu casa.

Jean-Pierre le dio un beso dulce, de azúcar. Cuando Paulina abrió de nuevo los ojos, él ya había parado un taxi y le había abierto la puerta.

—Por favor, al número cinco de la rue du Trésor, en Le Marais.

Hicieron el trayecto en coche cogidos de la mano, en silencio. ¿Era la inquietud o la ilusión, o las dos cosas a la vez, envueltas, lo que no les dejaba hablar?

Cuando llegaron, de noche, Paulina no se dio cuenta de que era una calle sin salida, estrecha, ajardinada, con parterres a ambos lados. La puerta de madera maciza —barnizada y con unos pomos de bronce, muy fáciles de agarrar— le pareció noble, muy propia de él. Subieron con el señorial ascensor hasta la cuarta planta. Jean-Pierre, a sus espaldas, la agarró suavemente por la cintura, con ambas manos. El roce le provocó un escalofrío. Él empezó a silbar otra vez. Paulina pensó que aquel tic lo delataba. Se daba cuenta de que lo hacía, inconscientemente, cuando estaba nervioso o cuando no controlaba por completo la situación. Se alegró al saber que no era la única que nadaba entre dos aguas. No le dijo nada. Estaba segura de que, si abría la boca, le habría temblado la voz.

—Esta es mi cueva.

Encendió, a la vez, todas las luces que pudo.

—Vaya... Parece una continuación de la galería. Todo tan... Blanco, austero,

todo en su sitio. ¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Se asustó—. ¿Cómo se llama quién?

—El decorador.

—No, no, todo es cosa mía... —Se le acercó por detrás—. Me gustan las cosas sencillas, elegantes. Soy un hombre con buen gusto...

Le dio un beso en el cuello.

—... y con tacto.

—Si tú lo dices... —Ella se dio la vuelta para quedar labio contra labio, para mirarse a los ojos y asegurarse de que a los dos les apetecía mucho una noche como la que se avecinaba, al galope—. Pero es verdad. Tienes buen gusto y tienes tacto, eso no puede negarse.

Después de un beso de bienvenida, Jean-Pierre la cogió de la mano y, a toda prisa, cruzaron la sala de estar, pasaron por la cocina, le mostró el pequeño despacho que daba a un patio interior y, al fondo del pasillo, llegaron a su habitación. El vestidor, el baño de puerta corredera y un sofá para leer ocupaban, prácticamente, la mitad del piso. De pie, volvieron a besuquearse. Desde que los había probado, Jean-Pierre deseaba los labios carnosos de Paulina. Mirándola a los ojos, con destreza, le desabrochó, botón a botón, la blusa blanca. Paulina hizo lo propio con la camisa de punto de Jean-Pierre, de arriba abajo. Con reverencia, dejaron caer las camisas al suelo a la vez. Después de morderle la oreja, él aprovechó para desabrocharle el sujetador, como quien no quiere la cosa, con un preciso chasquido de los dedos. Ella se encogió de hombros para que los tirantes bajaran por sí solos, y dejó que resbalaran por su vientre. Se abrazaron, cuerpo a cuerpo. Ambos necesitaban sentir el calor de su pecho sobre el del otro. El encaje era perfecto. Suave, cálido, acogedor. Se quedaron así un rato, sin decir nada. Sin pensar en nada.

Luego, sin soltarse, se quitaron los zapatos y, uno frente al otro, repitieron el ritual. Jean-Pierre le desabrochó los vaqueros mientras ella, al mismo tiempo, le desabrochaba los pantalones. Cada uno se quitó los suyos y se dejaron caer sobre la cama antes del imperioso revolcón que habían incubado durante horas.

Puede que, sin saberlo, durante toda una vida.

Una vez superada la llamarada inicial, irreprimible y apasionada, los gestos fueron atemperándose. Paulina, desnuda, se sentía en el séptimo cielo entre los brazos de Jean-Pierre. Notaba que su cuerpo, huesudo, construido, olía a tabaco y a hierba recién segada, a sábanas limpias y a caja de Caran d'Ache, y a la merienda de un cuscurro de pan con chocolate de su infancia en Sant Pol. Abrazaba su torso y en él hallaba, concentrados, muchos instantes de su felicidad. Jean-Pierre, con el pelo de Paulina sobre su pecho, no podía dejar de acariciar su piel de melocotón aterciopelada, celestial. Desde las piernas hasta el culo, desde la espalda a los hombros. Sus pechos, más blanquecinos, proporcionados, se sostenían con el orgullo

de los treinta años. Jean-Pierre, delicadamente, trabajaba sus pezones con respeto, como jamás lo había hecho nadie. «Con dedos de violinista», pensó.

Jean-Pierre sabía hacer el amor. Y Paulina estaba encantada. Tanta sensibilidad y tanto arte por todas partes le habían servido para valorar los cuerpos, para respetarlos y para intuir que, más allá de la penetración, hay juego y vida y fuego. Vaya regalo. Y Jean-Pierre, con dedos expertos y lengua curiosa, sabía cómo aproximarse a las zonas delicadas. Paulina agradecía que se acercara al sexo con consideración, sin brusquedad. Pero, asimismo, con el gesto necesario de seguridad masculina para llevarla a las nubes.

Hicieron el amor dos veces. Sin prisas. Se besaban, sudaban y se decían cosas bonitas. «He sentido cosas que nunca pensé que podían sentirse». «Nunca me habían dicho nada tan halagador». «Y no estaba hablando solo de sexo». Y, dicho esto, Paulina se levantó para bajar las cortinas, porque le pareció que desde el piso de enfrente podían verlos. A Jean-Pierre le gustaban aquellas piernas jóvenes, fuertes. «Eres terriblemente sexy». Se sentía orgullosa de sus piernas, sí.

—¿No tenías un vino blanco de no sé dónde?...

—En la nevera. —Disimuló la pereza que le daba levantarse—. ¿Te apetece?

Jean-Pierre volvió de la cocina con dos copas y la botella abierta en una cubitera. Sirvió el vino para los dos, brindaron sentados a los pies de la cama y volvieron a tumbarse, orgullosos de sus cuerpos y del momento.

Tres copas después, ella le dijo no te muevas. Él estaba tumbado sobre el colchón boca arriba, mirando la lámpara minimalista —inspirada en un móvil de Calder— que colgaba del techo, encima del somier. Paulina apartó la sábana, lo besó por todo el cuerpo y se dio cuenta de que parte del vello ya era blanco. Tras despeinarle los brazos y entretenerse alrededor del ombligo, se colocó encima de él. Lo encajó entre sus rodillas sobre el colchón y, ayudándose con dos dedos para recordarle el camino, enseguida lo tuvo de nuevo en su interior. Y empezó a cabalgar, con mucha calma. Al paso. Con muchísima calma. A paso lento. A ratos arqueaba el cuerpo hacia atrás y se sostenía con las manos sobre los muslos de Jean-Pierre. A ratos, con la misma cadencia suave, doblaba el cuerpo hacia delante, pecho contra pecho, para sentirlo mejor, más adentro. Notó que la melena, en su cara, podía molestarlo; con habilidad, se la recogió en una cola y siguió con el vaivén lánguido, tranquilo. «Suave, suave, amor», susurraba. Liberada, desconocida, le gustó marcar el ritmo. Ejercer el control. No estaba acostumbrada a hacerlo. Algo diferente.

—*Ne bouge pas*. Quieto, te digo.

Jean-Pierre, inmóvil, se excitaba bajo el dominio de Paulina. Su movimiento extremadamente lento, suave, suave, la lubricación perfecta, el roce sensible... Percibía cada punto de contacto como si fuera nuevo con cada movimiento, despacio, arriba y abajo. El placer era largo, intenso, difícil de soportar. «Suave, suave», le repetía ella al oído. Y cuanto más insistía, más suave distinguía Jean-Pierre que estaba haciendo el amor con Paulina, entregado, en otro mundo, en un campo lleno de

mariposas con los estampados más coloridos que jamás había visto revolotear. Y sentía que la cabeza, el corazón y todo él estaba a punto de estallar. Con cada sacudida, más cerca. «Suave, suave», repetía Paulina, con el pecho cada vez más rosado. Y él se dejaba. Se dejaba llevar. Y notaban todos los placeres. Y abrían los ojos de vez en cuando, para cerciorarse de que estaban juntos. Y se esperaban mutuamente. Y, al mismo tiempo, acompasando la respiración, retrasaron el último gemido todo cuanto pudieron.

Una vez vencidos los cuerpos, se quedaron dormidos, abrazados.

La primera luz del sol penetró en la habitación con la insolencia de los lunes. Paulina, que había dormido como un tronco, sin juzgarse, sin pensar siquiera quién era ella y qué estaba haciendo allí, levantó la cabeza de la almohada. Por la ventana vio un pedazo de azul recortado. En la mesilla de noche, el hielo de la cubitera se había derretido. La etiqueta de la botella, boca abajo, se había despegado y flotaba en el agua como un cadáver. Cuando se dio la vuelta para acariciar a Jean-Pierre, él ya no estaba. Sin embargo, antes de que tuviera que preocuparse, lo oyó dando el agua de la ducha. La puerta corredera, de cristal esmerilado, no le permitía ver la silueta de Jean-Pierre en el baño. Dio vueltas en la cama para incubar la pereza y para mirar, a uno y otro lado, el santuario de su... amante. ¿Podía llamarle ya así después de haber pasado una noche en su casa? ¿A partir de qué momento, se preguntaba Paulina, una aventura con otra persona la convierte en su amante? ¿Un amante se mide en besos o en sentimientos? ¿Es el sexo lo que delimita el adjetivo? Y si es el sexo, ¿cuál? ¿Es una cuestión de frecuencia o de intensidad? Con la serenidad de la mañana, Paulina no se arrepentía de nada de lo que había hecho ni de lo que había dicho desde que Julie le había presentado a Jean-Pierre. Por una vez, aquella mañana se sentía transgresora. No estaba orgullosa de ello, pero tampoco se castigaba. En todo caso, ya pensaría en ello en el avión de vuelta. ¡El avión de vuelta! ¡No quería volver! No quería que aquello terminara... Sabía que, en el fondo, sería capaz de mantener aquella historia en la requerida intimidad. Pero, una vez más, las palabras la conmocionaron: ¿por qué pensaba en ello como si se tratara de una historia o de una aventura cuando en realidad estaba sintiendo cosas que jamás había sentido? ¿Dónde estaba escrito que aquella relación con su Mastroianni tenía que ser solo una aventura o una historia o uno de esos eufemismos que se acuñan para tranquilizar conciencias? ¿Por qué limitarlo de entrada? ¿Por qué no se entregaba a Jean-Pierre, de la misma forma en que parecía que él se abría a ella? Luego ya tendrían tiempo de ponerle una etiqueta. Todo empezaba a darle vueltas. ¿Era posible que el hombre que estaba en la ducha le hubiera derrumbado algunas barreras? ¿Cuántas, amor mío querido?

Desde la cama le pareció que al lado del sofá para leer que Jean-Pierre tenía en la habitación, además de un cenicero de pie y una lámpara *vintage*, había un mueble de anticuario encima del cual estaba el teléfono, algunos libros y unas pocas fotos. Se

levantó para verlas de cerca. Eran tres. En un extravagante marco de plata había un viejo retrato de boda, en blanco y negro. Por los rasgos del novio, no dudó de que se trataba de la boda de sus padres, a la salida de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, en el París de entreguerras. Una segunda fotografía, descolorida, era claramente de un ufano Jean-Pierre, con la pipa en los labios, estrechando la mano de un pintor que no supo identificar. Por lo ilusionado que se veía a Jean-Pierre, tenía que ser un artista de renombre. La tercera foto que había en el mueble inquietó mucho más a Paulina. En un marco de marfil desportillado había una foto de una niña. Era un primer plano sacado con una Polaroid en la galería de la rue de Seine. A juzgar por la fisonomía, era unos años mayor que Gina, pero no tan mona como ella. Puede que tuviera seis o siete años, ocho a lo sumo. Era morenita, llevaba dos trenzas peruanas y, por su forma de sonreír a la cámara, mostraba los dientes de en medio muy separados. No tenía aspecto de llamarse Anouk; le parecía más un nombre de mujer que de niña. Por más que le buscaba un aire, no se parecía en nada a Jean-Pierre. En la boda de Júlia le había dicho que no tenía hijos, y después de dos días y una noche juntos, no era el momento —no, por favor— de descubrirle una mentira. Ya tendría tiempo para darle vueltas.

Decidió ir a desearle los buenos días a Jean-Pierre. Se quitó las braguitas, entró en el baño y, sin que la oyera, se metió en la ducha con él. Tras ponerse un poco de gel en la mano, lo enjabonó muy despacio, con el mimo de quien está limpiando un David del Renacimiento. Bajo el generoso chorro de agua, el galerista había dejado de silbar.

—¿Llamaste a tu prima para decirle que no irías a dormir?

—¡Hostia!

CANCIONES DE AMOR BÚLGARAS

Regresó con el desayuno. Dos *croissants* bastante tostados, una *baguette*, ciento cincuenta gramos de mortadela ahumada que le habían cortado al momento y tres melocotones que le pareció que estaban viviendo su hora sublime. Paulina bajó a comprar y, antes de meterse en la panadería, buscó una cabina para llamar a su prima. Jean-Pierre había insistido, *s'il te plaît*, en que llamara desde su piso, que no tardara más en hacerlo, que Julie debía de estar preocupada... Sin embargo, Pau necesitaba más tiempo para pensar qué iba a decirle y, sobre todo, para ordenar su discurso, ya que notaba que su vida se estaba desordenando. Y, además, le daba vergüenza dar explicaciones delante de Jean-Pierre. No quería hablar en su presencia, ni, en función de lo que decidiera decirle a Julie, tampoco le apetecía que la escuchara liándose con una mentira o una media verdad, que es la forma en que huyen los cobardes.

—Chica, ¿estás bien? Pero ¿dónde coño te has metido? ¡Qué angustia! ¿Sabes qué hora es? Y nosotros esperándote... Alain y yo hemos estado preocupados toda la noche. Él incluso insistía en llamar a la Gendarmerie. Yo pensé en llamar a casa de Jean-Pierre, porque estás con él, ¿verdad? Solo dime sí o no. Mira, ayer, cuando saliste de casa, te noté algo raro. No lo sé... La camisa y los vaqueros... Te habías vestido de una forma... Vi algo en tus ojos que... Hace muchos años que somos casi como hermanas, tú y yo no podemos ocultarnos nada. Yo no te preguntaré si... Tú cuéntame hasta donde quieras, o hasta donde puedas, y yo no te juzgaré. Pero..., por favor, Paulina, ten cuidado con Jean-Pierre...

—¿Y por qué debería tener cuidado?

Paulina, que había aguantado la filípica de Júlia esperando que acabara el interrogatorio de quien se ha pasado la noche en vela, saltó de repente. Antes de volver a subir al piso de la ilusión en la rue du Trésor quería saber por qué tenía que andarse con cuidado con Jean-Pierre. ¿En qué lugar se estaba metiendo que no era capaz de ver con sus propios ojos? ¿Qué sabía Júlia, si es que sabía algo, que no le hubiera contado hasta ese momento?

Entonces, su prima se calló. Quiso que Paulina creyera que aquel ten cuidado no lo había dicho por nada en particular, sino como una vaga advertencia, genérica, un hablar por hablar. Había lanzado la piedra y, con la estratagema de los celosos, intentaba esconder la mano.

—¿Estás dolida, Júlia?

—¿Yo? No...

—¿Es porque no os llamé para deciros que no volvería? Lo siento, me despisté. ¿O es porque crees que estoy con Jean-Pierre?

—Ya se me pasará... Me he pasado la noche en blanco y no estoy de humor para...

—Hoy no me esperes. Ya te lo digo. Así no estarás preocupada. Vosotros haced lo que tengáis que hacer, yo ya me las arreglaré.

—Está claro que te las arreglas.

Estaba muy dolida, sí. Pero Paulina no quería hacer un drama de ello. Colgó, se metió en la panadería y pidió dos *croissants* tostaditos, como a ella le gustaban, y dejó de pensar. Tenía ganas de volver a estar al lado de Jean-Pierre y desayunar juntos en la cocina, con la galería abierta. La ventana daba a un patio interior que los obsequiaba con la floración orgullosa y los olores de finales de primavera. Mientras volvía hacia su casa, pensó que, de día, la rue du Trésor aún tenía más encanto que por la noche, porque llegó hasta allí con prisas y una desacostumbrada desazón —una extraña combinación de ilusión y miedo— por lo que intuía que podía llegar a ocurrir. Le parecía que las calles sin salida tenían algo de *impasse*, de calma, de enigmática intimidad. Y mucho más si estaba prohibida la entrada a los coches. Desde el bar Les Philosophes de la esquina, que marcaba la entrada de la rue du Trésor, hasta la fuente blanca sin ningún interés que cerraba las vistas, la calle estaba llena de pequeños restaurantes con terrazas a la sombra y de tiendas de decoración selectas. En los parterres, a uno y otro lado, había unas hortensias blancas muy tupidas que lo impregnaban todo de un aire exótico, glorificado. Jean-Pierre la esperaba con un beso, un zumo de naranja recién exprimido, colado a conciencia, y la discreción de saber que no era el momento de hacer preguntas. Lo que se hubieran dicho las primas quedaba entre ellas. Lo que contara Pau sobre lo que estaba ocurriendo entre ellos no era asunto suyo.

—¿Por qué se llama la rue du Trésor? —Paulina sí tenía una pregunta—. Supongo que encontrarían alguno por aquí...

—Un cofre pequeño, con unas monedas de oro. Derribaron un hotel y, entre los escombros, al golpear con un pico, apareció un cofre lleno de monedas de oro. De un rey. Juan el Bueno, creo.

—Y yo que creía que el tesoro eras tú...

Se sentaron a la mesa, muy bien puesta, y desayunaron en silencio. En el equipo de música de la cocina, Jean-Pierre había puesto, casi a escondidas, una cinta de casete.

—A ver si te gusta.

—¿Qué es?

—Una cosa rara... —No quería que Paulina viera lo que era—. Te advierto que es peculiar...

El primer tema era un coro de mujeres que parecía cantar *a cappella*, en un idioma que Pau no era capaz de identificar. Dejó que sonara la segunda canción antes de aventurarse a decir que era música aborígen o de algún país del este de Europa o quizás...

—Son canciones de amor búlgaras.

—Vaya, casi acierto.

—¿Te gustan?

Antes de decir nada, se lo pensó.

—Originales...

—Las escuché en una iglesia de Plovdiv y, a la salida, me compré el casete que vendían las propias intérpretes en un puesto.

—¿Sabes qué dicen?

—Ni idea...

—Si lo sabes, puede que sí suenen como canciones de amor... Más que de funeral, claro.

—Canciones *d'amour*. Y cuanto más las escuches, más.

Jean-Pierre acababa de pelar un melocotón. Lo cortó, se secó los dedos con un trapo y lo metió en el bol que tenía delante. Puede que hiciera veinte años que nadie le pelaba un melocotón. En su casa, su padre era el encargado de pelar la fruta para todos. Desde entonces, nada. Hasta París. Hasta la cocina de Jean-Pierre al día siguiente de una noche de brasas y gasas. Saboreaba el melocotón, escuchaba las voces búlgaras y miraba a los ojos a Jean-Pierre. Unos ojos con trastienda. Más verdes que marrones. Empezaba a tener alguna arruga interesante en su contorno. Las cejas, pobladas, peinadas de dentro hacia fuera, sin ningún pelo rebelde que escurriera el bulto. Los ojos en sus ojos. La emoción iba a más. La paz, la tranquilidad. Canciones de amor búlgaras, la mirada confiada y ya no era necesario que hablasen. Ojalá ese momento pudiera durar siempre. Nunca lo olvidaría.

Siempre, jamás. Paulina sabía que los adverbios absolutos había que utilizarlos como la sal, pocos y a conveniencia.

Hasta que no terminó el casete no quisieron decirse nada.

—¿Me enseñas a encender una pipa?

—¿A ti?

—¿Qué pasa? Me apetece.

Eran unos días para probar cosas nuevas. Nunca se habría imaginado que ella... Le parecía sensual la forma en que Jean-Pierre, con una habilidad convertida en rutina, troceaba el tabaco filamentosos de un paquete de picadura, cuadrado y prensado, y lo iba introduciendo en la cazoleta. Primero dejaba el tabaco, esponjoso, dentro del horno, y luego, con el dedo meñique, lo apretaba hacia el talón. En tres días, Paulina le había visto dos pipas distintas en los labios. Las pipas son como las amistades: de vez en cuando hay que dejarlas descansar, le explicó Jean-Pierre, sorprendido por el interés de Paulina por fumar. Una de las pipas era de brezo; la otra de madera de cerezo. Ambas eran planas, con un ángulo recto perfecto que hacía juego con los rasgos de Jean-Pierre.

—Son más cómodas. Las pipas de gancho son más pesadas. Hay que tener más fuerza en los dientes y en la mandíbula para sostenerlas. En cambio, estas, las planas,

son más fáciles de limpiar. ¿Lo ves?

En un santiamén, Jean-Pierre abrió la pipa de brezo. Sacó la cánula y pasó una escobilla por el conducto del humo. Antes de volver a atornillarla al cuerpo de la pipa, la sopló con energía, de forma seca y puntual.

—¿Te atreves?

Paulina deshilachó el tabaco y copió los pasos que seguía Jean-Pierre, cada uno con su pipa. Dejó que ella llenara la de cerezo, la única Dunhill que tenía.

—La boquilla está un poco roída —se disculpó.

—Da igual.

En realidad, le gustaba comprobar que Jean-Pierre le dejaba algo que era de su propiedad.

—¿Tengo que hacerlo con el dedo meñique?

—No es necesario. El que te quepa. De hecho, hay una herramienta que no tengo para...

Para Jean-Pierre también era una novedad. Nunca había compartido una pipa con una mujer. Le gustaba la inocencia y las ansias de aventura de Pauline.

—¿Y para encenderla?

—Sopla y aspira. Es instintivo. No tiene ningún secreto. —Encendió las dos pipas con el Zippo—. Sopla y aspira, sin tragar.

—Eh, esto tira...

«¿Cómo se sostiene esto con los dientes?».

Todo hacía juego con Jean-Pierre. Paulina se levantó, dio dos pasos marcando a conciencia las caderas con esos vaqueros que sabía que le quedaban muy bien y, con la pipa en la mano, se sentó sobre sus piernas.

—¿Le has dado alguna vez un beso a una fumadora de pipa?

Las voces búlgaras, con un tono alfa gregoriano, habían aneblado hipnóticamente la mañana. ¿O era el humo del tabaco? No tardaron en acostar las pipas en el cenicero de la cocina. Paulina lo besuqueó por todo el cuerpo mientras, botón a botón, le desabrochaba la camisa. Le gustaba aquel cuerpo fuerte, construido, y, sin prisas, le despeinaba las canas que empezaban a salirle en el pecho. Luego se entretuvo con la hebilla del cinturón. Una vez liberado, se arrodilló delante de él.

—¿Puedo?

Pregunta y súplica. Levantó la vista —súplica— con los ojos juguetones.

—Solo un aperitivo, venga... —Pau, ensayando su voz más voluptuosa.

Jean-Pierre asintió con la cabeza, cerrando los ojos, antes de viajar al séptimo cielo.

De la cocina a la cama. Volvieron al lugar del crimen, por comodidad. Y para conjugar la vida diciéndose cosas tiernas, íntimas, de las que no suelen decirse con la ropa puesta. De vez en cuando, hacían el amor. Como en un poema continuo, se sorprendían a cada verso, depuraban la retórica y desnudaban el lenguaje hasta llegar a la esencia del amor.

Cuando volvieron a levantarse, ya había pasado la hora de comer.

Aquella tarde hablaron. Paulina, en un impulso de añoranza por Gina, sintió que tenía la necesidad de hacerlo. Tenía que decirle a Jean-Pierre algo que para ella era muy importante. Que no tuviera un mal concepto de ella, que no se dedicaba a ir por ahí, con la alianza de casada en el dedo, tratando de seducir a señores a quien ni siquiera preguntaba el apellido. Quería que quedase claro que ella no se dedicaba a eso, no se alegraba la vida con el primero con el que se cruzaba sin hurgar en su pasado ni importarle su presente. De repente sentía la necesidad de sentarse en un banco, a la sombra de las Tullerías, y disculparse por no sabía exactamente qué. Pero notaba que necesitaba hablar en voz alta y confesarse con quien puede que fuera el único capaz de entender por qué se había convertido, después de tres días inolvidables, en el protagonista de su secreto. Se sentaron uno junto al otro en un banco de madera, en medio del paseo de arena, con una pierna encima de la otra. Ella se inclinó hacia atrás, sobre el cuerpo de Jean-Pierre, convertido en el respaldo ideal para encajar dos cuerpos que se atraían como un imán. A Paulina le gustaba sentir el sólido brazo de Jean-Pierre rodeándola por la nuca, acariciándole la espalda y, con la mano, agarrándole el otro brazo. Por una vez le resultaba más fácil hablar sin mirarlo, con los ojos fijos en la nada o en los que pasaban —turistas o vendedores de *torreiffes* de plástico—, caminando invisibles por delante de ella. Le agradeció las horas compartidas; valoró su sensibilidad y su tacto, y le contó el montón de sensaciones nuevas, impensadas e inextricables que la estaban conmocionando. Y, por encima de todo, le pidió, a punto de echarse a llorar, que no pensara que aquella era su forma de actuar. Para ella era vital, en aquel momento, que Jean-Pierre creyera que aquella no era una historia más, una aventura de fin de semana en París, un sexo por el sexo. No se acostaba con cualquiera. Era mucho más que eso. No se acostaba con nadie. Si no la creía, podía preguntárselo a Julie. Bueno, en realidad, era mejor que no le comentara nada a su prima. Pero debía tener claro que ella, Paulina Homs, no era así. O, si lo era, no lo sabía. Y lo estaba descubriendo con él, paseando a su lado, escuchándolo hablar de Braque, bailando un sirtaki a orillas del río, encendiendo una pipa o dándole un beso a los pies de Saint-Sulpice. Ella no corría hacia él porque estuviera huyendo. Todo lo contrario: en Barcelona tenía una vida ordenada, sin nubarrones. Necesitaba que a Jean-Pierre le constara que tenía una hija que era su vida y una familia a la que amaba, a la que sentía que podía estar fallando, pero que, en aquel momento, sus deseos brotaban con tanta fuerza que no podía reprimirlos. No quería ni podía reprimirlos. Sentía cosas que nunca había sentido, y, ahora que lo había conseguido, no quería dejar de vivirlas. A chorro. Aunque solo fueran cuatro días. Puede que con pesar, pero sobre todo con ilusión. Sentía que había metido un pie en el paraíso y otro en el acantilado, y tenía que compartirlo como lo estaban haciendo esos días, y por eso le habló de ello. Y nada más. Paulina no se

habría quedado a gusto si no hubiese desembuchado, si Jean-Pierre no hubiese escuchado, al menos una vez, las dudas que la asaltaban. No eran remordimientos, insistió para que le quedara claro. Solo eran sensaciones. Preocupaciones que, de vez en cuando, como el eco de un calambre, le mandaban una señal y desaparecían. Él la escuchó con la empatía de los que saben. Dejó que se desahogara sin decir nada. Una vez terminada la catarsis, le dio un beso dulce en la oreja, sonrió con la mueca de la Gioconda y solo le dijo tres cosas, de esas que se dicen cuando se sabe muy bien qué decir.

Una, lo conseguiremos.

Dos, no tengas miedo.

Y tres, yo estoy bien si tú estás bien.

Puede que no fueran las palabras que a Paulina le habría gustado oír. Pero la calma y la frialdad aséptica con que las pronunció Jean-Pierre le sirvieron para serenarse. La calma, a veces, es contagiosa. Entonces, ella se dio cuenta de que, por encima de todo, Jean-Pierre transmitía seguridad.

—Vámonos.

Se levantó del banco de madera en cuanto intuyó que un cocker se acercaba a ellos para olisquearles los pies.

—¿Adónde?

—A Rivoli. ¿No querías conocer a Antoine? No podemos llegar a media actuación.

Uno lápiz, dos chocolate, tres cohete, cuatro Biblia, cinco torrente, seis embudo, siete teléfono, ocho reloj, nueve viejo, diez sello, once pelota, doce cama, trece agua, catorce gafas, quince calendario, dieciséis pimienta, diecisiete dominó, dieciocho coliflor, diecinueve cinturón, veinte bisturí, veintiuno rueda, veintidós raqueta, veintitrés iglesia, veinticuatro catre (y siempre hay también algún pícaro), veinticinco batuta, veintiséis triángulo, veintisiete columpio, veintiocho...

—¿Por qué dice el número antes de cada palabra? —Paulina, sorprendida, al oído de Jean-Pierre.

—Es un truco nemotécnico. Le resulta mucho más fácil recordar cada objeto si lo asocia a un número...

—Pero entonces...

—Chis, nos toca...

—Di tú.

Paulina le pasó el testigo para poder pensar.

—Treinta y siete, mariposa...

Jean-Pierre dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Treinta y ocho... —Ella se lo pensó—. Treinta y ocho pipa.

Los nervios de no arruinar el número de Antoine, la ansiedad por tener que hablar

en voz alta delante del público, de decirlo en otro idioma, de acertar con la palabra... La mano de Paulina, trasudada, cogió la de Jean-Pierre, que se la apretó con complicidad. Le satisfacía que ella hubiese elegido una palabra de su mundo. Se habían conocido hacía apenas tres días y se daba cuenta de que ya estaban creando un universo común.

Cuarenta y cuatro girasol, cuarenta y cinco sorteo, cuarenta y seis vaca, cuarenta y siete condón (y, nunca falla, siempre hay alguien a quien le gusta provocar), cuarenta y ocho colchón, cuarenta y nueve moneda...

—¿Te has dado cuenta de lo que suda?

Hablaban en voz baja, para no molestar.

—Siempre acaba empapado. Aunque parezca mentira, el esfuerzo mental...

—¿Por qué se venda los ojos?

—Para concentrarse. Le ayuda a no...

—Dispersarse.

—Eso mismo.

—Y supongo que para que no digan que puede ver.

Paulina señaló con la barbilla a la camarera del bar, que, con tiza y una caligrafía escolar, apuntaba la numeración y las palabras en una pizarra de pared.

Sesenta y seis ataúd, sesenta y siete bolígrafo, sesenta y ocho barco, sesenta y nueve sexo (y alguien previsible), setenta clavicémbalo, setenta y uno zueco...

—¿Eres muy amigo de Antoine?

—Depende... Me gusta venir aquí a verlo. Puede que haya venido diez o doce veces. En una ocasión —habló en voz más baja, porque dos espectadores los miraban mal— organizamos una *performance* en la galería. Escondíamos un objeto y él, con los ojos vendados y sin saber qué habíamos escondido, tenía que encontrarlo guiándose por la telepatía de uno de nosotros.

—¿Y?

—Brutal. Encontró un sacapuntas dentro del... Espera, ya ha terminado.

Sentado en una silla y con los ojos vendados, Antoine Fernández respiraba energicamente. Jadeaba como si hubiese corrido un maratón y cruzara la meta fuera de sí. O formaba parte del espectáculo de aquel sótano en penumbra de la rue de Rivoli o tenía un problema de hiperventilación que se agravaba por momentos.

—¿Y ahora qué?

—Es el momento en que preguntan si hay algún médico en la sala...

—Cállate, tonto.

Con paciencia, con dudas, con algún balbuceo, a trompicones, Antoine Fernández fue enumerando cada objeto, del uno al cien. El aplauso fue unánime. En el fondo de la sala de fiestas se oyó un bravo. Con más dificultad, recitó la lista de nombres al revés, sin equivocarse, del cien al uno. De caracol a lápiz. El público, puede que unas treinta personas, se pusieron en pie para ovacionarlo. Daba igual que el espectáculo no terminara nunca. Luego, como si al mentalista de la camisa empapada en sudor le

resultara más fácil, pidió al público que dijera un número cualquiera, y él, como una ametralladora, cantaba el objeto que le correspondía. Y viceversa.

—Mariposa —gritó Paulina.

—El treinta y siete —respondió Antoine, creciéndose.

—Es una máquina.

—Si siempre lo hiciera como hoy —respondió Jean-Pierre, mordiendo la boquilla sin dejar de aplaudir—, llenaría el Odéon todas las noches.

Con la desorientación del naufrago, cuando un Antoine Fernández exhausto y satisfecho se quitó el pañuelo de los ojos y recuperó su aspecto de ser humano, ya no vio a Jean-Pierre ni a Paulina. Los amantes se habían largado a toda prisa para cenar una *pizza* con una cerveza y volver a casa. Las preocupaciones de Paulina también se habían quedado allí, en las Tullerías, en el banco de las palabras.

La última noche, en la rue du Trésor, los pensamientos emergían en serpentina. Daba la impresión de que les faltaba tiempo para poder decírselo todo. ¿Sabías que Dante solo vio una vez a Beatriz, que ni siquiera hablaron y que él escribió *La divina comedia*? Dante tenía nueve años, y Bice Portinari solo tenía ocho. Nunca he tenido la paciencia suficiente para leerla, no me lo tengas en cuenta. ¿Y *Madame Bovary*? Sí, *Madame Bovary*, sí. Y tengo claro que, de haber vivido en estos tiempos, se habría divorciado. En aquella época había que aguantar, y aguantabas. El amor, antes, no era amor. Si no está presente la inquietud de que acabe, la gente tiende a pensar que es más fácil, pero no. Al contrario; en realidad es más difícil. ¿Y tú qué sabes?, le dijo Pauline a Jean-Pierre, arriesgándose, sin saber nada de sus cuarenta y cinco años anteriores a la boda de Julie. El amor es como la vida. Si no tuviera fecha de caducidad, en eso sí estuvieron de acuerdo, sería muy aburrido. La gracia, lo que nos mueve, el motor que nos hace suspirar y esforzarnos, es que no sabemos cuándo se acaba. El amor y la vida. Puede que muera de viejo o puede que termine mañana. Puede que ocurra de repente o que vaya languideciendo y que llegue con suavidad, como la espuma del mar. La clave es la ilusión de que el amor existe. Hay gente que pasa por este mundo y ni siquiera lo huele. Aunque tú y yo y los vecinos de abajo, y Julie, y Antoine Fernández y todos escribiéramos nuestra definición de amor, no habría dos iguales. Meteríamos todas las frases en un sobre, lo abriríamos y sacaríamos de él tantas formas de amor como personas hubieran participado. Sin embargo, querían pensar que su definición, por lo que se habían dicho y compartido hasta entonces, se parecería mucho. Puede que con matices. Paulina ocultaba el drama de pensar que era la última noche. Jean-Pierre, que no quería ajustar cuentas consigo mismo, lo vivía como si fuera una gota de miel.

—¿Una gota de miel?

—¿No te gusta?

—¿La miel? Me gusta más ahora que cuando era pequeña. No suelo tomar

demasiada...

—Las gotas de miel... ¿Estudiaste latín en la escuela?

—Sí.

—¿Sabes quién era Lucrecio?

—No.

—Un filósofo latino anterior a Cristo. Se suicidó a los cuarenta y pocos años. Dicen que se volvió loco por culpa de unos filtros de amor que se tomó. Pero todo eso es una leyenda, porque nadie ha podido probarlo. La única verdad es que, en toda su vida, Lucrecio solo escribió un libro, *De rerum natura*. Y lo escribió en verso; esta, querida Pauline, es su gran aportación. Sabía que tenía que explicar algo tan complejo como la doctrina de Epicuro a través de la física atómica. Y pensó que, en aquellos tiempos, la mejor manera de divulgarla era la poesía. Creyó que, en verso, sería más fácil que entendieran su mensaje.

—No me vaciles...

Paulina creía que ya lo iba conociendo; sin embargo, de vez en cuando aún pensaba que Jean-Pierre se divertía tomándole el pelo.

—En serio, te lo digo en serio. *De rerum natura*, su obra, la escribió como un largo poema, pensando que así lo entenderían mejor. Pero Epicuro, a quien interesaba más la física que las rimas, se molestó por la forma didáctica en la que Lucrecio había tratado sus descubrimientos. Y entonces, Lucrecio se sacó de la manga, de la manga de la túnica, una metáfora que ha hecho fortuna. Dijo que cuando los niños se negaban a tomarse un remedio porque era demasiado amargo, había que ponerles una gota de miel para que se lo tragaran mejor. Y defendía que los versos eran esas gotas de miel, la miel de la poesía que conseguía endulzar el mensaje.

—El placer de los sentidos.

—Para mí, las gotas de miel son los momentos que la vida nos regala. El baile en la boda, cada beso, cada caricia tuya, la visita a Shakespeare and Company, el desayuno de esta mañana, las voces búlgaras escuchadas con el corazón. Comprar un cuadro. Ir a un concierto. Una puesta de sol en el río. Tener en mis manos un libro que llevaba meses buscando. Cenar con un amigo. Mirar tu sonrisa, como ahora mismo. Gotas de miel. No estamos en condiciones de regalar momentos, Pau. Siempre es más tarde de lo que crees.

—¡Oh, Jean-Pierre, cómo te quiero! ¿Y a mí me lo dices?

Se lanzó encima de él, se sentó en sus piernas y se besaron con la pasión de una vida entera. Sin embargo, Paulina notó que estaba sudada. Se sentía incómoda. Temía que Jean-Pierre lo notara.

—No te he contado la historia de *Rosseta*, ¿verdad?

—No me suena.

—Me doy una ducha y te la cuento.

Jean-Pierre puso unos motetes de Palestrina y se sentó en el sofá. Paulina reapareció veinte minutos después, limpia, fresca, preparada para su última noche en Trésor. Llevaba una toalla blanca en torno al cuerpo, por debajo de las axilas, y otra más pequeña en la cabeza, para que no le chorreara la melena mojada.

—Qué bien hueles...

—...

Le gustó que Jean-Pierre se hubiera dado cuenta.

—Hueles distinto...

—Tal vez sea la crema hidratante en las piernas. Las sentía cansadas. Y puede que sea el día que menos hemos andado.

—Huele como a coco. Muy buena.

No era tan solo el olor. Paulina sabía jugar con la abertura de la toalla y mostraba unas piernas sensuales, brillantes, contenidas. Sabía cómo sentarse para exhibir sus largos muslos, las rodillas redondeadas, las fuertes pantorrillas, los tobillos proporcionados. No le sobraba ni un ápice de piel. Paulina estaba obsesionada con sus piernas. Su madre siempre decía que cuando tuviera unos pies de tortuga, arrugados, con los dedos retorcidos por culpa de la artrosis y las uñas de mejillón, que le practicasen la eutanasia. No fue necesario. Se atragantó con una castaña cuando aún tenía unas piernas perfectas, unos días después de haber cumplido los sesenta. Su padre, el señor Homs, contable en una empresa textil de la calle Casp de Barcelona, vio las piernas de Ava Gardner en el cine y volvió tres domingos seguidos. *Mogambo*.

—Durante unos años, con mis padres, veraneamos en una casa de Espinavessa, no muy lejos del lago más... ¿Te suena Banyoles?

—No.

—Tú te lo pierdes. Espinavessa, cerca de Girona, cerca de Banyoles, combina los campos de trigo con los bosques. Unos paisajes para ser pintados. Yo debía de tener seis o siete años, no más. Vivíamos en una casa modesta que yo creía que era nuestra, hasta que, de mayor, descubrí que solo la alquilábamos en verano. Allí, donde el terreno era muy llano, aprendí a montar en bicicleta y, cuando ya me defendía, me mandaban a comprar leche todas las mañanas. Por la noche, con mi padre, contábamos murciélagos. Todas las tardes iba con mi madre a merendar a la fuente que había en la parte baja del pueblo, en el camino del lavadero. Un día, mi madre me dijo hoy iremos de excursión. Cogió una mochila con agua y bocadillos, se la colgó a la espalda y dijo he descubierto un camino que nunca hemos recorrido; iremos hasta Orfes andando. Una aventura. Siete kilómetros de ida y siete de vuelta por un sendero que discurría en medio de la nada. No parecía que, por aquel trayecto, tuviéramos que pasar por ningún campo ni por el camino de ninguna casa. Apenas veíamos alguna masía. De repente, cuando estábamos andando a mucha distancia de una casa que

parecía abandonada, un perro empezó a ladrar. Esos ladridos sonaban cada vez más cerca. Y enseguida vimos a un perro que se acercaba de frente, galopando a cien por hora. Tranquila, me dijo mi madre. Yo me quedé petrificada. Me cogí de su mano y noté que estaba tan petrificada como yo. No tengas miedo, me dijo, mientras el perro lobo y sus dientes no dejaban de acercarse con unas intenciones que me tenían aterrorizada. Recuerdo la sensación, Jean-Pierre, de haber pensado ya está, aquí vamos a morir mi madre y yo, devoradas. Nunca he pasado tanto miedo en toda mi vida. Cuando estuvo a unos cuatro metros de nosotras, mi madre me soltó y gritó ¡quieto! Y levantó la mano. Nunca me había gritado a mí como le gritó a ese perro. Y tampoco me había amenazado así. De repente, el perro lobo frenó; puede que lo asustara el gesto, o el grito, no lo sé. Lo cierto es que el perro dio dos pasos atrás. Durante unos segundos nos quedamos quietas. Él, cansado por la carrera, nos miraba con ojos tristes, la boca abierta y la lengua fuera. Nosotras, con el corazón a cien, también lo mirábamos sin saber si debíamos retroceder o seguir adelante. Por suerte, había dejado de ladrar, se había detenido y ya no tenía el aspecto de un asesino en serie. Todo lo contrario: parecía un perro muy maltratado, como si le hubieran dado unas buenas palizas. Caminemos despacio y no lo mires, me dijo mi madre, que volvió a cogerme de la mano. A ver qué hace. Pero no hizo nada. Pasamos junto a él y no se acercó. Simplemente se puso a caminar a nuestra velocidad, unos pasos por detrás. Era una perra. Un pastor alemán de pelo muy claro y corto. Ya tenía una edad y, según mi madre, estaba lleno de pulgas. Yo no supe verlo. Sí me fijé, en cambio, en que llevaba un collar de tela rosa, con una especie de medalla de plástico de una Barbie, como si fuera el perro de una niña que le hubiese puesto aquel colgante para jugar y no se hubiera acordado de quitárselo. Para nuestra sorpresa, el perro nos siguió durante todo el camino, a distancia, como si nos vigilara. O como si quisiera acompañarnos. No sabíamos de dónde había salido, pero parecía un perro abandonado o que llevaba muchos días perdido. De pronto ya no parecía una fiera que hubiera querido atacarnos, sino que daba la impresión de que, caminando a nuestras espaldas con las orejas gachas, nos pedía amistad. De reojo, cuando no lo oíamos, nos asegurábamos de que iba detrás de nosotras. Y puede que camináramos así unos tres kilómetros, mucho rato, con prudencia, vigilándonos mutuamente. Mi madre y yo empezamos a relajarnos al ver que aquella perra era una buenaza que no nos atacaría. Cuando ya creíamos que dominábamos la situación, el sendero se acabó. Habíamos llegado a la carretera asfaltada, la principal, la que debía llevarnos hasta Orfes. Era una carretera muy francesa. Estrecha, recta, con una hilera de árboles enormes a ambos lados y el pueblo allí arriba, al fondo, con el cementerio a la entrada. Cuando digo muy francesa ya sabes a qué me refiero. Andábamos por la cuneta, para que nos vieran los coches que venían de frente. En aquellos tiempos, en el Empordà no había mucha circulación. Pero la perra, en vez de apartarse, caminaba por el centro de la calzada, y, cuando venía un coche, le tocaban la bocina para que se apartara. *Rosseta* no les hacía ni caso y entonces nos tocaban la bocina a nosotras

porque pensaban que la perra era nuestra y que no hacíamos nada por quitarla de en medio. Fue allí donde pensamos por primera vez que el perro podía ser nuestro. Podríamos ponerle un nombre, mamá. Yo la llamaría *Rosseta*, porque le sienta bien. A mi madre le encantó el nombre. Y tanto a ella como a mí empezó a gustarnos aquella perra, que parecía más un lobo que un perro, pero que nos miraba con ojos de mendigo... Mientras paseábamos por las calles de Orfes, *Rosseta* seguía con nosotras, como si lo hubiera hecho toda la vida. Si en alguna esquina la perdíamos, nos esperaba en la siguiente. Yo quería acariciarla, pero mi madre me dijo que no, que estaba muy sucia e insistió en lo de las pulgas. Cuando dimos la vuelta para regresar a Espinavessa, pensamos que tal vez *Rosseta* querría quedarse en Orfes, o que tal vez pertenecía a alguna familia del pueblo. Pero no. En la experiencia más intensa de mi infancia, *Rosseta* nos siguió a mi madre y a mí durante todo el camino de regreso a casa. Nos había adoptado, esperando que nosotras la adoptáramos a ella. Se había hecho querer muy rápidamente. No importó que en el último tramo de la excursión empezara a llover. Y, de hecho, al final cayó una tromba de agua, y las tres nos empapamos. *Rosseta*, como si se tratara de una señal, nos siguió hasta la puerta de casa. Le pedí a mi padre, por favor, por favor, que la dejáramos entrar. Me dijo que no. Una vez dentro, corrí hacia la ventana para verla. Ella seguía allí, con esos ojitos... Fue entonces cuando le pedí a mi madre, por favor, por favor, que nos quedásemos con ella, que nos la lleváramos con nosotros a Barcelona. Mi madre me dijo que no, que, en un piso, ni hablar. Yo insistí, le dije que me hacía mucha ilusión, que nunca le pedía nada, que era lo que más deseaba en el mundo. Por lo que me dijo después, creo que incluso ella llegó a dudar. Yo insistía, por favor, mamá, no podemos dejarla sola. Me daba mucha pena. Pensaba más en *Rosseta* que en mí. Y mi madre, en un momento de flaqueza, me dijo pregúntaselo a tu padre, pero mi padre dijo que no. Y el no de mi padre fue más rotundo y añadió ve a cambiarte, estás empapada. A través del cristal le dije a *Rosseta* no te muevas, que ahora vuelvo. Me puse ropa seca a toda prisa, pero cuando me asomé de nuevo al alféizar de la ventana y me metí en la cortina, *Rosseta* ya no estaba. Fuera seguía lloviendo a mares y *Rosseta* ya no estaba. Mi madre me contó que derramé una lágrima, que abrí la puerta y salí corriendo para llamarla, pero *Rosseta* ya no estaba. Nunca volvió a aparecer. Lo que me contaron es que aquel día estuve muy triste, hablando sin parar de *Rosseta*, y que a la hora de cenar, en la mesa, dije algo, con seis o siete años, que mis padres siempre me recordaron: «*Rosseta* me da tanta pena que preferiría no haber vivido el día de hoy». Imagínate. Y entonces, mi madre, que era una mujer que siempre daba con el tono adecuado, me dijo que aunque en aquel momento me diera mucha pena, era mejor haber vivido aquella historia y haber conocido a *Rosseta*, porque la recordaría toda mi vida, que no haberla vivido nunca. Me costó comprender que tenía razón. Hablo de semanas. Puede que meses. Y tenía razón.

Jean-Pierre, que la había escuchado como si se tratara de un cuento, tardó en reaccionar. A modo de escudo protector, abordó con sentido del humor la

trascendencia que podía llegar a tener el momento.

—¿Me has comparado con un perro o me lo ha parecido?

—No, no, no, ¡qué dices!

—Ahora no sé si *Rosseta* eres tú o yo.

—¿Has tenido perro alguna vez?

—*Je ne veux plus pleurer, je ne veux plus parler...*

Jean-Pierre, feliz, empezó a canturrear para ella, al oído, con su voz más grave, muy despacio.

«*Je me cacherai là, à te regarder, danser et sourire, et à t'écouter, chanter et puis rire, laisse-moi devenir l'ombre de ton ombre, l'ombre de ta main, l'ombre de ton chien. Ne me quitte pas, ne me quitte pas, ne me quitte pas*».

Más que cantar, recitaba, para no desafinar.

Con serenidad, le abrió la toalla y, con la palma de la mano, con suavidad, la acarició desde los pies descalzos hasta la cadera. Arriba y abajo. Las piernas perfectas. La piel de Ava. El coco sensual que notaba, muy adentro, cuando le besaba las piernas. Sin atolondrarse, sin prisas, sin ir más allá de las caricias, en silencio, relajados, distendidos, mordiéndose el labio y llenándose el cuerpo de besos, pasaron las horas sin pensar en lo que vendría después. Sin decírselo, como en un juego tibetano, se centraban en el recorrido, esquivando los genitales, con mucho cuidado, pasando casi rozando hasta que, en el colmo de la compenetración, se sincronizaron. Cuando él exhalaba, ella provocaba la inspiración en cada punto de contacto, como si no hubiera un más allá. No les costó coger el ritmo hasta que la excitación, con la respiración acompasada, los llevó a un orgasmo mutuo, ruidoso y simultáneo. Una experiencia nueva, tántrica, para uno y para el otro.

—*Moi je t'offrirai des perles de pluie...*

—*Venues du pays où il ne pleut pas.*

Luego, excitados y sorprendidos por su mutuo descubrimiento del sexo espiritual, rizaron el rizo.

La joie de vivre. Una gota de miel.

UN CUARTO DE HORA ANTES DEL FIN DEL MUNDO

—¿A ti qué te molesta, Júlia?

—¿A mí? —Sorprendida, en grado superlativo.

—¿Que solo haya venido a recoger las maletas?

—No, no...

—Ya sé que debería haber estado aquí todos los días, pero también pensé que era mejor que dos novios recién casados estuvieran solos...

—Vamos, que lo hacías por no molestar. —Júlia le siguió la ironía.

—Sí, porque la casa es grande, pero ¿qué decís en Francia sobre los invitados?

—¿Que son como el pescado?

—Y que al tercer día apesta. Pues eso.

—En mi casa tú nunca eres una invitada. Y en la nuestra tampoco lo serás. Alain y yo estamos a gusto solos; estamos bien contigo, somos felices...

—Viernes, sábado, domingo, lunes, martes. Cinco días de casados, faltaría más.

—Tienes razón. Aún seguimos en una nube. Recordamos cosas de la boda, de lo que nos decían los amigos, del vestido que llevaba tal o de...

—¿Pero?

—Pero ¿qué?

—Te lo noto, Júlia.

—Nada. Solo que habrías podido llamar la primera noche; nos tuviste preocupados, pero ya pasó. Ya te lo dije. Olvidado. Tú y yo no tenemos que darnos explicaciones. Haz lo que quieras; yo quiero que tú estés bien.

—Oye... Al fin y al cabo, fuiste tú quien me presentó a Jean-Pierre. Ahora no te quites el muerto de encima. Lo convertiste en mi pareja, lo sentaste a mi mesa, a mi lado... ¿Ahora de qué te quejas?

—Yo de nada, ya te lo digo. Es tu vida.

—¿O es que noto algo?

—¿A mí?

—Sí, sí. —Paulina, que estaba bromeando, percibió de pronto una mirada extraña en su prima. Puede que fuera una chispa de celos—. Uy, nena, ¿qué hubo entre Jean-Pierre y tú?

—Por favor. Nada, ¿qué tendría que...? Ahora no les des vueltas a las cosas.

—¿Acaso te he pillado? —Paulina, juguetona, pero con la mosca detrás de la oreja.

—¿Con Jean-Pierre? ¡El pobre! Que no, que no...

—Algo pasó. ¿Cuándo? Te has sonrojado...

—No me hagas cosquillas. Déjame, ya sabes que no lo soporto.

Paulina persiguió a Julie, que había corrido alrededor de la mesa de la cocina. La tenía acorralada, sentada en una silla, y se abalanzó sobre ella como cuando, de niñas, jugaban en la playa de Sant Pol y se lanzaban una encima de la otra para hacerse cosquillas hasta mearse de la risa.

—A ver, dime cómo es su habitación...

—Que no, mujer, que te digo que...

—¿Qué cuadro cuelga sobre su cama?

—Para, para. Te digo que nunca he estado en su casa. Y deja mis costillas tranquilas, por favor... Aquí no.

El jardinero, que estaba podando las hierbas del jardín —todos los martes, de diez a doce—, contemplaba la escena de las dos primas a través del ventanal, las oía reírse y se moría de ganas de entrar y sumarse a la fiesta sin invitación.

—No te cachondees, Pau, que soy una mujer casada.

—Uy, sí...

—Tan casada como tú.

—Ahora que lo dices —como si de repente se acordara—, ¿cómo se llama el padre de Gina?

Paulina soltó a Júlia, que se puso de pie, se arregló la camiseta y se llenó un vaso con el agua que salía de la propia nevera.

—¿Y esto?

—Un regalo de boda. A Alain le hacía mucha ilusión y nos la han regalado. Es americana.

—Nunca lo había visto. ¿Y del grifo puede salir *champagne*?

Volvieron a reírse.

—¿Cuándo te vas?

Paulina consultó el reloj de la cocina. Le recordaba el que había visto en la Brasserie Lipp la noche de Picasso. Se daba cuenta de que en cuanto se alejaba de Jean-Pierre, todo le recordaba él.

—Ya puedes llamar al taxi. Prefiero llegar al aeropuerto con tiempo. Prefiero morirme allí de aburrimiento que andar con prisas... Pídelo para... No lo sé. Cuando haya uno, que venga.

—¿Manuel sigue teniendo tanto miedo a los aviones?

—¿Quién?

—Manuel, tu marido.

—Ah, era Manuel, es verdad.

—Qué sinvergüenza eres... No te reconozco.

—Miedo es poco. Siempre dice lo mismo: si alguna vez leéis que he fallecido en un accidente de avión, será porque me ha caído uno encima.

¿Por qué demonios tenía que haberle hablado de su marido y de sus miserias? No era necesario, francamente. Júlia había cogido el teléfono y había marcado, de

memoria, el número de la central de taxis de Croissy-sur-Seine.

—*Pour aller à l'aéroport, oui.* —Tapó el auricular para dirigirse a Paulina—. A Orly, ¿verdad? —Apartó la mano—. *Oui, oui.*

Después de colgar, a contrarreloj, empezó el interrogatorio.

—¿Y bien?

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Muuuy bien. ¡Qué hombre, Júlia! Es atento, es inteligente, sabe cómo decir las cosas, te explica la ciudad, el arte, la vida. Te habla de las gotas de miel y te deja... Uf. Y tiene tacto, ¿entiendes?, y sabe cómo hacerte sentir bien a todas horas.

—Tienes cara de muchos orgasmos.

—No seas guarra, guapa.

—Vale, si no quieres no me lo cuentes... —Descaradamente inquisidora—. Pero ¿qué, qué?

—Ya te lo he dicho. Muuuy bien. Antes entendí que me preguntabas por el sexo.

—Muuuy bien significa que es el hombre que ha descubierto que existe algo más que la penetración.

—Es él, sí. Jean-Pierre, el descubridor. Y tiene la patente.

—Y yo te lo presenté.

—Lo que no entiendo es que un hombre así esté solo. Y parece que ya le va bien. Y ya tiene una edad.

—Sí.

—¿Tú sabías que le vuelven loco las mariposas?

—No, no.

—No disimules. ¿Lo sabías?

—Que no...

—Viaja por todo el mundo buscando libros. Más que mariposas, ya que heredó unas cajas de su abuelo, y las guarda todas en una habitación, como si fuera un museo, con una luz especial. No le importa tomar un avión para ir al quinto pino a buscar un libro que cree que solo tienen en aquel rincón del mundo.

—¿Te ha dicho que te quedas con él?

—¿A mí?

—Sí, ¿qué pasa?

—Júlia, por favor...

—¿Te lo ha dicho?

—¿Cómo quieres que me diga eso?

Mientras lo decía, se daba cuenta de que lo lamentaba un poco.

—¿Os habéis despedido?

—¿Qué?

—¿Que si ya os habéis despedido?

—Sí, sí. Sí, por supuesto.

—¿Y?

—Pues bien. ¿Qué quieres que te cuente? Triste, alegre... Sereno, no lo sé. Ha sido algo así... Hemos decidido que nos escribiríamos.

—¿Os escribiréis?

—Y con respecto a eso tengo que pedirte un favor. Como prima, como hermana, como confidente. Hemos decidido que no me llamará por teléfono a casa, le he pedido que no...

—¿Por qué no?

—¿A ti qué te parece? Con Isabel encima de mí todo el día..., me haría demasiadas preguntas. Demasiado arriesgado.

—Te preocupa más la criada que tu marido, eso está bien...

—Hemos decidido que si me escribe, que lo haga a esta dirección.

—Pero...

—¿Te molesta?

—No, no... —Sí, sí—. Es un poco...

El jardinero golpeó el cristal de la cocina. Los nudillos de sus dedos eran peludos, negros, de chimpancé.

—Me voy, Julie. —Hablabas con una bota en el jardín y la otra en la cocina—. Todo bien. Me ha parecido que había pulgón en el manzano y le he echado un poco de eso, por si acaso, pero diría que no iré a más. Puede que solo fuera alguna larva. Si no necesitáis nada más, hasta el martes.

—El martes a las diez.

—*Au revoir.*

El jardinero se despidió de Paulina, fascinado, también, por su belleza y por las botas camperas que se había calzado para viajar a Barcelona. Con las botas y los vaqueros nuevos, estaba increíble.

Cuando apenas había salido por la puerta del jardín, al fondo, el chimpancé retrocedió y gritó:

—Aquí fuera hay un taxi, Julie.

—Sí, sí, gracias. ¡Es para nosotras!

—Uy.

Paulina salió corriendo hacia el comedor, donde había dejado las dos maletas, cerradas y preparadas. Las dejó de nuevo en el suelo y le dio un abrazo a Julie.

—Primita...

—Te quiero.

—Yo también. Mucho. Ya lo sabes.

—Cuídate, ¿me oyes? Que seas muy feliz con Alain.

—¿Un último consejo?

—Que tengáis hijos.

—Otro.

—Que nunca os veáis en el baño. Siempre con la puerta cerrada.

—Otro...

—Pasadlo bien juntos, pero reserva un espacio para ti...

—También me gusta. Otro, rápido.

—Que no lo complazcas siempre que le apetezca.

—¡Pau!

Se abrazaron de nuevo y se dieron tres besos largos, mejilla contra mejilla, sellando la fraternidad, la complicidad y el secreto.

—Voy contigo hasta la puerta, que es muy pesada.

—Dale recuerdos a Alain y dile que muchas gracias. Lamento no haber podido despedirme de él.

Se dieron otros dos besos. Subió al taxi, cerró la puerta, bajó la ventanilla y le mandó dos besitos a Júlia.

—Venid pronto a Barcelona...

El taxi ya había arrancado y Paulina ya no pudo oír la respuesta de su prima. En cuanto vio el rótulo de la salida de Croissy, tosió ligeramente para que el taxista la mirara por el retrovisor. Aprovechó el momento en que sus ojos se encontraron.

—¿Adónde le han dicho que me dirigía?

—A Orly, madame. Al aeropuerto.

—Oh, no, no... Disculpe, se han equivocado. Mi avión no sale hasta esta tarde. Tenemos que ir a París, a la rue du Trésor. Un callejón sin salida de Le Marais. ¿Lo conoce?

—*Bien sûr*. Daremos con él.

Jean-Pierre bajó para cargar con las maletas. No es necesario, de verdad. Hay ascensor... Pero él deseaba pasar con Pauline todos los minutos que le quedaban.

—¿Qué has hecho?

—Echarte de menos...

—Apenas han sido cuatro horas entre ida y vuelta. Eres un cuentista.

Abrió la puerta del piso. En el llavero, una mariposa.

—He ido a la galería y te he preparado la comida.

—No me lo puedo creer.

Tenía la mesa puesta, con un mantel italiano, de cuadritos blancos y rojos. No se habían sentado ningún día a la mesa ni habían puesto un mantel. Del sofá a la cocina y de la cocina al sofá, habían comido en un santiamén.

—¿Mucha gente en la Anouk?

—¿Esta mañana? Un turista que quería ir al baño urgentemente y muchos bostezos.

—¿Le has dejado entrar?

—¿Tú qué habrías hecho?

—Decirle que se buscara un bar, un hotel, como hace todo el mundo...

Jean-Pierre podía fingir que no había oído la pregunta de Pauline, o que le parecía inocente, pero no lo era. Pensó que antes de sentarse a la mesa era el momento de enfrentarse a su pasado.

—Tenemos una conversación pendiente.

—...

No podía decir «¿Ah, sí?» y hacerse la tonta cuando llevaba tres días esperando que Jean-Pierre se arrancara.

—Anouk.

—Es verdad. «Creo que es un nombre de mujer», me dijiste, cuando te pregunté por la galería.

—Sé que te debo una explicación. Por supuesto que es un nombre de mujer. Me preguntaste por el nombre de la ga...

—No, si no quieres.

—Si no quisiera, no te lo contaría. Pero me apetece, Pauline, porque entre nosotros no quiero que haya secretos. Te voy a contar algo que no sabe nadie. Y nadie quiere decir nadie. Solo Anouk, por supuesto. —Se quitó la pipa de los labios, con la pesadez del poeta que acaba de romper sus últimos versos porque se da cuenta de que no valen nada—. Si me lo permites, empiezo por el principio.

A Paulina la asustó el aire grave que había adquirido Jean-Pierre. Por una vez, parecía que al vendedor de cuadros le costaba tirar del hilo.

—Puede que te hayas fijado que en mi habitación, encima del mueble, hay una foto de una niña...

—No. —La bola no coló, y se disculpó con los hombros—. Sí. ¿Es Anouk?

—Anouk es su madre.

—Y tú eres su padre.

Paulina había empleado su tono más neutro, para tratar de demostrar que la información, fuera la que fuese, no la afectaba. Ni frío ni calor. Todo el mundo tiene un pasado y la vida organizada, y, al fin y al cabo, ellos se habían conocido el viernes, era martes y dentro de unas horas ella tomaría un avión con destino a la rutina y esperaba que, en el aeropuerto, estuviera Gina esperándola, con su padre. Sin embargo, la sorprendió que Jean-Pierre no respondiera ni que sí ni que no. Ella lo había preguntado. En realidad, lo había afirmado, y Jean-Pierre no lo había negado. Pero tampoco había dicho lo contrario.

—Monique. Se llama Monique. En la foto tenía seis años.

Había hecho diana en el pronóstico. Paulina se arrellanó en el sofá: con las piernas encima y un cojín en la espalda, se dispuso a escuchar una historia. Por muy enrevesada que fuera, no cambiaría nada de cuanto había vivido en la rue du Trésor y en la rue de Seine. Jean-Pierre se puso de pie para servirse dos dedos de malta en una copa de coñac.

—¿Quieres una?

—Me mojaré los labios con la tuya.

—Siempre veraneé con mis padres y con mi hermano en Capbreton, en Aquitania, cerca del País Vasco. —Tomó un trago, dejó la copa encima de la mesa y se sentó a los pies del sofá—. Mi padre, que era notario aquí, en París, era un apasionado del mar y tenía una barca de vela de no sé cuántos metros en el puerto de Capbreton. Siempre que el Atlántico lo permitía, salíamos a marearnos un rato. Mi hermano, Nico, cuatro años menor, lo pasaba peor que yo. Las tres primeras horas de barca estaba muy mareado. Por la noche, llegaba a casa tan pálido que se iba directamente a la cama, se tumbaba y se pasaba dos días enfermo, hasta que mi padre decidía que hacía un tiempo lo bastante bueno como para salir a navegar de nuevo. Así fueron nuestros veranos durante diez o doce años. Vivíamos en una casa algo solitaria, con buenas vistas al mar, aunque esas cosas, cuando eres un niño, ni las valoras ni te interesan. Sí éramos conscientes, sin embargo, de que para hacer cualquier cosa en el pueblo había que montar diez minutos en bicicleta, para arriba y para abajo. Nuestros vecinos de al lado, los Letroux, que eran muy amigos de mis padres después de vernos todos los veranos, tenían un gran danés marrón, una bestia que era más alta que yo. A mí me gustaban los perros, pero no los caballos. Y mucho menos aquel, que en dos galopadas cruzaba todo el jardín y parecía que se te iba a echar encima para lamerte con una cara más grande que la mía. *Nougat* era el perro de Anouk. Anouk Letroux, hija única de padre alsaciano y madre noruega, era mi vecina. Durante bastantes años, no podía ni verla. Era una niña, *comme dirais-je?*, diabólica, retorcida. Le tenía tanto miedo a su perro que al final acabé cogiéndole manía a ella. Mi hermano, que prefería antes a *Nougat* que la barca, se llevaba algo mejor con Anouk; además, tenían la misma edad, y ambos eran muy revoltosos. Poco a poco, evidentemente, todos nos hicimos mayores. Un verano, cuando los Letroux regresaron a Capbreton, Anouk también había cambiado. Pechos. Labios. Se había hecho mayor y se había calmado.

—Y el perro ya no te daba tanto miedo...

—Exacto. Podríamos decirlo así... No recuerdo el año, pero yo tenía diecisiete y ella debía de tener unos trece. Se había atemperado, y una noche, bajo los pinos que había al lado de su casa, nos dimos un beso. Nada, solo un beso. Al día siguiente nos vimos otra vez y salimos; la relación, si quieres llamarla así, duró todo aquel verano a base de besos, y nada más. Era algo inocente, infantil, y las familias nunca se enteraron. Luego, durante el curso, nos escribimos tres o cuatro veces, yo desde París y ella desde Colmar. El verano siguiente, cuando volvimos a vernos, fue como si nunca hubiera pasado nada. A partir de entonces, en cambio, fue creciendo nuestra amistad. Ella salía con nuestra pandilla, con los mayores. Mantenía cierto carácter, eso nunca lo perdió, pero ya no había que hacer siempre lo que ella quería. Se podía hablar y reírse con ella, y era una chica agradable, normal, formal, igual que yo o mi hermano. Anouk me lo contaba todo, me hacía preguntas y lo pasábamos bien juntos, pero nunca hubo nada más. Nos veíamos en verano y ya está. Al cabo de cuatro años, un día, de repente, me llamó. Nunca lo hacía. Me preguntó si podía ir a París a pasar

la Nochevieja, porque tenía que contarme algo. Le dije que sí, por supuesto. Tomó el tren en Estrasburgo, apareció en la estación, y en cuanto le vi la cara, en el andén, un 31 de diciembre, a las siete de la tarde, le vi de nuevo el diablo en los ojos. Se me lanzó al cuello, me abrazó y se echó a llorar y a sollozar... Tienes que ayudarme, Jean-Pierre, tienes que ayudarme... No paraba de repetir eso, pero no me decía de qué se trataba. Poco a poco se tranquilizó, cogí su bolsa, la abracé y conseguimos salir de la estación. Puede que pasaran veinte minutos y yo seguía sin entender nada. Nos sentamos en un banco de piedra en la plaza de Saint-Lazare, y te lo diré sin tapujos, tal como me lo dijo ella: estaba embarazada.

—Me lo había imaginado. ¿A los diecisiete años?

—A los diecisiete. Tenía un problema de narices y me pidió por favor que la ayudara. No quiso decirme quién era el padre, nunca me lo dijo, y tampoco se lo pregunté, pero sí me contó que el chico no quería saber nada. Se desentendió, con dos cojones, y dejó a Anouk con diecisiete años y sin saber dónde agarrarse. El chico le dijo que hiciera lo que considerara conveniente, porque él negaba que hubiese podido dejarla embarazada. Ya puedes imaginarte la Nochevieja que pasamos. Los dos encerrados en mi habitación, sentados en la cama, ella llorando y yo ofreciendo soluciones a una embarazada de tres meses sin saber muy bien qué hacer. Muy bien no. No tenía ni idea. Yo, con veintiún años y sin mujeres en la familia, no sabía lo que había que hacer, pero le dije que tenía unos ahorros, que buscaríamos un médico, un lugar donde... Pero ella no quería oír hablar del tema. Decía que quería tener el bebé. Que quería tenerlo, sin ninguna duda. Lo quería tener, pero tenía que poder decir quién era su padre...

—No...

Paulina intuyó la jugada.

—A cada campanada, yo me preguntaba qué tenía que hacer. Anouk me pedía que yo ejerciera de padre, que lo sería a los ojos de todos, que sus padres la matarían por haberse quedado preñada, pero que la rematarían más aún por ser una madre soltera. No habrían podido ser los abuelos de un bastardo. Me suplicaba que la ayudara, que ella y yo estaríamos bien, pero que por favor, por favor...

—¿Y te dejaste embaucar? Por favor, dime que no...

—El 20 de mayo nació Monique Letroux Zanardi, un bebé fantástico. Era peludita, con el pelo negro... Igual que su padre, supongo. Eso sí, decidimos que su primer apellido fuera el de Anouk.

—No me lo puedo creer.

—Aquellos meses, desde Nochevieja hasta que nació Monique, fueron una pesadilla. Fuimos a ver a sus padres a Colmar, a dar la cara, a decirles que habíamos tenido un accidente, que no sabíamos cómo había podido ocurrir y que estábamos dispuestos a seguir adelante. Ya puedes imaginarte cómo se lo tomaron, siendo como eran gente que iba a misa. A ella querían matarla, pero a mí querían sacarme los ojos, porque yo era mayor de edad y Anouk, en cambio... Como si encima me hubiese

aprovechado de ella. Recuerdo que durante muchas semanas insistieron en que nos casáramos antes de que naciera el bebé. No insistían, lo exigían. Hablé con Anouk a solas y le dije que yo me había metido en aquel asunto por amistad, para ayudarla, para sacarla del mayor problema de su vida, pero que ni hablar de casarnos, y fue la mejor decisión. Su madre, que tuvo un disgusto que ni te cuento, también se metió en medio... Un escándalo de padre y muy señor mío. Ahora puedo contártelo así porque ya han pasado muchos años, pero fueron unos días en los que a una pesadilla le seguía otra, pero la montaña rusa estaba en marcha y ya no había quien la parara. Y alguien, en medio de todo el lío, se puso a echar cuentas y dijo que a finales de septiembre Anouk y yo no estábamos en Capbreton. Entonces ella mintió y dijo que, el fin de semana que dijo que se iba a casa de una amiga, en realidad, había estado conmigo, que había ido a Mulhouse porque estábamos muy enamorados. Yo nunca he estado en Mulhouse, y nunca habría ido allí, pero, bueno, puestos a mentir...

—¿Por qué, Jean-Pierre? ¿Para salvarla?

—¿Qué quieres que te diga? Sí, sí... Por lástima, no lo sé. Por amistad, porque vi a una amiga muy desesperada, por la inconsciencia de la edad, porque era el diablo y me daba cuenta de que debía alejarme de ella, pero una fuerza extraña me lo impedía... Porque supongo que me gustaba, o que la quería, o que me parecía que la quería. ¿Por qué? No puedo decírtelo. Porque pensé que estaba haciendo una buena obra, supongo. No lo sé.

—¿Y Monique dónde está? ¿Con su madre?

—Espera... No tan deprisa. Hasta ahora solo te he contado la parte bonita de la historia.

—No me lo puedo creer...

Paulina lo compadecía, pero al mismo tiempo notó una punzada. Ayudaba a Anouk porque la amaba.

—Aquellos eran los días felices. Nace la niña, sana, tranquila, una criatura magnífica. Anouk viene a vivir a París, cerca de aquí, en un pisito que no tenía nada que ver con este. Sin ascensor, dos habitaciones pequeñas, un hedor que llegaba de no se sabía dónde... Trabajábamos los dos para que a Monique no le faltara de nada, porque sus padres y los míos nos dijeron que teníamos que salir adelante por nosotros mismos. A los ojos de todos, yo era el padre de Monique. Y en realidad lo era. Al año ya andaba, a los dos hablaba, un proceso natural que Anouk y yo fuimos aprendiendo al mismo tiempo, juntos. De puertas para fuera, ella y yo éramos una pareja. En casa no estábamos mal, pero era como un piso de estudiantes con una criatura incorporada. Dormíamos en la misma habitación, en una cama estrecha, y no voy a negártelo, algunos días... Nos abrazábamos, nos masturbábamos mutuamente. Cosas de chicos, vamos. Estábamos tan casados que no teníamos ni tiempo ni ganas de buscar nada fuera de casa. Por las mañanas, yo trabajaba como bibliotecario en la Facultad de Medicina. Por las tardes empecé a trabajar en una galería, en el Quartier Latin. Monique me llamaba papá y yo, por supuesto, la quería como a una hija. No sé si era

lo bastante bueno. No sé si ella notaba una reticencia, inconsciente, en mi forma de tratarla. Yo creo que no, porque me ocupaba de todo. La bañaba, la cambiaba, le preparaba la cena y se la daba, le leía cuentos a los pies de la cama, le cortaba las uñas... Todo. ¿Qué te voy a contar que tú no sepas?

—Veinticuatro/siete.

—Veinticuatro/siete. —Jean-Pierre le pellizcó el dedo gordo del pie, con complicidad—. Un día, cuando Monique tenía seis años, Anouk desapareció. Desapareció, así, como te lo digo. Llegué del trabajo y, mientras subía la escalera, oí a Monique berreando. Entré y estaba sola en casa. Decía que su madre llevaba horas fuera y que tenía hambre; se había meado y no paraba de llorar. Aquella noche no volvió, ni al día siguiente, ni al otro. Un panorama. Diez días después, la muy caradura, me llamó desde Noruega. Me dijo que no podía más, que necesitaba respirar y que se había ido a Marifjøra, el pueblo de su abuela. No me dijo que lo sentía mucho; ni siquiera me preguntó por la niña, como si su hija no existiera. Y colgó.

—¿Y qué hiciste?

—Hablar con la madre de Anouk, pedirle el teléfono de su abuela en Noruega, llamar y hablar con la anciana, que no entendía nada de lo que le decía porque Anouk no estaba. Llevaba un montón de años sin aparecer por allí, y no la esperaba. Y yo con la niña en casa, sin saber qué decirle sobre su madre. Una semana, dos semanas, tres, cuatro, un mes, dos meses, y antes de que se cumplieran los tres meses de su huida, vino a París, se presentó en la escuela de Monique, recogió a la niña, se la llevó y nunca he vuelto a verlas. Nunca más. Y hasta hoy.

—Pero...

—Hasta hoy, Pauline. ¿Dónde están? No lo sé. ¿Por qué se fueron? No tengo ni idea. ¿Por qué no han dado señales de vida, ni una explicación, ni una carta? Tampoco lo sé. Nunca, nada de nada. Como si se las hubiera tragado la tierra. Sus padres, en Colmar, murieron (primero él, después ella) sin saber tampoco qué había sido de Anouk y de su nieta. Ninguna noticia de su hija. Ni siquiera se presentó en su funeral. Y tampoco me consta que sepa que sus padres llevan años muertos y enterrados. En realidad, en el testamento, según dice mi padre, que fue su notario, todo era para Monique. Los padres, dolidos, nunca quisieron volver a saber nada de Anouk y se lo dejaron todo a la niña, pero no ha habido forma de localizarla. Y esta es la historia... Tú me preguntabas si yo era el padre de Monique. ¿A ti qué te parece?

—¡Dios mío, cuánto habrás sufrido!

Sin embargo, Paulina se daba cuenta de que si a Jean-Pierre le dolía tanto aquella historia era porque, en el fondo, él quería a Anouk. ¿O puede que, en el fondo, echara más de menos a Monique que a Anouk? ¿Necesitaba oír a una niña que corría de un lado a otro del piso o echaba de menos recoger el montón de dibujos que la pequeña de las trenzas dejaba en el suelo? Y pensar que, durante cuatro días, Paulina había

temido que tal vez pensara que ella era demasiado ingenua... Desde el labio contra labio de la noche de la boda estaba convencida de que era un héroe, y acababa de descubrir que estaba con un superviviente. Por primera vez desde que estaban juntos, no se sintió inferior a un Jean-Pierre que, con el último trago de malta, quería disimular toda la emoción retenida por su batacazo vital.

—¿Qué saben mis amigos? ¿Qué sabe tu prima? Lo mismo que todos: que Anouk me abandonó de la noche a la mañana, se fue y se llevó a nuestra hija. ¿Qué es lo que solo sabes tú? Que yo, biológicamente, no era el padre de la niña, que yo no dejé preñada a Anouk, vamos.

—¡Qué película tan cruel, Jean-Pierre! Hipotecar una vida para ayudar a una amiga, por muy amiga que fuera...

—No es una historia bonita, no.

—Has amado y te han utilizado.

—Hace mucho tiempo que decidí no recordarla. El derecho a olvidar debería ser una ley fundamental.

—La memoria no son unas sillas plegables que, cuando los invitados se van, puedes guardar detrás de la puerta. Es una historia tristísima, pero es tu historia. — Paulina quitó los pies del sofá y los apoyó en el suelo para sentirlo más cerca—. Y me gusta mucho que hayas querido confiármela.

—Entonces, ¿aún me quieres?

Como si fuera un chiquillo, Jean-Pierre trepó al sofá para abrazarla muy fuerte, mejilla contra mejilla. Durante un rato no pudieron parar de llorar. Él, hermético, llevaba un montón de años soportando el duelo como podía, echando de menos a Monique y maldiciendo a Anouk. Aunque no la mostrara, tenía la herida más abierta de lo que creía. Ella lloraba de pena. Le dolía ver a Jean-Pierre desencajado. Y no entendía que el hombre chispeante que había conocido, seguro, *charmant*, jactancioso, escondiera un drama tan grande, tan injusto, de esos que marcan toda una biografía. ¿Cómo conseguía convivir aparcando ese dolor? ¿Habría logrado ella seguir adelante con una pérdida similar? Y, con lo hija de puta que era Anouk, ¿por qué Jean-Pierre no había cambiado el nombre de la galería? Tal vez aún creía que... Y, si volviera, ¿la perdonaría? Esas dudas se las quedaría para ella. Si Jean-Pierre no volvía a sacar el tema, Paulina estaba dispuesta a no mencionar nunca más a Anouk, a Monique ni nada sobre aquel amargo episodio. En cualquier caso, ella se iba aquella tarde y ni siquiera sabía si volvería a hablar alguna vez con el hombre que la había hecho sentir más mujer que nunca. Más valorada, más atractiva. ¿Podría prescindir, a partir de mañana, de la persona que le había enseñado a vivir cada momento como si faltara un cuarto de hora para el fin del mundo?

Una vez secadas las lágrimas, Jean-Pierre cargó la pipa y puso el cerrojo a su pasado. Era consciente de que le había sentado bien desahogarse. Por fin había encontrado a alguien a quien confiar su drama, con detalles y en voz alta. De repente, solo le interesaba el futuro y una persona que le había hecho derribar prudencias y

barreras.

—No te muevas. Enseguida comemos. Pero hay algo que aún no hemos hecho y que me apetece mucho. Quiero que pruebes algo. No te muevas, ¿me oyes?

—No, no. —Obedeció Paulina.

Jean-Pierre se levantó y se dirigió a la cocina. Por los ruidos, ella trató de intuir qué estaba ocurriendo allí dentro. Abría la nevera. Descorchaba una botella de vino, que se resistía. Llenaba la cubitera con un estrépito que evaporaba cualquier sorpresa. Y volvía a abrir la nevera y esperaba un momento antes de volver a cerrarla. Revolvía en un cajón, como si buscara algo entre cucharones y pinzas. Un abrelatas, seguro. Si aguzaba el oído le parecía oír el crepitar seco a medida que... A un manitas como Jean-Pierre no debería costarle demasiado abrir una lata. Un platito, ese ruido sí lo tenía claro.

—Cierra los ojos, que voy para allá.

—Ya está. —Apretó los párpados con fuerza.

Primero dejó la cubitera y dos copas encima de la mesa. Luego le pasó la mano por delante de la cara, como si saludara, para cerciorarse de que Pauline no hacía trampas.

—Te quiero.

—¿Puedo mirar?

—¡No!

Los pasos se perdieron de nuevo en dirección a la cocina.

—Y ahora, sobre todo, no abras los ojos.

—Pero...

—Confía en mí.

Ella oyó cómo cortaba algo en un plato. Por el leve tintineo, debía de tratarse de un platito de café.

—Aguanta con los ojos cerrados. Abre la boca. Un poco. Te serviré algo con el cuchillo. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Y si...

—Tú confía en mí. Te gustará, créeme. No te preocupes. Cuando lo tengas en la boca, sigue con los ojos cerrados. No lo muerdas. Deja que se derrita. ¿Ya?

—Ya. —Paulina, con más nervios que ganas.

Apuró el cuchillo, arrastrándolo con los dientes, escondiendo la lengua, con cuidado para no cortarse.

—Mmm...

—No abras los ojos.

—¡Es foie!

—Saboréalo. Nota todos sus sabores, deja que se derrita. No lo mastiques, que se derrita como un caramelo blando.

Le hizo caso. Mientras tanto, él también se llevó un trocito a la boca y sirvió dos copas de Riesling. No dijo nada. La contempló mientras paladeaba, con placer. Había

conseguido que Pauline notara todos los sabores. Un sabor lento, fresco. En cierto modo, un regusto de fruta amarga, de tabaco, de sal, de gotas de grasa, un lejano regusto de chocolate que se va fundiendo, despacio, untuoso, suave, fundiéndose entre la lengua y el paladar.

—Está muy rico, Jean-Pierre.

Abrió los ojos. Él la estaba esperando con una copa en la mano, a punto de tendérsela. Se sentó a su lado.

—Es de oca. Más suave que el de pato. A mí me gusta más.

—Y pensar que cuando te conocí creía que eras uno de esos solteros que no tenían ni una cucharilla en casa...

—Sorpresa. No hay que abusar, pero es uno de los placeres de la vida.

—¿Esto es la comida, amor mío?

Le cortó otro dadito, que Paulina dejó que se derritiera en su boca. Instintivamente, cerró los ojos —y a partir de entonces los cerró siempre que comía *foie*— para concentrarse en todos los sabores y para recordar la sorpresa de Jean-Pierre, el hombre que sabía convertir cada instante en especial.

—Estos días has jugado en casa. No es justo. Me has llevado a sitios, me has mostrado cosas, me has sorprendido con el *foie*, y el vino, y tus músicas y las gotas de miel. Pensarás que yo no tengo..., no sé, iniciativa. Que soy una aburrida.

—Pues quédate. Quédate aquí y demuéstreme que tú también puedes sorprenderme. Quédate conmigo.

Paulina se cubrió la cara con las manos. Sabía que había llegado la conversación que ambos sabían que tenía que llegar. Era la primera vez que le decía quédate. Quería que se lo dijera. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero lo temía. Temía escuchar aquellas palabras, pero aún le daba más miedo que Jean-Pierre, por prudencia o porque ya le parecía bien que su amor tuviera fecha de caducidad, nunca llegara a pronunciarlas.

—Quédate —repitió con más énfasis, decidido.

—No me hagas esto, Jean-Pierre.

—Quédate. Quédate conmigo. Viviremos aquí o donde tú quieras, trabajaremos juntos en la galería si te apetece, viajaremos por todo el mundo, o nos quedaremos siempre aquí. Haremos lo que tú quieras...

—No me digas eso... Ya sabes que yo...

—Por supuesto que te lo digo, Pau. Esta vez voy a pensar en mí. Ya he ayudado a mucha gente, ya estoy escarmentado, ya sé lo que es perder a quien amas y no volverlo a ver nunca más. Ya sé que ocasiones como la nuestra se presentan una vez, o no se presentan nunca. Apostemos por ella.

—Tú eres un solitario y nunca te acostumbrarías a...

—No me pongas como excusa. Yo sé lo que quiero. Sé lo único que quiero que me ocurra en los siguientes cuarenta años. Apostemos juntos.

—Yo tengo una vida organizada... —Apoyó la cabeza sobre su vientre—. Pero

Jean-Pierre, amor mío, no me lo digas otra vez. No me lo digas dos veces.

—Tres, las que haga falta, si me dices que tengo alguna oportunidad...

Jean-Pierre agachó la cabeza para besarle la frente. Estaba esperando una respuesta. Sin embargo, intuía que Pauline no quería nada más. Esperó mientras le despeinaba el flequillo, de un lado a otro, como el péndulo de un reloj que se va quedando sin cuerda.

—Para mí es más fácil, lo entiendo. Y también entiendo que tengas una vida organizada, pero se trata precisamente de eso. De la vida. Solo disponemos de una, solo una, y tenemos que aprovecharla. Eres demasiado joven para arrastrar toda la vida la pena de no haber hecho lo que te apetecía. Nos queremos demasiado para reprocharnos eternamente que no estemos juntos si es eso lo que queremos.

—¿Apetecerme? ¿Cómo puedes decirme eso? —Levantó de nuevo la cabeza y lo miró con la desesperación de los amantes—. Por supuesto que me apetece. No lo dudes, por favor. Pase lo que pase, eso nunca lo dudes.

—Entonces...

—No saldrá bien, Jean-Pierre. Han sido cuatro días. Tú estás acostumbrado a estar solo, yo tengo una hija...

—Que se venga...

—No es tan fácil.

—Que se venga, ya lo había pensado...

—Tú y yo aquí, con una niña, no sería lo mismo...

—Ya sé qué es vivir con una niña. Era un buen padre...

De repente, una idea cruzó la mente de Paulina como una punzada. ¿Y si Jean-Pierre le proponía que se instalaran allí para recuperar una hija y no por ella? Ahuyentó ese pensamiento para siempre. No podía permitirse caer en la trampa de las neuronas que trabajan más de la cuenta. No quería plantearse ni por un instante, ni remotamente, que Jean-Pierre necesitaba a Gina para recuperarse de la pérdida de Monique. Su amante no podía ser tan retorcido. Jean-Pierre no podía ser uno de esos. Por una vez le vio como un hombre blando, pero no podía flaquear.

—Dejando de lado a mi hija, a quien no quiero meter en esta conversación, la convivencia no es lo mismo que cuatro días redondos. Al decir redondos quiero decir perfectos, insuperables, inolvidables, pero cuatro días. Te lo digo de corazón. Así es como lo he vivido. Y para ti —la pregunta no quería parecer acusatoria—, ¿qué significan estos cuatro días?

—No se trata de los días. Se trata de ti. Mi amor, mi salvación. No sabemos qué ocurrirá más adelante. La vida da muchas vueltas y no podemos saber ni siquiera qué nos espera mañana... Esto no es un cuadro, no es una obra de arte terminada, enmarcada y expuesta. Podemos pintarlo juntos, con los colores que tú quieras. Ahora que nos tenemos el uno al otro, ahora que nos hemos encontrado, no veo por qué debemos poner límites.

—Jean-Pierre...

—Pase lo que pase, de ahora en adelante, sabemos que tú y yo nos hemos salvado mutuamente. Nos hemos conocido para salvarnos, estoy convencido de ello. Estoy enamorado, por primera vez sé lo que significa estar enamorado y eso es algo que tendremos para siempre. He abierto mi corazón y soy inmensamente feliz. No sabía que podía sentirse todo esto. Pensaba que hace muchos años, puede que en la universidad, había estado enamorado, pero ahora me doy cuenta de que el amor era esto. Un sentimiento nuevo, más cierto que cualquier otro. Incomparable, reconocible. Ni que decir tiene que he conocido a otras mujeres: casadas, atractivas, sofisticadas... No sé qué te habrá contado de mí tu prima, pero nadie ha significado nunca nada. ¿Qué has conseguido tú, amor mío, y solo tú? He tenido que esperar cuarenta y cinco años para saber lo que significa estar enamorado. Celebremos la vida, celebrémosla juntos, que es el gran milagro.

Paulina, que no quería decir nada de lo que tuviera que arrepentirse, luchaba por no dejarse llevar por la pasión de un Jean-Pierre encendido.

—Mi padre decía siempre que sus padres, mis abuelos, se decían tan a menudo te quiero que, al final, lo recibían como si nada, como un buenos días o un buenas noches. Sin emoción. Y llegaron a viejecitos y siempre vivieron juntos, pero con los sentimientos banalizados...

—Tú y yo no tenemos noventa años.

—Mi padre decía que te quiero es lo único que debes decir notando cada una de sus letras. Y me doy cuenta de que...

—De que tenía razón. Hasta ayer no te dije que te quiero. Y lo dije conscientemente. Y tú me lo dijiste a mí, en francés. Y desde ayer no hemos contado las veces que hemos dicho te quiero; nos lo hemos dicho notando cada letra y lo hemos recibido como si fuera la primera vez o como si fuera la última voluntad.

—Lo sé. Y yo también. Es así, Jean-Pierre, y me gustaría que pudieras meterte en mi piel para que vieras que me siento igual que tú.

—¿Pero?

—Pero.

—¿Qué puedo hacer para romper esa coraza que llevas, Pauline? Te amaré siempre con la emoción de estos días. La felicidad nos la ganaremos juntos; la felicidad hay que desearla y trabajarla. Todo cuesta, y luchas por el amor mucho más.

—Jean-Pierre, qué más quisiera yo que...

Se relajó. Vio una lágrima en los ojos de Pauline y supo callarse. Dejó que la gota se deslizara por su pómulo, posó una mano en su cara, se la secó con el dedo pulgar y le acarició la otra mejilla.

—Hay décadas en las que no pasa nada y hay semanas en las que pasan décadas. Y esta es la nuestra.

—Qué bonito es lo que dices, Jean-Pierre.

Intentó no sollozar.

—Es de Lenin. —Alzó las cejas, pícaro—. Ya te dije que era de izquierdas.

Se echaron a reír. Volvieron a reírse juntos, con ganas, para quitarse los nervios de encima. En cuatro días no había sido todo orgasmos, miradas y conversaciones. También se habían reído mucho, de corazón, liberados de todo, los dos, solos en el mundo.

—¿Comemos?

—Hagamos el amor...

Aunque lo tenían a flor de labios, no se lo dijeron. Ninguno de los dos se atrevió a hacerlo, pero ambos sabían que la frase inacabada terminaba con un «por última vez» atormentado, concluyente.

—Tendrás que ayudarme. —Paulina se sentó en un lado de la cama—. ¿Puedes tirar de las camperas?

El silencio de los cuerpos enriqueció la despedida.

Se puso las botas sin su ayuda. Se abrochó el corchete del sujetador y, antes de ponerse la camiseta que se había comprado en Saint-Honoré, se metió en el baño para alisarse el pelo con el cepillo de púas largas que siempre llevaba en el bolso.

—¿A qué hora sale el avión?

—Quería estar en Orly a las cinco.

—Pues tendremos que darnos prisa.

«Mejor —pensó Paulina—, así la despedida será más corta». No había querido pensar en ello ni por un instante, pero ahora que se acercaba el momento, tenía algo muy claro: no tenía que recrearse. Era mejor que los trances fueran rápidos. Jean-Pierre cargó las maletas por los adoquines de la rue du Trésor hasta el garaje donde guardaba el coche. Ella no había querido despedirse en su piso, ni en el ascensor, ni en el callejón sin salida de Le Marais, donde había descubierto a la Paulina más íntima. Nunca había estado tan lejos de su casa y tan cerca de sí misma.

En el coche —un Citroën con un maletero enorme, ideal para transportar cuadros— hablaron poco. Ninguno de los dos quería que las palabras adquirieran la trascendencia de las despedidas. El tono gris de la periferia de París no contribuía a decir nada medio romántico. Jean-Pierre tenía dudas sobre si debía hacer un último intento. ¿Sería muy descarado decirle quédate aquí? Tenía la tentación de romper la baraja y decirle oye, Pauline, querida, amor mío, cometes un error marchándote, aquí serás feliz y tú sabes, aunque no puedas reconocerlo, tú sabes que vuelves junto a un marido que ya no despierta tu ilusión, vives con él por rutina, te has acostumbrado a él como te acostumbras a los ruidos de la nevera.

—Tu coche huele muy bien.

Se reprimió. Pensaba que Pauline ya llevaba la armadura para volver a casa.

—Me gusta el ambientador de limón. Dura unos diez días. Luego...

No lo dijo. No se atrevió a decir que todo pierde gas rápidamente. No podía demostrar su cinismo en el último momento. Pauline no lo habría entendido. Y no se

lo merecía. Ella se iba porque tenía un billete, porque antes de salir de Barcelona sabía que el martes volvería a casa, con su hija de cinco años y un marido de quien, por prudencia, no habían hablado en cuatro días. Cuando ya estaban en la autopista, con la quinta puesta, ella colocó la mano sobre el cambio de marchas y Jean-Pierre ya no la soltó hasta que tuvo que poner punto muerto para coger el *ticket* del *parking*.

—¿Llevas toda la ropa en esta maleta?

Jean-Pierre descargó el coche, sin esfuerzo físico aparente. El tirón lo sentía por dentro.

—Le he regalado algunas cosas a Julie. Así no pesa tanto.

—No sabré qué cara ponerle a tu prima cuando la vea.

—Pon la tuya, que es la mejor.

El ascensor los llevó directamente a la terminal de salidas internacionales de Air France.

—¿Tomamos un café?

—Prefiero tomarlo dentro. Estas cosas... En los aeropuertos es mejor estar dentro.

—Pues vamos para allá.

Para Jean-Pierre, Orly era como su segunda casa. Entre las ferias de arte y las mariposas podía tomar unos treinta aviones al año.

—Quédate con nuestra historia.

—Por supuesto, Pauline.

—Te escribiré pronto.

—Ya sabes dónde debes buscarme si alguna vez me pierdo, ¿verdad?

Paulina entornó los ojos. Jean-Pierre le levantó la barbilla con dos dedos para que alzara de nuevo la vista.

—Buen viaje.

—Igualmente.

Se echaron a reír sin ganas, del mismo modo que Paulina había pronunciado ese «Igualmente» como un acto reflejo, un puro formalismo cultural. Se dieron un rápido beso en los labios, un beso que era un roce, y quiso ser ella quien, antes de soltarse las manos, fuera la última en hablar.

—Te quiero. Con todas las letras... ¿Me oyes? *Je t'aime*.

En los ojos de Jean-Pierre vio las venas de las oportunidades perdidas. Fueron incapaces de decirse nada más.

Destrozada, pasó el control de la policía. Su corazón tenía que bombear, a la vez, la rabia, el disgusto, la tristeza, el temblor, la inquietud, la excitación, la compunción, y, ya en aquel momento, la añoranza de los cuatro días que dejaba atrás. El policía, protegido por un cristal, como si fuera el mono de un zoo, miró su foto y, mecánicamente, levantó los ojos para verle la cara. No era la primera mujer que veía llorar en el aeropuerto. Era la primera vez en años —eso sí lo pensó— que le parecía más guapa la mujer de la foto de carnet que la que pasaba por delante de la jaula con

la pena encogida. El policía mono estampó el sello —Orly-Paris-France, 16 june 1981— sin dejar de mascar chicle.

—*Allez-y.*

—*Merci* —balbuceó ella mientras metía el documento en el bolso.

Una vez pasado el control, no se dio la vuelta. Siguió andando hacia delante: hacia el futuro, hacia el pasado. No podía permitírselo. No quería que la última vez que Jean-Pierre la viera, le intuyera una lágrima. No se atrevía a volverlo a mirar. Corría el riesgo de dar media vuelta y volar, por encima de tabúes y aduanas, hasta sus brazos. Sabía que le habría bastado un solo gesto de Jean-Pierre para mandarlo todo a paseo. Aunque solo le enviara un beso con dos dedos, con su arrebatadora mirada, mientras sujetaba la pipa de raíz de brezo, Paulina no tendría suficiente fuerza de voluntad para perderse en la terminal, entre toblerones y perfumes. Sin embargo, si se hubiese dado la vuelta se habría encontrado con un Jean-Pierre solo, de pie bajo una tenue luz de la terminal, con las manos en los bolsillos, la pipa en los labios y los ojos muy abiertos. Con el aire del culpable que escucha, sin apelación posible, su condena. El veredicto, frío y despiadado, no le dejaba ni parpadear: tenía la certeza de que dejaba marchar al amor de su vida y, en esta ocasión, había pasado ante sus narices y se preguntaba si había luchado lo suficiente para impedirlo. Como en un réquiem alemán, aguantaba el dolor con una soledad incondicional.

En cuanto la pantalla de llegadas del aeropuerto del Prat anunció que el vuelo de Air France estaba aterrizando, Gina se subió a los hombros de su padre. Quería ser la primera en ver a su madre cuando se abrieran las puertas automáticas de cristales ahumados.

El motor del avión emitió el último suspiro, parado en la pista, a las ocho y veintiún minutos de un martes, el día que en el mundo hubo un poco más de amor.

Y de pena, porque una cosa no existe sin la otra.

—¡Mamá! ¡Mamá, aquí! ¿Qué me has traído?

CRUZAR UN DESCAMPADO

Gina recibió a Biel en su ático de la calle Tuset sin tiempo para ordenar la casa. Él se presentó con una caja mediana de trufas heladas, con una barba de dos semanas y un argumento: ahora tenía en la cara el pelo que antes tenía en la cabeza. Seguramente seguía siendo el más feo de la clase, pero se había depilado las cejas, y a ella le parecía que los calvos solían tener algo. Le dijo que se sentara, le sirvió un té de frambuesa y, sin poder esperar, le dio las tres cartas que había recuperado de la caja de la tía Júlia cuando murió. Mientras Biel las leía, aprovechó para arreglar las sábanas y pasar un trapo húmedo por el mármol de la cocina. Con tantas horas en la universidad, había encontrado la excusa perfecta para descuidar la casa de lunes a viernes. El fin de semana, por obligación, volvía a ordenarla. Cuando volvió al comedor, Biel no estaba. Había abierto la puerta de la terraza y había salido para acabar de leer la tercera carta.

—¿Estás llorando?

—¿Yo? No, no...

—Es la última, supongo...

—¡Qué sentimiento, pobre hombre!

Se secó las lágrimas con los puños de la camisa.

—Jean-Pierre, mi madre, su prima. Vaya triángulo. Y no me digas que lo de mandar las cartas a través de la tía Júlia no era raro de cojones...

—Esta... —Biel remiró el sobre de la carta que estaba leyendo para cerciorarse —. Sí, esta es la que Jean-Pierre envía directamente a Júlia después de la muerte de tu madre.

—Mi tía era la única que lo sabía todo, eso está claro, y nunca le contó nada a nadie.

—¿Ni a su marido?

—¿A Alain? Supongo que tampoco.

—¿Lo supones o lo sabes?

—Lo sé. Bueno, lo intuyo.

—¿Se lo preguntaste a Alain?

—Les dije a mis primas que lo hicieran. Pensé que conmigo, la hija de Paulina, no se habría atrevido... Suponiendo que supiera algo, puede que tampoco me lo hubiera dicho. A Alain nunca le han interesado los cotilleos.

—En una de las cartas, creo que en la primera, Jean-Pierre le dice a tu madre que no querría que ella tuviera que mentir para ocultar su historia. Es fuerte.

—Sí, sí. Al final de la primera.

—¿Y?

—¿Quieres saberlo? —Gina se sentó en el banco de madera que había en la terraza—. Fui a ver a mi padre...

—¿Cómo está?

—¿Mi padre? —No pudo disimular la decepción—. No lo reconozco. Espero no parecerme a él con el paso de los años...

—¿Qué significa que no lo reconoces?

Biel se sentó a su lado. Así podían hablar contemplando la nada, sin tener que sostener la mirada.

—Nada, sensaciones. Todo, no lo sé. —Se dio cuenta de que Biel quería más explicaciones—. Está de mala leche, con esos dos críos, mis hermanos, que lo han pillado muy mayor, francamente. Ni los ha educado ni está muy pendiente de ellos; los ha dejado a su aire y ahora no hay quien los meta en vereda. Son dos *tsunamis*. Y él no es un padre, es un abuelo. Y ella, Mire, su mujer... ¿Qué quieres que te diga? Una tira por allí, el otro por allá. No sé muy bien si mi padre volvió a casarse para no estar solo y lo engatusaron. ¿Enamorado? Puede que al principio pensara que lo estaba. Pero ahora no. Ahora todo es anodino, vive instalado en la inercia y parece que le daría mucha pereza el mero hecho de plantearse algo que no sea lo de que después de un día viene otro. Y eso a pesar de que, físicamente, sigue siendo un hombre que se conserva muy bien. Sin bigote, incluso parece más joven de lo que es.

Gina no se avergonzaba de su padre, todo lo contrario, pero lamentaba que se hubiese conformado con una vida insípida, de huevo pasado por agua. La palabra era pena. Nunca lo había dicho en voz alta, y mientras hacía un esfuerzo por describirle el panorama a Biel, se sentía mal al hablar de su padre en aquellos términos.

—¿Manuel no solía jugar a las cartas?

—Por suerte le queda el póquer, eso sigue siendo sagrado. Un par de noches a la semana juega unas partidas con los amigachos de siempre. Pero uno de ellos, uno de los asiduos de toda la vida, murió de un ataque al corazón viendo un partido de tenis por la tele. Ahora lo echan de menos y han tenido que buscarle un sustituto, pero dice que ya no es lo mismo, dice que han envejecido. A veces pienso que me habría gustado ver cómo habría sido la vida de mi padre al lado de mi madre.

—¿Crees que sabe algo de lo que ocurrió en París?

—Esta es la cuestión, Biel.

Un domingo como tantos otros, Gina llegó a su casa, la que había sido su casa, justo a la hora de comer. Su padre se había sumergido en su nueva familia, pero, en cambio, había hecho pocas reformas en el piso de Rambla Catalunya esquina Còrsega. El comedor estaba igual, como si Paulina tuviera que regresar al día siguiente. Solo había cambiado algún cuadro y la tapicería del sofá y las butacas. Y con los dos críos subiéndose a todas partes sin que nadie los obligara a quitarse los

zapatos, tendrían que volver a tapizarlos muy pronto. Salvo los electrodomésticos, la cocina también estaba igual, con los armarios de formica clara que tantas veces había abierto y cerrado cuando era una niña. Los imanes, con los polos que se atraían y se repelían, le parecían uno de los grandes misterios de la vida. De su habitación, sin embargo, no quedaba nada. Ni el póster de la foto en blanco y negro de los espectadores con las gafas de tres dimensiones. El dormitorio de Gina se había convertido en el campo de batalla de Edu y Nico. Sus hermanos, de ocho y seis años, dormían en literas, y para que no se pelearan por a quién le correspondía el colchón de arriba, que era el más codiciado, todas las semanas se lo jugaban a una partida de la PlayStation que solía acabar con llantos y mamporros. Desde que su padre vivía con Mireia nunca había vuelto a entrar en la habitación de sus padres. Por prudencia. Dejó la chaqueta y el casco de la moto en el sofá, dio dos besos a todos y se sentaron a la mesa, sin tiempo para hacerles cosquillas a Edu y a Nico, que la estaban esperando con ganas de juega. Desde que Mire había entrado en aquella casa, todos los nombres parecían recortados. Al fin y al cabo, no debía de ser culpa de Mireia. Ella se llamaba Georgina, pero siempre la habían llamado Gina. Al menos Manuel, su padre, seguía siendo Manuel, con todas las letras, y con todas las mujeres.

El arroz a la cazuela de Mire tuvo un éxito relativo. Edu apartaba el pimiento, Nico los mejillones y Gina, para no hacer un feo, lo engullía todo sin rechistar. Sin embargo, con cada bocado pensaba que el sofrito, pasado de cebolla, le repetiría toda la tarde. Antes de los postres, sin que nadie se lo prohibiera, los niños jugaban a fútbol en el pasillo con un balón de espuma para que no rompieran nada, en el caso de que quedara algún objeto entero. Después del cortado descafeinado, Mire desapareció discretamente, como solía hacer todos los domingos, para que padre e hija pudieran hablar un rato de sus cosas. Manuel y Gina quitaron la mesa, dejaron los platos en remojo y pasaron al salón. Gina se arrellanó en el sofá —sin zapatos— y su padre, después de sentarse en la butaca de orejas, puso la tele. Rutinariamente, pasó de un canal a otro para buscar algún partido que pudiera parecerle atractivo. Por una vez, Gina, directa, sin pelos en la lengua, no sabía cómo enfocar la cuestión. Su padre siempre le había merecido respeto. Nunca se habían entendido bien. Decidió ir al grano, sin pensárselo dos veces.

—Los días que pasé en París, para el entierro de la tía Júlia, estuvimos revolviendo fotos con Fabienne y Laurence... Vimos su álbum, el de su boda... ¡Qué jóvenes eran todos! Y, por lo que pudimos ver..., ¿es posible que tú no asistieras?

—¿Adónde?

—A la boda de la tía Júlia y Alain.

—Ah... No, no.

—En las fotos del álbum solo aparece mamá.

—Es verdad. Solo fue ella, sí.

—¿Y cómo es eso?

—¿El qué?

—Que no fuiste...

Gina cogió el mando y quitó el sonido al televisor. Ya que no quitaba los ojos de la pantalla, al menos que la escuchara.

—¿A la boda de Júlia? —No quería dar importancia a la conversación—. Por trabajo, supongo...

—Pero era la prima de mamá. Era como una hermana para ella.

—No lo sé, Gina. Tendría trabajo. —Volvió la cabeza—. Ya sabes que a mí, los aviones, si no es imprescindible...

Gina pensó que era el momento de dar un paso más.

—A mamá se la veía muy feliz en las fotos...

—¿Las de la boda de Júlia?

—Sí, claro.

—No sé si llegué a verlas alguna vez.

—Llevaba un vestido azul... Estaba...

—Mujer... Tu madre era muy guapa, sin duda.

—¿No recuerdas el vestido azul?

—No, no...

—Creo que se quedó unos días en París. ¿Puede ser?

—No lo recuerdo, chica... A tu madre le encantaba París. Era su ciudad favorita.

—Le gustaba viajar, ¿verdad?

—Sí, muchísimo... Pero como a mí no me gustaba demasiado, al principio no salíamos mucho. Las ansias por viajar le dieron los últimos años. Quería ir a todas partes. Conmigo o sin mí, le daba igual. La cuestión era viajar. Creo que fue precisamente con Júlia con quien fue a Venecia.

—Sí, sí. A Venecia y a Milán. —Tragó saliva y también fijó los ojos en el partido de segunda división—. ¿Sabes si le ocurrió algo en aquel viaje a París?

—¿En París?

En el tiempo que su padre tardó en responder, Gina podía haber cruzado un descampado. Su padre, un abogado experto, sabía hacerse el tonto cuando le convenía.

—¿En París, en la boda de Júlia, dices? Yo no recuerdo nada en especial.

—No lo sé —insistió Gina—. Solo quería saber si cuando regresó la encontraste más... Distinta.

—¿Más qué?

—No lo sé, yo no estaba. Más contenta, o más triste, o eso, distinta.

—No sé a qué te refieres, Gina. Ha transcurrido mucho tiempo. ¿Cuántos años habrán pasado?

—¿De la boda de la tía? Fue en el 81, antes del verano.

—Imagínate. Aún no se habían celebrado el mundial de fútbol ni los Juegos Olímpicos. —Echaba más balones fuera que todo el montón de futbolistas mediocres que se movían en la televisión—. Más contenta, más triste... No entiendo a qué viene

eso ahora, Gina.

—Nada. Lo pensé al ver las fotos, y me di cuenta de que necesito saber más cosas sobre mamá.

—¿Seguro que no intentas decirme algo?

Por un instante, Gina revivió el tono seco de su padre, el que menos le gustaba. El aire de reproche de un padre que, en aquellos tiempos, sí, cuando tenía la misma edad que Edu, la habría encerrado en el lavadero para que comiera si se hubiese atrevido a apartar un guisante de la paella, o la habría mandado al rellano si hubiese roto un jarrón bávaro de un pelotazo. O que le echaba en cara, siendo ya una adolescente, que se vistiera con ropa de muerta. Se repelían, como los imanes.

—No, no... Solo quería que me contaras cosas de mamá.

—¿Alguna en concreto? ¿Alguna que tú crees que sabes y yo no?

—No es eso, papá, joder.

En aquel momento de la conversación, ambos habían descubierto ya que sabían algo. Puede que solo fuera una pequeña parte de una historia incompleta. Pero ni su padre tenía intención de reconstruir el rompecabezas ni ella estaba convencida de hasta qué punto había que liarla. Como en una partida de póquer de los jueves sagrados de su padre, se trataba de esconder los ases. Ninguno de los dos estaba al corriente de lo que el otro sabía sobre los cuatro días que Paulina pasó en París, pero ambos tenían la sensación de que el otro sabía más cosas. Con la información que tenía tras haber leído una y otra vez las tres cartas de Jean-Pierre, Gina no quería delatar a su madre, aunque quizás ya había ido demasiado lejos. Y Manuel, con tendencia a guardarse los detalles para sí mismo, no estaba dispuesto a sumergirse en una vida que consideraba caducada desde hacía tiempo. Decidió cerrar la conversación con un alegato sin toga.

—De tu madre solo tengo buenos recuerdos. Ni un solo pero. Ni uno. Está claro. La convivencia, ya lo descubrirás, siempre tiene sus cosas. Pero ella estuvo a la altura. Siempre. Y creo que yo también. ¿Qué ocurrió en París? No lo sé. Ni me importa. Paulina fue feliz, te quiso a ti con locura, me quiso a mí y los tres lo pasamos muy bien. Duró poco. Fue mucho más corto de lo que los tres habríamos querido y nos habría convenido, pero la relación, hasta que murió tu madre, fue impecable. Tú no lo recuerdas porque eras muy pequeña, pero, de vez en cuando, en algún momento del día, teníamos un ritual que a ti te gustaba mucho y que siempre querías que repitiéramos. Apenas habías empezado a hablar. Debías de tener unos dos años, y duró hasta los tres o los cuatro, creo. Te encantaba. Tu madre o yo te cogíamos en brazos, nos abrazábamos los tres, formábamos un círculo y dábamos un pequeño brinco, como si levantáramos los pies del suelo, y gritábamos somos una familia, somos una familia, somos una familia. Tú te lo pasabas en grande. Intentabas decirlo a tu manera, apenas con las vocales. Nos hacías reír mucho. Te abrazabas fuerte a nosotros y nos pedías que lo repitiéramos una y otra vez. Tu madre, tú y yo éramos una familia. Lo éramos, ¿me entiendes? Y pasara lo que pasara en París, si es

que pasó algo, que no lo sé ni quiero saberlo, solo fueron cuatro días. Y cuatro días tampoco dan para mucho, no marcan toda una vida. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Reveladora rotundidad. Biel comprendió que Manuel estaba al corriente. Más o menos. Gina tenía la certeza de que su madre, puede que por remordimientos, por quitarse un peso de encima, por sopesar opciones de futuro, porque habían notado que estaba rara o porque la habían pillado, le había contado algo a su marido. ¿Hasta dónde? No lo sabía. Y nunca lo sabría. Sin embargo, ambos concluyeron que la brecha del tiempo había hecho tabla rasa. Puede que para su padre fuera mejor así. Si querían saber algo más sobre esa historia, serían ellos quienes deberían investigar.

—Biel, puesto que tú vives en Londres, hay una pista que tendrías que seguir. Si te apetece, claro.

—Bueno, ya puestos...

No era capaz de disimular. Habían estado casi veinte años sin verse, había perdido todo el pelo, pero seguía estando colado por Gina. Y ella estaba dispuesta a aprovecharse de ello.

—Hace años, muchos años, poco después de que mi padre te sacara en bolas de debajo de mi cama, conocí a un chico galés. Un hombre, vamos. Un conductor de autobús de Londres. Pasamos juntos un fin de semana en Salou y nunca he vuelto a saber de él. Nunca más. Supongo que a los dos nos apetecía pasarlo bien durante tres días, y luego si te he visto no me acuerdo. ¿Cómo lo conocí? Es fundamental que lo sepas. Mark se presentó en casa, esto te va a gustar, con una tarjeta de mi madre. Con una tarjeta de visita de mi madre en la mano. Paulina Homs tatatá, Rambla de Catalunya, el código, el teléfono y todo lo demás.

—Una tarjeta, vamos.

Biel sacó un cigarrillo del paquete y le ofreció uno a Gina. ¿Eran celos lo que empezaba a roerlo por dentro?

—No, gracias. En la tarjeta, escrito con la letra de mi madre, decía, en francés, «Llámame»... «*Appelle-moi*».

—Pero ¿por qué tenía la tarjeta tu amigo?

Biel encendió el cigarrillo rubio.

—Espera, hombre. Eso es lo que debemos descubrir. Me dijo que había encontrado la tarjeta dentro de un libro. Primera pregunta esencial: ¿qué libro?

—¿No te lo dijo?

—No. Y es una pista importante. Y segundo: ¿dónde compró el libro?

—¿No es posible que tu madre le diera el libro?

—Rotundamente no. Me dijo que había comprado el libro y que entre sus páginas...

—¿Cómo se llama tu amigo inglés?

—No le digas que es inglés o acabaremos mal. Sobre todo, galés. Se llamaba...

se llama, supongo, Granger. Mark Granger.

—En Londres puede que haya dos mil...

—Pero no creo que haya tres que sean conductores de autobús, de esos rojos de dos plantas, los clásicos.

Biel expulsó el aire, para que entendiera que tendría que buscar una aguja en un pajar y que no le prometía resultados.

—Yo no soy detective, Gina; soy abogado. Haré lo que pueda, pero...

—Espera, Biel. Si lo encuentras, hay algo que debes saber. —«A ver cómo se lo cuento»—. Mark ni siquiera me conoce por mi nombre. Si le dices que vas de parte de Gina, de Barcelona, no sabrá quién soy. Él cree que me llamo... Paulina.

—¿¿¿Disculpa???

—Sí, todo es muy complicado, pero es así: él se presentó con la tarjeta de mi madre, yo no quise decirle que no, la mentira fue a más y, después de tres días, me daba apuro explicarle que... ¿Lo entiendes?

—No mucho. Lo entiendo, no soy idiota, pero es que a veces tú...

—Es divertido jugar de vez en cuando, ¿no?

Gina se puso mimosa para acabar de ablandarlo.

—Y si busco al tal Mark Granger y lo encuentro, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¿Volveremos a follar algún día?

—Biel, por favor...

—¿Qué? —se defendió, dramáticamente—. Tampoco sería la primera vez...

—Te veo muy necesitado, chico... —Malévola—. Diría que no has vuelto a hacerlo desde que nos pilló mi padre.

—Mujer, han pasado veinte años...

—Por eso te lo digo.

Se echaron a reír. Pero no le dijo que no. Y con aquella ilusión, y recordando los orgasmos silenciosos de su compañera de clase, a Biel le bastó para regresar a la City. Con un encargo preciso y un premio incierto.

SON FLORES QUE VUELAN

París, noveno día sin ti

Querida, queridísima Pauline:

Hace pocas semanas que recibí tu carta y solo con una enorme sonrisa puedo esbozarte la ilusión que me hizo tenerla entre mis manos y leerla una y otra vez. ¡Puede que veinte!

Hoy he tenido un presentimiento. ¿Verdad que te dije que nunca recojo el correo del buzón antes del mediodía? Esta mañana, en cambio, por una extraña punzada, como si me hubiese injertado algo de la telepatía del mentalista que vimos en Rivoli, no he podido esperar hasta la hora de comer. A las diez, cuando he subido la persiana de la galería, he metido la mano en el hueco, sin siquiera mirarlo, convencido de que en su interior encontraría una buena noticia. La sorpresa, sin embargo, ha superado lo que había soñado. Una carta tuya, sin remite. No ha sido necesario ni que mirara el matasellos... Me ha bastado con tu letra escribiendo mi nombre. Me he metido en el despacho con la emoción de un adolescente, he abierto el sobre con cuidado para no romperlo y la he leído con la misma ansiedad que vivimos cada minuto y cada conversación y cada mirada y cada beso de esos cuatro días de fuego.

¿Sabes? No esperaba que me dijeras que el mejor momento de tu estancia en París fuera... En realidad, para ser sinceros, no esperaba que hiciéramos un inventario de escenas y situaciones. Todo tuvo la magia justa, el ambiente, el tono, el cuidado, la ternura... La confianza mutua. Estuvimos bien juntos. Tranquilos. Sin tabúes ni vergüenzas. Sin hipotecas ni preguntas. Nos respetamos. En las palabras y en los silencios. ¿Sabes lo importante que es no decirse nada y entenderse? ¿Sabes lo valioso que es callar y amarse? ¿Te habías dado cuenta? ¿Te había ocurrido alguna vez? «El hombre que siente mucho habla poco».

(Juraría que lo dijo un clásico, pero en el estado de efervescencia en el que me encuentro mientras te escribo, en el mostrador de la galería, no podría decirte quién, ni que me fuera la vida en ello).

Pauline, querida, reconozco que desde que te fuiste vivo en un océano de dudas. Y a juzgar por lo que me escribes, creo que tú también. Sin embargo, también he acumulado un montón de certezas y de algo estoy seguro: ambos hemos conseguido derribar nuestras barreras. Nos hemos liberado. El uno frente al otro. El uno con el otro. Y eso, querida, queridísima Pau, lo tendremos para siempre. Iba a decir que lo tendremos por los siglos de los siglos, pero prefiero decir hasta que estemos. Hasta

que queramos. Las gotas de miel.

Te decía —perdona si cambio de tema, pero las ideas van más deprisa que mis dedos cuando hablo contigo— que no me esperaba que escuchar las canciones de amor búlgaras en la cocina de mi casa, mirándonos a los ojos, con una copa de Riesling y dejando que el *foie* se fundiera lentamente en la boca, «como un caramelo sabroso», fuera El Momento. Sí me pareció, ahora ya puedo decírtelo, que derramabas una lágrima..., pero estaba convencido de que estabas disfrutando del *foie* de oca, directamente del cuchillo a tu boca, sin pan ni tostadas que lo enmascarasen. Saborear, esa es la palabra que puede que estuviéramos buscando y no supimos decirnos. Saborear. El arte, el *foie*, el amor, el momento. «*A kiss to build a dream on*», como la canción. Cuatro días para construir una vida sobre ellos.

«París era una fiesta —dijo Hemingway— y tú y yo estábamos invitados a ella». Me ha encantado la cita que me has escrito. No la conocía, y es verdad: la rue de Seine, por la mañana, nunca tuvo tanta luz como cuando tú te paseaste por mi vida y por mi barrio. La hiedra, al atardecer, nunca había brillado tanto como en los días en que nos reímos juntos. Todas las tardes he recordado la luz cuando caminábamos cogidos del brazo, pero desde que te fuiste nunca ha vuelto a ser la misma. ¿Sabías que Salvador Dalí odiaba las puestas de sol? Decía que se ponía enfermo cuando las veía. Yo, en cambio, podría curarme solo con recordar la que vivimos juntos a orillas del río.

¿Te das cuenta? Yo también utilizo las adversativas. No te ocurre solo a ti, como me dices en tu carta. «He recordado esa luz, PERO nunca ha vuelto a ser la misma». A cada afirmación, a cada recuerdo, a cada pensamiento de futuro podríamos ponerle un pero. Es verdad. Yo (y puede que te guste compartir mi truco) prefiero vivir sin miedos, sin remordimientos, con el orgullo por lo que hemos vivido y con coherencia con lo que hemos hecho. ¿Por qué tenemos que poner límites? ¿Por qué tenemos que encorsetarnos siempre con un pero de más? ¿Por qué tenemos que frustrarnos con una frase que mata a la anterior como si fuera un juego de cartas en el que el rey gana a la reina y el as lo gana todo? ¿Acaso no nos castra ya bastante la nostalgia? Pues no es necesario que, encima, la ayudemos con las adversativas. Yo, por ejemplo, tendría que haber escrito que he recordado la luz del atardecer cuando paseábamos por los jardines de Luxemburgo y me he emocionado por un resplandor que nunca había visto, ni siquiera en las películas. Y sería una verdad tan grande como nuestro amor.

Noto, querida Pauline, ilusión y vida, que te estoy expresando por carta más de lo que me atreví a decirte en persona. Quiero pensar que todo esto, lo que me guardé, lo intuiste en un gesto, en un beso o cuando dejabas que te cantara a Brel al oído. *Moi je t'offrirai des perles de pluie...* Escribo sin pensar, sin manías, sin censuras, sin dejar de decir nada de lo que se me ocurre. Escribo desde el corazón, porque no hay nada más libre ni más franco que expresar lo que sientes, a chorro. En una carta de amor

escrita a mano, como la que tú me has mandado y que ahora yo te correspondo, nada coarta los sentimientos, ni los acota, ni los lamina. Estarás de acuerdo en que las palabras brotan por un impulso resplandeciente y vigoroso. Irreprimible, diría. Podemos frenar las palabras, pero los latidos no se detienen. No se han detenido ni por un segundo desde el primer baile en el Bois de Vincennes.

¿Mi día a día? Te lo puedes imaginar. Rodeado de cuadros, recordando cómo los observabas, uno a uno, la primera tarde que entraste en la galería. Con prudencia, sin atreverte a acercarte a ellos. Igual que hiciste conmigo. Ahora llego aquí, enciendo las luces y ya no miro las obras con mis ojos, acostumbrados a subastas y tasaciones, sino que lo hago con los tuyos: más jóvenes, menos contaminados, más auténticos. Intento adivinar cuáles te gustaron más y cuáles no tanto. Juraría que los dibujos originales de Christo para envolver el Pont Neuf. O puede que las planimetrías de Vilacasas, que te cautivaron. ¿Sabías que en los años cincuenta se instaló aquí, en París? Llegué a conocerlo. Su *marchand* me llevó a su piso de Barcelona para ver su obra. ¿Cómo se llama esa calle? ¿*Conseil du Cent*?

Hoy han entrado unos turistas americanos, un matrimonio, y se han encaprichado con el cuadro de Vasarely, el de la colección del homenaje al hexágono. Apostaría que a ti te gustó más el de la cebra, aunque la primera vez que lo miraste parecía que te marearas. Es, seguro que te lo conté, una característica del arte óptico de Vasarely. Eso lo hace especial, distinto a todos los que han intentado copiarlo. Los americanos, te decía, se han sentado en el chester que hay delante del hexágono y han comentado durante un buen rato la ilusión óptica, el movimiento perpetuo, *jenesaispasquoi...* Me han preguntado el precio y les he dicho muchos más francos de lo que vale en realidad, porque, de repente, me he dado cuenta de que no quería venderlo. El hombre insistía en que les gustaba mucho y que querían llevárselo o si podía mandárselo bien embalado a Vermont; en un momento dado, el hombre, bruscamente, ha sacado el talonario para darme a entender que si la cuestión era el precio, nadaba en la abundancia. Al final he tenido que decirles que era una cuestión sentimental, cosa mía, que no quería venderles el cuadro y listos. Pues se han ofendido y se han ido un poco enfadados, y me han dicho algo en lo que, si los he entendido bien, llevaban un poco de razón: si tengo una galería de arte y no quiero vender las obras, sería mejor que abriera un museo... Y eso me ha hecho pensar, de inmediato, en otra cosa. Si los cuadros que tú miraste y te gustaron ya no puedo venderlos nunca, puede que sí haya llegado la hora de cambiar de negocio, porque aquí ya no voy a ganar ni un céntimo. Es como uno de esos cuentos sobre el absurdo, de Chéjov. ¿Los has leído? Podría haberte regalado alguno cuando estuvimos en Shakespeare and Co. Se me pasó. Celebro, estimada Pauline, que la librería te gustara tanto como me dices. Yo seguramente aprovecharé los próximos meses para viajar por el mundo y visitar librerías en las que, por lo que me he documentado, creo que puedo encontrar algún libro o algún catálogo que aún me falta en mi colección. ¿Por qué coleccionas libros sobre mariposas?, me preguntaste la noche de la cena en la Brasserie Lipp. Porque

son flores que vuelan. Porque son sorpresas de colores. Porque, angelicales y frágiles como son, seguro que esconden algún misterio. Y porque, poesía al margen, heredé un montón de cajas de mariposas de mi abuelo; él mismo las había clavado sobre corcho, con mucho cuidado, con alfileres que yo le iba dando uno a uno. Mi fascinación, como tantas cosas, procede del pasado. Puede, querida Pauline, que no busque mariposas; solo busco volver a los días felices de la infancia con mi abuelo-héroe a mi lado. Al fin y al cabo, ¿no nos ocurre a todos? ¿Acaso no dedicamos la vida a buscar indicios de la felicidad del pasado? ¿No nos ocurre a ti y a mí lo mismo, ahora y en este momento?

Querida Pauline, me preguntas con cierto miedo si pienso responder a tu carta. ¿Por qué no habría de hacerlo? Solo tendrás silencio cuando entienda que quieres silencio. Cuando no tenga noticias tuyas sabré que necesitas que me aleje y me esfume. ¿Sabes cuánto vive una mariposa antes de desaparecer? No suelen llegar a las dos semanas. A lo sumo, y depende de qué especie, pueden llegar a aguantar un año. Yo, francamente, espero vivir en ti mucho más que todo eso. Igual que tú lo harás en mí. Aunque no nos hablemos o no nos veamos, nos tendremos. Siempre. Sin peros. Nos tendremos. Esta es la verdad más absoluta que he escrito en esta carta, sentida y emocionada como jamás había escrito otra.

Tuyo. Siempre tuyo. Orgulloso de ti y de nosotros.

JEAN-PIERRE

P. D. Tal y como me pides, te respondo por correo a través de Julie, la novia más radiante que haya pasado por el altar. Tu prima decidirá si esta carta merece ser reenviada y cuál es la mejor forma de hacértela llegar. No me gustaría comprometerte. No me perdonaría poner en peligro tu estabilidad. No querría que, para ocultar una historia verdadera, tuvieras que mentir.

UNA TERRAZA EN EL WATERGATE WALK

Gina sabía que el encargo que tenía Biel no era fácil. No era de hoy para mañana. Pero, a fin de cuentas, ya hacía una semana que estaba en ello y aún no había obtenido ningún resultado. Y, aún peor, tampoco ninguna información. Cada dos por tres, ya fuera corriendo en la cinta del gimnasio, arrellanada en el sofá de su casa o dando clase sobre la luz de Piero della Francesca a medio centenar de universitarios vagos que solo parecían estar pendientes del móvil, tenía un *flash*. Se decía que esa misma noche llamaría a Biel a Londres por si había conseguido hablar con Mark. *No news, good news*: quería convencerse de ello. Pero sabía que no siempre era así. En este caso, la inquietud por la ausencia de noticias empezaba a irritarla.

Y justo entonces, un martes de octubre, en la oscuridad absoluta de las ocho pasadas, en el *parking* de profesores de la Facultad de Historia del Arte, justo cuando acababa de arrancar el coche tras haber dado dos horas de seminario a un grupo de tercero, sonó el teléfono. Biel Santos. Al ver el nombre de su amigo abogado en la pantalla, apagó la radio, las luces y el motor.

—Dime que lo has encontrado.

—Joder, Gina, ¿no me dices ni hola?

—Dime que sí...

—Sí, sí, sí.

Estaba contento, pero menos que ella. Dejó que Gina se diera cuenta de ello.

—¿Qué pasa?

—Nada...

Pero necesitaba tiempo para contarlo.

—Sí pasa algo. Te conozco.

Sinceramente, no parece la misma persona que me describiste. Ni por asomo. Si estamos hablando de él, Mark Granger es, con todas las letras, un hombre acabado. Aún no ha cumplido los sesenta, tenías razón, pero ya ha cerrado el chiringuito. Y por lo que he visto, y te aseguro que hemos pasado un largo rato en Gordon's, no creo que vuelva a levantar cabeza. Y seguramente tendrá un motivo, pero eso lo he sabido después. En realidad, me costó localizarlo, encontrarlo y poder quedar con él. Las pistas que me diste debían de ser precisas, pero eran escasas y antiguas. Me dijiste que trabajaba como conductor de autobús en Londres. El punto de partida era bueno, pero en cuanto empecé la búsqueda, todo se tiñó de silencio y misterio. Averiguar quién opera los autobuses fue sencillo. Transport for London contrata a Stagecoach

Bus, que es la empresa que tiene al personal en nómina. Pregunté por un conductor, Mark Granger, sin más pistas, y por teléfono no conseguí nada. Por internet, a través del correo de la compañía, tampoco tuve demasiado éxito. Después de una semana intentándolo, me presenté allí y fue aún peor. No se fiaban de mí. ¿Por qué quiere saberlo? ¿Quién es usted? ¿No sabe que nuestros trabajadores tienen derecho a la privacidad? ¿Dónde cree que estamos? ¿En España?

Y yo allí, regañado, como si estuviera intentando descubrir quién mató a Kennedy. Te aseguro que hicieron que me sintiera mal. Al final salí de las oficinas y opté por una vía más directa. Esperaba en una parada de autobús, al final del trayecto, y trataba de hablar con algún conductor que aprovechaba sus cinco minutos de descanso para fumarse un cigarrillo. Nadie lo conocía ni sabía darme ninguna información sobre él. Además, me decían, Mark Granger es un nombre muy común. Solo una mujer, una conductora del 15 que escupía como un hombre, me dio una pista.

—¿Mark Granger? Me suena mucho... —Se lo pensó cinco segundos—. ¿Sabe si es un hombre al que le falta un dedo?

—Sí, sí. Tiene que ser él.

—Pues ya no lo encontrará por aquí. Creo que la compañía lo prejubiló.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Ni idea, chico. Prueba en algún *pub*.

Escupió, subió de nuevo al 15 y reinició la ruta.

A falta de indicios más precisos, lo intenté entre colegas. Localicé al abogado de Stagecoach, me presenté, me inventé una historia de una herencia en Barcelona y le expliqué que, por el bien de Mark Granger, teníamos que encontrarlo sin falta. Arrugó la nariz. Supongo que se olió la mentira, pero se levantó, me dejó solo en la pequeña sala de visitas donde me había recibido y, cuando volvió a entrar, no se sentó. Como quien no quiere la cosa, se limitó a dejar un trozo de papel con un número de teléfono.

—Yo no le he dado nada.

—No, no. Usted y yo no nos hemos visto.

—Granger ya no trabaja aquí.

Y se fue sin estrecharme la mano y sin querer explicarme, tampoco, por qué ya no trabajaba como conductor de autobús. Llamé a Mark desde la salita de Stagecoach, pero no respondió al teléfono. Lo volví a intentar aquella misma tarde, sin éxito. Sin embargo, por la noche, sobre las diez, me contestó.

—¿Mark Granger? Oiga, yo...

—No estoy para gaitas. ¿Qué cojones quiere?

—Me gustaría que pudiéramos hablar...

—¿Quién es usted?

—Me llamo Biel Santos, soy abogado de...

—Los abogados no sirven para nada.

No me pareció que estuviera borracho. Ni especialmente loco. Hay mucha gente abstemia que piensa lo mismo que él sobre nuestro trabajo. Y cuando intuí que iba a colgar, jugué mi as a la desesperada.

—¡Paulina Homs! Lo llamo de parte de Paulina, una chica que conoció en Salou hace unos años. Bueno, la conoció en Barcelona, pero tengo entendido que pasaron unos días en Salou... ¿Mark?

No dijo nada. La sorpresa o la nostalgia, o un esfuerzo de memoria, le impedían hablar. Solo lo oía respirar. Al final, se lanzó.

—No quiero más desgracias... ¿Qué ha ocurrido?

—No, no. Nada. Ella está bien.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Que nos veamos y hablemos de ella..., de parte de ella... Tiene una pregunta que hacerle. Yo estoy en Londres y podríamos...

—Mañana en el Gordon's de Villiers, a las seis.

Y colgó.

Villiers resultó ser una calle. Un paso estrecho y oscuro que une Charing Cross con los Victoria Embankment Gardens, cerca del río. Había pasado alguna vez por allí, pero nunca me había detenido para ver el nombre. Es una calle sin circulación pero con mucho movimiento de gente ajetreada que va de un lado a otro, entre las paradas de metro. Gordon's, no era necesario ser Watson para adivinarlo, era un *pub* que había cerca de la casa de Rudyard Kipling. En eso sí me había fijado, porque hay una de esas baldosas azules, redondas, tan típicas de Londres, que cuenta quién vivió allí desde no sé cuándo hasta su muerte. Desde la calle, Gordon's no es más que una pared forrada de negro, como los *pubs* de siempre, de esas que, en cuanto te acercas, huele a cerveza y a meados de perro. Uno de esos antros en los que ni tú ni yo entraríamos nunca. Pero a las seis yo ya estaba allí, con una pinta en la mano. Cuando estaba tomando el tercer trago, entró Mark. No tenía el pelo negro, ni los rasgos duros ni estaba fibrado. Si me hubiese atendido a tu descripción, no lo habría reconocido. Mark Granger, que lo sepas, se ha transformado en un hombre calvo, con papada y con la tristeza escrita en los ojos. Me bastó mirar discretamente sus dedos para saber que no me había equivocado de hombre. Cogió su jarra con una mano y un puñado de avellanas con la otra.

—Venga, aquí está prohibido fumar.

Lo seguí hasta la calle. Andaba con los hombros caídos. Me llevó hasta un callejón abierto que parecía un camino privado. Gordon's tiene una terraza en el Watergate Walk, un pasaje si cabe más estrecho, húmedo y sombrío. Creo que por allí no podrían andar ni tres personas, aunque lo hicieran de lado. Y menos aún con las mesas del *pub* en una esquina. Nos sentamos en una de ellas, dejamos las cervezas encima y tu amigo colocó las avellanas en fila india. Ni te imaginas lo sucia que estaba la mesa.

—Paulina... ¿se ha casado?

—No, no.

A mí me costaba Dios y ayuda no decirle: usted con quien estuvo en realidad en Salou fue con Gina, pero ella fingió ser su madre porque se había presentado con una tarjeta de Paulina en la mano. Y ella, para divertirse, por no romper el encanto, no encontró el momento de contarle la verdad. Y yo, en Gordon's, tampoco lo hice. Sin embargo, me costaba no meter la pata y hablar de ti con otro nombre que no fuera el de Gina.

—¿Tiene hijos?

—No, no, tampoco.

—A los dieciocho años era una muñeca. Un cuerpo perfecto...

En eso, tendrás que perdonarme, le di la razón. Sin embargo, Mark Granger ya no es un vividor, ni un tío feliz ni divertido como dices que lo fue en Salou, hace veinte años. Ahora, tu seductor no levanta la mirada de los pies. Y no me sorprende.

—¿Le pasa algo? —le pregunté.

—¿A mí?

—... —A nuestro alrededor solo había algunos oficinistas que, al salir del trabajo, seguían el ritual de todas las tardes—. Sí.

—¿Ha venido de parte de Paulina para preguntarme cómo estoy?

—No. Pero lo noto...

—¿Quiere que se lo cuente? ¿Quiere saber lo que me pasa? —Dio un largo trago—. ¿Qué le dicen los nombres de Anthony, Jamie, Giles, Marie, Miriam, Shahara, Neetu, Sam, Shayanuja, Anat, Philip, William y Gladys? Ellos son mi drama.

Me perdí con los nombres. Los dijo de corrido, de memoria, sin dudar. Cuando terminó, engulló dos avellanas sin masticarlas.

—Los vi morir a los trece, ante mis narices. No sabe quiénes son, ¿verdad?

—¿Debería saberlo?

—El 7 de julio me asignaron la ruta del 30, la que va de Hackney Wick a Marble Arch. ¿Qué sabe usted sobre mí?

—No mucho, francamente.

—Sabe que conducía autobuses, supongo...

—Sí, sí, eso me lo ha contado Gi..., Paulina.

—A partir de las nueve de la mañana, todo se complicó. Subía gente al autobús y decía que había explosiones en el metro, en Aldgate, una bomba en Edgware Road, otra en Russell Square. La gente subía y contaba cosas que había oído en la radio o que le habían dicho. Nadie sabía nada con certeza. La confusión en hora punta iba en aumento, la policía cortó algunas calles y acordonó otras y nos obligó a cambiar la ruta. El 30 nunca sube por Upper Woburn Place, pero no dejaban pasar a nadie por King's Cross y tuvimos que desviarnos. El embotellamiento era monumental. Los 30 iban uno detrás de otro, a poca distancia. En Euston subió un montón de gente desorientada, asustada, sin saber adónde los llevaríamos. Simplemente querían huir del metro, alejarse cuanto pudieran. Cuando llegamos a Tavistock Square, a la altura

del British Medical, yo estaba parado; de repente, frente a mí, vi el infierno. El autobús que iba delante de mí, un 30 idéntico al mío, explotó. La deflagración arrancó el techo de cuajo. Había desaparecido la mitad de la parte trasera: el autobús, las personas que viajaban en él, los asientos azules, todo... Todo y todos volaron por los aires delante de mí. En un segundo ascendió a gran altura y se desintegró. No puede imaginarse lo que es eso. Hasta que no estás dentro de la pesadilla no eres consciente de lo que es.

No sabía qué decirle.

—Le aseguro que, desde 2005, no ha habido día en que no haya pensado en ello; no ha habido ni una sola noche en que no me haya despertado sobresaltado, como si todo volviera a explotar.

—Lo siento mucho, Mark. No sé qué decir.

Lo agarré por el antebrazo.

—Dígale a Paulina que los Granger siempre nos libramos por los pelos. Pero en esa ocasión casi hubiera preferido que... Quien ha visto el infierno se queda atrapado en él. No puede huir.

—Lo siento mucho. Ahora comprendo que se jubilara antes de tiempo...

—Estuve ingresado unos días a causa del *shock*. Luego me dieron el alta en el hospital, pero no tardaron mucho en darme la baja definitiva para seguir trabajando. Para que me entienda: te han jodido la vida para siempre.

—Vaya, lo siento muchísimo, Mark.

—Subieron al autobús para huir del metro y acabaron muertos igualmente. ¡Qué bestia es la vida! ¡Y qué cruel el azar!

—Al Qaeda si no recuerdo mal, ¿verdad?

—El que explotó con la mochila tenía dieciocho años. Entre los cuatro suicidas se cargaron a cincuenta y dos personas. En menos de una hora, adiós. Quien ha visto el infierno no puede huir de él. Nadie me convencerá nunca de lo contrario.

Mark era un hombre amortizado. Y yo estaba allí por una tarjeta, por un libro, por una pregunta que, en aquel momento, me pareció casi ridícula... Me sentí como un imbécil. Pero ya que estaba allí, que lo había encontrado y que había querido recibirme, intenté reconducir la conversación. Ya sabes, Gina, que siempre he sido un hombre con tacto.

—Por lo que me contó Paulina, usted leía mucho.

—Sí, es cierto. Buena memoria... —Sonrió por primera vez, con el orgullo del seductor que aún albergaba en algún rincón de su interior—. Espero que recuerde algo más de mí.

—No sé si ahora tendrá muchas ganas de leer un libro...

—¿Ganas? Psé. No tengo ganas de hacer nada. Lo que ahora tengo es tiempo. Lo intento, sí. Leo de vez en cuando. Cojo un libro porque pienso que me va a entretener, pero me canso enseguida. Lo dejo todo a medias. La realidad que viví es tan salvaje que no hay ninguna historia que pueda compararse con ella. Todo se escurre entre mis

dedos.

—No está para gaitas, lo entiendo. ¿Puedo preguntarle, si lo recuerda, lo que quiere saber Paulina?

—Adelante.

—Usted se presentó en Barcelona con una tarjeta de Paulina...

—Correcto.

—Una tarjeta que había encontrado entre las páginas de un libro...

—Y en la que habían escrito, en francés, «Llámame».

—«*Appelle-moi*», exacto. En realidad, la pregunta es doble. ¿Recuerda en qué librería compró ese libro?

—¿Y la segunda?

—¿Recuerda en qué libro encontró la tarjeta?

—Mira por dónde, resulta que, por una vez, le seré útil a alguien. En aquella época compraba muchos libros, muy cerca de aquí. O visitaba a los libreros de viejo del Covent Garden. Cuando buscaba alguna novedad o una novela más específica, me acercaba a Charing Cross. ¿Conoce la librería Foyles?

—He pasado por delante cuando venía hacia aquí.

—Tiene un sótano con algunas butacas para sentarse a leer. Fue allí donde cogí una novela de John Fowles y me puse cómodo para empezar a leerla. Algunas veces leía el primer capítulo, y si me gustaba, me la llevaba a casa. Y, puede que allí o puede que ya en mi casa, en una página cualquiera apareció la tarjeta de Paulina. Lo interpreté como una señal.

—¿Ha dicho una novela de John Fowles?

—*El coleccionista*. ¿La ha leído?

—No, no... Los abogados leemos libros más densos. —Sentí la absurda necesidad de disculparme—. ¿Es buena?

—Está muy bien. Su protagonista es un joven de Londres, un chico introvertido y muy tímido, que resulta ser un maníaco sexual que secuestra a una estudiante. Y cuando ya la tiene encerrada en su casa, la trata con delicadeza. Es lo que llaman un *thriller* psicológico, pero está muy bien escrita.

—¿Y qué colecciona el protagonista?

—¿No se lo he dicho? Mariposas. Colecciona mariposas.

Gina, pegada al teléfono, había dejado que Biel le contara toda la investigación y su encuentro con un Mark convertido en un despojo, una víctima colateral del peor atentado en suelo británico desde la segunda guerra mundial. Sentía una profunda pena por aquel hombre que había aparecido, como un ángel, en el momento en que ella se iba de casa, después de una pelea con su padre. Sin embargo, de pronto, al escuchar la palabra mágica, tuvo que interrumpir la adornada narración de su amigo abogado.

—¿Te das cuenta, Biel? ¿Recuerdas lo que le decía Jean-Pierre a mi madre en la primera carta? Ella le preguntó, cenando en no sé dónde, por qué coleccionaba libros sobre mariposas. Jean-Pierre no coleccionaba mariposas, sino libros sobre mariposas.

—¿Por qué piensas que te he llamado tan eufórico, Gina?

—¿Y dónde le dejó mi madre la tarjeta? ¡Bravo, Biel! Eso sí que es una pista. ¿Crees que mi madre fue a Londres, a Foyles, a llenar los libros sobre mariposas con sus tarjetas?

—¿Acaso el amor no debe ser eso, una locura?

—Pero ¿y si no fue solo en Londres? Mi padre me dijo que viajó mucho durante los últimos años.

—¿Te lo imaginas?

Biel colgó, satisfecho. «Me debe una», pensó. Y estaba convencido de que algún día se lo cobraría con lo que más le gustaba. Soñaba con vivir, aunque solo fuera uno más, uno de los orgasmos silenciosos de Gina. Sin embargo, ella, pletórica por el descubrimiento, ya no volvió a pensar en Biel ni en el pobre Mark Granger. A partir de aquel momento solo tenía un objetivo. Fuera como fuese, tenía que conocerlo. Tenía que encontrar a Jean-Pierre.

EL HOMBRE QUE PASEA

París, primer aniversario sin ti

Querida, queridísima Pauline:

Te escribo, tal y como me pediste en tu primera y única carta, a través de mi buena amiga, tu prima.

(Por cierto, Julie, me siento feliz al saber que estás embarazada, que va a ser una niña y que la llamarás Fabienne. Has acertado también con el nombre. Felicita a Alain de mi parte. Supongo que estáis muy ilusionados. Antes de que nazca, tenemos que remojarlo para celebrarlo. Del *champagne* me ocupo yo; vosotros escogéis el día).

Querida Pauline, ahora sí:

En muchas ocasiones, a lo largo de este año, he querido contarte cosas. De pintores que he conocido, de peripecias en casa o en el trabajo, de bagatelas del barrio, de colores de mariposas que me han sorprendido, de los viajes que he hecho, de librerías que he visitado, de músicas que he escuchado y que me han emocionado mientras pensaba en ti. O de platos que he probado, con sabores nuevos, y de los que me habría encantado comentar contigo cada gusto, cada... Como habrás visto, me he reprimido, aunque nunca me faltaron las ganas. Ni un solo día. Ni de escribirte, de verte y de volver a acariciarte. Si no me he atrevido a hacerlo, amor mío, es porque he entendido que a tu silencio debía corresponder con silencio. Ya te dije que nunca tendrías ninguna queja de mi comportamiento. Que no sería un estorbo ni un pelmazo. Y que no te incomodaría ni te perseguiría, por mucho que me muriera de ganas de hacerlo. Y así ha sido hasta hoy. Si tú hablas, yo hablo. Si tú callas, yo callo. Sin reproches.

Pero hoy, Pauline, me ha ocurrido algo que no puedo evitar contarte. Por eso he cargado la estilográfica, he cogido el papel más bonito que he encontrado en la galería y he empezado a escribirte, con la certeza de saber que no te molestará. Y mucho menos cuando escuches la historia.

Justo hoy, como si supiera que se cumple un año de nuestro último beso, el hombre que pasea ha entrado en la galería y ha ido directamente a la lito de Warhol, la única que tengo, al fondo.

Creo que te hablé del hombre que pasea, aunque no estoy seguro de que llegaras a

verlo. El hombre que pasea es un vecino del barrio, aunque nadie sabe quién es, dónde duerme ni a qué se dedica, pero todos los días del calendario, desde hace un montón de años, puede que recorra veinte veces de arriba abajo la rue de Seine. Pasea por una acera y deshace el camino por la otra. Desde el río a Saint-Germain-des-Prés. Y vuelve. Siempre a pie. En verano y en invierno. Como si contara los pasos. Nadie sabe con seguridad si está vivo o muerto. No sabemos si es un *clochard* o un *boulevardier*. Yo me inclino a pensar que no es ni una cosa ni la otra, aunque su aire es más el de un mendigo desorientado que el de un espía. Por lo que he leído, a los sesenta y tantos años, nadie quiere ya a los espías. Las cosas como son: nadie ha visto nunca al hombre que pasea pidiendo limosna, y, por su forma de vestir, no parece que le falte un franco, aunque tampoco aseguraría que alguna vez haya tenido dos. Mi diagnóstico es, dicho con todo el respeto, que se trata de un pobre chiflado con algún trastorno o qué sé yo, alguien que tal vez arrastra una vieja secuela de la segunda guerra mundial. El hombre que pasea siempre está solo, no carga ningún paquete y no hay forma de que saque las manos de los bolsillos. En invierno, las del abrigo. En verano, las de los pantalones, que (te daría mucha aversión) le quedan un palmo cortos. Da la impresión de que quiere esconderlas, en un gesto de extrema timidez. El hombre que pasea no habla, farfulla; tiene la boca torcida y una nuez del cuello exagerada, como solo he visto en algunos hombres rusos. Pues bien, hoy, a primera hora de la tarde, mientras yo estaba hablando por teléfono desde el mostrador de la entrada, ha abierto la puerta de la galería. Un momento histórico, Pauline: ha entrado sin limpiarse los pies en el felpudo y ha vuelto a meterse la mano en el bolsillo. Antes de que yo colgara el teléfono ya estaba dentro, sin un «*bonjour*» ni un gesto. Lo cierto es que me he asustado. No ha dicho nada. Me ha señalado el fondo de la sala con la barbilla, en dirección a los labios de la Marilyn de Andy Warhol. ¿Recuerdas la litografía de los cinco labios de colores, que estaba junto a la puerta del despacho? Pues el hombre que pasea se ha acercado a ella, y, en un inglés con un acento que me ha sonado a nórdico, solo me ha dicho una cosa: «Está torcido». A mí no me lo ha parecido en absoluto. Sin embargo, el hombre que pasea, clavado en el suelo, ha seguido mirando los labios de Marilyn Monroe y, entonces, también en inglés, le he preguntado si le gustaba. ¿Y sabes qué me ha respondido? «Está torcido». Y, sin decir nada más, se ha dado la vuelta y ha salido de la misma forma en que ha entrado: con la cabeza gacha, los pasos lentos y las manos en los bolsillos. Y al cabo de una hora he vuelto a verlo paseando por la acera de enfrente, como tantas veces a lo largo del día desde hace muchos meses, tanto si llueve, nieva como si hace un calor sofocante. No me he atrevido a preguntarle qué buscaba, de dónde era ni por qué pasea todo el día. Me habría gustado saber por qué demonios vaga como un fantasma arriba y abajo, por qué nunca habla con nadie y por qué parece que solo exista una calle en el mundo para pasear. ¿Qué le encuentra de particular a la rue de Seine? ¿Debería haberlo hecho, querida Pau? He pensado, sinceramente, que no tenía derecho a hacerlo. No me ha parecido adecuado que el hombre que pasea tuviera la sensación

de que, más que ayudarlo, solo me preocupaba por él a la hora de curiosear. Meter las narices en su historia podía dar la impresión de situarme en un estadio superior, ¿no te parece? Y me he dicho que, al fin y al cabo, cada cual debe vivir como pueda su amarga comedia. Y que haga lo que quiera. Nadie tiene derecho a pedir explicaciones. La vida privada es eso, ¿no?

En cuanto el hombre que pasea se ha ido, me he apresurado a coger el nivel magnético y lo he colocado sobre el marco. A simple vista, me pareció que estaba bien, recto. Me habría apostado un pie. Pero ¡oh, sorpresa!, la burbuja se salía ligeramente de las marcas, porque el cuadro, efectivamente, estaba un poco levantado en uno de los lados. La culpa, me he dado cuenta enseguida, era de uno de los clavos de atrás, que se estaba soltando. ¿Cómo es posible que el nórdico errante lo hubiera visto desde la calle si parece un distraído nato? Juraría que nunca ha mirado ningún escaparate... Entonces, buscando alguna explicación a lo ocurrido, he pensado en qué día es hoy y, aunque pueda que te parezca naíf, lo he relacionado todo. Querida Pau, ¿sabes cómo se llama el cuadro original de Warhol? *I love your kiss forever forever*. Y he pensado, poseído por un espíritu nada racional, que era una señal dirigida a mí, a nosotros. El hombre que pasea ha entrado para entregarme un mensaje y decirme: recuerda que hoy, hace un año, le diste el último beso a Pauline, y estaría bien que le escribieras y le dijeras hola, estoy aquí, aún sigo aquí para lo que quieras, cuando quieras, sin prisas, porque la vida da muchas vueltas, y ahora pensamos que esto será para siempre, y que ahora y aquí estamos tranquilos y conformes, pero mañana puede que estemos en otro lugar y, cuando llegue ese momento, yo estaré a tu lado y volveré a besar tus dulces labios, cuatro días más, o cuatro meses o cuatro años o cuarenta, porque eso nunca se sabe, querida Pauline. Yo, contigo y para ti, siempre estaré aquí.

Ha pasado el tiempo, sí. Un año, y ya ves que nada se ha enfriado en mí. Ha sido el año más corto, porque te he sentido cerca, y el año más largo, porque no he podido verte. En la vida, hablamos de ello mientras sudabas comiendo una sopa de cebolla en verano, en el café Les Deux Magots, hay un antes y un después de muchas cosas. A todos tiene que llegarnos algún día el juego de clasificar y dividir nuestro camino. Hay un antes y un después de la mayoría de edad, un antes y un después de la muerte de nuestros padres, un antes y un después del primer sueldo o de la primera vez que haces el amor o de la primera vez que te falla un amigo (todo eso, doloroso y decepcionante, también nos ha ocurrido a todos). Pero en mi vida no hay un antes y un después de ti. Solo hay un durante. Cuatro días de fuego y magia, y el tiempo se quedó allí, detenido. Suspendido en la ilusión. Con el descubrimiento de que el Amor (con mayúsculas, como el nuestro, con todos los calificativos que quieras otorgarle) no es posible sin pena.

Y bienvenido sea, caramba, este clavo en el corazón.

Hay algo que no sé si contarte, porque incluso a mí me avergüenza. Pero la

intimidad de las cartas permite estas cosas. Así pues, te lo cuento, y ya está. Con el deseo de que no te molestará...

Veinte días después de que te fueras, aún no se había cumplido un mes, entré en las Lafayette, me dirigí a la sección de perfumería y compré un frasquito de Chanel N.º 5 que, sin poder evitarlo, quisieron envolverme como si fuera un regalo. En casa, quité el celofán, abrí la cajita y metí el frasco en el cajón donde guardo el material para urgencias: tijeras, clips, grapadora, rotuladores por si acaso, sobres, celo y, ahora, el frasquito de perfume. De vez en cuando —no todos los días— le quito el tapón, cierro los ojos, lo huelo y vuelvo a estar contigo. Y siento tu vago olor a flores, a naranjas amargas, a jazmín de la noche de la boda. No volviste a ponértelo, lo habías reservado para aquella ocasión especial (más pensando en Julie que en mí), pero yo, cada vez que abro el perfume, siento la piel de tu cuello en mis labios. Y, con tu permiso, la beso. Y tus ojos ríen, achinados, como siempre que te echas a reír, como cuando quise enseñarte a bailar el sirtaki mientras paseábamos a orillas del Sena, de camino a mi casa, y tú lucías la espalda con un vestido que ya debería estar expuesto en el museo del buen gusto. Un sirtaki sobre los adoquines húmedos. ¡Qué pretensión la mía! Y qué ridículo debía de parecer cantando y bailando al estilo griego sin saber mucho cómo hacerlo. ¡Pero cómo te reías, querida!

¿Sabías que Coco Chanel ordenó que le creasen un perfume que oliera a mujer y le presentaron el N.º 5? El milagro es que no hay dos mujeres que huelan igual. No hay dos mujeres que reaccionen igual al mismo perfume, y tu piel joven y dulce es, diría, auténtica vainilla de *bourbon*.

Yo estoy bien. Como, me cuido y descuelgo cuadros. Los turistas, como puedes imaginarte, siguen teniendo los mismos gustos de siempre. Cuanto más color, más salida. No hay secretos: los cómics de Lichtenstein, las banderas de Jasper Johns y, ahora, el *collage* de Gilbert and George, dos jóvenes británicos que gustan mucho. Hace poco tiempo vendí el Le Corbusier que tenía en el escaparate la primera vez que viniste a la galería. Ahora, en el caballete de la entrada he colocado unos grafitis políticos de Jacques Villeglé. El aspecto de póster siempre llama la atención del paseante veraniego. Por cierto: ya era hora de que llegara el calor. Este año he aprovechado el frío de París para viajar por el mundo... Todo sigue en su sitio. He buscado el buen tiempo, pero, sobre todo, he buscado libros. Mariposas, ya sabes. He encontrado una, en un catálogo que compré en Buenos Aires, que es casi tan hermosa como tú. A veces la miro, tan verde y brillante, y me parece que sonrío. De hecho, desde que nos conocimos, todo me sonrío. ¿Te ocurre lo mismo, querida Pauline, o soy demasiado atrevido al pensar que así es?

Me despido hablando, una vez más, del hombre que pasea. ¿Has escuchado alguna vez las canciones del caminante de Schubert? *Der Wanderer*, canciones para barítono. Busca el disco. Ponlo en un momento de paz. Cierra los ojos tú también y

escúchalas con el corazón. Piensa en mí. Yo estaré pensando en ti. Como siempre. Para siempre.

Querida Pauline, no puedo decirte que te echo de menos porque te tengo.

Nos tenemos.

Ya lo sabes.

JEAN-PIERRE

P. D. En la primera carta que te mandé te citaba la frase de un clásico. No la recordaba completa ni sabía quién era su autor. Es de Platón, el más sabio de todos. Faltaban cuatrocientos años para el nacimiento de Jesús y él ya supo decir una verdad como un templo: «La declaración de amor más grande es la que no se hace; el hombre que siente habla poco».

Cuánta razón. ¿No te parece, querida?

UN MUNDO DENTRO DEL MUNDO

Los alrededores de la Torre de los Clérigos eran más abiertos y diáfanos de lo que Paulina había imaginado. Desde que el tren había dejado al matrimonio Castro-Homs en la estación de São Bento, Oporto les pareció menos oscura y atestada de lo que pensaban durante las largas horas en tren desde Barcelona. Antes de llegar a un lugar por primera vez, quien más quien menos se ha hecho una idea de la luz, las calles, los colores y los olores que le esperan. Las guías —las útiles y las que no lo son tanto— tienden a igualar rincones y a sintetizar tarjetas postales en la mente de los viajeros. Después de un primer paseo, una vez que se han pisado las calles y escrutado los edificios y la luz, las expectativas se evaporan y el visitante empieza a tener una visión enfocada de la realidad. Oporto, se dieron cuenta enseguida, era una ciudad de acuarela, especialmente en su fachada marítima. Además, a Paulina le encantaban las ciudades por las que cruzaba un río. Significaba que eran ciudades con contrastes, con bandos. Y, puede que también, porque tenían un aire de París. Por encima de todo, sin embargo, le fascinaban las ciudades con funicular, porque significaba que había un lugar al que encaramarse para tener una vista orgullosa, a vuelo de pájaro. En Oporto tenía ambas cosas. Y una *livraria* que la esperaba en la rua das Carmelitas.

Fueron andando de la estación al hotel, por la orilla del Duero. Para estirar las piernas y porque, como solo iban a pasar dos noches en Portugal, habían cargado una única maleta, con las mudas justas. En cuanto entró por la puerta giratoria de un hotel de tres estrellas con pretensiones, a Manuel ya le estaban esperando en el vestíbulo. Dos hombres con corbata tenían que llevarlo a un polígono de Rio Tinto para negociar unos contratos repletos de cláusulas enrevesadas. Se registró en recepción, le dio un beso seco a Paulina, pero no tuvo tiempo de subir a la habitación 204 para lavarse las manos y quitarse el olor ferruginoso del tren que tanto asco le daba. Paulina se quedó poco tiempo en la habitación. El tiempo justo para abrir la maleta, guardar la ropa en el armario y esconder, entre el camisón, la caja de tarjetas personales por estrenar que se había traído. Había mandado que le imprimieran dos cajas de quinientas en Cromoherma, la empresa de artes gráficas de los hermanos Baldrich, en la calle del Ángel, cerca de la estación de Fontana. Los Baldrich acostumbraban a aceptar pedidos más grandes. Más artísticos, de mayor lucimiento. Nunca habían hecho tarjetas. Sin embargo, a Paulina le bastaron dos caídas de ojos para que no supieran decirle que no.

Abrió la cajita, sacó unas cuantas —puede que una treintena— y llenó el tarjetero que se había comprado para la ocasión. Lo metió en el bolso y, con la inquietud de quien va a cometer una fechoría, salió para tomar un taxi.

—A la librería Lello, por favor.

—¿*Livraria Lello e Irmão*? —Le había tocado el taxista meticoloso con los turistas—. ¿*A Das Carmelitas, senhora*?

—Sí, sí.

Paulina nunca había visto una librería con una fachada tan imponente como la de Lello. Un edificio neogótico singular, con acabados modernistas de piedra blanquecina. Le pareció más una iglesia que una tienda. Sin embargo, ella estaba allí con una idea, y en aquel momento de obcecación no tenía tiempo para contemplar las filigranas arquitectónicas. Sin embargo, cuando entró, el primer vistazo la impactó. De entrada, la gran escalera de madera que dominaba toda la librería le recordó la escalinata del *Titanic*, que había visto en un libro que tenía en casa. Era una escalera señorial, con esa forma noble de envejecer que posee la madera oscura. Luego, cuando levantó la cabeza y vio la curva de la escalera, como una cochinilla gigante desperezándose, se quedó extasiada. Con los rótulos en portugués, no le costó orientarse. Lo que estaba buscando tenía que estar en el primer piso. Una vez allí, se dio cuenta de que la escalera tenía una barriga que parecía mágica, como si se hubiera quedado suspendida en el vacío. El techo, un vitral de colores de punta a punta, era otra obra de arte que iluminaba toda la librería Lello —e Irmão—. Se adentró en el pasillo que creyó que la llevaría a la sección de naturaleza y se situó frente a los libros de animales. Miraba los lomos, uno por uno. Una dependienta que estaba marcando precios se ofreció a ayudarla.

—Estaba mirando si tenían algo sobre mariposas.

—...

También le había tocado la dependienta meticolosa con el idioma.

—Mariposas. ¿Libros sobre mariposas?

—Ah, se refiere a *borboletas*.

Le mostró tres, los dejó encima de una mesa supletoria y siguió pegando etiquetas. Paula los hojeó. Los libros no le parecieron ni muy viejos ni muy nuevos, ni especialmente originales ni irresistiblemente bonitos. Pero a un coleccionista nunca se sabe qué pieza le falta. Los abrió, pasaba las páginas y, con lo nerviosa que estaba, no veía nada, ni fotos, ni dibujos ni nada. *Borboletas* por todas partes, eso sí. Se trataba de fingir interés. Como si dudara. Que pasara el tiempo para que la dependienta se alejara de la zona de control. Cuando le pareció que nadie podía verla, sacó el tarjetero del bolso, cogió tres tarjetas y metió una en cada libro, más o menos por la mitad, y los cerró con gesto resuelto. Con el corazón bombeando como si acabara de estrangular a un pitbull, volvió a colocar los libros en su estante. El mensaje había sido enviado. El viaje a Oporto había merecido la pena. Como si nada hubiese ocurrido, huyó escaleras abajo sin siquiera fijarse en la gracia de los escalones enmoquetados de un color rojo sangre. Una vez en la calle, sintió la necesidad de alejarse del lugar del crimen.

A Manuel no le quedó más remedio que tomar un avión para viajar a Estados Unidos. En barco eran demasiados días, y no había ninguna ruta comercial que cruzara el Atlántico. Con dos *whiskys* de aeropuerto y una pastilla, llegó a Nueva York. Paulina no necesitaba dormir. La emoción de ver los rascacielos por primera vez la mantenía despierta; la ilusión de saber que a la mañana siguiente estaría en la Rizzoli, en la Quinta Avenida, para dejarle una prenda a Jean-Pierre, la excitaba más, si cabe. Una vez en Manhattan se encontró con un problema inesperado. Manuel, más protector que miedoso, no quería de ninguna manera que Paulina saliera sola de paseo.

—Pero...

—No me lo perdonaría...

—¿Qué quieres que me...?

—Nunca se sabe.

Con lo inquieto que estaba Manuel, recorrieron Nueva York juntos. Los dos, cogidos del brazo, durante dos días. No se separaron para nada. No fue hasta la segunda noche, cuando Paulina ya estaba sufriendo porque se acababa el tiempo, cuando decidió jugársela. Sin darle opción.

—Voy un momento a la farmacia a comprar tiritas. He visto una ahí abajo, al lado del hotel. —Tenía la chaqueta y el bolso en la mano para que Manuel no pudiera reaccionar—. Ahora vuelvo.

Corrió hasta el 712 de la Quinta Avenida. Por lo que había calculado, consultado y vuelto a consultar, quedaba entre las calles 55 y 56. Solo tenía que andar tres manzanas y se encontraría frente a un magnífico edificio de estilo francés, con el suelo de mármol y unos candelabros de bronce que daban a la Rizzoli un aspecto de biblioteca de selecto club privado. Sin embargo, era una librería con mucha personalidad, de las que le gustaban a Jean-Pierre. Los libros de fotografía y de animales estaban en la segunda planta. Jadeaba. Para no perder tiempo, preguntó directamente si tenían algún libro interesante sobre mariposas. Ocho títulos distintos. Vaya. Como mínimo, dos ejemplares de cada uno. Ni siquiera se fijó en cuáles eran. Trató de ocultar las manos con el cuerpo, para que la dependienta no reparara en ella. Sacó el tarjetero y empezó a repartir tarjetas, aquí y allá, para dejar una en todos los libros.

—Gracias.

—¿Ya está? ¿No le ha interesado ninguno?

—No, gracias, al final he cambiado de opinión.

Tuvo de nuevo —extraña sensación— la necesidad de huir de la librería a toda prisa. De regreso, corrió para dar con una farmacia. Compró unas tiritas que no le hacían falta y se dirigió al hotel pensando qué demonios le diría a Manuel cuando le preguntara —porque se apostaba algo a que la interrogaría— por qué había tardado tanto. Cuando entró en la habitación, su marido estaba roncando, con la tele puesta, sentado en la cabecera de la cama. Al menos se había quitado los zapatos.

Al día siguiente, con un coche de alquiler, se dirigieron a Boston. A Manuel le habían asegurado que era una ciudad tranquila, la más europea de las capitales norteamericanas. A veces, según el barrio, con tantos edificios de ladrillo visto, le recordaba al Londres victoriano. Y otras, en el Downtown, se rendían a la evidencia impersonal del Financial District de tantas ciudades del continente. Paulina fue sola a la Brattle Book Shop, sin explicaciones ni subterfugios. Pudo saborearla, sin prisas. Le pareció un lugar único, por lo insólito y por lo distinto que era de todo lo que había visto. La mayor parte de la librería estaba al aire libre. Ocupaba el espacio rectangular que dejaban al descubierto las paredes medianeras, de color gris, de tres edificios gastados, sin ningún encanto aparente. Todo era tan urbano, y el contraste con el mercado de libros tan chocante, que dejaba boquiabiertos a los curiosos que se acercaban hasta allí. La Brattle era un callejón sin salida, como la añorada rue du Trésor, pero no tenía mucho que ver con ella. El lugar carecía de *glamour*, y nunca lo había tenido. Al fondo destacaba una escalera de emergencia negra, de hierro, que descendía en zigzag, como había visto en las películas. Empezaba en uno de los edificios y conducía hasta un salto al vacío demasiado alto. Los libros, todos usados, estaban en los anaqueles empotrados en la pared y en unas estanterías a la intemperie y en medio del paso, tan altas como ella y con ruedecillas. Un rótulo informaba de que era la librería de segunda mano más antigua de Estados Unidos. Seguro que si Jean-Pierre viajaba a Boston se zambulliría en aquel mar de libros. Le explicaron que solo suspendían la venta cuando llovía. Por más intensos que fueran el frío y viento —y en Massachusetts solían serlo—, la librería nunca cerraba. Paulina observaba a gente con guantes, sosteniendo un vaso de café humeante para calentarse las manos mientras paseaban entre montones de libros viejos. Tuvo que revolver mucho para encontrar lo que estaba buscando. El criterio de ordenación era el desorden. El caos era una dificultad añadida. Así pues, hasta que dio con una guía antigua sobre mariposas —garantizaba que estaban todas—, tuvo tiempo de pillar dos resfriados. Miró a un lado y a otro y, en un santiamén, ya había terminado. Empezaba a sentir el placer del riesgo. Con aquel juego, recordaba el amor.

A Londres viajó sola. Eran unos días de mucho trabajo para Manuel: tenía que cerrar los años contables, reunir a las juntas y redactar las actas de todas las compañías a las que asesoraba. Paulina dejó a Gina en casa, con Isabel. Sabía que a su hija le encantaba estar con la criada, que la mimaba y le daba todo cuanto quería, antes, incluso, de que ella lo pidiera. Para Gina era como quedarse con la abuela que no tenía. La primera tarde en Londres, Paulina marcó en el mapa una ruta de librerías. Salió de The Westbury, su hotel en el barrio de Mayfair, y bajó por Old Bond Street, se detuvo frente a los escaparates de las Burlington Arcade y acabó en Piccadilly,

justo enfrente de Hatchards, una librería de 1797. Le habían dicho que en las tiendas que, encima de la puerta, tenían aquel escudo significaba que allí solía comprar la reina. Ella también se sintió como una reina al pasar por debajo de las banderas que colgaban sobre la puerta negra, de cristales pequeños, como en un decorado de Dickens. En su interior reinaba la pulcritud y el silencio. A la hora de buscar libros sobre mariposas, se dio cuenta de que los estantes tenían una estudiada inclinación que permitía dar con lo que se estaba buscando con más facilidad. En Hatchards, los libros le daban la bienvenida de frente. No era necesario ejercitar el dedo, lomo a lomo, para ver qué encontraba. Encontró lo que creyó que podía ser una rareza: *La mariposa y el tanque*, cuatro relatos de Hemingway sobre la guerra civil española. Un libro en castellano con ilustraciones, editado por Bruguera, una editorial que sabía que era de Barcelona. En el piso de París había visto que Jean-Pierre compraba libros en todos los idiomas, incluso en los que no entendía. Paulina había entrenado mucho su ritual. Cada vez hacía el gesto con más decisión, más segura de que nadie la vería colocando sus tarjetas de visita en los libros de la librería más antigua de Gran Bretaña.

La siguiente parada, según la ruta marcada en el mapa, sería la que se suponía que era la librería más grande de Londres y, según la guía que se consultara, la que tenía más metros cuadrados del mundo. Y la que tenía más títulos. Y si era la que tenía más libros, seguramente sería también la que tendría más sobre el tema que buscaba, para revolver a gusto. Mientras se dirigía hacia allí, se hacía ilusiones. Su Mastroianni viajaba todos los años a Londres, con motivo de la feria de antigüedades... Se zambulló en Piccadilly Circus, se cruzó el bolso para recorrer el Soho y, después de maravillarse con las luces de los teatros antiguos de Saint Martin's Lane, alcanzó su objetivo: Foyles, en el 119 de Charing Cross, un mundo dentro del mundo. Si encontraba muchos libros sobre mariposas, puede que no tuviera suficientes tarjetas. En la sección de libros usados dejó seis tarjetas. En la de literatura le recomendaron un libro, una novela sobre un coleccionista de mariposas. En los años sesenta se había rodado una película, le dijeron, con Terence Stamp como protagonista, un joven solitario, obsesionado por una estudiante de arte, que se compra una casita en el campo con el dinero que gana en las apuestas de fútbol. Teniendo en cuenta que era aficionado al cine, seguro que Jean-Pierre la habría visto. Sacó una tarjeta y, en un arranque de añoranza, escribió en ella una sola palabra: «*Appelle-moi*». Cerró el libro y, al dejarlo de nuevo en su sitio, sintió una punzada. La intuición, quizás, de que aquel mensaje llegaría lejos.

Cuando se despertó, en The Westbury, estaba lloviendo. El conserje con sombrero de copa le prestó un paraguas del hotel y le abrió la puerta del taxi. Le dijo que era la mejor manera de llegar a King's Cross Station para no perder el tren de Glasgow. Llegó en cuatro horas y media. Mereció la pena descubrir un local que, por la

inhóspita calle y la vulgaridad del edificio, parecía casi clandestino. A Voltaire & Rousseau, la meca de los estudiantes y los intelectuales, había que ir ex profeso. Paulina no acababa de creerse que, en un lugar de tanto renombre en el mercado de libros de segunda mano, hubiera tres gatos que se paseaban tranquilamente por encima de las montañas de libros que había en el suelo. Montones y montones de volúmenes que ya no cabían en las estanterías cubiertas de polvo. En algunas partes, nadie había pasado un dedo o un trapo desde hacía décadas. En medio de tanto papel envejecido, de una atmósfera marrón y triste, destacaba una escalera verde, de madera despintada, que servía para encaramarse hasta los libros que estaban más arriba. Después de dos horas buscando una aguja en un pajar, Paulina solo había podido dejar dos tarjetas, sin demasiadas esperanzas de que Jean-Pierre, si alguna vez pisaba aquel rincón perdido de Glasgow, llegara a encontrarlas.

Aquella misma tarde, la excursión a Inverness, otra ciudad con río, le devolvió la ilusión. Hacía tan solo dos años que Leaky's había convertido una antigua iglesia en librería. Por fuera, con un campanario del siglo XVIII, conservaba las formas austeras de un lugar de culto. Por dentro, la transformación desprendía magia, misticismo, en una atmósfera que sacudía el alma. Paulina no se había imaginado que pudiera existir un lugar como aquel y se sintió bien, rodeada de papeles y orden. El viaje al norte había merecido la pena. Buscaba libros y sonreía. No podía evitarlo. Pensaba en Jean-Pierre, en la librería de viejo más grande de Escocia y se sentía a gusto. Cerca de él. Al día siguiente, cuando regresó a Londres, el tarjetero estaba vacío.

Alguien le había dicho que no podía viajar sola a Venecia. Allí le come a uno la nostalgia. Y si estás enamorado, te devora. Quienquiera que fuese el que la había aconsejado tenía razón. Paulina invitó a Júlia a pasar tres días en Italia. Gina se quedaría con Isabel, quien seguro que sería feliz sintiéndose más dueña de la casa. Las primas volaron a Milán, y mientras Júlia visitaba el Duomo, Paulina hizo una escapada a la Bocca, a la antigua librería de la galería Vittorio Emanuele II, para esconder tarjetas en los libros. Seis horas más tarde, las dos primas paseaban en góndola por los canales del *sestiere* Castello. Eran unos canales estrechos, imposibles. De vez en cuando debían girar en ángulos tan rectos que no podía pasar ni un taxi ni una lancha. Solo los gondoleros, acostumbrados a la ruta, sabían cómo había que apoyar un pie en la pared y en qué momento debían empujar, ayudándose con el remo, para conseguir doblar la esquina. Campo San Lorenzo, Palazzo Cappello, Palazzo Cavagnis... Parecían tener Venecia solo para ellas dos. Contemplada desde abajo, con el musgo pegado a las paredes desportilladas que quedaban a la vista por el vaivén de las leves olas, tenían la sensación de haber entrado en el túnel del tiempo. De repente, el gondolero les dijo que a través de una

puerta de madera verde, rota, era por donde entraban las mercancías a Acqua Alta, una librería que debían visitar sin falta. ¿Por qué creía, si no, que estaban en Venecia? Paulina quiso entrar por la parte de atrás. Desde la Voltaire & Rousseau no veía nada tan caótico, con libros de ocasión por todas partes. Algunos llenaban por completo una góndola que presidía el espacio central de la librería. Había otra góndola colgada del techo, boca abajo. Había libros que llenaban dos bañeras blancas que a Júlia le parecieron de lo más naïf. Era imposible saber qué había allí dentro. En las paredes había algunos timones de madera. Y una calavera con un sombrero pirata junto a la que quisieron sacarse una foto. Primero una, luego la otra. El techo era bajo, irregular, y para subir al primer piso, en lugar de escalones, habían construido una escalera de libros que había que pisar para llegar arriba. Nunca había visto nada tan original. Fue allí donde Paulina, con un atlas de mariposas en las manos, decidió no ocultarle el ritual a su prima.

—¿Crees de verdad que Jean-Pierre viajará a Venecia y visitará esta librería tan rancia?

—Él lo hace. Viaja por todo el mundo. Cree que colecciona libros sobre mariposas, pero en realidad colecciona librerías.

—Y si alguna vez encuentra la tarjeta, ¿qué esperas que haga? Si quieres verle, escríbele. Llámalo. ¿Quieres que se lo diga yo?

—¿Sinceramente? —Cogió a su prima por los hombros y respondió con timidez—. No hagas nada. Ni él ni yo permitiremos que se estropee la sensación de victoria que tuvimos en París.

—Pero entonces... —musitó—. ¿Por qué lo haces?

—Me gusta dejar pistas de mi amor. Puede que las encuentre o puede que no. Da igual. Lo que vivimos merece que lo intente. ¿Por qué lo hago, me preguntas? —Lo pensó durante cinco segundos y respondió sin vacilar—: Porque este es el rastro del amor.

Ninguna de las dos podía intuir en aquel íntimo momento de felicidad, de confesión sincera, de haber encontrado la respuesta y haberla compartido en voz alta, que el de Venecia sería el último viaje de Paulina.

DE REPENTE, EL ACANTILADO

París, 18 de mayo de 1984
Viernes negro

Querida y desconsolada Julie:

Anteayer, a esta hora, me llamaste para contármelo. Y te escribo para agradecerte de entrada que, enseguida, te acordaras de mí. Te agradezco la llamada, pero aún no soy capaz de asumirlo. Sencillamente, no me lo creo. Es demasiado fuerte. Ni me lo creo ni quiero creérmelo. Pauline. No es posible. A los treinta y un años. Me dijiste que ella estaba bien. Tú llorabas tanto y yo estaba en tal estado de *shock* —y aún sigo estándolo— que no sé muy bien si te entendí. ¿Se levantó con dolor de cabeza? Le pidió a su marido que llevara a la niña a la escuela, porque ella se volvía a la cama... ¿Fue eso lo que me dijiste? Y cuando llegó la criada..., ¿ya era tarde? No conozco un caso igual. Cuesta creerlo y, sobre todo, digerirlo. El desconsuelo es enorme, el dolor, insaciable, y la rabia, infinita. La pena, como puedes suponer, no es por mí —a ti debe de ocurrirte lo mismo—, sino por ella. Una vida segada siendo tan joven, de repente, sin poder ver crecer a Gina. De pronto, todo a la mierda.

La vida empieza, la vida se acaba. Eso lo sabemos todos, pero me subleva la injusticia. Ahora mismo, colérico y hundido, agarraría al destino por el cuello. Y, con todas las de perder y aunque no sirviera de nada, me enfrentaría a él y lo insultaría hasta quedarme sin voz, sin fuerzas y sin dignidad.

Voy y vengo, Julie, de aquí para allá, y no sé qué hacer ni qué pensar en estos días tan negros. Y los que están por venir. Me cuesta pensar y me cuesta aún más ordenar los razonamientos y los recuerdos que brotan, a chorro, como las lágrimas. Me duele la cabeza de tanto llorar. ¿A ti también te ocurre?

A ratos, cuando consigo serenarme, pienso que solo he amado a una mujer y que la he perdido dos veces. Es demasiado tarde para los reproches. Lo sé. Pero en el aeropuerto, cuando, después de tu boda, regresó a su casa, si yo hubiese insistido en que... Cuando ya no hay remedio, ¿de qué sirve hacerse mala sangre? Y ahora la he perdido definitivamente, sin poder decirle: «¿Sabes una cosa, Pauline? Todos los días, desde que te conocí, veo tu sonrisa a mi lado cuando cierro los ojos». Me han quedado tantas cosas por decir... ¿Por qué siempre esperamos tanto para decirlas? ¿Por qué vivimos reteniendo palabras y sentimientos? ¿Por qué nunca nos damos cuenta de que se está haciendo tarde?

En una de las cartas le escribí que no la echaba de menos porque la tenía. Así lo

sentía. Quizás porque sabía que, en cualquier momento, de una u otra manera, habríamos podido vernos o comunicarnos. Había aprendido a vivir lejos de ella porque la sentía cerca, siempre conmigo. ¿Recuerdas esas mangueras contra incendios de los cines y los hoteles, en las que pone rompa el cristal solo en caso de necesidad? Con esta metáfora tan prosaica, lo reconozco, me había convencido más de una vez de que, puede que algún día, ella o yo romperíamos ese cristal de emergencia con un mazazo para reencontrarnos y vivir sin prisas nuestro amor. Te confieso, pues, demasiado tarde, que en el fondo no le decía que la echaba de menos porque puede que albergara la secreta esperanza de que volveríamos a estar juntos. Físicamente juntos. Para siempre. Y, de repente, el acantilado. En un minuto, los sueños y las ilusiones se han precipitado al mar.

Ahora que, con tanta crueldad, la muerte ha acabado con todas estas posibilidades, debo confesarte, con unas lágrimas que inundan la mesa desde la que te escribo, que la echaba de menos, la echo de menos y la echaré de menos sin remedio. Por más que recuerde todas y cada una de las horas de nuestros cuatro espléndidos días, por más que la venere con orgullo de amante, y por más que la ame como no he amado nunca a nadie, la única verdad es que la echaré de menos. Mucho. Todos los días. Y así hasta que la suave espuma venga a buscarme.

¿Sabes qué es lo que me parece más cruel e inverosímil de todo? Constatar que Pau ya no está en este mundo, y que de lo que ocurrirá mañana y pasado y el año que viene, a su familia o en el otro extremo del mundo, ella ya no sabrá nada. Recuerdo que en la primera cena, en el café Les Deux Magots, discutimos —no discutimos, hablamos— sobre cuándo empezaba la historia. Antes de Cristo es la prehistoria, después de Cristo y hasta hace un segundo es la historia, me decía ella, convencida de su teoría. La historia pone el contador a cero, sostenía yo, desde el comienzo de la escritura. Y eso ocurriría en Mesopotamia, con la escritura cuneiforme, unos tres mil quinientos años antes de Cristo. De verdad, Julie: qué tontería. Colocar una etiqueta, más hacia aquí o más hacia allá, no tiene ninguna importancia, ninguna. Lo que quiero decir es que tu prima, como todos nosotros, sabía qué ocurrió en la Edad de Piedra, y distinguía entre el Paleolítico y el Neolítico, y sabía cómo pasamos del hombre de las cavernas al *Homo sapiens*, y no confundía la Edad de Bronce con la Edad de Hierro, y estudió, luego, cómo se construyeron las pirámides en el antiguo Egipto y qué comían en la Edad Media y hasta dónde llegaba el Imperio bizantino; y sobre el Renacimiento —habría dado todo lo que tengo por pasar una semana en aquella época— hemos estudiado qué quiso decir Miguel Ángel en cada palmo cuadrado de la bóveda de la Capilla Sixtina. Y nos sabemos de memoria a quién cortaron la cabeza durante la Revolución francesa, por qué el ferrocarril fue la clave en el desarrollo de Estados Unidos y cómo fueron las últimas horas de Hitler o de Marilyn Monroe.

De la época anterior a ella, de sus coetáneos y de su familia, Pauline lo sabía todo. Pero de lo que ocurra después de ella no sabrá nada. Eso me parece lo más bestia de

la muerte. El punto final. Desde este momento hacia atrás, todo. Desde este momento hacia delante, nada. Radical.

«Por lo tanto, nosotros, ¿cuándo vivimos?». Así prosiguió nuestra conversación en Les Deux Magots. Existimos mientras estamos y mientras nos recuerdan. Y recuerdo perfectamente que pusimos tres ejemplos. Einstein, Flaubert o Kandinsky permanecen. Son inmortales porque su obra los hace eternos, concluimos. Pero este tipo de personajes son unos pocos. De los más de cien mil millones de personas que se calcula que han nacido en la tierra en toda la historia de la humanidad, nos quedamos con unos pocos. ¿Cuántos nombres conocemos? ¿Cuántos son los elegidos? ¿Mil? ¿Dos mil privilegiados que todo el mundo sabe quiénes son y qué hicieron? De acuerdo. ¿Y todos los demás? Nosotros estamos aquí mientras existimos o mientras nos recuerden los hijos y nuestros amigos, y luego los nietos, pero, en la siguiente generación, prácticamente nadie nos menciona, nadie nos recuerda por nada ni nadie sabe de nuestra existencia. El remolino del tiempo ha engullido las gotas para devolverlas al océano. Y en un santiamén hemos dejado de existir.

Por eso, Julie, en estas horas tan amargas, entre sollozos y maldiciones, ha empezado a rondarme una idea. Absurda, quizás. Puede que solo sea una ventolera, pero ahora mismo estoy tan ofuscado que soy incapaz de discernir entre lo que merece la pena y lo que no. No seré yo quien lo haga, pero he pensado que alguien, no sé quién, debería conocer la historia de tu prima y debería contarla. Solo así Pauline podrá ser inmortal y solo así nuestro amor —hasta ahora secreto— podrá perdurar por siempre jamás. Un día, en mi piso de la rue du Trésor, me dijo: «Solo te pido una cosa: que no conviertas nuestra historia en una novela. Tiene que ser para nosotros dos». Pero ahora pienso qué tendría de malo revelarla. Al contrario. Puede que dentro de mucho tiempo, cuando yo tampoco esté, a alguien le llamará la atención el título de un libro, lo cogerá y en su interior descubrirá una historia modesta que le hará saber la clase de mujer que fue Pauline, qué sentía, cómo vivía y cómo amaba... Y al terminar, puede que el lector ponga la mano sobre la cubierta y exclame: amigos, el amor existe. El amor es la respuesta.

Porque esta es la respuesta, ¿no?

Fui consciente de ello una mañana, en Girona. ¿Te habló alguna vez Pauline de nuestro encuentro? ¿Te dijo algo del momento más intenso de nuestra vida? Hace unos dos años tuve que ir a Perpiñán para comprar una serie de obras de Villeglé, unos grafitis políticos que tenía un coleccionista del sur. Recuerdo que era viernes, había cerrado el trato y estaba en la habitación del hotel para tomar una ducha cuando, después de darle muchas vueltas, decidí hacer lo que durante muchos meses no me había atrevido a hacer. Llamé por teléfono a casa de Pauline, a Barcelona. Como lo oyes: llamé. Ignoro aún cómo me atreví. Mientras tecleaba los números, la adrenalina, las pulsaciones, la tensión... Todo se disparó. Y, a pesar de los nervios, los dedos eran más rápidos que yo y enseguida sonó el tono de un teléfono

internacional. Una vez marcado el número, tenía un plan. Si respondía alguien que no fuera Pauline, colgaría al instante. Pero si ella era quien contestaba tenía una propuesta que hacerle. Corta y rápida. Evidentemente, habría querido decirle muchas cosas, pero tenía que evitar la tentación y que ella, al colgar el auricular, pudiera decir no sé quién era, se han equivocado.

Habría querido decirle ninguna novedad, amor mío, te quiero con locura. Ninguna novedad, eso ya lo sabes. Habría querido decirle que estaba bien, que no se preocupara por mí, que me bastaba con escuchar su voz durante diez segundos para seguir viviendo diez años más. Habría querido decirle que no sufriera si lo que había ocurrido en París la había hecho sentir mal. No te castigues, amor mío. Piensa que ser infiel al otro es a menudo un retorno a la fidelidad con uno mismo. No tiene nada de malo reencontrarse con los propios sentimientos. Habría querido decirle muchas cosas, Julie, pero sabía que no podía hacerle una jugarreta. No podía debilitarla. No podía permitir que cuando colgara y volviera a su vida familiar, alguien se hubiera dado cuenta de que aquella llamada la había conmocionado.

Fue ella quien contestó. Afortunadamente, respondió ella. Su diga me abrió el corazón. Soy yo, Pauline. No digas nada. Pero... No digas nada. ¿Con quién quiere hablar? Estuvimos unos segundos en silencio. Podíamos oír nuestras respiraciones. El auricular estaba totalmente pegado a la oreja. Y entonces se lo dije, rápidamente. Mañana, antes de comer, estaré en Girona. Iré a la Llibreria 22... Mariposas, ya sabes... En la 22 de Girona. Una librería nueva, me han hablado de ella y quiero conocerla. Estoy bien. Creo que se ha equivocado de número, respondió ella, en su idioma. Y colgó. Y colgué. Y no le dije ni adiós. No quería debilitarla, no podía emocionarla. No podía decirle cuánto la amaba.

¿Puedes imaginarte, Julie, la noche que pasé antes de levantarme al amanecer y tomar el primer tren para Girona?

¡Qué ciudad, Girona! ¡Qué descubrimiento! Conservo muchas imágenes borrosas de aquel día, como un sueño, pero me pareció que tenía algo de Florencia, con las casas colgadas sobre el río, y también un puente singular, de Eiffel, y cerca de allí, en un rincón tranquilo, estaba la librería en la que me había citado con tu prima. No me había hecho ilusiones de que se presentara. Sin embargo, la posibilidad de que quizás, de que tal vez, de que sería una señal si ella aparecía, me provocaba una inquietud que no podía controlar. Si me llevaba la pipa a los labios, me castañeteaban los dientes a causa de los nervios.

Antes de las doce ya me había tomado dos cafés en la plaza que había frente a la librería. A la una ya había recorrido toda la 22, estante a estante, de la A a la Z. El dueño sabía lo que se hacía. Y tenía empuje. Era un hombre joven de pelo negro y brillante, con la raya en medio y un bigote orgulloso. Me gustó su forma de atender a los clientes. Lo mismo hablaba de cine que de poesía, y siempre con pasión, con un cigarrillo entre los dedos. Se llamaba Guillem. Como mi padre, pensé. En catalán sonaba bien. Guillem. Mejor que en francés: su sonido es más pretencioso. Me

mostró, con paciencia, todo lo que tenía sobre mariposas. Alguna rareza interesante sobre las monarca americanas que pagué y él metió en una bolsa que todavía conservo. Luego seguí esperando, fingiendo que miraba novelas y ensayos. Mi reloj nunca había avanzado tan deprisa. Lo consultaba cada dos por tres, y, a medida que iban pasando los minutos, se evaporaban mis esperanzas. Me entretuve hojeando un volumen enorme sobre Salvador Dalí. En cada página, una reproducción en la que aparecía Gala, esposa y musa. El libro se titulaba algo así, y mientras lo tenía entre mis manos, me pareció que alguien silbaba las primeras notas de un sirtaki en la librería. ¿Me lo parecía o era un espejismo? Era el tema de Zorba que habíamos bailado los dos en París, una noche, cerca del río, y que en aquel momento oía con más nitidez. Me di la vuelta, totalmente emocionado, y allí estaba Pauline, guapísima, más radiante que nunca, con los ojos entregados y la sonrisa nerviosa. Como la mía, supongo. Después de tanto tiempo y de deseárselo tanto, estaba a cuatro pasos de mí y se había puesto el perfume del día de tu boda, el Chanel, que reservaba para las ocasiones únicas. Todo ocurrió en décimas de segundo, y cuando me disponía a abrazarla, a sus espaldas, cogida de su mano y de su falda, apareció una niña. Había venido a Girona. Pauline se había organizado y había venido a verme. Pero había venido con Gina. Mis ojos y los suyos se encontraron. Yo dije su nombre, ella pronunció el mío. Gina preguntó: «Mamá, ¿quién es?». Y ella respondió un amigo de la tía Júlia. Y nos quedamos mirando, en silencio, con la agitación de los amantes, con la pasión de los que —instante cruel— quieren abrazarse y no pueden hacerlo. Me acerqué dos pasos. Ni siquiera nos dimos tres besos. Ni dos. Le cogí una mano. Y ella no la retiró. Y cuando a ambos se nos humedecieron los ojos, de ilusión o de frustración, hablamos. Poco y en francés, para que la niña no nos entendiera. Has venido, dije yo. Sí, me moría de ganas de verte. Yo también. ¿Estás bien? Te veo muy bien. Tú también, tan guapa como siempre. Necesitaba verte. Yo también. Debes saber que lo que siento por ti nunca ha ido a menos, nunca. Me gusta oír eso. Y después de una pausa, que me pareció muy larga, Pauline continuó. Yo también estoy siempre contigo, en la rue du Trésor, en la rue de Seine. La niña había detectado desde hacía un rato los libros infantiles y tiraba de su madre hacia un Babar gigante. ¿Qué tal la galería? Bien. He entrado aquí para comprarle un libro a Gina. Intuí que la conversación se acababa y que me quedaban pocas pinceladas. Puede que solo una. ¿Podemos tomar un café, aunque sea solo un café? Me dijo que sí. Salimos de la 22 y volvimos al bar de la plaza. Frente a mí estaban Pauline y Gina, que empezó a dibujar con un lápiz y un papel que le habían dado en el bar. Como ya puedes imaginarte, seguimos hablando en francés. De hecho, hablamos sobre ella. En voz muy baja, como si la estuvieran persiguiendo. Me dijo que mi llamada la había conmovido, que había tenido que inventarse una historia retorcida para viajar a Girona, y me reconoció que había pasado la noche agitada, sin poder dormir. Había intuido que era nuestra última oportunidad. Y al mismo tiempo sabía que nuestro reencuentro suponía un gran peligro. Por lo que me dijo, de un tirón, al oír mi voz al teléfono se

habían removido sus emociones, en todos los sentidos. Tenía la sensación de que, en una noche, tenía que jugarse la vida a cara o cruz. Y dudaba. Manuel es buena gente, me dijo, con estas palabras. Y ellos dos, con Gina, los tres juntos, eran una familia y, en algunos momentos, tenía claro que al día siguiente no debía ir a Girona. Pero enseguida se daba cuenta de lo mucho que me necesitaba, de las ganas que tenía de verme, y de con qué locura me amaba. Se imaginaba —me lo dijo también con estas palabras— que debía coger dos mudas, hacer una maleta, reunirse conmigo y huir y empezar una nueva vida. Me confesó que le había dado muchas vueltas y que lo importante, al fin y al cabo, era que estaba allí. Todo ocurrió muy deprisa, Julie. Cuando estaba a punto de preguntarle si tenía la maleta en el coche, si yo tenía alguna oportunidad de..., Gina, sacudiéndole el brazo, quiso mostrarle el dibujo a su madre. Era un muñeco esbozado con tres garabatos. Pauline le dijo muy bonito, Gina, para quitársela de encima, pero la niña insistía, reclamando su atención, y entonces Pauline le preguntó quién es, y su hija, como si hubiera atado cabos, como si hubiera entendido de qué estábamos hablando, como si supiera francés, lista como era, respondió: «Papá, es papá». Pauline se mordió el labio para reprimir el llanto. A mí, francamente, me llegó al corazón verla tan emocionada. Me lo trituró. Ninguno de los dos podíamos contener la agitación, la pasión del momento. Nunca un silencio había sido tan elocuente. Comprendí, de repente, cuál era nuestro futuro y qué había decidido Pauline. Lo vi en sus ojos. Y también leí en ellos que el tiempo se agotaba, que quería irse, y solo le pregunté una cosa más. ¿Eres feliz, Pauline? ¿Y sabes qué me respondió? Ahora, mucho.

—¿Eres feliz?

—Ahora, mucho.

Así. Y antes de que su hija me viera llorar, antes de que se diera cuenta de que a su madre se le corría la pintura de los ojos, me dijo *au revoir*, se levantó, me puso una mano en el hombro y salió del bar con Gina pegada a ella. La seguí con la mirada a través de los cristales y vi cómo se alejaba por la plaza. Qué andares más distinguidos, qué elegancia. Cuánta tristeza.

Nunca volví a tener noticias de Pauline. Su café se quedó en la taza, y un camarero recogió el dibujo y el bote de lápices para entretener a un niño que había en otra mesa. ¿Y yo? Tardé en salir del bar, extasiado como estaba por haberla visto, pletórico por haber reafirmado los sentimientos y hundido, también, por haberla perdido de nuevo ante mis narices. Pedí un malta y no recuerdo mucho más. Sé que vagué por la ciudad sin encontrar el camino ni ver la hora de volver a la estación. Ahora, mucho, me repetía a cada paso, perdido en una dehesa convertida en bosque. Ahora, mucho. A veces cuenta más la intención que las palabras. Y tuve la convicción, en el momento en que la respuesta salió de su boca, que aquel «Ahora» se refería al instante fugaz de nuestro reencuentro, a la escena precisa de volver a estar juntos, aunque solo fueran cinco minutos que parecieron cinco horas. O cinco

segundos. Porque todo ocurrió muy deprisa pero a cámara lenta. ¿Entiendes lo que quiero decir? Después, durante las semanas siguientes, di vueltas y más vueltas y muchas entonaciones posibles a aquel «Ahora». Interrogativo. Afirmativo... Llegué a pensar que tal vez se refería, más genéricamente, a su situación en Barcelona, con su familia. Llegué a temer esta idea, pero, de repente, me di cuenta de que me equivocaba en la interpretación. No importaba tanto que se refiriera a «Ahora que estamos juntos» o a «Ahora, con mi forma de vivir», sino que estuviera donde estuviera y con quien estuviera, era feliz. Y si Pauline era feliz, yo ya no podía desearle nada más. Otra cosa habría sido egoísmo por mi parte. Ahora, mucho, sus últimas palabras. Hoy sé, con su terrible muerte que tardaré meses en digerir, que viviré el resto de mis días con esas dos palabras. Y ahora dime si no debemos contarlos. Eres feliz; ahora, mucho. ¿Acaso no es la esencia del amor?

Te escribo, Julie, mientras suenan las canciones de Schubert que escuchamos con Pauline en mi casa, y escucharlas hoy me resulta insoportable. Schubert quería componer canciones de amor, pero acababan siendo tristes. Ahora lo entiendo. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para poder escuchar nuestra música, las canciones de amor búlgaras, sin tener ganas de golpearse contra la pared?

Te escribo, y delante de mí está la pipa que ella fumó. Sí, has leído bien. La pipa que un buen día, de repente, quiso probar. Ya sabes lo vital que era Pauline, lo abierta que estaba a disfrutar de nuevas experiencias. Visto con perspectiva, es como si supiera que debía acumularlas todas porque, tal vez, su cuerpo intuía que tenía prisa. Y el tiempo nunca se desaprovecha. La vida empieza, la vida se acaba, te decía antes, pero somos hijos de lo que hemos amado. Y yo siempre llevaré a Pauline conmigo. No quiero nada más.

Deja que te hable de Gina. Tan solo unas líneas para decirte que pienso mucho en ella, aunque no la conozca. Solo la vi durante aquel rato efímero, en Girona. Como puedes imaginarte, me fijé más en su madre que en ella, que me pareció, eso sí, una niña avispada. Mira si sería sabia la pequeña que no soltó la mano de su madre en ningún momento. A mí me habría ocurrido lo mismo. Yo tampoco la habría soltado. Me cuentas que su tío fue a recogerla a la escuela para darle la noticia. Qué momento. Qué trance. Ella es, de toda esta historia, quien más pena me da. Perder a su madre así, y siendo tan pequeña, tiene que marcar para siempre. Tarde o temprano, estas cosas acaban saliendo. No puedes adivinar por dónde, pero acaban estallando. Aunque ella no me conozca de nada, y aunque ni siquiera haya oído hablar nunca de mí —y así debe seguir siendo—, dale de mi parte el beso que no le di en la librería.

Me dijiste que irías a Barcelona para el funeral y que te quedarías unos días. Así pues, leerás esta carta cuando hayas regresado con el duelo a Croissy. Llámame cuando Alain y tú estéis de vuelta en casa. Tú, con Alain, un filósofo en casa, tienes las preguntas y las respuestas aseguradas. En estos momentos de profunda desesperación, yo también necesitaría a alguien que me zurciera las pocas certezas de

la vida. Me gustará ir a veros para daros un abrazo. En los días de frío y soledad siento que abrazarte con fuerza a ti, que la querías como a una hermana, me sentará muy bien. Y me gustará preguntarte qué decía exactamente Pauline cuando la llamabas para leerle mis cartas. ¿Cómo reaccionaba? ¿Con qué palabras se expresaba? Siempre he querido saber qué efecto causaban en Pauline mis palabras, escritas desde el corazón. En algún momento, al ver que ella no respondía, llegué a dudar si le habrías leído mi segunda carta. Ahora que todo ha terminado, Julie, ya puedo pedirte perdón por haber sido un malpensado en algún momento de ofuscación. Perdona por haber dudado de ti.

Y perdona, también, la extensión de esta carta. Supongo que me ha servido para desahogarme, para recordar y para llorar. En las últimas horas no sé hacer otra cosa. No me disculparé por ello, quiero pensar que es normal. Supongo que los que nos quedamos aquí para apagar la luz debemos ser fuertes. La vida empieza, la vida se acaba, *n'est-ce pas?*

Con tanta conmoción como afecto...

Con furia y con tristeza infinita.

JEAN-PIERRE ZANARDI

TENEMOS LAS PALABRAS QUE NOS MERECEMOS

El avión de Vueling aterrizó, puntual, en Orly. En cuanto Gina pisó la terminal del aeropuerto, a las nueve de la mañana pasadas, sintió una extraña punzada. Su madre había llegado allí la primavera de 1981, cargada con dos maletas, para asistir a la boda de su prima. Ella llegaba en otoño, treinta años después, con una maleta de ruedecillas que no había tenido que facturar y una bandolera cruzada que pesaba lo que no está escrito. Paulina aterrizó en París sin saber que serían cuatro días que cambiarían su vida. Gina —chaqueta de cuero, vaqueros y botas— estaba allí con una única fijación: localizar, conocer y hablar con Jean-Pierre Zanardi, galerista y autor de las tres cartas más asfixiantes que jamás había leído.

Por cincuenta euros con propina, el taxi llevó a Gina a la dirección que le había dado al conductor. Al 44 de la rue de Seine, en la Rive Gauche. Cuando bajó del coche, recordó que la humedad de primera hora en París, cerca del río, cala hasta los huesos.

—¿Está seguro de que es aquí? ¿La rue de Seine?

—Sí, sí —respondió el taxista, subiendo de nuevo la ventanilla antes de arrancar.

El número 44 de la rue de Seine no era la Galerie Anouk. Gina no podía creer lo que estaba viendo. Jean-Pierre había cambiado el nombre del establecimiento. Allí rezaba Galerie Pauline. No era ningún espejismo. Se frotaba los ojos y se daba cuenta de que sí, que... Si su madre lo hubiese sabido... Se colgó la bandolera, cogió la maleta y, en un gesto que se había imaginado muchas veces, pulsó el timbre. En el interior había luz, pero no se veía a nadie. El rótulo de la puerta, sin embargo, anunciaba que los martes abrían a las diez, y ya pasaban cinco minutos. Clavó de nuevo el dedo en el timbre hasta que vio que en el fondo del establecimiento, de la trastienda, aparecía una mujer. Puede que Jean-Pierre se hubiese quedado dentro. Puede que aquella mujer que se acercaba a la puerta, vestida de la cabeza a los pies con un llamativo estampado, fuera la nueva pareja de Jean-Pierre. No quería pensarlo, pero él estaba en su derecho. Pero, entonces, ¿por qué había puesto a la galería el nombre de su madre? La mujer, de unos cincuenta años —en sí misma, una escultura de colores— giró la llave y abrió.

—*Bonjour*. Adelante.

—Buenos días.

—Solemos cerrar, por seguridad...

—Ah, buenos días. —Entraron, ella y la maleta—. Estoy buscando al señor Jean-Pierre Zanardi...

—¿De parte?

Joder, vaya preguntita. Gina decidió decir la verdad e ir al grano.

—Soy la hija de una amiga suya de Barcelona. Traigo algo para él.

—Pues lo siento mucho, pero monsieur Jean-Pierre se jubiló hace unos años.

—Vaya...

—Traspasó la galería. A nosotros siempre nos gustó este local, y tuvimos la suerte de ser los primeros en hacerle una oferta. ¿Quiere entrar? Seguro que le gustará...

—No será necesario, gracias. Todo es muy bonito: el lugar y los cuadros, ya lo veo. Todo es precioso. Pero, perdone, ¿sabe dónde puedo encontrarlo?

—Uy... En París ya no. Se fue a... Dijo que se retiraría en... Un momento, por favor. —Gritó, en dirección a la trastienda—: *Marcel, où est-ce que monsieur Zanardi est-il parti vivre?*

Marcel, vestido de saltimbanqui, a juego con su mujer, salió del almacén y le dio un trozo de papel con la nueva dirección de Jean-Pierre. Gina salió tan escopeteada que no dejó que los nuevos dueños de la galería le explicaran que la única cláusula, por contrato, que les habían impuesto para el traspaso del negocio era que mantuvieran el nombre de Galerie Pauline por los siglos de los siglos.

Gina alquiló un coche con el depósito lleno, dejó la maleta y la bandolera en el asiento trasero y se dirigió hacia el sur de Francia. Con una coca-cola y dos cafés de máquina se plantó en Capbreton. El lugar, con aire de ciudad balnearia, hacía ya días que había sido abandonado por los veraneantes y había adquirido un aire fantasmagórico que, preocupada como estaba, no la inquietó. Pasadas las cinco de la tarde y, a toda marcha, subió una colina que, curva a curva, la llevaría hasta un mirador con vistas a la bahía y, no muy lejos de allí, a la casa de Jean-Pierre. Aparcó justo enfrente. Guardó la maleta para no dejarla a la vista, cogió la bandolera y entró en el jardín. La puerta estaba abierta. No apareció ningún perro; parecía que no había nadie. Solo el parloteo de los pájaros, posados en magnolias y cipreses, ahogaba el rumor del mar y el heroico choque de las olas contra las rocas. La casa, a cuatro vientos, tenía una planta baja y dos pisos. La fachada principal había empezado a desconcharse aquí y allá, a causa de la humedad. «Las casas se abandonan al ritmo de sus dueños», pensó Gina. El portal quedaba un escalón por encima del felpudo para limpiarse los pies. Gina se plantó allí decidida, cruzando los dedos para que la suerte no pasara de largo. Después de tantas peripecias y kilómetros y más kilómetros, estaba a punto de encontrarse cara a cara con el amante de su madre. Le llamó la atención un erizo negro, de hierro, que servía para limpiarse los zapatos. No todo eran mariposas en la vida del francés. Respiró profundamente y pulsó el timbre. Dentro de la casa, Jean-Pierre estaba echando la siesta, con la tele encendida, con un episodio de «Los Soprano» de una temporada cualquiera.

—*J'arrive!*

Jean-Pierre dejó la pipa en el cenicero y se levantó de la butaca con dificultad. Incluyó el cuerpo hacia un lado, empujándose con la mano izquierda sobre el respaldo en el momento en que, con una contorsión automática, casi colocaba una rodilla en el

suelo para coger impulso con la flexión. Una vez de pie y en equilibrio, gracias a un balanceo entrenado a base de repeticiones, cogió el bastón con el mango de plata. Se dirigió hacia la puerta con pasos cortos pero con toda la carrerilla de la que fue capaz. Con la contera del bastón, apartaba con destreza algún libro de fotografía que estaba en medio del paso, de una pila que se había derrumbado.

—¡Voy! —volvió a gritar, con la esperanza de que quien fuera que llamara no se hubiese cansado de esperar y se hubiese largado. Quienes lo conocían ya sabían que tenían que esperar para que les abriera—. ¿Quién será a estas horas?

Al otro lado de la puerta, Gina aprovechó para bajarse la camiseta con las dos manos y para colocarse bien la tira de la bandolera gigante que llevaba cruzada. No soportaba que le quedara un pliegue, con una teta aplastada a cada lado. Volvió a pulsar el timbre. Para aligerar la espera, pasó un pie por las púas gastadas del erizo.

—Ya voy, demonios, ya voy —murmuró—. ¡Paciencia!

Gina sintió que el hombre que rezongaba ya estaba allí mismo. Expulsó de nuevo el aire. Al abrir la puerta, una lonja de sol, rauda, penetró hasta el recibidor. Ambos quedaron deslumbrados. Gina tenía delante a un hombre de pelo plateado, con un buen color, que se sostenía con refinamiento en un bastón.

—¿Jean-Pierre?

Ella preguntó, con la ilusión en los labios, segura de haberlo encontrado. Él la miró fijamente, bajó los ojos y resopló, como si le hubiesen quitado treinta años de encima...

—No es necesario que me digas quién eres. —Sonrió—. No es necesario. Eres idéntica a tu madre.

—¿Sí?

Gina no pudo disimular la emoción. Nadie se lo había dicho nunca. Y lo escuchaba en el momento preciso, cuando más lo necesitaba.

—Pasa. *Avanti*. Tú eres Gina...

—Sí, sí. Gina Homs, mucho gusto.

Ella subió el escalón y medio que faltaba para entrar en la casa, se dieron tres besos y se quedó, dulcemente, con la cabeza apoyada en el pecho de Jean-Pierre. Él, sosteniéndose en el bastón, le pasó la otra mano por la espalda, en un abrazo paternal. Gina notó que, aunque se acercaba a los ochenta años, era un hombre fuerte, debía de haber sido muy guapo. En realidad, aún lo era. Recordaba que sus primas le habían mostrado una foto, del álbum de la boda de la tía Júlia y Alain, en la que aparecía Jean-Pierre. Le dijeron «Mira, es este», y a ella, que no era capaz de asumir que aquel señor hubiese sido el amante de su madre, le pareció un hombre extraño, con una americana como de pelota de béisbol, con unas costuras recosidas a la vista con hilo rojo. Según sus cálculos durante el vuelo de Barcelona a París, Jean-Pierre no podía tener más de setenta y ocho años.

—Pasa, pasa, por favor. No tengo mucho que ofrecerte, pero podemos hablar cuanto quieras. Pasa y siéntate. Me gustará saber de ti —atolondrado por la

inesperada visita—. Allí, al fondo, estaremos más cómodos. ¿Qué te trae por aquí?

—La curiosidad, supongo. No lo sé muy bien. Las ganas de conocerlo. —Se quitó la bandolera, que pesaba una tonelada, y se sentó en un chester que había en la galería de cristal, un ventanal sobre el Atlántico. Comprendió que la butaca alta motorizada, la que permitía subir y bajar el respaldo y tenía una plataforma para estirar las piernas, era la de Jean-Pierre—. ¿Le molesta que haya venido?

—Todo lo contrario. Lo único que lamento es que me trates de usted, como si fuera un viejo. De tú, por favor... —Se dejó caer en la butaca, como si le doliera todo el cuerpo, y dejó el bastón en el suelo—. De tú, por favor.

—De acuerdo. De tú, Jean-Pierre.

—Supongo que vienes de Barcelona. ¿Aún sigues viviendo allí?

Gina se sorprendía de que Jean-Pierre recordara su nombre, que supiera de dónde...

—Sí, aún vivo allí. Pero ahora vengo de París. Digamos que las pistas me llevaron a un sitio equivocado.

—¿Has ido a París?

Con un mando que estaba atado a la butaca, apagó la tele. Tony Soprano acababa de estrangular a Ralph Cifaretto en el suelo de la cocina.

—Pues claro. Te he buscado. Me he presentado en el número 44 de la rue de Seine, en la Galerie Anouk, y la primera sorpresa ha sido descubrir que ahora tiene otro nombre.

—*Touché*. Pues siento que me has pillado.

—En absoluto...

—¿Te molesta?

—¿Qué? ¿Que tu galería lleve el nombre de mi madre? Galerie Pauline. Por favor...

—Ya no es mía.

—Eso me han dicho.

—La traspasé y conservaron el nombre. Una señal de buen gusto. —De entrada, no le apetecía hablar de una etapa cerrada—. ¿Qué quieres tomar?

Jean-Pierre le indicó dónde estaba la cocina. Gina sacó una jarra de agua de la nevera y, con dos vasos, volvió a la galería. Después del viaje, tenía sed atrasada. Le contó que había alquilado un Renault en el boulevard Raspail y que, hipnotizada por el navegador, se había plantado en Capbreton en seis horas. Hablaba y miraba a un lado y a otro, escrutando la casa de Jean-Pierre. El hombre, al acecho, sin saber por dónde podía salirle su visita, se había refugiado en la pipa. Al parecer, vivía solo. No había vestigios de una familia. Era la casa de un sabio, de un viudo o de un hombre con clase que vivía allí todo el año. No era, en ningún caso, una casa de veraneo. Ni la casa ni su dueño se habían abandonado. Sencillamente, habían envejecido a la vez. Había, eso sí, libros por todas partes. Gina nunca había visto tantos libros juntos. Las estanterías iban desde el zócalo hasta el techo, pero también había libros de todos los

tamaños y temáticas sobre las mesas y, sobre todo, había montones en el suelo, que, aunque estaban torcidos, se sostenían gracias a la quietud. Pero algo no le cuadraba. Todas las paredes estaban vacías. En toda la casa no había ni una sola pintura. En ningún sitio. Ni un solo cuadro. Vaya sorpresa. Desde el chester, al menos, no conseguía ver ninguno. Ni figurativo ni abstracto. Como si todo el arte se hubiese quedado en París. Delante de ella, en la magnífica balconada, solo estaba pintado el azul del océano en otoño.

—Toma. Te he traído esto. —Gina, decidida, le dejó tres cartas sobre las piernas—. ¿Las reconoces?

—¿Las tienes tú?

—Las guardaba la tía Júlia, en una caja. Las encontramos cuando...

—Ah, pues me alegro de que las tengas tú. ¿Las has leído?

—¿Treinta? ¿Cuarenta veces?

—¿Es una broma?

—Es perfecto. He reconstruido la historia a través de tus tres cartas. No sé si hubo más.

—Tu madre solo respondió a la primera. Está arriba. Yo sí la he leído cincuenta o sesenta veces...

—Me ganas. —Se echaron a reír—. Tampoco pretendía competir...

—Acordamos que nos escribiríamos mientras ella quisiera. ¿Quieres que te lo cuente?

—¡Por supuesto!

«¿Por qué crees que he venido?», pensó.

—Yo le mandaba la carta a través de Julie, tu tía; ella se la leía, supongo que por teléfono, y, si Pauline quería, me contestaba directamente a mí. Ese era el trato. A la primera carta, en caliente, me respondió. Luego ya no volvió a contestar... Un año después de habernos conocido, le escribí, pero ya no dio señales de vida y pensé que, por lo que fuera, no le convenía seguir...

—¿Puedo decirte algo? —Gina quiso medir bien sus palabras—. La segunda carta, que también estaba en la caja de mi tía, Julie no llegó a abrirla. El sobre estaba perfectamente cerrado. No es que no la leyera mi madre; es que la tía Júlia no llegó a abrirla.

—Lo entiendo... —Se armó de valor—. Pauline debió de pedirle que no la abriera, que no se la leyera...

—¿Y por qué no la rompió o la tiró?

—No lo sé... Quizás porque un día, con el tiempo, Pauline habría querido leerla. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. O puede que tú, más adelante, quisieras leerla.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Pero así ha sido. Al fin y al cabo, todos tenemos las palabras que nos merecemos.

—¿Las quieres? —Gina miró las cartas—. Son tuyas.

—Gracias, Gina. Sé perfectamente lo que dicen. Puedes quedártelas... Me basta con la de tu madre.

—La carta que le mandaste a la tía Júlia cuando murió mamá es, seguramente, la más tierna que jamás haya leído, Jean-Pierre.

—Es fácil escribir con ardor cuando muere alguien a quien amas.

Le devolvió las cartas con un gesto educado y tomó un trago de agua. Habría podido reproducir al dedillo las dos cartas que le había mandado a Pauline. Sin embargo, de la carta sobre su muerte que le había mandado a Julie no recordaba nada. Y tampoco quería hacerlo. Hacía mucho tiempo que no se bebía un vaso entero.

—¿Sabes? Antes me has preguntado qué me traía por aquí. En el fondo —Gina se levantó y continuó, con la vista en el horizonte— creo que es, no lo sé, la necesidad de conocer a mi madre. No sé quién era, no sé cómo era. Cada cual tiene su drama. Y puede que este sea el mío. Por las cartas que guardaba mi tía sé que mi madre te quiso por encima de todas las cosas y necesito que me cuentes cómo vivía, cómo sentía, cómo pensaba...

—Yo solo la conocí durante un largo fin de semana. —La pipa le sirvió para pensárselo dos veces antes de decirlo—: ¿Se lo has preguntado a tu padre?

—Sí.

—¿Y?

Gina se dio la vuelta para no darle la espalda. Hay cosas que deben decirse mirando a los ojos.

—Tengo la sensación de que dieron más de sí los cuatro días que pasó contigo que diez años con mi padre.

—Yo no me precipitaría. —Ganó tiempo apretando la picadura con el dedo meñique—. Tu madre me quiso mucho, sí. Muchísimo. Tanto como yo a ella. Pero... A ver, ¿cómo decírtelo sin que parezca un reproche, porque no lo es? Escucha... Tu madre y yo nunca hablamos de ello, pero me he preguntado en muchas ocasiones por qué no dimos el paso para estar juntos. ¿Por qué no lo hicimos si nos moríamos de ganas?

Se turnaban. Ahora era Gina quien se había quedado boquiabierta. Empezaba a intuir lo que Jean-Pierre iba a decirle.

—Yo solo tenía algo que ganar. Ella tenía algo que ganar y algo que perder.

—Pero...

—Yo estaba soltero, vivía solo y no tenía nada que perder. Ella te tenía a ti. Si tu madre no dio el paso, permíteme que lo diga así, fue por ti. Estoy convencido de ello.

—Yo no quiero este cargo de conciencia.

—No es ningún reproche. Ni hacia ti ni hacia Pauline, en absoluto. No quisiera que me malinterpretaras. Yo amé y amo a Pauline como si hubiésemos vivido juntos desde la noche que nos conocimos. Pero si querías saber cómo era tu madre, la mujer que murió cuando tú tenías nueve años, aquí tienes la respuesta. Esa era tu madre. Y puedes sentirte muy orgullosa de ella.

Jean-Pierre no se esperaba que, después de sus palabras, Gina no reaccionara. Ni frío ni calor. Le sorprendió que, sin decir nada, se agachara para coger la enorme bandolera que tenía a los pies de la butaca y sacara un paquete. Las sorpresas del día aún no habían terminado.

—Esto es para ti...

Un regalo. Un libro envuelto en papel de aguas. ¿A santo de qué?

—No era necesario, de verdad.

Jean-Pierre lo abrió con cuidado, para no romper la etiqueta de una librería veneciana.

—Estoy segura de que este no lo tienes. —Se volvió a arrellanar en el chester—. Y no será porque no tengas libros...

—Cada cual tiene su afición. Alguien dijo que somos lo que hemos vivido, pero también somos los libros que hemos leído. Y, a veces, los que hemos hojeado, porque es imposible leerlo todo. Necesitaríamos tres vidas para leerlo todo. Reivindico el derecho a saltarnos páginas.

Lo desenvolvía con las manos agarrotadas, tratando de no romper el papel estucado.

—Ah, el *Atlas di farfalle del mondo*. Fantástico. Muchas gracias.

—Supongo que dirás que ya lo tienes, o que lo tienes en otro idioma...

—No, no, qué va... —mintió, como solo saben hacerlo los franceses y los comerciales.

—Seguro que ya lo tienes. Pero me da igual. Seguro que no tienes exactamente —enfaticó— este ejemplar. Aquí se oculta un misterio, y debes darme dos minutos para que te lo cuente.

—Lo que haga falta. No hay prisa, ¿verdad?

—¿Sabes lo que estuvo haciendo mi madre el año antes de su muerte?

Jean-Pierre dejó el libro y levantó los ojos para escucharla. Se moría por saber la respuesta. Se había hecho esa misma pregunta durante décadas.

—Mi madre se dedicó a viajar. Durante más de un año. Con o sin mi padre, tomaba un avión para visitar librerías. Si mi padre viajaba por trabajo, bien. Si no, ella se iba sola, porque a mi padre nunca le gustaron los aviones. Yo era muy pequeña y me quedaba en casa con Isabel, la criada, la mujer que cuidaba de mí, no sé muy bien cómo la llamáis aquí. Mi madre visitó, como si estuviera haciendo inventario, las que consideró las diez mejores librerías del mundo. Hemos sabido que estuvo en Glasgow, en Buenos Aires, en Boston, en Londres, en Venecia y en otros sitios que no recuerdo. Coleccionaba librerías, pero volvía sin libros. ¿Cómo es posible? ¿Por qué volvía con las manos vacías? —Jean-Pierre la escuchaba con unos ojos como platos. Gina prosiguió, lanzada—: He tardado mucho tiempo en descubrirlo. Yo también he tenido que hacer algún viaje y hablar con un contacto de Londres para saberlo, pero al final lo he conseguido. Este no es un libro cualquiera. No es otro libro sobre mariposas. Lo encontré en Acqua Alta, en Venecia, una librería de segunda

mano. ¿La conoces?

—Sí, sí... —Él, embobado con la historia.

—Mi madre visitó todas esas librerías con un único objetivo. Buscaba los libros sobre mariposas, y entre sus páginas, a escondidas, dejaba una tarjeta suya. Una tarjeta personal. De nuestro domicilio.

—...

A Jean-Pierre se le humedecieron los ojos.

—En algunas escribía llámame de su puño y letra, en otras nada, solo la tarjeta con el nombre, la dirección y el teléfono. Y así, una tras otra, libro a libro, librería a librería, fue llenando con tarjetas los libros sobre mariposas en las principales librerías del mundo. ¿Por qué hacía eso mi madre?

—No me lo puedo creer...

—Para mandarte señales, para decirte hola, amor mío, estoy aquí y pienso en ti, para sorprenderte, para demostrarte todo su amor...

—Válgame Dios... —Jean-Pierre se secó los ojos con las dos manos—. Válgame Dios, Pauline.

—¿Nunca encontraste ninguno?

Sacudió la cabeza, como un niño disgustado con un balón pinchado.

—Estoy segura de que hoy, en todo el mundo, hay un montón de libros con tarjetas de mi madre entre sus páginas. Ella sabía que tú viajabas por todas partes, para buscar libros extraños sobre mariposas y comprarlos, y ella tenía la esperanza, la secreta esperanza, de que un día, en una librería de viejo, en un rincón del mundo, abrieras un libro por una página cualquiera y descubrirías que mi madre había obrado la magia.

—Eso es magnífico.

Jean-Pierre estaba sorprendido, atónito, afectado.

—Este lo compré para ti en Venecia. No sabes el brinco que dio mi corazón cuando cogí el libro, lo acaricié con los dedos, así, y de sus páginas cayó el testimonio de amor de mi madre. Si a mí me hizo tanta ilusión...

Jean-Pierre, con el atlas en las manos, se apresuró a colocarlo boca abajo, para que cayera el mensaje de su amada Pauline. ¡Qué prueba de amor! Lloraba y reía a la vez. Se habría sentido ridículo en presencia de cualquier otra persona, pero no con Gina, la hija de Pauline. No en aquel momento, que justificaba toda una vida.

—Pensé que tenía que comprártelo y traértelo.

—Aquí está. —La tarjeta cayó del *Atlas* y voló en zigzag, con el aleteo de una mariposa, hasta sus piernas. No podía parar de reír, con las mejillas aún húmedas por las lágrimas—. ¿Cómo se te ocurrió algo así? ¿Cómo se te ocurrió, querida, queridísima Pauline?

De repente, el silencio cayó sobre Capbreton. Gina, mordiéndose los labios y con los ojos empañados por la emoción, respetó la nostalgia de Jean-Pierre. Con el libro abierto sobre las piernas y con la tarjeta de Paulina en las manos, parecía transportado

a los cuatro días de primavera que habían derribado todas sus barreras. Le había salvado la vida, decía en una de las cartas. Gina empezó a comprender que su madre se hubiera enamorado de aquel hombre sensible y culto que aún conservaba su encanto en cada arruga. Veinte minutos después —uno frente a otro, sin decir nada, comprendiéndolo todo—, Jean-Pierre cerró el atlas y guardó delicadamente la tarjeta entre sus páginas, como si fuera un punto sagrado. Lo dejó sobre la mesita y cogió la bolsa de piel negra con cremallera.

—¿Te quedarás unos días? —le preguntó, empezando a deshilar con los dedos el tabaco de la bolsa.

—Mañana tengo que devolver el coche en el aeropuerto de Burdeos.

—Quédate y hablamos de ello. Hasta la semana que viene; tengo un billete para Inverness antes de que empiece a hacer frío de verdad. Puedes quedarte aquí. ¿O tienes una familia esperándote?

—¿Yo? No, no, qué va... ¿Con quién quieres que esté? No he tenido la suerte de encontrar a alguien como tú.

—Seguro que sí, no te equivoques.

—No, no... Ya te digo que no. Basta con leer las cartas para saber que mi madre conoció el amor verdadero. Eso es magnífico. *Chapeau* por ella, *chapeau* por vosotros. Yo, en cambio, tengo la sensación de que llegaré a los cuarenta y, sí, me he divertido mucho, me he reído mucho, muchísimo, he ido de acá para allá, pero todo ha sido... ¿Cómo te lo diría? ¿Ligero?

—¿Banal?

—Sí. Puede que sí. Creo que nunca hay compromiso. Todos nos movemos, ellos y yo, me refiero a todos, nadie tiene la culpa, pero todos nos hemos movido siempre con las barreras bajadas, para que pasara el tren y nunca sufriéramos ningún daño... Ligero, banal... Escépticos con el amor, diría, como si el amor fuera un abrigo pasado de moda. Tú, en cambio, conociste durante cuatro o cinco días a una mujer y has vivido treinta años sin ella pero con una intensidad que te envidio.

Jean-Pierre tuvo la sensación de que, por primera vez desde que había entrado por la puerta, la Gina segura y resuelta estaba a punto de derrumbarse. Y decidió sacudirla.

—Dices que has venido para saber más cosas sobre tu madre. Te digo que fue feliz porque amó, y tú misma me has traído la prueba de ello. Y yo me pregunto: ¿y tú? ¿Eres feliz? ¿Lo estás siendo en este momento? ¿Por qué no te lo permites? Dices que aún no has cumplido los cuarenta, Gina. ¿A qué estás esperando? Sal y déjate llevar. Ama, pero ama de verdad. Ama aunque se acabe el amor, aunque no sea para siempre. ¿Y qué? ¿Cuánta gente has conocido que nunca ha sufrido porque nunca ha amado?

—¿De mi generación? Muchos. No sé cuántos, pero muchos. No soy la única que lleva una coraza porque no quiere sufrir y se conforma con las migajas. El sexo es divertido, sí, mucho; es placentero, es estimulante, lo es todo durante una hora o un

cuarto de hora, pero tal vez no sea el objetivo. Puede que no baste con eso; puede que sea miedo, puede que sea egoísmo, no sé lo que es, pero cuando pienso y soy consciente de ello, me pregunto qué coño estoy haciendo.

—Entonces, no te quedes con la anécdota. Aprovecha la época que os ha tocado vivir. Ahora tenéis la suerte, la inmensa fortuna de los tiempos que os ha tocado vivir; unos tiempos en que la sociedad ya no os juzga, en que no hay reglas, en que todo el mundo vive con quien quiere, en que no tenéis por qué aguantar al otro si no os gusta lo suficiente. Tenéis el regalo de la historia, tenéis las condiciones que deberían ponéroslo más fácil. Y ahora, cuando cualquiera os diría que lo tenéis mejor que en cualquier otro momento de la humanidad, parece que sea precisamente esta falta de límites lo que os retiene, lo que os frena...

—Sí, sí, puede que sí. —No se esperaba que Jean-Pierre se arrancara con tanta vehemencia. Gina salió en su propia defensa—: Pero seguro que todo eso que tú ahora ves tan claro, lo ves así cuando envejeces, cuando tienes días enteros para hacer balance sobre cómo ha sido tu historia.

—No tiene nada que ver con la edad, Gina. Yo estoy hablando del compromiso. Habéis confundido el amor con las comedias románticas americanas. El amor no es una película de Meg Ryan. El cine y los cuentos de hadas os han hecho mucho daño. No sé qué andáis buscando. Si quieres ser amado, ama. El amor existe. El amor existe, pero hay que ir a por todas. ¡A por todas!

Gina movía la cabeza de arriba abajo, más por rutina que porque estuviera de acuerdo. Jean-Pierre se dio cuenta de que se había dejado llevar cuando no era necesario y respiró para bajar dos tonos.

—Perdona, Gina. No sé nada de tu vida. Ojalá todo el mundo viviera una historia como la nuestra, la mía y la de tu madre. Claro que sí. Acabara como acabara. Ojalá. Cuando te llegue, te darás cuenta. No tengas miedo y sumérgete en ella. Pero la felicidad debes desearla y trabajarla. Date una oportunidad para amar. Deja que el amor te conmocione. ¿Me oyes?

Ella cerró los párpados para asentir. Dudaba de si era pertinente hablarle de esa forma a alguien a quien acababa de conocer.

—Y basta ya. No te digo nada más. Y perdona por el sermón si me meto donde no...

—Qué va, Jean-Pierre. Me ha gustado escucharlo. Me ha gustado meterme en la piel de mi madre y sentirte.

—No estoy acostumbrado a hablar con nadie, y para un día que tengo público...

—¿Puedo pedirte algo?

—No sé si estoy en condiciones de poder decir que no...

—Me gustaría mucho que me contaras..., todo lo que se pueda contar, claro, lo que ocurrió en París entre vosotros, desde la boda de la tía Julie hasta que la llevaste al aeropuerto. Qué ocurrió durante esos cuatro días para que quedara un vínculo tan fuerte, para siempre.

La idea no le desagradó. Recordar era revivir. Pero...

—Un día le prometí a tu madre que no escribiría un libro sobre ello.

—El delito ya ha prescrito, Jean-Pierre.

Tenía a Gina delante de él y le parecía estar oyendo a Pauline. Sabían cómo conseguir algo. A eso lo llamaban seducir.

—No hay ningún delito. El amor nunca es un castigo, ni una pena. Y ahora puede que pienses que este señor mayor ya no razona, pero en alguna ocasión he pensado si no habría que escribirlo todo y darlo a conocer. Tú podrías escribir el libro. Una novela sobre la ilusión.

—¿Y?

Gina, confiada, pensando que lo conseguiría.

—Cenamos y te lo cuento. Abajo, en la bodega, tengo un *brie* trufado de Meux y supongo que encontraremos algún vino que te apetezca. Cenamos y te lo cuento todo. Por mí, encantado.

—¡Genial!

—Antes, solo te pido un favor...

Gina asintió, *bien sûr*, faltaría más, podía contar con ello. Se la jugó, prestándose a ello sin condiciones.

—Ven conmigo.

Jean-Pierre se levantó de la butaca con la mecánica aprendida, como si no le doliera nada. Con valentía, no quiso coger el bastón. Tenía que demostrar que estaba en forma frente a la hija de Pauline, como si aquella visita lo hubiese fortalecido milagrosamente. Al fin y al cabo, una cuestión de amor propio, la vanidad de la coquetería. A paso de buey, con Gina detrás de él con los ojos muy abiertos, cruzaron el pasillo, dejaron a sus espaldas la puerta de entrada y llegaron al dormitorio del anfitrión. La cama hecha, el cubrecama planchado, la ropa del armario colgada según los colores y toda la habitación ordenada, como en un hotel por horas.

—Yo no tengo ningún regalo para ti. No te esperaba... —Le señaló la cómoda—. Pero me gustaría que te quedaras con una de ellas.

Encima de un secreter inglés, de anticuario, había tres fotos apaisadas, en blanco y negro, con marco y paspartú. A simple vista, Gina identificó en las tres a Pauline y Jean-Pierre en su hora sublime.

—Esto no lo habías visto nunca. Una primicia.

—¡No, nunca! —Maravillada, flexionó las piernas para acercarse a las fotos—: ¡Mi madre estaba radiante!

—Estaba guapísima. Esta nos la sacó un camarero de la Brasserie Lipp después de cenar... —hablaba con las maneras de un hombre digno—. Tu madre no llegó a verlas. Las llevé a revelar el mismo día que se marchó. Evidentemente, tampoco pude mandárselas.

—¿Y esta?

Los amantes se reían, cara a cara, con un café sobre la mesa de una terraza

ajardinada.

—Debajo de mi casa. Una tarde, en la rue du Trésor. Yo vivía al lado. En la zona cero —se sorprendió por su ironía—, los peligros del amor.

—Qué feliz se ve a mi madre... —Le pareció que sí, que, efectivamente, ahora que ya la había superado en edad, se parecía mucho a ella—. Me encanta ver estas fotos, Jean-Pierre; pero al tenerla frente a mí, me da rabia no recordar a mi madre con una carcajada como esta. ¿Sabes a qué me refiero? En realidad, me duele mucho no recordarla. No saber cómo era su voz me...

—Idéntica a la tuya. ¿La voz? Son exactas, eso te lo aseguro. Y esta... —Cogió la tercera foto—. Ya sabes dónde se sacó... No hace falta decir nada, ¿verdad?

Un grupo de amigos risueños, puede que una veintena, con los novios, la tía Júlia y Alain en el centro, y su madre, elegante como una actriz, en un extremo, con su vestido azul. Y, a cuatro cabezas de distancia, Jean-Pierre, seductor, orgulloso de su americana blanca de artista y su inseparable pipa, la noche que se conocieron. A Gina le encantaban las fotos antiguas. Cuanta más gente, mejor. Miraba sus caras, imaginaba sus vidas y siempre pensaba lo mismo. Todos están muertos. En esa no todos lo estaban. Su madre y la tía Júlia sí, y seguramente algún otro también... El propio Jean-Pierre parecía un hombre resucitado.

—Cógelas y llévalas al salón, aquí no hay luz suficiente. —Apagó el interruptor—. Tengo que poner bombillas más potentes.

Cerraron la puerta de la habitación, deshicieron el camino y volvieron a sentarse con el Atlántico a sus pies y unas irrefrenables ganas de hablar y escuchar. El *brie* estaba esperándoles en la bodega, a temperatura ambiente. Jean-Pierre, con todo detalle, empezó el relato por la noche de la boda. Gina no solo descubrió que su madre era una grácil bailarina de *rock and roll* y que le fascinaban los espectáculos de mentalismo y que acertaba el número exacto de pasos que había entre dos iglesias de París. También comprendió por qué su madre había enloquecido por aquel galerista que, a veces, le parecía que tenía un aire del Mastroianni de la última pregunta.

Anocheció. Poco a poco, el sol se fundió sobre la galería. Era la obra de arte que Jean-Pierre contemplaba todas las tardes. Sin embargo, aquel atardecer no se dio cuenta de la difuminación incierta del océano ni de la puesta de sol definitiva. Absortos en la historia, se habían perdido todos los trazos rojizos del crepúsculo. Mientras el destino lo respetara, agradecía que la naturaleza le enmarcara, día a día, las últimas gotas de miel en el ventanal de su vida.



XAVIER BOSCH (Barcelona, 1967) es licenciado en Ciencias de la Información.

Ha sido director del *Avui* y responsable de programas de RAC1, además de creador y editor de formatos radiofónicos como *Alguna Pregunta Més*, *Cafè Baviera* y *El món a RAC1*. Ha dirigido *Un tomb per la vida* y, junto a Antoni Bassas y Eduard Boet, *Aquest any, cent!*

Es autor de los libros de cuentos *Jo, el simolses* (1992) y *Vicis domèstics* (1998), y de la novela breve *La Màgia dels reis* (1994).